UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01664088 0

CAUTIVERIO Y TRABAJOS

DE

DIEGO GALAN, NATURAL DE CONSUEGRA Y VECINO DE TOLEDO

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cautiverioytraba00gala

1146c

CAUTIVERIO Y TRABAJOS

DE

DIEGO GALÁN

NATURAL DE CONSUEGRA Y VECINO DE TOLEDO

1589 A 1600

LOS PUBLICA

LA SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

183192
18.8.23.

MADRID

—

MCMXIII

NÚM. 251.

«Imprenta Ibérica», Pozas, 12, Madrid.—Teléfono 3.854.

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAUTIVERIO EN LA EDAD MODERNA

El inesperado y trágico derrumbamiento del Imperio turco, para quien han llegado sus últimos días en Europa, cuando parecía resurgir á vida nueva con la adopción de ideas liberales y de una Constitución política, democrática en apariencia, pero niveladora y absorbente en el fondo, como todas las inspiradas en el utópico y falso individualismo de la Revolución francesa, hace que la autobiografía de Diego Galán vea la luz pública en circunstancias que redoblan el interés de sus narraciones, algunos de cuyos episodios, como la derrota de Sinán en la Valaquia, traen á la imaginación las recientes y cruentísimas batallas de Kirk Kilise, Lule Burgas y Tchorlu, y las llanuras tracias, anebladas aún con el vaho de de la sangre y conmovidas por el estruendo de los cañones búlgaros.

Lo que no lograron las Cruzadas de la Edad Media lo ha conseguido el espíritu, laico y racionalista en algún modo, pero cristiano en el fondo, de la Europa contem-

poránea, y hoy vemos que los estandartes en que la cruz aparece más ó menos borrada, ondean en casi todos los países habitados por musulmanes.

Al contemplar esta pujanza de las naciones europeas cuéstanos trabajo concebir que, en plena Edad Moderna, los Estados bárbaros del Norte de Africa hayan vivido por espacio de siglos quebrantando con tanta audacia como fortuna, y á las puertas mismas de Europa, los más rudimentarios y fundamentales principios del derecho de gentes; que la piratería haya despoblado islas, llevado el terror á las costas de nuestro continente, ensangrentado los mares, y hecho, si no imposible, muy difícil el comercio, que ha de languidecer forzosamente si no halla seguridad completa en las comunicaciones.

Verdad es que la piratería fué tan antigua en el Mediterráneo como el arte de la navegación; los mares por donde viaja Ulises aparecen infestados de piratas, que siguen por espacio de siglos haciendo el tráfico de esclavos; en los últimos tiempos de la república romana constituyen un poderoso Estado, cuyo aniquilamiento logran, no sin grande esfuerzo, las escuadras y los ejércitos de Pompeyo; reprimida, si bien no del todo, bajo el Imperio, se desborda en el siglo V, de tal modo, que la novela bizantina se desarrolla en una atmósfera de piratería semejante á la creada por los berberiscos en la Edad Media (1), y sobre todo en el siglo XVI, cuando los turcos,

(1) Es de advertir que en la Edad Media tanto abusaron del corso y de la piratería los cristianos como los musulmanes, encubriendo con el odio á los infieles el móvil de sus latrocinios, y apoyados en una concepción brutal del derecho de gentes, compendiada en estas palabras por un historiador contemporáneo: «el infiel es enemigo, si por pacto expreso no se estipula lo contrario; sus cosas y su persona misma son del primer ocupante; por esa consideración se justifican la piratería y el cautiverio».

dueños de Túnez y de Argel, dominan la mayor parte del Mediterráneo y desafían continuamente el poderío español (1). Argel era su fortaleza inexpugnable desde donde asolaban las costas de nuestra Península.

Fortificada aquella ciudad por su situación y por los castillos que la rodeaban, desafiaba el enojo de los monarcas cristianos y su arrogancia creció de punto cuando las armas de Carlos V, tenidas por invencibles, se estrellaron ante los muros argelinos.

En vano, con objeto de tener á raya los corsarios, hizo España ondear su bandera en Orán, Melilla, el Peñón de la Gomera y otros puntos estratégicos; las poblaciones próximas al mar no podían entregarse al sueño sin riesgo de ser asaltadas por los piratas, de tal manera, que nada más común que acostarse tranquilo y amanecer bogando hacia los puertos berberiscos. En muchos pueblos de la costa se edificaron torres, ya para defenderse en caso de ataque, ya para que los vigías diesen la voz de alarma si los enemigos intentasen un ataque nocturno. Esto no obstante, muchos lugares fueron asaltados por los piratas, que reducían á cautiverio á cuantos apresaban, y

---

El corso en el Mediterráneo en los siglos XIV y XV, por D. Andrés Giménez Soler.

Archivo de investigaciones históricas, Febrero de 1911, pág. 150.

En la Edad Moderna hubo muchos delitos de piratería, cometidos por los cristianos, aun contra súbditos de aquellas potencias musulmanas con las que había tratados de paz; véase el caso referido por Diego Galán en el capítulo del libro segundo de su *Relación.*

(1) «Los otomanos se encontraron en contraste violento con los españoles en las costas de Africa; con los italianos en las de Grecia. Amenazaron á Orán; atacaron á Malta con todas sus fuerzas; conquistaron á Chipre, é hicieron, en una palabra, sentir el peso de su cimitarra en todo el litoral del Mediterráneo.»

Los Imperios otomano y español en los siglos XVI y XVII, por Leopoldo Ranke. Madrid, 1837, pág. XV.

por donde quiera que iban dejaban en pos de sí el incendio y la desolación.

Hacer un viaje por mar era empresa harto peligrosa (1). Aunque numerosos buques cruzaban el Mediterráneo en todas direcciones para limpiarlo de piratas, como éstos disponían de poderosas flotas, en ocasiones medían sus fuerzas con las cristianas, y lograban muchas veces la victoria. Uno de ellos, Horuc Haradín, conocido por el sobrenombre de Barbarroja, consiguió, de humilde artesano que era, hacerse dueño de una poderosa escuadra y conquistar el reino de Argel.

Ante tal espectáculo no podemos menos de lamentar que nuestros antepasados consumieran su caudal y derramaran su sangre en las guerras de Flandes, tan infructuosas como fatales á España, en vez de realizar el pensamiento de los Reyes Católicos, continuado por el inmortal Cisneros, de ensanchar nuestros dominios por el suelo africano. Lo que hoy ha conseguido la nación francesa, en bien suyo y de la civilización, acaso lo hubiera logrado España, cuya población se asimila mejor que el pueblo francés las razas vencidas, de lo cual tenemos pruebas elocuentes en América.

Así, nos hubiéramos librado de una guerra incesante, guerra en la que por parte de los enemigos se desplegaba la más inaudita perfidia, y un considerable número de cautivos no habrían hecho célebres las mazmorras y baños en que los sepultaban, más bien que encerraban.

---

(1) La relación que hace el P. José Tamayo de cómo fué cautivado junto á Ibiza, y del descaro con que el arráez Benhobissa echó á pique un buque francés junto á los alfaques de Tortosa, pintan la inseguridad de los navegantes en el Mediterráneo y la arrogancia de los piratas.

Cnf. *El Mensajero del Corazón de Jesús*, tomo XXVI, págs. 332 á 338.

Afirma el P. Haedo que á principios del siglo XVII había, sólo en Argel, más de 20.000 cristianos reducidos á esclavitud.

Tan grande llegó á ser el número de los cautivos españoles en Argel y Marruecos, que, juntamente con los renegados, quienes también se contaban por millares; con los judíos y con los moriscos, hicieron que en dichos países la lenta, pero incesante y vergonzosa derrota de nuestra supremacía marítima en el Mediterráneo, produjese el mismo efecto que nuestras victorias en otras regiones: la propagación del idioma castellano, que llegó á ser, en algún modo, lengua oficial, sobre todo en punto á relaciones internacionales, y hablada por las personas cultas ó ricas, de tal manera que la alcazaba de Marrakesh parecía un barrio de Sevilla; hecho que refiere así Fr. Matías de San Francisco en un libro lleno de noticias peregrinas: "Por la mayor parte, los que sirven a los reyes son christianos cautivos, o renegados, o hijos de renegados; y assi en este Retiro [del Alcazaba] y pueblo tan grande, casi todos son, o cautivos christianos, o renegados o hijos de renegados; y aunque en aquel cautiverio ay cautivos christianos, y renegados de muchas naciones; pero como yo he visto, que he andado mucho mundo, en los reynos que concurren muchas naciones siempre eligen y aprenden, por mas facil para tratar y contratar, nuestra lengua vulgar española, y assi, aqui en Marruecos, que ay de muchas naciones, de todas ellas, y judios, y moros, se enseñan y hablan muchos, por la mayor parte, nuestra lengua, y particularmente en esta Alcaçaba la hablan, de suerte que parece que en esso no se echa menos a España, y entre los renegados ay muchos votos, y juro a Christo, y a Dios, y assi todo lo demas; y muchas vezes

los Principitos moros se crian con los niños christianos, hijos de los cautivos christianos, y la primer lengua que suelen aprender y hablar los Principitos moros, es el romance español, y aun quando mayores estos Principes, y quando llegan a ser reyes... mucho se usa entre ellos hablar español, y muy de ordinario siempre saben o entienden nuestra lengua española, y aun es via de Estado suya de los reyes, saberla, como lo es en servirse de cautivos christianos, y renegados, y con los tales christianos, muchas vezes y ordinariamente hablan la española„ (1).

El tratamiento que se daba á los cautivos en las naciones musulmanas era muy distinto; generalmente vivían con más holgura y con menos penalidades en Turquía que en el Norte de Africa, por la innata crueldad de los berberiscos. Con arreglo á la teoría que acerca de la esclavitud profesaban todos los pueblos, incluso los cristianos, eran considerados como cosas, y, por tanto, solían ser enajenados. La locación de sus servicios era un caso mucho más frecuente. Lejos de vivir continuamente encerrados en los *baños,* salían á trabajar para sus amos en varios oficios, y aun podían ejercer algunas profesiones liberales; sólo durante la noche eran recluídos en las mazmorras. El signo distintivo de su condición social era

(1) *Relacion del viage espiritual, y prodigioso, que hizo a Marruecos el Venerable Padre Fr. Juan de Prado, Predicador, y primer Provincial de la Provincia de San Diego del Andaluzía. Escrita por el Padre Fr. Matías de San Francisco, su humilde compañero, Guardian al presente del Convento de su Orden, fundado en Marruecos. Dala segunda vez a la estampa (a instancia de los aficionados al siervo de Dios) el Padre Fr. Juan de la Encarnacion, Predicador y Guardian del Convento de Descalços de nuestro Padre San Francisco, en la Puente de don Gonzalo de la Provincia de San Diego en Andaluzía, y Procurador de dicha Provincia en la Corte; y dedicala al mismo Serafico Padre.* Año 1675. En Cádiz, por Bartolomé Núñez, impresor y mercader de libros; 203 páginas en 4.°, más seis hojas de preliminares. Pág. 73.

una cadena sujeta al tobillo, que llevaban todos, inclusos los que, como Diego Galán, disfrutaban de alguna libertad ó, como Cristóbal de Villalón, ejercían profesiones liberales. En Marruecos y Argel, cuando eran personas ricas ó de elevada categoría, y se esperaba de ellos un buen rescate, se les hacía sufrir mayores penalidades, á fin de que no reparasen en sacrificio alguno con tal de recobrar su libertad. El ejercicio de su culto les era permitido, si bien con restricciones, pero siempre con una tolerancia (1) que no se consentía en España á los cautivos berberiscos, quienes, tras de breve catequesis, recibían el bautismo, á no ser que los guardaran para el canje, como se hizo en varias ocasiones. Sin embargo de esto, era frecuente que padeciesen trabajos durísimos que, acaso con alguna hipérbole, se refieren en no pocos libros y documentos de aquella época.

"Dánles, dice el P. Haedo, con unos gruesos palos y nudosos bastones. ¿Y de qué manera? A todas dos manos juntas descargando con la mayor fuerza que pueden. ¿Y en

(1) En Marrakesh llegaron á tener los franciscanos un convento, del que dice el P. Ginés de Ocaña: «está muy acomodado; todo está debaxo de una llave; la iglesia es buena; su coro alto, y cinco celdas acomodadas á nuestro estado; su recibimiento a la entrada; su escalera, y su oficina, su refitorio, y una açotea muy capaz».

Epitome del viage que hizo a Marruecos el Padre Fr. Francisco de la Concepcion, Consultor del Santo Oficio, Padre y Difinidor de la Santa Provincia de S. Diego de Andalucía. De orden de la Magestad Catolica de nuestro gran Monarca Filipo Quarto: con particular presente y carta suya para el Emperador de aquel Imperio, favoreciendo la Mission, y Convento que alli tiene esta Santa Provincia. Tratase en ella de las cosas mas memorables que sucedieron y de los Misionarios que llevo para la assistencia de aquel Convento. Por Fr. Gines de Ocaña, compañero que fue del Venerable P. Fr. Juan de Prado, que en el sobre dicho Imperio fue açotade, acuchillado, asaeteado, y quemado vivo por la confesion, y defensa de nuestra Santa Fe Catolica; y en este viage lo ha sido de nuestro Padre Fray Francisco de la Concepcion.—Con

qué parte? No les abren las espaldas solamente, pero les muelen los huesos; y como cuando majan el esparto, los revuelven de otra parte y les dan otros tantos en la barriga y estómago, que son lugares tan dolorosos. Desta manera les pisan los hígados y las entrañas y los paran como cueros y atambores, todos hinchados, y a la postre les hacen lo mismo en las corvas y pantorrillas„ (1). En otro lugar añade: "Mamí Arnaut mató en el río de Bona al buen Pedro de Cardona, mi amigo, dándole con una maza de hierro en la cabeza porque no bogó dos paladas á compás y juntamente con los demás„ (2).

Oigamos los insultos y bárbaros tratamientos que habían de subir los Mercedarios mientras residían en Argel: "Unos le escupen en la cara, otros le dan empujones, otros le dicen mil injurias, y también muchos le tiran con suelas de zapatos y otras cosas inmundas, sin haber, en-

---

licencia, en Sevilla, por Iuan Cabeças. Año de 1675, 24 páginas en 8.º Página 21.

Fr. Juan de Prado fué muerto por haber dicho en presencia del Sultán palabras injuriosas para Mahoma y su religión; de lo que da testimonio el P. Ocaña: «mirad lo que hazeis en la perdicion [y] engaño en que estais metidos del maldito Mahoma. Y a este motivo le predicavamos la fe y ley de Christo nuestro Señor, y los engaños de la seta del maldito Mahoma, con tantas vozes y espiritu que les atribulavamos».

Relacion del viage espiritual, y prodigioso, que hizo a Marruecos el Venerable Padre Fr. Juan de Prado... Escrita por el Padre Fr. Matías de San Francisco. En Cádiz, año 1675, pág. 71.

Más adelante (pág. 92) se dice que Fr. Juan de Prado, estando en presencia del Sultán, *cada vez que nombrava este nombre de Mahoma, escupia en el suelo, por pesar de aver nombrado tal nombre, en aborrecimiento del.*

Todo esto hizo que el mismo Sultán le diera una cuchillada con su alfanje y luego lo condenara á muerte, que sufrió con valor inaudito.

(1) Fr. Diego de Haedo: *Diálogo primero de la captividad de Argel,* folio 121.

(2) Idem, folio 124

tre tantos turcos, moros y judíos, quien les diga que mal hacen„ (1).

He aquí cómo se expresan los Redentores que en el año 1641 pasaron á la ciudad de Tánger: "Hallaron los esclavos metidos en una cárcel ó encierro que llaman *Canuto*, distribuídos en bóvedas subterráneas y profundas, húmedas, desiguales y sin luz, sólo á propósito para trabajosa habitación de bestias fieras. Allí, con gran dolor de sus corazones, vieron á unos comidos de animales inmundos, á otros heridos y desollados á palos; á unos hinchados de pies y manos, de las humedades y de los grillos; á otros débiles, hambrientos y enfermos, sin la esperanza de médicos ó cirujanos. Uno suspiraba, otro pedía misericordia; uno daba gracias de la ocasión para confesar sus culpas, otro alababa á María Santísima por haberles enviado religiosos redentores que se compadeciesen de su miseria, y finalmente, todos angustiados lloraban una crueldad que no se cuenta semejante en las cautividades de Túnez y Argel„ (2).

Los trabajos de aquellos desgraciados eran mucho mayores que en otros países, pues en Argel y Túnez hacían á los cristianos trabajar de día, mas de noche les permitían reponer sus fuerzas con el sueño; pero a los infelices cautivos de Tánger, cuando volvían á su prisión fatigados del trabajo, les ponían una argolla al cuello y enlazaban á todos en una cadena con candado, de modo que no podían moverse, ni aun para las más precisas necesidades,

---

(1) Fr. Diego de Haedo: *Diálogo primero de la captividad de Argel* folio 145.

(2) *Breve noticia de la redención de cautivos que de especial orden de S. M. se ha ejecutado en la ciudad de Tánger en 1641.* Biblioteca Nacional de Madrid, Dept. de Mss. L. 206; impr. sin lugar nia ño; folio 1.

de donde resultaba que en aquella cárcel, semejante á la Mamertina de Roma, había un olor nauseabundo. En las demás ciudades de Africa tenían los cristianos algunas veces los consuelos de su religión, con los que cobraban fuerzas para sobrellevar, sin caer en la desesperación y el abatimiento, las horribles penalidades de aquella vida, y hospitales donde encontraban un miserable lecho en sus enfermedades; pero los de Tánger solían morir sin que un sacerdote pronunciara á sus oídos palabras de consuelo, sin que una plegaria se elevara á los cielos por el bienestar de su alma.

Análoga pintura del cautiverio y de sus horrores traza un religioso de la Trinidad:

"Lo que los cautivos padecen en el cuerpo, ¿quien lo contara? Tres estados debaxo de tierra tienen las mazmorras, que son a manera de silos, con seguiles al rededor, y en lo alto una lumbrera con una rexa. Destos silos o calaboços ay algunos, y comunicanse por unos transitos angostos; no entra en ellos ayre, ni sol, ni se puede ver el cielo, y apenas la luz. La ultima destas mazmorras sirve tambien de carcel para los moros facinorosos (buena compañia para alivio de sus trabajos); la inmundicia es notable, por la continua asistencia de tantos hombres; el tufo y mal olor, intolerable; certificome uno de los Padres Redemptores, que de aver estado un rato con los cautivos salio casi sin sentido. Esta es la habitacion de aquellos pobres christianos; los seguiles, los aposentos; la cama, una esterilla; desnudos, aherrojados con cadenas, grillos, argollas y otras crueles prisiones, entre las quales ay unas barras de hierro gruessas y largas, que llaman alcantaras, assidas las estremidades a dos cadenas; en estas les obligan a poner los pies, apartado el

uno del otro una vara. El verano, por ser la tierra muy calida y aver mucha gente en tan estrecha morada, se abrasan de calor„ (1).

Según el testimonio de un cristiano rescatado en el año 1639, había en Argel 20.000 cautivos (2); eran tratados bastante mal, y sobre todo por los tagarinos, moriscos procedentes de Aragón; les ponían cadenas, les hacían trabajar demasiado, y los turcos, que eran los más clementes, les consentían salir de paseo y á mendigar, pero sin darles en tal caso de comer. Algunos, en su desesperación, construían frágiles barquillas de tablas y pieles de buey, en las que se aventuraban á huír, pereciendo las más veces. Había en Argel cuatro iglesias y doce sacerdotes; mas á pesar de esto, los cadáveres de los cristianos eran atados á la cola de un caballo y luego arrojados en sitios inmundos. Los sacerdotes eran perseguidos por los muchachos, que les tiraban piedras, y si alguien los maltrataba quedaba el delito impune (3).

Oigamos el testimonio que de la crueldad musulmana da el P. Fr. Manuel de Rivera: "Asan Raez arrancó las orejas á un esclavo que tenía de nación siciliano, no por otra causa que porque se cansó de bogar. A un cautivo llamado Rodulfo Calabrés le cortó un brazo Asan Mora-

---

(1) *Crónica de los Descalzos de la Santísima Trinidad, Redentores de cautivos, por el P. Fr. Diego de la Madre de Dios.* Año de 1652. Tomo I, página 117.

(2) El P. José de Tamayo dice que en el año 1644 había en Argel más de 40.000 cristianos; pero no todos eran cautivos, sino que ejercían libremente algunos oficios, como el de tabernero, que lo tenían acaparado, y era permitido, aunque lo prohibe el Corán.

Cnf. *Mi cautiverio*, por el P. José de Tamayo, en *El Mensajero del Corazón de Jesús;* tomo XXVI, págs. 439 á 441.

(3) Bib. Nac., Mss. H. 72, folio 411.

buro porque, con la continua fatiga de bogar á boga arrancada por espacio de veinticuatro horas, cayó sobre el remo amortecido, y no contento con esta crueldad, con el brazo cortado del cristiano azotaba á los demás que bogaban, hasta salir del peligro en que estaban por darles caza las galeras de Sicilia. Eso, añade, de cortar narices y manos á los pobres cautivos sucede muchísimas veces. Un turco había en años pasados, rico y poderoso señor de un *baño*, donde tenía por trofeo clavadas más de trescientas orejas de los infelices cautivos que habían bogado en sus fragatas y galeras.„ Las cristianas, según refiere el mismo escritor, tenían que sufrir los celos injustos de las moras; una joven llamada Francisca de Castro, cautiva en Argel, fué encerrada por su ama en una obscura y húmeda cueva por espacio de tres años; tulléronsele las piernas y era tan lamentable su estado que los parientes de la cruel mora le suplicaban la matase; los Padres mercedarios consiguieron rescatarla pagando por ella una buena cantidad (1).

El P. Francisco de Peradaltes, que se quedó en Argel hasta que los Redentores pagaran 20.000 reales, hubo de sufrir mil vejaciones, hasta el punto de que le obligaron á tirar de un carro.

Curiosos datos sobre la vida de los *baños* son los que contiene la biografía del célebre Fr. Jerónimo Gracián, escrita por Andrés del Mármol. Habiendo caído en poder de los corsarios el virtuoso confesor de Santa Teresa, fué despojado de sus ropas, mas él "vióse contento con el hábito que le dió Adán, que ya nadie se lo podía quitar sino desollándole„. Conducido a la ciudad de Argel, fué

(1) Bib. Nac., Mss., H. 72, pág. 30.

encerrado en un *baño*, que era como una caballeriza ó almacén largo, debajo de tierra, y no hay prisión en tierra de cristianos tan áspera. Como vivían en él seiscientos ó más cautivos, había tanto rumor, hediondez y sabandijas, enemigas de la quietud, que cualquier calabozo es jardín deleitoso en comparación de lo que allí se pasa (1).

En el año 1678 fueron á la ciudad de Argel los Padres Fr. Miguel Mayers y Fr. Francisco de Tineo para hacer una redención. Empezóse ésta sin darles lugar de descansar los muchos cautivos que acudían proponiendo su miseria, juzgando cada uno que la suya era la mayor. "Fue forçoso desembaraçar a la noche de gente la casa por la seguridad de la plata; y era tal el ansia que de salir de aquel miserable estado tenian, que por informar a los Redemptores huvo muchos que se escondieron en las cavallerizas debaxo del estiercol, y aun algunos entre la cal viva que estaba en un aposento para una fabrica, de donde salieron abrasados, reconociendose en esto lo mucho que padecian; pero ello es tanto, que por mucho que se encarezca, no puede llegar a decirse lo menos de lo que se padece„ (2).

Más aún pondera los trabajos que sufrían aquellos desdichados Fr. Miguel Gómez de Losada, en un libro lleno de noticias curiosas, aunque algo hipeibólico, cosa que nada tiene de extraño en una relación destinada á conmover el ánimo de los fieles:

"La comida de los [cautivos] es tan limitada que no es más de un poco de mazmorra (*sic*, por mazamorra) he-

(1) *Vida del P. Fr. Jerónimo Gracián.* Valladolid, 1619.

(2) *Relacion verdadera de lo sucedido a la Redempcion de cautivos christianos que por el mes de Abril de este año, hizo en la ciudad de Argel la Religion de N. Señora de la Merced.* Bib. Nac., Mss. L. 290.

*

cha polvo; dos ó tres pedazos de bizcocho, hediendo, y muchas vezes podrido, y para quitalles lo insípido y de sabrimiento grande que tienen, les dan un poco de vinagre aguado„ (1).

Aun más estrechas, infectas y malsanas eran las mazmorras de Tetuán, donde en el año 1645 estuvo encerrado el P. José Tamayo, esperando su rescate, y cuyos horrores describe así:

"Para hacer concepto de lo que padecen los que están en la mazmorra, es necesario describirla. Ella es una cueva cavada debajo de tierra, que tendrá de largo veinte pasos, y tres ó cuatro de ancho, con tres estados y más de altura. Para su firmeza tiene dos arcos de piedra tosca, que la dividen con igual distancia en tres senos que llaman los cristianos *motas;* bájase á ellas por una escalera de manos, que de noche la suben arriba y no tiene uso sino de día. Estas *motas* no tienen más luz de la que les entra por una ventana que tiene cada una en el techo, de media vara en cuadro, con dos barras gruesas de hierro que la cruzan, para que por ella no pueda caber cuerpo humano. Por estas ventanas les echan á los cautivos lo que necesitan para comer, colgado de un garabato y una soga. En la primera y última *mota* hay dos altares pobremente compuestos, donde se dice Misa sin que se lo prohiban los moros. La estancia tiene innumerables molestias, porque el suelo es húmedo, causa de que se crien en él sapos y culebras y todos los animalejos que molestan al cuerpo humano, piojos, pulgas y chinches en gran-

(1) *Escuela de trabajos en quatro libros dividida. Primero del cautiverio mas cruel y tirano. Segundo noticias y gobierno de Argel. Tercero necesidaa y conveniencia de la Redempcion de cautivos cristianos. Quarto el mejor cautivo rescatado,* por Fr. Gabriel Gómez de Losada. Madrid, 1670.

de abundancia, y unos insectos á manera de grillos con alas coloradas, que se crían en las concavidades de las paredes, y en corriendo aire bochornoso salen enjambres de ellos que se meten por los ojos, y especialmente de noche no dejan dormir á los pobres cautivos, hartos de trabajar todo el día.

"En este lugar, cual está descrito, se encierran de noche todos los cautivos de Tetuán, menos los que sus amos ó patrones quieren tener en sus casas, ó los que por ancianos é impedidos los dejan fuera á sus aventuras, ó aquellos que para estar fuera de las mazmorras y sin cadenas tienen por fiador, de que no se huirán, algún mercader cristiano de Ceuta. Cuando yo llegué eran casi 400 los que de noche se encerraban. Los que en tan corto espacio no cabían de pie, considérese cómo se acostarían para dormir» (1).

Es también curiosa una carta que los oficiales y soldados hechos prisioneros por los argelinos en la pérdida de Orán escribían á Su Majestad el año 1736. En ella se quejan de sus padecimientos con frases lastimeras: "en tres años y medio de captiverio no nos han faltado muí recias cadenas y estar ligados en dos, habiendo cumplido dos años que estamos en la incesante fatiga de tirar de las carretas, sufriendo cuantos baldones y molestias subjiere el encono„.

Textos análogos á los copiados abundan en las crónicas de las Ordenes redentoras y en otros muchos libros; pero bastan los copiados para que se forme juicio de los no pocos ni leves tormentos que solían padecer los cauti-

(1) *Mi cautiverio. Memoria autógrafa é inédita*, por el P. José de Tamayo y Velarde, S. J. Publicada en *El Mensajero del Corazón de Jesús*, años 1898 y 1899; tomo XXVI, pág. 443.

vos en las naciones infieles, cuyas lóbregas mazmorras iluminaba tan sólo un rayo de esperanza: la caridad y la abnegación de los religiosos Mercedarios y Trinitarios.

Siendo numerosísimos los cautivos en Constantinopla, ya que sus amos no podían esperar que les fuesen redimidos por los frailes Mercedarios ó los Trinitarios, que nunca pisaron dicha ciudad, se estableció un modo de adquirir aquéllos la libertad mediante el pago de una suma que se estipulaba ante el juez, y que el cautivo ganaría con su trabajo. Con esto conseguía el dueño librarse del gasto que le originaba el mantener á sus cautivos, que las más de las veces no le acarreaban provecho alguno:

"Un esclavo que save officio puede acudir al cadi, que es como un juez ordinario, y decirle: yo quiero que mi amo me venda á otro, ó me ponga precio en mi rescate, ó á lo menos me asigne tiempo de mi servicio; en tal caso el cadi hará que el amo del tal captivo comparezca y le careará con su esclavo y le mandará se componga con él; dirá el amo en presencia del cadi al esclavo: ¿quál quieres más?; ¿rescatarte de contado, á dinero, ó por tiempo de servicio?; si el captivo tiene habilidad y esperanza de en breve tiempo poder pagar, pedirá al cadi los concorde en el precio; y si no puede pagar de contado, dirá le asigne el tiempo de su servicio; estando convenidos en esto mandará el cadi que le haga escriptura y obligacion de darle por libre en cunpliendo lo que desa manera se concertare.

Si el esclavo tiene oficio en que pueda ganar largaménte, conciertasse de dar á su amo cada día un tanto, y lo demas va ahorrando para su rescate; cumplido el termino asignado y habiendo pagado lo concertado, el amo

le da carta de horro, con que podrá volver á su tierra; los esclavos que caen en manos de piratas cosarios, que pueden servir en galeras, no tienen esperanza de poderse rescatar sino muy tarde y por gran maravilla, porque el cosario tiene nescessidad de gente que sirvan sus vajeles y no los deja platicar en tierra.

Los esclavos que sirven á un hombre de mediana condicion tienen más esperanza de conseguir libertad que los que son de un gran señor, porque no le podrá convencer por justicia ante el cadi, porque un vasá, un belerbeie y un sanjaco ó otro semejante, no tiene el cadi jurisdicion contra tales personas„ (1).

Con esto se resolvía en parte una cuestión de orden económico á que daba origen el cautiverio: la competencia que hubieran hecho en Constantinopla los esclavos cristianos, á los hombres libres, en provecho de unos cuantos grandes propietarios.

(1) *De la vida y costumbres de los turcos.* Ms. del siglo XVII. Bibl. Nac., Mss., I. 200.

CAPÍTULO II

LITERATOS ESPAÑOLES CAUTIVOS

I

El más antiguo escritor español de cuyo cautiverio tengo noticia es don Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, hombre inquieto, de actividad vertiginosa, que supo manejar la pluma tan bien como la espada, y á quien la cultura patria debe servicios incalculables por las magnas compilaciones históricas que mandó escribir, y por las traducciones con que dió á conocer en vulgar idioma bastantes escritores griegos y latinos, antes poco leídos. Su campaña en la Morea, donde conquistó la ciudad de Patrás, tuvo un fin desgraciado, ya que no pudo sostenerse ante el denonado empuje de los turcos, en cuyo poder cayó después de una heroica defensa; hecho que refiere así un cronista de la Orden de San Juan:

"Al fin, despues de haver sufrido muchos assaltos por espacio de algunos dias, les entraron los turcos por fuerça de armas, y con muerte de muchos christianos, hizieron esclavo al Gran Maestre con los demas que queda-

ron vivos. Los turcos, conociendo la persona del Gran Maestre Heredia, pidieron por su rescate que restituyessen los nuestros la ciudad de Patras, con las demas fortalezas y lugares que havian tomado en aquella provincia, y que pagassen cierta suma de dinero. Llevaronle cautivo a Albania, donde estuvo cerca de tres años, hasta el de mil trecientos y ochenta y uno„ (1).

II

Luego que don Alfonso V de Aragón hizo su famosa entrada en Nápoles y estableció en esta ciudad su residencia, acudió á ella una multitud de poetas humanistas y filósofos, atraída por la protección que el monarca dispensaba á cuantos hombres ilustres se ponían bajo su patrocinio. Los más eran dignos de admiración y aplauso; pero alguno se contaba de escaso numen, Juan de Valladolid, llamado también el Poeta, título que sólo irónicamente se le podía aplicar, pues apenas llegaba á mediano versificador, con reminiscencias de antiguo juglar.

Muy despreciado vivía en Castilla Juan de Valladolid; su condición de judío converso le ocasionaba sátiras groseras, hasta del mismo Antón Montoro, que tan pobre y degradado vivía en su chiribitil de ropero.

Creyendo que mejoraría de fortuna con la protección de Alfonso V pasó á Italia, donde le sucedieron raras

---

(1) *Coronica de la Ilustrissima milicia y sagrada religion de San Iuan Bautista de Ierusalem. Por Fray Don Iuan Augustin de Funes.* En Valencia, por Miguel Sorolla, año 1626; primera parte, pág. 187.

aventuras en Mantua y Milán por los años 1458 á 1473. Más tarde, viendo que sus composiciones poéticas no le abrían el camino que imaginaba y que seguía tan mísero como antes, se embarcó para España.

La desgracia, que era su compañera inseparable, hizo que cayese en poder de unos piratas berberiscos, quienes lo vendieron en Fez, en cuya población estuvo cautivo algún tiempo. Sus enemigos, lejos de compadecerse del famélico poeta, tomaron motivo de aquel contratiempo para reirse de él y dirigirle sangrientas invectivas. El conde de Paredes, padre de Jorge Manrique, le enderezó una muy poco culta y digna de figurar en el Cancionero de burlas; de ella copiamos dos fragmentos de los menos escabrosos:

"Si no lo quereys negar
como negays el salterio
publicar quiero el misterio
Juan de vuestro captiverio
Juan de vuestro nauegar.
Si de moros fuistes preso
ordenolo Dios muy bien
vuestro ardid era Judea
la fama Hierusalem
....
.....
Pedisteis circuncision
todo el pueblo fue venido
e con muy grande alarido
truxieron carbon molido
tijeras e nauajon
y vos puesto en gran estrecho

dexistes con gran plazer
sabé todos que esta fecho
esto que quereys hazer„ (1).

Ignoramos cuándo fué rescatado Juan de Valladolid y también los incidentes de su cautiverio (2).

De muy distinta vida, aunque no menos accidentada que la de Juan Poeta, fué otro escritor que á fines del siglo XV cayó en manos de los corsarios berberiscos: el ingenioso poeta Bartolomé de Torres Naharro; hecho del que no conocemos detalles (3) que habrían esclarecido la biografía del ingenioso autor de la *Propaladia*, de quien apenas hay más noticias que las indicadas por él en sus amenas y chispeantes comedias, estudiadas en nuestros días por el inolvidable sabio don Marcelino Menéndez y Pelayo en un libro tan genial como todos los suyos.

---

(1) *Cancionero general.* Edición hecha en Sevilla el año 1540 por Juan Cromberger, folio 183. En el folio 181 hay otros versos del conde de Paredes, en los que se burla de Juan Poeta por ser judío converso; son menos groseros y más ingeniosos que los antes citados.

(2) Acerca de Juan de Valladolid puede verse Amador de los Ríos, *Historia crítica de la literatura española*, tomo VI, y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Antología de poetas líricos*, tomo V. En el *Archivio Storico Lombardo* publicó Motta el siguiente artículo: *Giovanni de Valladolid alle corti di Mantova e Milano.*

(3) «El impulso aventurero característico de su raza en aquella gran crisis de su historia, arrastró á Torres Naharro en su juventud, haciéndole peregrinar con mala fortuna por varias partes, sufriendo innumerables trabajos, hasta caer cautivo, después de un naufragio, en manos de piratas agarenos, que le transportaron á Africa.»

Bartolomé de Torres Naharro y su Propaladia. Estudio crítico por don M. Menéndez y Pelayo. Madrid, 1900, pag. VIII.

III

Escritor de los más peregrinos que hubo en España durante el siglo XVI, tan rico en interesantes biografías y en caracteres originales, fué Vasco Díaz Tanco de Fregenal. Componía obras dramáticas y las representaba; hacía romances y los vendía por villas y ciudades; escribía libros y los imprimía en su casa; lo mismo improvisaba unos versos lascivos que arreglaba Breviarios por encargo de los Prelados; en Celanova leía á los monjes manuscritos vetustísimos que guardaban, y en Portugal, á ruego del monarca, descifraba, ó á lo menos simulaba descifrar, escrituras en caracteres antiguos, que ni eran latinos, ni griegos, ni arábigos, ni caldaicos, ni sirianos, ni servianos, ni esclavones, ni cambayanos. Era en una pieza juglar, farsante, poeta, traductor de obras latinas, redactor de sinodales y constituciones diocesanas, historiador, místico, astrólogo, editor y viajero infatigable; verdadero Proteo á quien cuadraba perfectamente el calificativo de *polítropos* que los poemas homéricos dan á Ulises; no parecía un hombre, sino muchos; "en Extremadura, dice en el prologo del *Jardin del alma christiana,* me llaman Vasco Diaz, y en Portugal y en Galizia me nombran Frexenal, y en las Canarias el bachiller Tanco, y en los reynos de Aragon y Cataluña el licenciado Casero, y en partes de Italia y Francia el Doctor Estanco, y en las provincias de Sant Marco el Maestro Clavedan, y en los reynos de Grecia Cleros Tegnos, é no soy mas que uno„.

Que estuvo cautivo lo afirma él mismo en la obra citada, con estas palabras: "cuarenta y ocho libros (1) tengo

(1) «Casi todos se han perdido; seria gracioso el que menciona con el

recopilados y hechos después que salí de tierras de infieles con el divino favor„. Con tal motivo debió residir algún tiempo en Turquía; ignoramos la fecha en que fué hecho prisionero, pero es anterior indudablemente al año 1547, pues en éste publicó su *Palinodia de los turcos* (1), que escribió valiéndose de sus recuerdos y de lo que leyó en Paulo Jovio, Obispo de Nocera.

Ningún dato biográfico importante contiene de Tanco de Fregenal.

IV

A primeros de Agosto del año 1552 Andrea Doria navegaba desde Génova á Nápoles, conduciendo soldados tudescos que guarnecieran esta ciudad. Sinán Bajá, apenas lo supo, se apostó con 150 velas en las islas de Ponza, á fin de sorprender la armada cristiana, que constaba solamente de 39 galeras. Sospechando Doria los proyectos de Sinán, juntó en consejo á don Juan de Mendoza y á Marcos Centurión; por unanimidad resolvieron no acercarse á las islas de Ponza. Fuera culpa ó descuido de los pilotos, el hecho es que en la noche del 4 de Agosto cayeron los turcos sobre nuestra flota. Viendo Andrea Doria la inferioridad de sus fuerzas, dispuso retirarse en buen

---

siguiente titulo: *Los seis aventureros de España, y como el uno va a las Indias, y otro a Italia, y el otro a Flandes, y el otro esta preso, y el otro anda en pleitos y el otro entra en religion y no hay mas de estos seis.*»

(1) *Libro intitulado Palinodia de la nephanda y fiera nacion de los Turcos, y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear, y de los | imperios, reynos y provincias que han subjetado, y poseen con inquieta ferocidad.* (Al fin): *Este libro llamado Palinodia, fue impreso en la ciudad de Orense que es Ga'izia, en la impresion del propio autor que lo hizo e recopilo, e onde al presente haze su residencia. MDXXXXVII.* Un volumen en folio, á dos columnas, de 62 hojas numeradas y 10 de principios.

orden; pero los enemigos fueron á su alcance, y apresaron aquella misma noche dos galeras y á la mañana otras cinco (1). En una de estas iba Cristóbal de Villalón, prosista de los más notables que florecieron en España durante el siglo XVI.

Fué llevado Villalón con muchos soldados á la galera de un turco llamado Sactan Mustafá, quien ordenó que pusieran cadenas á los cautivos, y como éstas escasearan sujetaron uno en cada extremo de ellas. Muy luego acercóse á nuestro desventurado escritor otro cautivo que lo era hacía muchos años, y le aconsejó que si sabía algún oficio lo manifestara á tiempo, pues de este modo sería más considerado. He aquí cómo el mismo Villalón refiere lo que resolvió: "Viendo que yo ninguno sabía, ni nunca acá le deprendí, ni mis padres lo procuraron..... imaginé cuál de aquéllos podía yo fingir para ser bien tratado y que no me pudiesen tomar en mentira, y acordé, que pues no sabía ninguno, lo mejor era decir que era médico, pues todos los errores había de cubrir la tierra, y las culpas de los muertos se habían de echar á Dios..... de manera que con aquella poca de Lógica que había estudiado podía entender algún libro por donde curase ó matase„ (2).

Dirigióse la armada turca desde Ponza á Lepanto y á Patrás, donde permaneció veinte días, y luego fué á Constantinopla, en cuyo puerto se preparaba un entusiasta recibimiento á Sinán por las presas que había cogido.

---

(1) Cnf. Carlos Sigonio, *Vida de Andrea Doria;* Panzano Ibáñez, *Anales de Aragón desde 1540 á 1588*, pág. 437. Lo que éstos escriben confirma cuanto se refiere en el *Viaje de Turquía* sobre aqnel suceso.

(2) *Viaje de Turquía,* pág. 15. Tomo II de la *Nueva Biblioteca de autores españoles.*

Cuando se hizo el reparto de los cautivos tocó en suerte Cristóbal de Villalón á Sinán Bajá, quien lo envió á una torre del arrabal de Pera, en la cual tenía 700 esclavos. Allí empezó á ejercer su nueva profesión de médico, y con tal acierto, que salvó la vida á algunos compañeros. Transcurrido poco tiempo, asistió á su amo que padecía de asma; curóse Sinán, y agradecido, mandó que quitaran á su bienhechor la cadena que llevaba arrastrando.

Cosa larga sería referir las peripecias de nuestro cautivo y la fama que adquirió luego que por su improvisada ciencia médica sanó la mujer de Rustán Bajá, hija del Gran Señor. Con la protección de Sinán llegó á ser médico del Sultán, y á intervenir, como intérprete de su amo, en algunos asuntos de Estado.

Cuando murió Sinán resolvió fugarse, y lo llevó á cabo disfrazado de monje griego. Por tierra fué al puerto de Caballa, adonde se embarcó para el monte Athos. Allí recorrió los célebres monasterios de esta península y merced á su raro conocimiento de la lengua griega hizo creer á los religiosos que él era también monje. Estuvo después en Atenas; visitó algunas islas del Archipiélago, y no sin pasar bastantes trabajos llegó á Valladolid en el año 1555.

V

La misma suerte que á Villalón cupo al historiador de la sublevación morisca en las Alpujarras, Luis del Mármol y Carvajal, andante en corte, según él escribe de sí mismo, y á quien debemos una *Descripción general del Africa,* obra quizá la más notable que acerca del misterioso continente se escribió en el siglo XVI. Adquirió el

conocimiento de dicho país en los viajes que hizo siendo cautivo de los moros. Casi los únicos datos biográficos que de él sabemos son los que nos han transmitido en el prólogo de la obra citada, con estas palabras:

"Aviendo, pues, salido de la insigne ciudad de Granada, donde es nuestra naturaleza, siendo aun moço de pequeña edad, para la jornada que el Christianisimo Emperador Carlos hizo sobre la famosa ciudad de Tunez el año de nuestra salvacion de mil y quinientos treynta y cinco, y despues de la felice espugnacion della seguido las vanderas imperiales en todas las empresas de Africa por espacio de veynte y dos años, y padescido siete años y ocho meses de captiverio que estuvimos en poder de los infieles en los Reynos de Marruecos, Tarudante, Fez, Tremecen y Tunez, en el cual tiempo atravesamos los arenales de Libia hasta llegar a Acequia el Hamara, que es en los confines de Guinea, con Xerife Mahamete quando traya las armas victoriosas por Africa apoderandose de las provincias Occidentales, y hecho otros viajes por mar y por tierra, asi en captiverio, como en libertad, por toda Berberia y Egipto, donde notamos muchas cosas dignas de memoria„ (1).

VI

Por el año 1573 se dirigió don Juan de Austria con una armada de 104 galeras y 20.000 hombres de guerra á la

(1) *Primera parte de la descripcion general del Africa con todos los sucesos de guerras que a auido entre los infieles y el pueblo Christiano y entre cllos mesmos desde que Mahoma invento su secta hasta el año del Señor mil y quinientos setenta y uno.* | *Dirigida a la C. R. M. del Rey Don Phelippe segundo de este nombre.* Granada, por René Rebut, 1573. Un volumen en folio.

conquista de Túnez y la Goleta, que habían caído en poder de los corsarios turcos; sin encontrar apenas resistencia se apoderó de ambas plazas y nombró á Muley Hassan rey de la primera. Al año siguiente envió Selim á Ulic Ali y Sinán Bajá con una poderosa escuadra para recuperarlas. Tres meses se defendió valerosamente la escasa guarnición de la Goleta, y 20.000 soldados turcos mordieron el polvo ante los muros de ésta, mas al fin los nuestros hubieron de rendirse. Entre los españoles que cayeron prisioneros se hallaba Pedro de Aguilar, según consta en un libro que este mismo escribió sobre la pérdida de la Goleta, publicado por D. Pascual Gayangos en esta colección de los Bibliófilos españoles (1). Nada nos habla de su cautiverio; así que acerca de esto solamente conocemos lo que Cervantes refiere en el *Quijote* (2): "Entre los cristianos que en el fuerte (de la Goleta) se perdieron, fue uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no se de que lugar de Andalucia, el cual habia sido alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia.„

"Al cabo de dos años que estuvo en Costantinopla, se huyo de arnaute con un griego espia; y no se si vino en libertad, puesto que creo que si, porque de alli a un

---

(1) *Memorias del cautivo en la Goleta de Túnez (el alférez Pedro de Aguilar)*. Madrid, imprenta de Aribau y C.ª, MDCCCLXXV. Este libro trata con extensión del sitio que pusieron á dicha fortaleza Ulic Ali y Sinán Bajá en el año 1574, y la muerte ó cautiverio de más de 6.000 españoles é italianos que la guarnecían. También contiene versos en que Pedro de Aguilar cuenta sus aventuras en la sublevación de las Alpujarras, en Italia y en la batalla de Lepanto. El manuscrito, autógrafo por cierto, lo poseía Tysen Amhurst Esqre de Didlington Hal, Norfolk.

(2) Parte primera, cap. XXXIX.

año yo vi al griego en Costantinopla y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje.„

Ninguna duda cabe de que el pasaje transcrito es histórico; probablemente hubo relaciones de amistad entre Cervantes y Pedro Aguilar, quienes mutuamente se referirían los trabajos de su cautiverio, que fué contemporáneo.

A fines del año 1575, Miguel de Cervantes y su hermano Rodrigo se embarcaban en Nápoles, con rumbo á España, en la galera llamada *El Sol*, con tan mala suerte, que por la noche fueron presa del renegado Arnaute Mami. En el reparto de los cautivos, tocó Miguel de Cervantes á Dalí Mami, avaro y cruel como pocos, quien al ver las cartas de personas tan principales como llevaba su prisionero, imaginó desde luego que éste sería sujeto principal, cuyo rescate importaría una gran suma. Nada diremos, por ser sobradamente conocidos, de aquellos episodios en que Cervantes demostró la grandeza y serenidad de su alma ante los más grandes peligros, y la generosidad de su corazón, siempre dispuesto á sacrificarse por sus compañeros en la desgracia; de cuando en 1577 tuvo catorce cautivos escondidos en una cueva propiedad del griego renegado Aza, esperando la llegada de un barco en el que habían de salvarse; de cómo fracasó tan noble proyecto, y del inminente riesgo á que se expuso el Manco de Lepanto al asumir toda la responsabilidad de lo acontecido; de la carta que escribió al secretario Mateo Vázquez, alentándole á la conquista de Argel; de qué manera, pasados algunos meses, intentó fugarse á Orán, y frustrada esta empresa, se concertó con el apóstata Girón para armar un bergantín, en el que habían de huir á España con sesenta cristianos, proyecto

*

que fracasó por la infame delación del dominico Fr. Blanco de Paz, y, finalmente, de su redención por los Padres trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella (1).

VII

Casi con certeza puede afirmarse que sufrió cautiverio de los moros el ingenioso autor de *El escudero Marcos de Obregón*. Su libro no es otra cosa, bien estudiado, que una autobiografía (2), como se deduce de las palabras con que comienza la dedicatoria al Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas: "este largo discurso de mi vida o breve relacion de mis trabajos, que para instruccion de la juventud y no por aprobacion de mi vejez, he propuesto manifestar a los ojos del mundo.„ Ahora bien; el escudero de Obregón cuenta largamente su cautiverio, de tal manera que la narración está sin duda inpirada en recuerdos personales del autor.

---

(1) Haedo, *Topographia e historia general de Argel repartida en cinco tratados*. Valladolid, 1612, un volumen en folio.—Fernández Navarrete, *Vida de Cervantes*. Madrid, 1819, págs. 33 á 51.—Pérez Pastor, *Documentos cervantinos*, tomos I, y II, págs. 29 á 86. La información que hizo Cervantes de su cautiverio en Argel fué publicada en la *Revista de Archivos*, Mayo de 1905.

Estas tres obras son las que más datos fidedignos proporcionan sobre el cautiverio de Cervantes. El libro que contiene la partida original de la redención de éste se conserva en el Archivo Histórico Nacional.

(2) Esto opina Rosell, quien dice: «La circunstancia de viajar Obregón, por los mismos países que se dice recorrió Espinel durante su larga vida, induce á muchos á presumir que bajo el nombre de su héroe no hizo este autor más que referirnos su propia historia.» *Aut. esp. de Rivadeneyra* t. XVIII, pág. 11; prólogo á los novelistas posteriores á Cervantes.

Lo mismo cree López de la Torre y Ayllón en sus *Notas sobre la vida de Vicente Espinel*, que se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional.

La atenta lectura de esta novela nos hace creer que Vicente Espinel entró al servicio del duque de Medina Sidonia y se embarcó en Sanlúcar en compañía de varios criados de aquél con rumbo á Italia; pasaron el Estrecho, y á vista de Marbella, Málaga, Cartagena y Alicante hasta llegar á Baleares; en Mallorca no les recibieron por miedo á la peste; una tempestad los arrojó á Frejús (Francia); desembarcaron más tarde en Formentera, y allí fueron sorprendidos por unos moriscos valencianos que se fugaban al Africa, no queriendo tolerar las vejaciones que los cristianos viejos les hacían sufrir. Llevado Vicente Espinel á la ciudad de Argel, estuvo en ella cautivo algún tiempo; no parece que recibió malos tratamientos; es lo más probable que fuese rescatado por los Padres mercenarios y quizá por el P. Rodríguez de Arce, en cuyo elogio dice un manuscrito de la Nacional que compuso sonetos y octavas, comparándolo con el libertador del pueblo hebreo (1). Lo cierto es que con las *Rimas* de Espinel hay una canción en honor del mencionado religioso, algunas de cuyas estrofas parecen confirmar nuestra opinión.

"Allí del duro infierno el espectaculo
Horrendo ante tus ojos se mostraba
De aullidos, hierro, oscuridad, tristeza;
Allí el encadenado con la brava
Furia del perro dueño, el cruel báculo
En sus carnes sintio con aspereza;

(1) *Vida del P. Rodrigo de Arce.* Biblioteca Nacional Mss., t. 319.
En los libros de las redenciones de cautivos hechas por los religiosos Mercenarios que se conservan en la Biblioteca Nacional, no se hace mención de Vicente Espinel.

Y tu la grandeza
Dese animo gallardo
Para el bien nunca tardo,
A vezes con injurias increpando
Al africano vando
De perverso, rebelde, áspero, injusto,
A vezes con blandisimas razones
Con piedad, gracia y gusto
Del cautivo aliviabas las prisiones.
Moviote a grave y encendido llanto
Ver los despojos de reciente y fresca
Sangre española derramada en vano
Funeral sitio de sangrienta gresca
Que en breve espacio puso al mundo espanto
Y dio sepulcro al nombre lusitano„ (1).

De no menos peripecias dramáticas fué el cautiverio del P. Jerónimo Gracián, apresado por el corsario Elisbey en el año 1592, yendo desde Mesina á Roma, y luego recluído en una mazmorra de Túnez, hasta que fué rescatado por la mediación del judío Simón Escanasi. Análogos trabajos que el P. Gracián sufrieron más adelante el P. José Tamayo, autor de varios libros; el célebre poeta Gerardo Lobo, y Fr. Juan del Santísimo Sacramento y Robleda; de todos ellos escribí hace años en una de mis publicaciones, en la que pueden verse más detalles (2).

(1) *Diversas | Rimas de Vi | cente Espinel | Beneficiado de las Igle | sias de Ronda, con el arte Poetico, y | algunas odas de Oracio, traducidas | en verso castellano. Dirigidas a D. Antonio Aluarez de Veamonte y Toledo, Duque de Alua y Huescar.* En Madrid, por Luis Sánchez, MDXCI. Un volumen en 8.º

(2) *Autobiografías y Memorias,* capítulo VIII de la *Introducción.*

CAPÍTULO III

LA REDENCIÓN DE CAUTIVOS POR LOS TRINITARIOS Y LOS MERCEDARIOS (1) EN LOS SIGLOS XVI AL XVIII

I

La fecundidad inagotable de la Iglesia para aliviar aquellos males que los pueblos cristianos no podían evitar, dió origen en las postrimerías del siglo XII á una Orden religiosa dedicada á redimir cautivos: la de la Trinidad, fundada en el año 1198 por San Juan de Mata y San Félix de Valois, y que muy luego se dilató, con gran provecho de la cristiandad, especialmente en Francia y en Inglaterra (2). Pero con ser indiscutible su inmensa obra

(1) Hace años que los frailes de la Merced han dado en llamarse Mercedarios, en lugar de Mercenarios, y por tal razón usaré este adjetivo en la primera forma, de menos antecedentes históricos, pero más etimológica, aunque no está reconocida por el *Diccionario* de la Academia Española.

(2) Los Trinitarios de Inglaterra, no obstante lo lejos que vivían de Marruecos y de las dificultades que ofrecía la navegación en la Edad Media, trabajaron con laudable celo en el Norte de Africa, y de ello hay muchas noticias en las Crónicas de su Orden, como es la del P. Domingo López:

«En 1243 Fr. Berengario y Fr. Rodulfo, Redentores destinados por los reynos de Inglaterra y de Escocia, habiendo redimido en Túnez 260 cautivos, imputándoles los moros ser espías del Rey de Inglaterra, fueron arrojados á las llamas el día 9 de Setiembre.»

«A 19 de las Kalendas de Setiembre del año del Señor 1269 consiguie-

de caridad, la amplificaron enormemente sus cronistas (1), y en España tropezó con obstáculos que dificultaron su acción, de tal modo, que si hoy vive entre nosotros su recuerdo, es debido, en gran parte, á su feliz intervención en el rescate de Cervantes.

---

ron el premio de sus trabajos..... en Túnez, Fr. Rodulfo Anglico, Doctor teólogo de Cantabrigia, y su compañero Ricardo, despues de haber redimido 311 cautivos.»

«Derramaron tambien su sangre..... Fr. Thomas y Fr. Eduardo, ingleses. Habiendo ido á Argel en el año 1231 redimieron 130 cautivos.»

«Fr. Gilberto y Eduardo, ingleses tambien de nacion, dieron sus vidas en Marruecos á 25 de Noviembre del año 1255..... habiendo antes redimido en Granada 90 cautivos, y en Marruecos 460.»

«En el año 1301, Fr. Osberto y Fr. Edmundo, ingleses..... pasaron de aquel reyno al de Granada á exercer la santa Redencion. Redimieron 809 cautivos.»

Noticias historicas de las tres florentisimas provincias del celeste Orden de la Santissima Trinidad, Redempcion de cautivos, en Inglaterra, Escocia y Hybernia. Su author el M. R. P. M. Fr. Domingo Lopez. En Madrid, en la Imprenta Real, año 1714, 626 páginas en 4.°, etc.

(1) He aquí una de esas estadísticas inverosímiles hecha por el P. Calvo:

«La Provincia, pues, de Castilla..... en el año 1657 había hecho setenta y dos generales redenciones, ciertas é indubitables (pues solamente de éstas hablo), en las que han sido rescatados veinte y tres mil setecientos veinte y siete cautivos.»

«La de Aragon veinte y cinco redenciones, en las que fueron redimidos cinco mil doscientos setenta y siete christianos.»

«La de Portugal setenta y tres redenciones, y los redimidos han sido quince mil seiscientos y seis.»

«Mas si contamos otras redenciones..... y si exactamente contamos el número de cautivos redimidos en ellas, hallaremos la suma de mil trescientas sesenta y una redenciones, y de los redimidos las de doscientos tres mil.»

Resumen de las prerrogativas del Orden de la Santisima Trinidad, Redencion de Cautivos, y de los varones ilustres que han florecido en él. Compuesto de las Cronicas del Orden Trinitario: de un Compendio latino manuscrito del M. R. P. Mro. Fr. Lorenzo Reynes, Trinitario Mallorquin, y de otros monumentos, por el R. P. Fr. Silvestre Calvo. En Pamplona, por Joseph Longas. [Año 1791], pág. 484.

A semejanza de esta Orden, fundóse otra en el reino de Aragón, de cuyas empresas en la Edad Moderna hay no pocos materiales inéditos, que iré aprovechando en este breve estudio del cautiverio en los siglos XVI al XVIII (1). Nacida por los años de 1218, gracias á la ardiente caridad de San Pedro Nolasco, cuyos proyectos favorecieron el sabio canonista Raimundo de Peñafort y el rey Jaime I (2), apenas logró vida fuera de España y de sus Indias.

Casi tan limitada fué su esfera de acción, ya que se limitó al reino de Granada y al Norte de Africa, sin que

(1) Las fuentes de que principalmente nos hemos aprovechado para escribir este estudio son los manuscritos originales, que tratan de las redenciones de cautivos por los Padres Mercedarios, y se conservan en la Biblioteca Nacional. Tienen las siguientes signaturas: L. 206 á 217, 218 á 221, 251, 256, 258 y 290; M. 451, 473, 474, 492, 498, 499 y 514; P. 272, 273, 280, 314 y 330; Q. 419 y 429; R. 308, 365 y 375; S. 517; T. 319 y 452.

No fueron aprovechados por el P. Gari Siumell en su libro rotulado: *La Orden Redentora de la Merced ejecutora del plan trazado por su excelsa Fundadora, ó sea Historia de las Redenciones de cautivos cristianos realizadas por los hijos de la Orden de la Merced desde su fundacion hasta nuestros días.* Barcelona, 1873.

Monografía en la que se echa de menos una de las cosas más esenciales en toda obra histórica: la indicación de sus fuentes. Mi estudio será un ligero complemento del hecho por Fr. José A. Gari y Siumell, y por tanto, utilizaré casi exclusivamente las noticias que hay en los manuscritos arriba mencionados.

(2) Los Mercedarios pretenden que la Virgen se apareció, no sólo á San Pedro Nolasco, mas también al rey Jaime I y á San Raimundo de Peñafort Lo cierto es que D. Jaime ni una palabra dice de este hecho en su *Vida*, aunque refiriéndolo habría edificado más á sus lectores que cuando habla de la embriaguez y de la lujuria de su padre y de otras cosas nada santas. Cnf. Fr. Faustino D. Gazulla, *Don Jaime I de Aragon y la Orden de Nuestra Señora de la Merced.* Barcelona, 1909.

La fecha del año 1218 ha sido impugnada por algunos. El P. Gazulla la defiende apoyándose en el famoso cuanto discutido pergamino *de los nueve sellos* (año 1260) y en otros documentos cuyos originales se han perdido como es una carta del mismo D. Jaime al Papa Honorio III.

su laudable caridad se extendiese á Trípoli, Egipto, la Siria, el Asia Menor y Turquía europea, donde las victorias y la opresión de los musulmanes ofrecían copiosa mies á los operarios evangélicos (1), por lo que sus crónicas, desde los comienzos de la Orden, sólo hablan de redenciones en los países mencionados (2).

La Religión de la Merced contaba en España dos provincias: la de Castilla y la de Andalucía, y tanto en una como en otra seguían los Calzados distinta regla de los Descalzos, desde que el P. González reformó la Orden, en tiempo de Clemente VIII, á imitación de lo que había hecho en la Carmelita Santa Teresa de Jesús. En las dos se ocupaban los religiosos de ambas reglas en recoger las limosnas que los particulares daban para el rescate de los

---

(1) Á mediados del siglo XVI lamentaba Cristóbal de Villalón el que lo mismo los Trinitarios que los Mercedarios tuviesen olvidados los millares de cautivos que gemían en Costantinopla, y así dice en su *Viaje de Turquía (Autobiografías y Memorias,* pág. 59, tomo II de la *Nueva Biblioteca de autores españoles):*

JUAN.—Pues de las limosnas d'España que hai para redemption de cautibos, ¿no podían hazer con rescatar en buen precio hartos?

PEDRO.—¿Qué redemption? ¿qué cautibos? ¿qué limosna? Cortenme la cabeza si nunca en Turquía entró real de limosna.

MATA.—¿Cómo no, que no hay día que no se pide y se hallega harto?

PEDRO.—¿No sabeis que no puede pasar por los puertos oro, ni moro, ni caballo? Pues como no pase los puertos, no puede llegar allá.

(2) «El año de mil y trecientos y veinte y uno dos redentores de Cataluña, que el uno se llamava fray Iayme Solerio, hijo del convento de Barcelona, y el otro fray Diego de Baga, del convento de Tarragona, se partieron á Africa, y de la ciudad de Bona y reyno de Túnez redimieron docientos y ochenta y nueve cautivos.»

«Por este tiempo fray Diego Solerio, hijo del convento de Barcelona, y fray Diego de Baga, hijo del de Tarragona, fueron nombrados Redentores por el General fray Raymundo Alberto..... fueron á Bona y á Túnez, de donde redimieron docientos ochenta y nueve cautivos.»

«En los años adelante de mil trecientos quarenta y seis, fray Alonso de

cautivos. Había muchos legados pios que tenían por objeto, bien procurar la libertad de los que pertenecieran á cierta familia, ó que fueran naturales de la misma población que el testador.

A veces, y quizá fundándose en este título, tenían algunas personas el derecho de designar ciertos cautivos cuya redención había de hacerse; así, en 1611, el duque de Uceda encargó el rescate de seis de ellos, entre los que se encontraba D. Gaspar de Alderete, caballero de San Juan, que estaba en Túnez.

Las cantidades que los Padres Mercedarios reunían eran bastante crecidas: en el año de 1579 sumaron la de 7.463.251 maravedís; en el de 1611, la de 4.479.869 de la misma moneda; en 1669, de 961.804 reales, y en 1686, de 963.810.

Estaba prescrito que el General de la Merced pidiera al Monarca permiso para negociar el pasaporte y condiciones de la redención con el Bajá de la ciudad donde se iba á verificar, y una vez obtenido éste, se impetraba del

---

Lara y fray Andres Ximenez..... partieron para e reyno de Granada, y no sin riesgo de la vida hizieron una redencion de ciento veinte y ocho fieles.»

«Fray Pablo Gil Catalan, Redentor por su provincia de Cataluña, partió al Africa, y de la ciudad de Bogia truxo á Barcelona ciento y quatro cautivos en el año de mil trecientos quarenta y nueve. En este mismo año fray Alonso de Burgos, y fray Simon Ponce, sugetos muy señalados en los reynos de Castilla, redimieron ciento y treinta y siete christianos »

Recuerdos historicos y politicos de los servicios que los Generales y varones ilustres de la Religion de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de Cautivos han hecho a los Reyes de España..... por Fray Marcos Salmeron. Valencia, año 1646. Págs. 127 y 201.

De otras redenciones hechas en los siglos XV, XVI y XVII, trata en los *Recuerdos* 27, 36, 47, 49, 54, 56 y 57.

En las páginas 485 á 496 copia un relato de las redenciones hechas en los años de 1617 y 1618, por Fr. Pedro Ortiz de Luyando.

Real Consejo de Castilla, en sala de Gobierno, licencia para predicarla. A más de esto era costumbre que los Padres redentores recibieran las limosnas ante un escribano público y tomasen razón de ellas en un libro que se remitía al Consejo, firmado por los religiosos á quienes la predicación había sido encomendada. Estos eran unas veces cuatro, dos en nombre de los Calzados de Castilla y Andalucía y otros dos en representación de los Descalzos de las mismas provincias; algunas veces solamente tomaron parte en la redención los Calzados, que eran los más numerosos.

Durante los siglos XVII y XVIII, lo mismo que en los anteriores, estaba prohibida en absoluto la extracción de moneda y metales preciosos; los Procuradores en Cortes habían llegado á pedir, en tiempo de los Reyes Católicos, la pena de muerte para quien infringiera tal disposición. Temíase, y con razón, que se agravara la crisis monetaria que la nación padecía, á pesar de las grandes cantidades de oro y plata que llegaban del Nuevo Mundo.

Como existía tal prohibición, y los Mercedarios tenían que llevar sumas no pequeñas de oro y plata, se les concedía una Real cédula permitiéndoles extraer del reino aquel dinero, que debían llevar en cajas selladas y lacradas, el recuento de cuyo contenido había de hacerse con ciertas solemnidades antes de embarcarse con rumbo al Africa.

Para que se vea la importancia que se daba á esto, y el cuidado y minuciosidad con que se hacía, lo mismo que lo referente á la exención de pago de aduanas para algunos objetos, como anillos, paños y tabaco, que se llevaban á los Gobernadores de los moros, copiamos la siguiente cédula de Felipe V:

"El Rey.— Gobernadores, Asistente, Corregidores,

Alcaldes mayores, Ordinarios y de sacas y cosas vedadas, Aduaneros, Portazgueros, Fieles, Guardas y otras cualesquiera personas de estos mis Reinos y Señoríos á quienes toca el cumplimiento de lo en esta mi Cédula contenido, y ante quienes se presentare original ó su traslado signado de Escribano en manera que haga fe: Sabed que por mi Real cédula de 22 de Febrero próximo pasado, refrendada de D. Francisco Javier de Morales y Velasco, mi Secretario de la Cámara y Estado de Castilla, concedí licencia y facultad al Maestro Fr. José Antonio Vazquez de Aldana, al Presentado Fr. Juan de Talamanco, á Fr. Juan de San Agustín, al Maestro Fr. Pedro Rosvalle, al Maestro Fr. Diego Espejo y á Fr. Nicolás de la Santísima Trinidad, Redentores de las dos provincias de Castilla y Andalucía de la Orden de Nuestra Señora de la Merced por las familias Calzada y Descalza de dicha Orden, y á cuatro Religiosos legos de ambas familias, para que pudiesen extraer de estos mis Reinos ciento diez mil pesos gruesos efectivos, en especie de plata mejicana y perulera y algun oro, en cuya cantidad se incluyen dos mil y setecientos pesos, que sólo á fin de salir del empeño que dejó en la última redencion la Religion de Trinitarios Descalzos llevan los precitados Redentores, con más 41 varas de paño fino verde y de color de perla, seis varas de grana, seis varas y media de tela de plata y oro, cuatro arrobas de tabaco de Sevilla, seis arrobas de chocolate, dos docenas y media de pañuelos de seda, y dos sortijas con algunos diamantes, que asimismo llevan para emplearlo en la redencion de cristianos cautivos de la ciudad y reino de Argel, y en los regalos que se acostumbran á hacer á los Ministros de aquel Gobierno, con tal que no exceda la cantidad de la

que queda citada, para que con ella puedan hacer la referida redencion y rescate, libres de derechos y con las calidades y prevenciones en la referida Cédula mencionadas: Y que por parte de Fr. Miguel de Arévalo, Procurador general de la Real Orden de la Merced, Redencion de cautivos, se me ha suplicado sea servido de mandar despachar mi Real cédula de cumplimiento de la citada de 22 de Febrero próximo pasado para su ejecucion y para que puedan extraer de estos mis Reinos los referidos ciento y diez mil pesos gruesos efectivos en especie de plata mejicana y perulera y algun oro, y juntamente los géneros expresados: Y visto en mi Consejo de Hacienda, he tenido por bien dar la presente, por la cual os mando á cada uno de vosotros en vuestro distrito y jurisdiccion dejeis y consintais pasar y sacar y que saquen y pasen de estos mis Reinos por cualesquiera de los puertos y pasos de ellos todo lo referido, libremente, sin detenerlos, pedirles ni llevarles derechos ni otra cosa alguna perteneciente á mi Real Hacienda, y sin ponerles embarazo ni impedimento alguno; antes bien, os mando que en caso necesario les deis todo el favor y ayuda que hubieren menester y os pidieren para mayor seguridad y brevedad de la saca y conduccion de lo que queda expresado, notándose en esta mi Cédula las cantidades y géneros que extrajeren, para que conste y no se duplique la saca, guardando todo lo referido en esta mi Cédula y en la citada de 22 de Febrero próximo pasado, ejecutándolo así sin embargo de cualesquiera Cédulas, Ordenes, Autos, Pragmáticas sanciones ú otras que haya ó pueda haber en contrario, porque en todo dispenso para en este caso, dejándolo en su fuerza y vigor para en otros, tomándose la razon de esta mi Cédula en la Contaduría ge-

neral de valores de mi Real Hacienda, y á los unos y á los otros os relevo y doy por libres de cualquiera cargo ó culpa que sobre su cumplimiento os pueda ser imputada, que así es mi voluntad. Dada en El Pardo á 5 de Marzo de 1739.—Yo el Rey.„

A veces se ordenaba que el dinero destinado á redimir los cautivos se llevara en determinada moneda; así, en el año 1612, se les decía á los Mercedarios que habían de sacar tan sólo reales de á 8 y de á 4.

Como en los reinos berberiscos, efecto del poco vuelo alcanzado por la industria, escaseaban muchos objetos de ésta, y llevando mercancías se evitaban los males de la extracción del numerario, solían emplear los Redentores algunas cantidades, ya en perlas, ya en paños y otros productos de fabricación española; así en el año 1579 dan por descargo en sus cuentas los PP. Rodrigo de Arce y Luis de Matienzo "1.170.442 maravedís, por otros tantos que costaron cuatro granos ricos de perlas que llaman pinjantes con sus pendientes de oro, y ocho granos que llaman berruecos, y veintinueve onzas de aljófar que llaman granzas„, y más adelante "493 onzas de moneda de Africa, en que se vendió una pieza de damasco pardo al arraez Abarín, vecino de Tánger„. De esta manera, los Mercedarios hacían un comercio activo con los moros; los principales artículos que llevaban eran bonetes rojos y negros, muy apreciados en toda Berbería, terciopelo carmesí, grana, velartes, palmillas, escarlatines, raso verde, tafetán terciopelado, aljófar y arracadas para las moras. Puede asegurarse que durante los siglos XVI al XVIII apenas hubo entre los Estados del Norte de Africa y España más relaciones comerciales directas que las entabladas por los Padres redentores.

Eran temibles los corsarios de Argel por su ferocidad y las fuerzas de que disponían; los más poderosos de ellos eran cristianos renegados; el P. Diego de Haedo nos da los nombres de los más famosos, entre los cuales había algunos dueños de un buen número de bajeles y eran los que mayores crueldades ejercían con los cautivos.

Por este motivo los Padres Mercedarios, antes de dirigirse á las playas argelinas, solían pedir al Bajá un pasaporte para que fuesen respetados por cuantos piratas encontrasen durante la navegación. En ellos se acostumbraba á estipular el número de esclavos pertenecientes al Gobernador y á otros dignatarios, que sería forzoso redimir, y el precio de cada uno de ellos. Tales pasaportes eran altamente necesarios, pues sin ellos, las más de las veces hubieran sido los Redentores robados y hechos cautivos, impidiéndose de tal manera el rescate de los infelices cristianos que esperaban á los Mercedarios como á sus ángeles tutelares (1).

Veamos el texto castellano de dos de ellos traducidos por los truchimanes ó trujamanes, esto es, intérpretes, que en Argel eran franceses en su mayor parte; son de los años 1724 y 1730: "La causa de escrivirse esta escriptura en la ciudad de Túnez, por mandado de Assein Bey Ben Aly, es el aver llegado á mí los Papazes españoles habitantes en esta ciudad de Túnez, pidiéndome licencia de poder rescatar sus propios españoles esclavos, y me piden un pasaporte para venir la Redempcion de España seguramente, por lo cual he escrito este dicho pasaporte y se le

(1) Entre los manuscritos referentes a la Redención de cautivos que se conservan en la Biblioteca Nacional, hay un buen número de dichos pasaportes, unos escritos en lengua árabe y otros en castellano; todos son en extremo interesantes.

he dado en su propia mano, el cual contiene que quando vendrán con la limosna á hacer la Redempcion y quando volverán con los rescatados, tendrán toda seguridad en el venir y en el volver, y serán francos sin pagar cosa alguna de derechos del dinero que trajessen de la Redempcion; y si viniese algun mercante que trajese alguna mercancía para contratar, pagará los derechos de su mercancía segun los estilos de este país. Mandamos y ordenamos á los arraezes de los bajeles corsarios de Túnez, como tambien á los arraezes de las fragatas, galeones, saetias, barcas y otras qualesquiera embarcaciones grandes y pequeñas de este Reino, haciéndoos saber que habeis de tratar bien al portador de este mi pasaporte, que serán los Papazes españoles de la Redempcion, de tratarlos bien sin hacerlos molestia alguna, como á todos aquellos que viniesen en su compañía, y que todas las ropas, mercancías, dinero y vajel en que viniesen, de qualquiera nacion que sea, serán seguros en venir y en volver, sin darles el menor fastidio ni ponerles ningun impedimento en su camino, aveis de obedecer el orden de este mi pasaporte, y advertid de no hacer lo contrario. Quando los Papazes habrán rescatado algun esclavo no le podrán pedir deudas algunas, ni a los Padres Redemptores, ni ponerles por eso impedimento alguno para embarcarse. Y podrán los Redemptores comprar los víberes necesarios para su viaje, sin pagar derecho alguno. Y los Redemptores serán asimismo tratados, y si alguno les hiciese el más mínimo mal será castigado. Dada en los 4 de la Luna Muharán del año 1137 de los Mahometanos, que corresponde a la quenta de los cristianos á 22 de Setiembre de 1724.„

He aquí el texto del segundo: "El contenido de este

escrito es fecho en Argel en el año de 1142 á las 11 de la Luna de Yumat Ager. Por parte de España se presentó un Papaz llamado Fr. Pedro Ros, el que ha parecido ante nos y pedido se le dé pasaporte para que con toda seguridad pueda venir de España con la limosna para rescatar los de su nacion y volver con ellos libre y seguramente. Y visto por nos, desde luego le mandamos pasaporte para que libre y seguramente pueda venir y volver debajo de nuestra proteccion sin tener algun recelo y rescatar los que quisiere de su nacion. Y habiendo conferido con nos dicho Papaz algunos artículos y hecho instancia sobre ellos, oidos por nos, le hemos ofrecido el cumplirlos, quedando asentado que los esclavos de nuestra Golfa y cocina se le darán todos de su nacion, y no otros. Y tambien le mandamos que todos los sujetos abajo escritos que tienen aguatis ó esclavos forzosos, cumplirán lo mismo y no les darán ni precisarán á tomar otros que los de su nacion. Es también tratado que los esclavos que franqueen de nuestra Maestranza han de ser al precio de 450 pesos; los de caravana, al precio de 350, y si franqueasen algunos de los marineros de nuestros bajeles, al de 250, y los passabarros al precio de 240. Que á nada de todo lo dicho faltaremos al Papaz, siendo abajo escritos los sujetos que tienen aguatis.

Los seis de la Golfa son á mil pesos cada uno; los de la cocina á quinientos y los demás á doscientos cincuenta.

De la Golfa del Patron, seis españoles; de la cocina, 10; de la Galera y Alcazaba, 16; del Jasnachi, uno; de la Jocha Grande, uno; de los dos Mozalachis, dos; siete del Rancachi, el Betimenchi, el Aga de Espagias de moros, el Bazchans del Ascar, el truchimán de la limosna, el General de la galera y el Guardian Vají.„

En el pasaporte del año 1728, dado por Asen Ben Abi, Bey de Túnez, se estipulaba que no se pagaría derecho alguno por el dinero llevado á la Redención; que los cautivos pagarían sus deudas antes de ser rescatados y después no se podría demandar ninguna de ellos; que el precio de los que pertenecían al Bailique sería de 325 pesos.

II

Acostumbraban los Generales de la Merced á dar algunas instrucciones á las que habían de acomodarse los Redentores en el ejercicio de su ministerio. En las que dió Fr. José Peretti el año 1723 se dispone que, llegados los Padres Mercedarios á la ciudad de Argel, lo primero que habían de hacer sería visitar los *baños,* donde moraban los infelices cristianos, y habiéndolos saludado con mucho amor y caridad, les darían esperanzas de recuperar su libertad; "procuren tambien—les dice—evitar las demostraciones de dolor y compasion„.

"En los lances de comprar y vender, encarga Fr. Miguel Barbastro, es menester ingenio y capacidad de buen mercader, porque los turcos comercian con la redencion como en ferias; deténganse los Padres Redentores en ofrecer, que ellos se darán prisa á bajar los precios. Desestimen los Padres Redentores aquellos esclavos que más desean rescatar, y hagan más aprecio en lo aparente de la plata que no del cristiano, porque como los turcos son tan codiciosos, hacen en lo interior más aprecio de la plata que del buen servicio de sus esclavos„ (1).

(1) *Instrucción que dió á los Redentores en el año 1725.*

*

Ordena á los Redentores que llevasen un libro en el cual anotaran escrupulosamente las cantidades recibidas, las mercancías que adquirían, y un registro en que constaran el nombre, edad, ocasión en que fué hecho prisionero, y el precio de cada uno de los rescatados (1).

Les recomienda que rediman en primer lugar los que estuvieran al servicio del Rey de España y los que en mayor peligro de apostatar se vieran.

También por el Real Consejo se dictaban instrucciones para la redención de cautivos. En las de 1612 se establecía que las limosnas se recogieran dando fe de las cantidades recibidas el escribano Juan de Quitequí y se apuntaran en un libro, del cual había de enviarse un traslado al Consejo. Teniendo en cuenta que en Marruecos había escasez de bonetes, hilo de oro y pedrería, procurarían los Redentores emplear en estas mercancías la cantidad que juzgaran conveniente. Se les encargaba que atendieran en la redención á los deseos de aquellas per-

---

(1) Como muestra de esto, y aunque nos parece que no tienen relación alguna con la familia de Cervantes, copiamos dos partidas de la redención verificada en Argel en el año 1575, un mes antes de que el autor del *Quijote* entrara cautivo en dicha ciudad:

«Dan por descargo los dichos Redentores que dieron y pagaron á Idar, turco, por el rescate de Juan de Sahavedra, vecino de Jahen, cien doblas, que valen veinte y un mil doscientos cinquenta mrs., los quales rescibió el dicho turco, como parece por una partida del dicho libro ante dicho escribano; declaró ser de edad de treinta años, y que fué cautivo en la guerra de Granada.»

«Dan por descargo los dichos Redentores que dieron y pagaron á Badanian Udavaji, turco, por el rescate de Catalina de Salazar, vecina de Toledo, ciento noventa y cinco doblas, que valen quarenta y un mil quatrocientos y treinta siete mrs. y medio, los cuales rescibió el dicho turco, como parece por una partida del dicho libro á diez de mayo del dicho año; declaró que era de hedad de XXX años, y que fué captiva en la pérdida de la Goleta.»

sonas que diesen limosnas para rescatar á determinados cautivos; si éstos hubieran renegado ó fallecido, se devolvería el dinero á quien lo hubiese dado, si no advirtió que en tales casos podía dedicarse á otras redenciones.

Los cautivos que se redimieran había de ser naturales de los reinos de España, prefiriendo las mujeres y los niños. Los Mercedarios no podían tomar dinero á prestamo, y estaban obligados á guardar secreto en punto al nombre de los cautivos que tenían encargado de rescatar, no fuera que sabiéndolo sus amos subieran el precio. Los redimidos no podían contraer deudas, pues se originaban por éstas muchos pleitos, y á veces acontecía que algunos, después de rescatados, volvían á quedar en cautiverio.

El capital destinado á la redención se dejaría en Ceuta para que no corriese peligro alguno. Por último, se recomendaba "el recato y advertencia que se requiere para obviar la malicia y astucia de los moros„.

III

Grande era el entusiasmo que se apoderaba de todos los corazones cuando se anunciaba el próximo rescate de los cautivos. El padre que había perdido el apoyo de su vejez, la mujer que lloraba la ausencia interminable de su esposo, todos lloraban de júbilo cuando se predicaba la Redención, lo que se verificaba con pompa digna de tan fausto acontecimiento. Celebrábase una solemne procesión que salía del convento de la Merced, de Madrid, cuyo solar es hoy la plaza del Progreso. S. M. indicaba la hora á que había de pasar por delante de Palacio. El General de la Orden designaba al Grande de

España que, como padrino de la Redención, llevaría el estandarte de ésta. He aquí los términos en que se expresa un testigo ocular hablando de tal suceso:

"Publicóse la Redencion en Madrid el día 9 de Octubre de 1722 con la pompa y solemnidad que se acostumbra, llevando el estandarte el Conde de Belchite, Grande de España, á quien debe nuestra sagrada Religion particular afecto; llevaban las borlas el Duque de Osuna y el Conde de Taboada, acompañando los demás Grandes y principales títulos en caballos lucidamente enjaezados, y los religiosos de esta numerosa comunidad, en mulas. A tan agradable vista, estaban las calles pobladas de innumerable concurso, y por la Mayor se enderezó la comitiva al palacio del Buen Retiro, donde se hallaban los Reyes, Príncipes é Infantes, que asistieron todos en los balcones, mostrando ternura piadosa y gustoso agrado. Con los particulares aplausos del pueblo y de los que no son pueblo, se prosiguió esta solemne publicacion hasta volver á la puerta de nuestra Iglesia, en donde se concluyó y se despidieron los señores„ (1).

Conmovedora en extremo era la escena que tenía lugar cuando los Religiosos destinados á la Redención se despedían de sus hermanos.

"Junta la Comunidad en la capilla mayor, dice Fr. Melchor García Navarro, y concluída la exhortacion á padecer penalidades y peligros y á no perdonar la vida, llevan los redentores, en abrazos de todos sus religiosos hermanos, los corazones de cada uno, y los muchos seglares

---

(1) La procesión solía recorrer la calle de Toledo, plaza Mayor, puerta de Guadalajara, Platería, Santa María, plazuela de Palacio, calle Mayor, calle de Carretas, plazuela del Angel y calle de los Relatores.

que concurren, si vinieron por curiosidad, pagan la pena con lágrimas, y si por piadosa devoción, logran no leve fruto con la ternura.„

Desde Madrid iban los religiosos al puerto donde habían de embarcarse, que era casi siempre el de Cartagena, predicando la Redención en los pueblos por los cuales pasaban, y recogiendo limosnas, cuya cantidad y procedencia anotaban en un libro. Antes de salir de España se abrían ante un notario público las cajas que contenían los caudales que se llevaban con destino á los rescates, para que no se extrajera del Reino mayor suma de dinero que la autorizada por la Real cédula concedida, y se examinaban las mercancías que ésta permitía sacar sin pagar por ellas derecho alguno. Los Redentores se dirigían al Africa en un buque que fletaban; solamente en el año 1788 fueron en un buque de guerra.

IV

El viajero que hoy visita la Argelia, queda sorprendido viendo que no parece sino una continuación de Francia; Daudet nos presenta á su héroe Tartarín asombrado de no ver sino ciudades y villas iguales á las provenzales, en el país donde soñaba con quijotescas y fantásticas aventuras. En vano se buscará en Argel aquel intrincado laberinto de callejuelas, tan estrechas que, según escribe el P. Diego de Haedo, podía recorrerse una parte de la ciudad por los terrados. Por todo el país surgen villas europeas; los aduares de los árabes y moros, compuestos casi siempre de tiendas, apenas se distinguen de las obscuras laderas donde tienen su asiento.

Curiosas son las noticias que los Mercedarios nos proporcionan sobre las costumbres y estado social de las naciones berberiscas en los dos últimos siglos. En los países que, como Marruecos, han permanecido estacionarios, las podemos hoy estudiar todavía; mas en otros, como Argel y Túnez, se han modificado bastante por la influencia europea. Oigamos cómo se expresa el Padre Fr. Melchor García Navarro, que fué redentor en Argel el año 1723:

"Subimos entre innumerable multitud á la casa del Rey, en que asiste el Gobernador. Yo juzgué íbamos á un ostentoso palacio, y aunque á la puerta ví turcos como soldados de guardia, en lo interior sólo hallé un corral como parador de coches ó galeras. A lo último de él estaba el Rey ó Gobernador, debajo de un portal ó cubierto, sentado como mujer encima de un poyo fabricado y unido con la pared, y á su lado derecho había una mesa larga á que asistían cuatro escribanos (que llaman jochas grandes), cada uno con su libro ó volúmen crecido, en que se apuntan y escriben las resoluciones que se toman y materias que se ofrecen y se tratan. Estos jochas son de principal autoridad, y como consejeros del Rey, para las cosas ordinarias, á que no se junta el Diván.

"No hay más sólio ni más ostentacion en aquel palacio, y esta es la mayor, porque otras veces, ó las más, nos recibía en un poyo pegado á la puerta de la caballeriza, por donde salían las bestias cargadas de basura, estregando con los serones las piernas desnudas del Rey, ó en otro poyo á la puerta de la cocina, sentado sobre una piel de carnero. Causóme mayor admiracion ver, muy cercanos al Rey, muchos sastres cosiendo, al parecer, velámen de navío, que como les había de pagar el jornal,

quería que á su vista trabajasen y lo ganasen á su satisfaccion.

"Llegamos, en fin, á besarle la mano que alargó con denuedo, teniéndonos arrodillados para afectar la soberanía ó el desprecio, y preguntando, principalmente, por el número de cajones de plata y cantidad del oro, mandó contar éste y apartar veinte cajones de aquélla, para que se quedasen en cuenta del tres por ciento y de los cautivos que se le hubiesen de comprar. Aquí se vió ya mal principio, faltando en él al pasaporte, en donde se ofrecía dejar sólo en casa del Rey cuatro cajones de plata.„

V

Grandes eran las dificultades con que habían de luchar los Padres Mercedarios, y no era la menor el poco ó ningún escrúpulo con que los moros, y en primer lugar los Gobernadores, quebrantaban las más solemnes estipulaciones, por lo cual no reparaban en prometer mucho, teniendo el pensamiento de no cumplir la más mínima cosa si era opuesta á sus intereses. "En cláusulas y franquezas regulares, dice el Religioso antes citado, no repara aquel Gobierno, porque su infidelidad las atropella fácilmente.„ Veamos, en prueba de esto, algunos incidentes ocurridos en la Redención que se verificó el año 1723. Solía acordarse en los pasaportes dados á los Mercedarios por el Bajá de Argel que se rescatarían ocho cautivos de la Golfa, á razón de 1.000 pesos cada uno; pero Mahomed propuso que habían de ser doce los rescatados, y que de no acceder los Padres, les daría por cada millar de pesos que hubieran llevado un cautivo

viejo y tullido; quiso mediar el Cónsul de Francia, que lo era Mr. Durán; pero el Bajá, encolerizado, llamó á voces al soberano de éste *bagasa*, esto es, hijo sodomítico, y á Fr. García Navarro, que con firmeza le hacía ver lo injusto de su proceder, insultó groseramente diciéndole *burro*. Viendo que lejos de ceder el tirano exageraba sus pretensiones, queriendo que también se rescataran veintitrés esclavos de la Cocina, consintieron en llevarse los doce de la Golfa por el precio indicado. La avaricia y mala fe del Bajá se manifestó de nuevo; empeñóse en que se rescataran cincuenta del Bailique á igual precio que los anteriores, el cual representaba una cantidad exorbitante; convínose, por fin, después de varios altercados, que costaría cada uno de dichos cautivos 1.400 pesos.

Dióse luego principio á escribir los nombres y señas de los que habían de ser rescatados; pero atropellándose los unos á los otros, por el deseo que cada uno tenía de ser el primero, "se levantó el Rey furioso, y tomando de la mano del guardián Baji un palo, comenzó á descargar fuertes golpes sobre las cabezas de los cautivos, á la manera del pastor cuando apalea una manada de carneros, y tales, que causaban lastimoso horror y no leves heheridas„.

Mostrábase Mahomed en todos sus actos, según dice Fr. Melchor García, "tan áspero, basto, duro y grosero, que se conocía haber sido en sus principios pastor de camellos, cuyo ejercicio dejó para venir á Argel„.

En la mayor parte de las Redenciones se manifestaba igualmente la sórdida avaricia de los Gobernadores moros, pues no contentos con percibir como derechos de aduanas un tres por ciento de la cantidad que llevaban los Mercedarios, y á más 40 pesos por cada cautivo que

se rescatara, pretendían que los Religiosos se llevaran todos los esclavos de la Golfa, porque su precio era de 1.000 pesos, no obstante que siempre se convenía en que fueran ocho solamente.

Acostumbrábase entregar al Bajá el capital destinado á la Redención, y esto era causa de que se cometieran innumerables abusos por tales funcionarios; se apropiaban á las veces cuanto querían, como sucedió en 1730; exigían un precio elevado por algunos esclavos, ó pretendían que se recatasen extranjeros en lugar de españoles; hombres que jamás habían empuñado el remo pasaban por marineros, porque su coste era más caro.

Los sangrientos trastornos que frecuentemente ocurrían en Argel, ponían en peligro el éxito de las Redenciones y la vida de los Religiosos. En el año 1660 ocurrió "que estando el Rey en el Batistán, sentado, con veintisiete turcos del Gobierno, entraron por una puerta quince soldados, se llegaron al Rey, llamado Babarramadán, y de un revés le derribaron la cabeza en el suelo, y acometiendo á los que le acompañaban hicieron lo mismo, dejándolos hechos pedazos, tanto, que corría un arroyo de sangre„ (1). Los Religiosos y los rescatados hubieron de salir precipitadamente, no fuera que los hiciesen cautivos. En el año 1741 estaban en guerra el Bajá de Tánger y el Rey de Marruecos. Rescataron los Mercedarios sesenta cautivos del primero, por lo cual el Monarca intentó, cuando los Padres volvieron al año siguiente, apoderarse de ellos y de sus caudales; avisados por el Cónsul de Dinamarca, hicieron la Redención desde un buque en el puerto de Tánger.

---

(1) Bib. Nac.; Mss., H. 90, fol. 148.

Acontecía algunas veces que el Consejo de Castilla ordenaba el rescate de algunas personas que habían ocupado cargos del Estado, y por las que pedían los moros grandes cantidades; en tales casos el descontento de los cautivos era profundo; quejábanse de que por favorecer á los ricos ó nobles se olvidaran de la inmensa turba que gemía en los baños. Tal sucedió el año 1667 con los tripulantes del patache *La Margarita*, apresado por los piratas cuando se dirigía á España desde América, trayendo 34.000 pesos destinados á la Redención. Solamente por su patrón, D. Francisco Castejón, y por D. Tomás de Concha, pedían 20.000 pesos. En 1735 exigieron por el Marqués de Valdecañas doble cantidad. Difícil es imaginar más gabelas que las que se pagaban por los cristianos que se rescataban en Argel; había que dar por cada uno ciertas cantidades al Bajá, al Caya, al Escribano, al Cuardián del puerto, al Trujimán, al Alcalde de la Pescadería y á otros; todo esto además de los derechos de muelle y de alcazaba.

En las instrucciones que tanto por el General de la Orden como por el Real Consejo se daban á los Redentores, se les ordenaba algunas veces que rescataran tan sólo á naturales de los reinos de España, prefiriendo los que en mayor peligro de apostatar se vieran, y luego los sacerdotes, religiosos y niños; mas cuando no se les imponía la primera de estas restricciones, no hacían distinción de pueblos ni de razas; así tenemos que en 1725 fueron rescatados Dergues Freguesen, natural de Dinamarca, y Andrés Sen, de Noruega, y en el de 1625 un buen número de franceses; aun a los moriscos, con ser tan aborrecidos, se rescataba en ocasiones; en 1575 se dió la libertad á cuatro moriscas.

Contribuía América con grandes sumas á la redención de cautivos. Era allí la caridad inagotable y espléndida; hubo día que se recogieron en Lima 4.000 pesos, y con frecuencia venían del Nuevo Continente cantidades de 80.000 ó más reales de á ocho (1). Contaba en aquella región la Orden de la Merced numerosos conventos, divididos en ocho provincias, á saber: cinco en la América meridional, que eran las de Lima, del Cuzco, de Chile, de Tucumán y de Quito; dos en Nueva España: Méjico y Guatemala, y una en la isla de Santo Domingo (2).

VI

Durante mucho tiempo se opusieron los turcos al rescate de niños menores de doce años, por la esperanza que tenían de que se convertirían al mahometismo, con lo cual muchos eran luego alistados entre los genízaros. Cuando su redención fué permitida, desplegaron los religiosos un santo celo. En el año 1660 había dispuesto el Bey de Argel enviar al Sultán doce cautivos de tierna edad y notable hermosura. Conociendo los Mercedarios el peligro en que se encontraban aquellas inocentes cria-

---

(1 Fray Gabriel Gómez de Losada. *Respuesta á un memorial que se dió á Doña María de Austria, sobre el rescate de cautivos en Argel.* Impreso sin lugar ni año.

(2) Para que se vea lo extendida que se hallaba la Religión Mercedaria en la América, diremos que sólo en la provincia de Guatemala había treinta conventos, que eran los de Guatemala, Sinsonate, la ciudad de San Salvador, Ostuncalco, Zocatepeg, Texutla, Cuilco, Malacatán, Teucoa, Tahumbla, Aguanterique, ciudad de León, ciudad de Granada, Nueva Segovia, el Realejo, Pozoltega, Zebaco, Intituca, Cururu, San Miguel, Gueguetancuyo, Cuantla, Xacaltecuyot, Solima, Ciudad Real, Chuluteca, Gomayagua, ciudad de Gracias á Dios, Tegucigalpa y San Juan.

turas, hicieron laudables esfuerzos para rescatarlos; resistióse el déspota, hasta que, habiéndole ofrecido una fuerte suma, consintió, desvanecido por el brillo del metal. Como los Redentores no disponían entonces de aquélla, quedó en rehenes el P. Antonio Vigo, hasta que más adelante fué entregada. Por aquellos años quedó cautivo en la misma ciudad el P. Castellar, con idéntico motivo.

Ni aun los niños se libraban de la crueldad musulmana. En el año 1660 hallaron en Argel los Redentores "uno de siete años y otro de nueve, á los cuales habían tenido los moros con grande rigor más de cuatro meses, presos y dándoles azotes con unos correones horribles y muchos palos, en los piés, porque renegasen, y al uno con un hierro ardiendo le quemaron el vientre„ (1).

Los Religiosos que pasaron á la ciudad antes mencionada el año 1678, hallaron que había una niña de cuatro años, cuyo patrón "tenía determinado casarla con un hijo único que tenía; pero fué Dios servido que poco antes que llegase la Redencion muriese el niño moro, con que la aborreció su amo, de suerte que por cada gracia que decía la daba de bofetadas, diciendo: ¡perra, más valiera que te hubieras muerto tú que mi hijo!„ Fué rescatada, juntamente con su madre, en el mismo año. "Hase llevado los ojos de la Corte, continúa el autor de esta relación, dando todos mil bendiciones á la Religion por quien han gozado tanta dicha„ (2).

Apenábase el ánimo de los Religiosos ante las miserias

---

(1) Bib. Nac., Mss., H. 89, fol. 335.

(2) *Relación verdadera de lo que ha sucedido en la Redención de cautivos que por el mes de Abril de este año (1678) se hizo en la ciudad de Argel, escrita por un Religioso rescatado en ella.*

y calamidades que á cada paso contemplaban. "Hallábamos, dice Fr. Pedro de la Concepción, que fué Redentor en Argel el año 1667, á cada paso delante de nosotros, tantos pobres y niños hincados de rodillas pidiéndonos misericordia, que el corazon más duro reventara en lágrimas... Voy derramando hartas, cuando aquesta escribo, de ver tantos trabajos, y ruego á Dios me lleve ya y no vea otra Redencion.„

VII

El año 1573 se dirigió el vencedor de Lepanto con una armada de ciento cuatro galeras y veinte mil hombres de guerra á la conquista de la Goleta y de Túnez, que habían caído en poder de los corsarios turcos; sin encontrar resistencia alguna se apoderó de ambas plazas, y nombró á Muley Hassán rey de la segunda. En el año siguiente envió Selim á Uluc Alí y Sinán Bajá con una poderosa escuadra para recuperarlas. Tres meses se resistió valerosamente la escasa guarnición de la Goleta, y veinte mil soldados turcos mordieron el polvo ante los muros de ésta; mas al fin hubieron de rendirse; la misma suerte cupo á Mostagán. La mayor parte de los que habían sido hechos cautivos en estas poblaciones fueron llevados á Argel. A esta ciudad se dirigieron en 1575 los Padres fray Rodrigo de Arce y fray Luis de Matienzo (1), donde rescataron buen número de ellos, para cuyo benéfico objeto llevaron más de 7 millones de maravedís.

(1) El P. Gari (obra citada, pág. 258) dice que el P. Arce llevó por compañero á Fr. Antonio de Valdepeñas.

Fué el P. Rodrigo de Arce uno de los más ilustres Mercedarios de su tiempo; cuéntase que rescató una vez quinientos ochenta cristianos, y en otra más de trescientos, con los cuales entró en Sevilla. Era muy respetado de los moros, quienes no solían exigir de él más prenda que su báculo. Lo celebró Vicente de Espinel en algunos sonetos y octavas en que lo compara con el libertador del pueblo hebreo (1).

VIII

La mayor parte de los moriscos españoles, después de su expulsión, habían fijado su residencia en las poblaciones del litoral africano; allí, con su habitual laboriosidad, lograron recuperar en parte la fortuna perdida y adquirir alguna consideración social. Eran acusados de tratar con dureza á los cautivos, recordando las persecuciones que ellos habían sufrido. En el año 1625 se rescataron 120 esclavos en Tánger, la mayor parte propiedad de moriscos. Los libros de la Redención hacen mención de bastantes de éstos, como son Abdequerín Bermejo, Alí Maldonado, Jacimi de Cárdenas, secretario de los Almocadenes en la ciudad mencionada; Blanco Volcacin, vecino que fué de Hornachuelos, y otros muchos.

Hacia el año 1620 cayó en poder de los piratas el Gobernador de Mazagán. Veamos cómo se expresa él mismo en un memorial que dirigió á S. M.: "Señor, quatro años y medio serví á V. M. en Africa do su Capitan General y Gobernador de la fuerza de Masaguán, que está

(1) *Vida del P. Rodrigo de Arce.* Bib. Nac., Mss., T. 319.

situada veinte y cinco leguas de Marruecos, aviendo servido en mi juventud de frontero en Tánger. . . . . .

"Salí de Masaguán y fué Dios servido por sus ocultos juicios que fuese á Argel con mi cassa y familia, en la qual ocasion, sin embargo de morir un hijo en la pelea que tube con los turcos y me estropearen de un mosquete el mayor, y de morir en la misma ocasion doce criados de mi cassa, algunos de ellos muy esforçados soldados, y de perder el caudal que tenía, y venir á cautiverio con mi mujer y tres hijos, adonde sufrí la incomodidad de la esclavitud y de aquellos bárbaros y costarme mi rescate treinta y seis mil ducados, todo este trabaxo sufrí con buen ánimo, ansí por haber procedido en la ocasion que me llevó allá, conforme mis obligaciones, como por resultar dello servir á S. M. en ver aquel lugar y reconocer la sustancia que tiene.„ Da á continuación de esto curiosas noticias acerca del poder de los corsarios, quienes afirma que tenían más de 50 navíos de 300 y de más toneladas, con 20 ó 30 piezas de artillería cada uno. Exhorta al Rey que emprenda la conquista de Argel, la cual, á su parecer, no era cosa difícil en extremo, y hace ver los grandes rendimientos que la Hacienda y el Comercio de España adquirirían con el reino africano (1).

IX

La ciudad de Orán, que desde el año 1508 en que la conquistó el inmortal Cisneros pertenecía á España, fué sitiada en 1708 por un considerable ejército moro. Envióse para socorrerla al Marqués de San Cruz, mas éste

(1) Biblioteca Nacional, Mss., Cc., 85.

se pasó al bando del Archiduque de Austria con las dos galeras que llevaba, y la ciudad, entre tanto, hubo de rendirse; un gran número de oficiales y soldados cayeron prisioneros. Orán estuvo en poder de los moros hasta el año 1732 en que la recuperó el Conde de Montemar.

Trabajóse con ardor en los años sucesivos para conseguir el rescate de los oficiales y soldados hechos prisioneros en la pérdida de Orán. Cuando en 1711 se alcanzó la libertad de 289 cautivos, formaban aquéllos la mayor parte, entre los que había 15 capitanes, 9 tenientes, 20 alféreces; muchos de los cuales, en su viaje de regreso, cayeron de nuevo en poder de los infieles y fueron llevados á Túnez. Uno de los capitanes rescatados era el distinguido literato Gerardo Lobo. El precio de los oficiales fué de 1.000 pesos cada uno. En 1725 se rescataron 70 soldados que fueron de la guarnición de Orán (1).

---

(1) He aquí la lista de los oficiales que se rescataron:

Capitanes.—D. García de Lucena, natural de Cádiz; D. Luis de Cañas, natural de Orán; D. José de Andonagui, de Marquina; D. Francisco de Arias, de la villa de Olmedo; D. Bartolomé Centellas, de Málaga; D. Gerardo Lobo, de Segovia; D. Antonio Constantino, de Palermo; D. Agustín Puche, de Braga; D. Domingo Paval, de Cádiz; D. Andrés de Zufre, de Orán; D. Pedro Mariano, de Cádiz; D. Andrés de Saravia, de Ramales, en Santander; D. Manuel Bernardo Valcárcel, de Hellín; D. José García Mulero, de Pacheco; D. Diego Jiménez Casasola, de Archidona, y D. Ignacio de Cañas, de Orán.

Tenientes.—D Bartolomé Ruiz Moreno, de Cádiz; D. Ignacio Angelote Carrera, de Sicilia; D. Esteban Yurre, de Alava; D. José Gutiérrez, de Peñaranda; D. José Díaz, de Alhama de Murcia; D. Juan Sánchez, de Villalaco, en Burgos; D. Alonso Valcárcel, de Lugo; D. Cristóbal de Palma, de Orán; D. Luis Antonio Muñiz, de Noreña, y D. Bartolomé Carretero, de Barchín del Oro.

X

En el año 1768 determinó Carlos III hacer un canje de los cautivos cristianos que había en Argel, por algunos centenares de moros que tenía en su poder; parece que fué inducido á ello por el Rey de Marruecos, con el cual estaba en excelentes relaciones. Así lo da á entender el Marqués de Grimaldi en una carta á Hamet-el-Gazel con estas palabras: "Conociendo el Rey la mala fé de los argelinos, su codicia y su irregularidad en cuanto tratan, estaba muy resuelto á no entrar en tratos con ellos en negociacion de canje ni rescate; pero pudieron tanto en su ánimo las instancias del Rey de Marruecos, que al fin condescendió.„

Escribió el Ministro citado á los Generales de los Religiosos Mercedarios y Trinitarios, encargándoles que reunieran cuantos fondos tenían con destino á la Redención de cautivos, y fueron encargados de negociar el pasaporte y sus condiciones Fr. Manuel Rozalén, Rector del Hospital de Argel, y el Embajador marroquí en esta ciudad, Hamet-el-Gazel.

En el trato que ambos hicieron con la Regencia de Argel, se acordó que se daría capitán español por capitán argelino, hasta completar el número 26 de cada nación. En cuanto á los demás cautivos, se canjearían á razón de un marinero cristiano por dos moros. Los que se rescataran habían de ser prisioneros de guerra. Dióse á los Religiosos un pasaporte, á fin de que todos los corsarios, inclusos los de Túnez y Trípoli, no les molestasen en lo más mínimo. A tal grado habían llegado el orgullo y la insolencia de los argelinos, y la timidez de nuestros Go-

*

biernos, que permitían éstos la injusta cláusula mencionada, de entregar dos argelinos por un español, con mengua de la dignidad patria; de este modo se dieron en canje 256 cautivos cristianos por 512 moros (1). Como era acostumbrado, se pagó el tres por ciento de la suma destinada á la Redención, y 40 pesos por cada uno de los rescatados; hubo además los consabidos *aguatis,* esto es, cierto número de cautivos pertenecientes á algunos dignatarios, que se habían de tomar á precios convenidos de antemano, de ordinario bastante crecidos.

No pocas dificultades surgieron con motivo de la codicia de los moros, y tales fueron, que el Marqués de Grimaldi se vió obligado á escribir á Hamet-el-Gazel, diciéndole que España deseaba escarmentar á los piratas argelinos, y le representaba lo imposible que era acceder á las exigencias de éstos, quienes pedían 40.000 pesos por el rescate de diez patrones de embarcación, y 1.000 por D. Pablo Robledo y un criado suyo.

Habían de ser rescatados en primer término los apresados en navíos de España ó en territorio de ésta; después los que lo hubieran sido en naves de otra nación por los moros, y luego los extranjeros que hubieran servido en el ejército ó buques españoles; pero de ningún modo se rescatarían los desertores de la guarnición que teníamos en Orán. Había, para tal efecto, en las cuatro arcas de Redención de la Corte, 11.518.154 reales.

Empezóse el canje según las condiciones humillantes que se habían convenido, esto es, dando dos moros por

---

(1) El P. Gari (obra citada, pág. 427) dice que el número total de cristianos redimidos fué de 1.402, y el de moros canjeados 1.090, dados por Carlos III.

un español, y desde 14 de Octubre hasta el 6 de Noviembre se rescataron 566 cautivos.

Disgustaba profundamente al pueblo de Argel el que las redenciones no se hicieran á dinero, pues esto es lo que realmente deseaban más que la libertad de sus compatriotas, y tanto llegó á crecer la exaltación popular, que atentaron contra la vida del Bey. "A las ocho de la mañana, dice un testigo presencial, se oyó en esta casa de la limosna un trabucazo, y á breve rato avisó el turco guardián de la puerta que habían muerto al Bey al tiempo de estar haciendo la paga á sus soldados, y que era muy posible que la gente entrase en la casa y peligrase el caudal; permanecieron todos cerrados hasta que se sosegó el alboroto y avisó el truchimán que el Bey no era muerto, aunque estaba herido. Los Padres le encomendaron pasase á palacio á cumplimentar al Rey en su nombre la enhorabuena de haberle Dios librado, á lo que respondió el Bey que lo estimaba, y que *morir así era usanza del país*„ (1).

Empezóse á poco tiempo la redención de los cautivos de particulares y 530 cristianos recobraron la libertad, sin contar 287 tabarquinos. Eran éstos naturales de la isla de Tabarca, situada en la costa de Túnez, que perteneció á la República de Génova hasta el año 1798; en Junio de 1741 fué devastada por los tunecinos, quienes se llevaron todos sus habitantes, trasladados á los *baños* de Argel en 1756. Carlos III mandó que todos ellos fueran rescatados y conducidos á la isla de San Pablo, que está frente al puerto de Alicante, para que allí residieran. Convinieron los Padres Redentores con el Bey en que se

(1) Bib. Nac., Mss., Oo-35, fol. 115 y 116.

pagaría por cada tabarquino 600 pesos; el Bey hizo alarde de su generosidad, dando por libres dos criaturas que aún no habían nacido (1).

XI

Nada más variable que el precio de los cautivos; dependía de la edad, de la condición social y de otras varias circunstancias; por regla general era algo menor en Marruecos que en Argel y Túnez. En el primero de estos puntos fué en los años 1641 y 1708 de 2.000 reales, mientras que en Túnez fué por término medio, en 1725, de 325 pesos. Cuando se trataba de personas tenidas por ricas ó que habían ocupado puestos importantes, el rescate no bajaba de 8 á 10.000 pesos. He aquí algunos datos acerca del particular, referentes á Argel en el siglo XVIII:

Niños de pecho hasta siete años.

Si eran esclavos del rey.....	1.057	pesos.
Si de particulares.....	457	—

Muchachos de siete á catorce años.

Los de la Golfa del rey.....	1.057	—
Los demás.....	200 á 300	—

Adultos.

Los que estaban al servicio del rey	557	—
Los de Maestranza.....	457	—
Los marineros.....	307	—

(1) Acerca del cautiverio y penalidades de los tabarquines, pueden verse para más detalles tres interesantes cartas de Fr. Bernardo Pascual de Almancaya, escritas en el año 1750. Bib. Nac., Mss., F. 301.

Mujeres.

Si eran del rey.....	1.057	pesos.
Si de particulares.....	240 á 700	—

Si los cautivos eran tenientes del ejército, capitanes, sacerdotes ó personas tenidas por ricas, su precio era de 1.000 ó más pesos (1).

El rescate del Gobernador de Mazagán, por el año 1620, costó 36.000 ducados, y el de D. Manuel Capetillo, en 1788, 14.000 pesos; éste había sido recomendado por el Conde de Floridablanca.

XII

Con extraordinario júbilo eran recibidos los cautivos cuando llegaban á los dominios de España. No solamente palpitaban de gozo los corazones de los parientes y amigos, sino los de cuantos en nombre de la patria y del cristianismo combatían el poderío musulmán; los descendientes de quienes pelearon por espacio de ocho siglos en la reconquista española, no podían ver sin emoción cómo sus compatriotas habían sacudido las cadenas con que los aherrojaban nuestros enemigos tradicionales. La llegada de los Padres redentores con los rescatados se celebraba con procesiones y otras solemnidades religiosas y civiles.

Cuando á fines del siglo XVI el P. Rodrigo de Arce res-

---

(1) Fr. Juan de Talamanco. *Dictamen práctico sobre si se pueden y deben vender á los moros sus moros apresados.* Ms. de la Biblioteca Nacional.

Acerca del P. Talamanco véase la *Biblioteca de escritores de la provincia de Guadalajara*, por D. Juan Catalina García. Madrid, 1899, págs. 512 á 521.

cató en Argel 300 cautivos, fué recibido en Sevilla "con el mayor aplauso que jamás se vió; acompañáronle todas las religiones, clero y cabildos; hiciéronle salvas la artillería de muchos navíos que á la sazon se hallaron en el río; tambien salió á su recibimiento la infantería y milicia sevillana con arcabuces y sonido de cajas y pífanos y atambores, y lo que jamás se ha hecho, si no es á la entrada de Reyes, la Torre del Oro disparó sus piezas para solemnizar este maravilloso rescate„ (1).

Veamos cómo fueron recibidos los Redentores y cautivos en la ciudad de Ceuta el año 1741:

"El estruendo de las campanas previno un numerosísimo concurso. En la plaza del Real Hospital y en su capilla se dió principio á la procesion. Iban abriendo el camino á los golpes de sus ecos todos los pífanos y cajas de la Plaza, y seguían los clarines de la caballería. Distribuidas en hileras las insignes cofradías de San Juan de Dios, San Antonio y Santa Bárbara, iban con las divisas de sus estandartes. Sonaban obsequiosos los oboes y trompas del regimiento de Zamora. La Emperatriz de los cielos se dejaba ver en un estandarte llevado por el Gobernador de la ciudad. En dos filas, precedían los cristianos redimidos y dos Padres Redentores que llevaban en sus brazos un niño y una niña que sacaron de las garras del dragon mahometano, ocasionando con la ternura de este objeto la compasion y alabanzas debidas al Señor. El Prelado caminaba asistido de su cabildo. Celebróse el triunfo por las principales calles de la Almina y ciudad, saludada de los cañonazos que disparaban las embarcaciones; llegóse á la Catedral; uno de los Redentores dió gracias

(1) *Vida del P. Rodrigo de Arce.* Bib. Nac., Mss., T. 319, fol. 2.

en un sermon, cerrando con el *Tedéum* la solemne función de la piedad„ (1).

Era costumbre que los Redentores viniesen á Madrid, trayendo consigo cuantos cautivos querían venir, y que en la corte se celebrase el rescate con pompas religiosas parecidas á las descritas.

XIII

En 1816, una escuadra inglesa, al mando de lord Maitland, se presentó en Trípoli y obligó al Bey á ciertas reparaciones que exigían los Gobiernos de Nápoles y Cerdeña; lo mismo hizo lord Exmouth respecto á Argel y Túnez, pero tan pronto como se alejó se dieron los moros nuevamente á mayores excesos contra los cristianos. En su consecuencia, volvió lord Exmouth con otra escuadra superior, á la que se unió la de Holanda. Las dos combinadas llegaron al puerto de Argel y tomaron posiciones. No respondiendo el Bey al parlamento, empezó el fuego de una manera terrible; todos los buques argelinos fueron incendiados y todas las baterías desmontadas. Al día siguiente suscribió el Bey un tratado por el cual quedaba para siempre abolida la esclavitud de los cristianos; se dió libertad á cuantos de éstos había cautivos y se devolvió lo recibido aquel año por rescates. El siglo XIX, que tantas maravillas realizó, había de ver destruída para siempre la más bárbara piratería que ha ensangrentado los mares.

El número de cautivos rescatados por los Mercedarios

(1) *Breve noticia de la Redención de cautivos que se ha ejecutado en la ciudad de Tánger el año 1741.* Bib. Nac., Mss., L. 206.

en los siglos XVI al XVIII es bastante menor de lo que podía esperarse de una Orden cuyo fin principal era la redención, y que contaba siempre con la piedad general, los intereses particulares de muchos y la protección de reyes y magnates; acaso contribuyera á ello el establecimiento de la Orden en América, donde gastó inútilmente no pocas energías, y la continua rivalidad con los Trinitarios, que dió origen á pleitos inacabables y á recios volúmenes de acaloradas polémicas. El hecho es que, aun admitiendo como exactos los datos consignados por el P. Gari Siumell, el número de cautivos rescatados en la Edad Moderna fué el de 26.000 y pico, muchísimos de ellos con dinero dado por sus familias.

Por si alguno quiere estudiar con más detenimiento la redención de cautivos por la Orden de la Merced, publicamos el catálogo de los manuscritos relativos a tal asunto, los cuales se conservan en la Biblioteca Nacional y hemos consultado para escribir este estudio. Son los siguientes:

1.° Documentos de la redención de cautivos por los Mercedarios en Argel y otros lugares durante los años 1633, 1648, 1660, 1665, 1678, 1725, 1739, 1750, 1779 y 1785. Bib. Nac., Mss. F. 301. Un vol. en folio.

2.° De las redenciones que se han hecho en Granada desde el año 1218, en que se fundó nuestra Religión, hasta el de 1492, en que fué restaurada por los Reyes Católicos. T. 319.

3.° Relación de la Redención que se hizo por los Religiosos Mercedarios en Argel el año 1575. Orig. fol. perg. M. 468.

4.° De la que se hizo en Tetuán y Ceuta el año 1579. Orig. fol. perg. R. 375.

5.° De la que se hizo en los reinos de Fez y Marruecos el año 1609. Fol. orig. P. 330.

6.° De la que se hizo en Tetuán el año 1612. Orig. fol. perg. M. 498, P. 280 y O. 82.

7.° De la hecha en los reinos de Fez y Marruecos el año 1615. Orig. fol. perg. M. 514.

8.° De la que se hizo en el reino de Marruecos el año 1625. Orig. fol. perg. L. 221.

9.° De la que se hizo en Argel el año 1627. Orig. fol. perg. M. 499.

10. De la que se verificó en el reino de Marruecos el año 1633. Orig. fol. perg. M. 473.

11. De la que se hizo en Tetuán el año 1635. Orig. fol. perg. L. 258.

12. De las que se hicieron en Marruecos los años 1640 y 45. Orig. fol. perg. Q. 419 y P. 273.

13. De la que se hizo en Argel el año 1651. Orig. fol. perg. L. 208.

14. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1660, Orig. fol. perg. P. 275.

15. De la que se llevó á cabo en la misma ciudad el año 1667. Orig. fol. perg. L. 212 y 256.

16. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1669, Orig. fol. perg. L. 217.

17. De la que se ejecutó en la misma ciudad el año 1678. Orig. fol. perg. L. 290 y T. 452.

18. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1679. Orig. fol. perg. M. 474.

19. De la que se verificó en dicha ciudad el año 1682. Orig. fol. perg. Q. 407.

20. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1686. Orig. fol. perg. P. 314.

21. De la hecha en la misma ciudad el año 1702. Orig. fol. perg. L. 213.

22. De la que tuvo lugar en la misma ciudad el año 1711. Orig. fol. L. 215.

23. De la que se hizo en Túnez el año 1712. Orig. fol. perg. L. 215.

24. De la que se hizo en Argel el año 1713. Orig. fol. perg. M. 492.

25. De la que se verificó en Argel el año 1723. Orig. fol. perg. M. 451.

26. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1724. Orig. fol. perg. L. 210.

27. De la que se hizo en Túnez el año 1725. Orig. fol. perg. L. 209.

28. De la que se hizo en Argel el año 1730. Orig. fol. perg. L. 216.

29. De la que se hizo en la misma ciudad el año 1739. Orig. fol. perg. L. 211.

30. De la que se hizo en Tánger el año 1741. Impr. 4.° L. 206.

31. Noticia puntual de tres Redenciones que en los años de 1723, 1724 y 1725, hicieron las Provincias de Castilla y Andalucía de el Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos; las dos primeras en la ciudad de Argel, y la última en la de Túnez.

El primer libro consta de 58 folios; el segundo, de 47; y el tercero, de 72. Un vol. en 4.° Autógr. letra del siglo XVIII. S. 517. Obra en extremo curiosa.

32. Libro en que se da razón del empeño que los Padres Trinitarios contrajeron en Argel en 1708 y paga-

ron los de dicha Orden y los Mercedarios en 1709. Orig. fol. L. 208.

33. Relación de las Redenciones hechas en Granada hasta su conquista por los Reyes católicos. T. 319.

34. Relación de la Redención que se hizo en varios puntos de Berbería, año 1660, 4.° perg. P. 272.

35. Colección de documentos para escribir la Historia de la Orden de la Merced; letra del siglo XVII. Fol. L. 219.

36. Documentos referentes á la Redención de cautivos en Argel durante los siglos XVII y XVIII. Orig. y copias de la época; fol. y 4.° L. 251.

37. Memoria de los cautivos que la Orden de la Merced rescató en Túnez el año 1741. Impr. dos hojas en fol. L. 206.

38. Colección de documentos referentes á la Redención de cautivos en Argel y Túnez por la Orden de la Merced durante los años 1703 á 1779. Orig. fol. Q. 429.

39. Historia general de la Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced, por Fr. Felipe Colombo. Orig. letra del siglo XVII, fol. P. 260.

40. Documentos referentes á la Historia, Gobierno y Privilegios de la Orden de la Merced durante los siglos XVI al XIX. Orig. imp. y mss. fol. L. 234.

41. Privilegios que tenían los Religiosos de la Merced sobre preferencia en la Redención de cautivos. Letra del siglo XVIII. Fol. L. 252.

42. Libro de cuenta y razón del cargo y descargo del P. Pedro de Medina como Redentor en los Reinos de Fez, Tetuán y Marruecos en 1609. Fol. orig. R. 308.

43. Listas de cautivos y otros documentos de las Re-

denciones verificadas en los años 1633, 48, 16, 60, 65 y 78, 1725, 17, 32, 79 y 85. Impr. y mss. fol. y 4.° F. 301.

44. Libro de lo que se ha gastado de los bienes de la Redención en Tetuán el año 1640. Fol. R. 365.

45. De la Redención que se hizo en Tetuán el año 1648. Orig. fol. L. 220.

46. De la que se hizo en Tetuán el año 1607. Orig. fol. L. 214.

47. Colección de documentos referentes á las cuestiones de la Orden de la Merced con los Trinitarios sobre preferencia en la Redención. Siglos XVII y XVIII. Orig. y copias. Dos vol. fol. F. 297 y 298.

48. Libro de la Redención verificada en los Reinos de Marruecos y Fez el año 1759. Orig. fol. F. 311.

CAPITULO IV

PRINCIPALES LIBROS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI REFERENTES Á TURQUÍA

Los asuntos de Turquía, que hoy sólo despiertan en España cierta curiosidad cuando llevan consigo resonancia, como la actual guerra balkánica, eran en tiempo de los Austrias hechos que afectaban profundamente los ánimos, de tal modo, que Cervantes, al poner en boca de Don Quijote proyectos que parecían de un loco (1), no hizo más que indicar un gran problema nacional: defenderse á toda costa del poderío turco, que amenazaba nuestros dominios en Italia. Por eso había general deseo de saber noticias de la armada turquesca, que, á falta de periódicos, se divulgaban pronto en relaciones sueltas, y hasta en romances de ciego que el pueblo leía con afán, ó los oía cantar (2). En la Historiografía española de

(1) ¿Hay más sino mandar Su Majestad, por público pregón, que se junten en la Corte, para un día señalado, todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podría venir entre ellos, que sólo bastase á destruír toda la potestad del Turco? *Don Quijote*, parte segunda, capítulo primero.

(2) Citaremos dos de estas relaciones en verso:

Aquí se contienen dos admirables victorias que Dios nuestro Señor ha dado á sus fieles contra los endiablados turcos enemigos de nuestra santa fe. La primera, la conquista de la hermosa Velona. La otra el fortisimo Castilnovo, fuerzas muy poderosas e importantes. Con otras muchas y muy maravi-

aquella época hay no pocos libros impresos ó manuscritos que tratan del Imperio otomano, de sus instituciones políticas y militares, de sus hechos de armas, de su religión y de sus costumbres.

La falta de originalidad es el rasgo distintivo de cas todos estos libros, pues á causa de la guerra permanente entre España y Turquía, sólo algunos cautivos, como Cristóbal de Villalón y Diego Galán, podían hablar de Constantinopla sin recurrir á los escritores italianos; fuentes que aprovechó el aventurero Vasco Díaz Tanco del Fregenal en su *Palinodia Turquesca* (1), aunque él hubiera

---

¡losas cosas que en favor de la santa Liga han acontescido. Contado todo en verso por Gaspar de la Cintera, privado de la vista, natural de Ubeda y vecino de la ciudad de Granada. En Granada, por Hugo de Mena, año de 1572. En 4.°, pliego suelto, escrito en quintillas.

Del mismo autor es el siguiente opúsculo:

Aqui se contienen cuatro nuevos acontecimientos. El primero, la rendicion y fin de un valeroso turco con sesenta navios de remo en Malta la Vieja. El segundo, la venida y conversion de Cidemuza, alcaide de Larache y Alcazarquivir... Impreso en Cordoba, en casa de Juan Bautista Escudero, año de 1572. En 4.°, pliego suelto, también en quintillas.

(1) *Libro intitulado Palinodia, de la nephanda y fiera nacion de los Turcos, y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear. Y de los imperios, reynos, y provincias que han subjetado, y poseen con inquieta ferocidad. Recopilado por Vasco Diaz Tanco, natural de Frexinal de la Sierra. Dirigido al muy alto y muy poderoso principe don Phelippe, nuestro señor, etc. Año M.D.XLVII. (Al final): Este libro llamado Palinodia fue impresso en la ciudad de Orense que es en Galizia, en la impression del propio actor que lo hizo e recopilo.* En folio, letra gótica.

Entre los libros extranjeros, referentes al Imperio turco, más leídos en España durante el siglo XVI, son dignos de mención los que siguen:

Historia universale de l'origine et imperio de Turchi, racolta da M. Francesco Sansovino. Venetia, M.DXXIII. En 4.°, 471 folios.

De rebus Turcarum, ad Franciscum Gallorum Rege... Christophoro Richerio authore. Parisiis, 1540. En 4.°

Paulo Giovio, *Commentarii delle cose de Turchi con gli fatti et la vita di Scanderberg.* Vinegia, 1541.

podido añadir bastante de su cosecha; pero juzgó más fácil compendiar ó traducir lo escrito por el obispo de Nocera, añadiendo observaciones curiosas, como es la relativa al modo con que se debía pelear contra los turcos, en cuyo ejército veía menos disposiciones para la guerra ofensiva que para la defensiva:

"Esta maldita nacion, con la multitud de cavallos, y con el sufrimiento de los soldados, y con la infinita facultad de dineros, yendo las guerras a la luenga podrian poco a poco enflaquecernos, e al fin hacer sus cosas en gran daño nuestro, como suelen usar en otras naciones; y veniendo de presto a las manos, por natural razon la nuestra infantería será victoriosa. Porque dando jornada en un punto, guiandolo Dios se revolverá el dapno del Imperio de todo el mundo„ (1).

Casi las mismas fuentes aprovechó Vicente Roca (2) para divulgar en España el conocimiento de nuestro más

---

Gio. Ant. Menavino, *I costumi et la vita de Turchi con una prophetia et altre cose turchesche.* Firenze, 1551. En 8.°

Petri Gyllii, *De Topographia Constantinopoleos et de illius antiquitatibus libri quatuor.* Lugduni, M.D.LXII.

Libro interesantísimo para conocer los monumentos artísticos de dicha ciudad.

M. Francesco Sansovino, *Historia universale del origine et Imperio de Turchi.* Venetia, 1573.

M. Crusius, *Turco Græciae libri octo quibus graecorum status sub Imperio turcico describitur.* Basileae, 1582. En folio.

L'Ottomanno, del Signor Lazaro Soranzo. Napoli, M.DC. En 4.°, 79 folios.

(1) Capitulo LXXV de la obra citada: *De como no conviene andar con los turcos en escaramuças, ni correrias, mas darles la batalla de presto con grande orden e ánimo.*

(2) *Hystoria en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los turcos, desde su comiençe hasta nuestros tiempos: con muy notables successos que con diversas gentes y naciones les han acontecido: y de las costumbres y*

formidable enemigo en el Mediterráneo. Al mismo fin se tradujeron al castellano con opúculos de Pedro Gentil de Vendome (1) y de Octavio Sapiencia (2).

Tan leído como estos dos libros lo fué en España otro escrito por Moisés Almosnino (3), judío de Salónica, que residió algún tiempo en Constantinopla como comisario de su sinagoga. Tradújolo del hebreo Jacob Cansino, intérprete en Orán, descendiente de una familia cuyos servicios había utilizado ya el Emperador Carlos V, y que pondera largamente, comenzando por los de su bisabuelo,

---

vida dellos. Recopilada por Vicente Roca cavallero valenciano. Valencia 1556. En folio, 153 hojas, más 4 de preliminares.

Acaba la parte histórica en el cap. XX: *De como fue don Hernando de Sanseverino a Constantinopoli por la armada turquesca, y bolvio con ella á sueldo del rey de Francia, y tomo la ysla de Corcega.*

En la segunda parte trata de la religión, gobierno y costumbres de los turcos.

(1) *El successo de la guerra de la potentissima armada del Gran Turco Ottomano Soliman, venida sobre la isla de Malta, por Pedro Gentil de Vendome.* Barcelona, 1566.

(2) *Nuevo tratado de Turquía con una descripcion del sitio y ciudad de Constantinopla, costumbres del Gran Turco, de su modo de Gobierno, de su Palacio, Consejo, martyrios de algunos martyres y de otras cosas notables, compuesto por D. Otavio Sapiencia.* Madrid. Año 1622. En 4.°, 80 folios.

(3) *Extremos y grandezas de Constantinopla, compuesto por Rabi Moysen Almosnino. Traducido por Jacobo Cansino, vasallo de Su Magestad Catolica, Interprete suyo, y lengua, en las Plaças de Oran. Al Excmo. Señor Conde de Olivares, Duque de Sanlucar la Mayor.* En Madrid. En la imprenta de Francisco Martínez. Año M.DC.XXXVIII. En 4.°, 118 folios. Comienza su autor con la relación de cómo fue cautivado por los turcos en el año 1604 y llevado á Túnez; condenado á remar como galeote intentó varias veces fugarse; alcanzó su libertad por mediación del Embajador de Francia en Constantinopla, Barón de Salignat. Su descripción de Constantinopla y de las costumbres é instituciones de los turcos, va mezclada con episodios históricos interesantes, como es la muerte que en el año 1612 sufrieron algunos cristianos por no renegar de su fe. Al templo de Santa Sofía dedica un capítulo (el XVIII) y refiere que en este quiso un fanático matar al Sultán en el año 1614.

también llamado Jacob, que en 1556 estuvo en Fez y Marruecos con cierta comisión del monarca español. La descripción que de Constantinopla hace Almosnino es ligera; á un judío de Salónica, donde la raza hebrea vivía como en su casa, no podía serle agradable la corte otomana, que nos pinta llena de *extremos*, lo mismo en las condiciones del clima que en las costumbres. Mayor utitidad puede sacar el historiador del libro segundo, consagrado á referir, con lujo de pormenores, la muerte de Solimán I y la entrada en Constantinopla de su heredero Selim; relación sumamente parecida á la que hace Diego Galán de cuando fué recibido Ibrahim I con pompa deslumbradora al regresar de una expedición.

Las obras públicas realizadas por Solimán ocupan bastantes páginas en el libro de Almosnino, quien añade noticias biográficas de algunos personajes turcos del mismo tiempo.

Son curiosos algunos datos que contiene acerca de José Nasi, judío cuyos antepasados habían salido de Portugal, y que desempeñó altos cargos en la Corte otomana (1).

---

(1) «Esto le movio [á Soliman] á honrar mucho a Don Ioseph Nassi judio de nacion, viviendo en su lei, no reparando en que lo era, sino en sus servicios, despues de averle hecho merced de Gentil-hombre de su Casa (que llaman Mutsarroca) señalandole cincuenta y cinco aspros cada dia para su plato, y á Don Semuel su hermano, veinte y cinco, aviendole ofrecido (siendo Principe) de interceder con su padre á que le diesse el Ducado de Nacasia, con todas las islas que el Duque passado posseia. Luego que reinó, quando salio de Constantinopla para donde estava el campo (como avemos dicho) iba en su compañia, y llegado á Phelipol le hizo merced del Estado de Nacasia (que antiguamente llamavan Nacason) Paris, y Ante-Paris, Melo, Santorino, y otras islas anexas á estas, que son pobladas, demas de otras yermas, para hazer y deshazer dellas á su voluntad como cosa suya. En una de las quales se edificó antiguamente un templo á

*

Los Nasi eran una familia de judíos españoles que en 1492 se refugiaron en Portugal, donde tuvieron casa de banca. Después emigraron algunos de ellos á Flandes, donde en los años 1531 á 1555 vemos en Amberes dedicados á la misma profesión á Samuel Nasi, Abraham Beuveniste y José Nasi; sus negocios prosperaron de tal modo que fundaron una sucursal en Lyon.

Hacia el año 1536 falleció un hermano de Samuel, que había quedado en Portugal, y su viuda, doña Gracia Nasi, con su hija Reina, y otra cuyo nombre se desconoce, casada luego con Samuel Nasi, de cuyo matrimonio tuyo una hija, llamada Gracia, como su tía, la que años más adelante, habiendo ya muerto su padre, se estableció en Venecia y en Ferrara, y al fin huyó á Constantinopla, donde se casó con su primo José Nasi, quien llegó á ser consejero de Solimán I y siempre se mostró enemigo de Venecia, por las vejaciones que allí había sufrido su familia. Conservó su influencia en tiempo de Selim I y obtuvo la ciudad de Tiberiades, donde pensaba establecer una colonia judía; en 1566 fué nombrado gobernador de las islas de Naxos, Andros, Paros y Santorín, que administró por él un español de

---

Apolo; y dizen, aver memoria del oi dia. Este lugar, en la Comografia que yo tengo escrita, en el comento que hize á la esfera de Iuan de Sacrobosco, que llamé BET ELOHIN (que quiere decir, Casa de Dios) en la casa segunda, cámara cuarta, tengo notado tener de longitud cincuenta y cinco grados y cinco minutos, y de latitud treinta y siete grados y veinte minutos. Despues le aumentó la isla de Andrea (que antiguamente se llamaba Andros) que en el citado lugar he notado tener de longitud cincuenta y cinco grados y treinta y siete minutos, y de latitud treinta y siete grados y diez minutos; todas de muy buena renta y frutos.

Alli besó a su Alteza la mano y le mandó (por medio de Hasan Baxá, su ayo) se bolviesse a poner en orden sus Estados, y escusasse el trabajo de ir mas adelante.» Pág. 77.

apellido Coronel, uno de cuyos descendientes vendió al historiador Jorge Curtius la escritura que á favor de aquél dió Nasi. Este llegó á ser *Muteferrica* del Sultán y recibió obsequios valiosos del Emperador Maximiliano, cuando el tratado de paz del año 1567; del Duque de Orange, y de Enrique III de Francia, que le dió 15.000 libras. Sin embargo, el embajador de esta nación, Mr. Grandchamp, urdió una conjuración contra José Nasi, apoyado por David Naueon, hijo de Moisés Naueon, médico del Sultán, quienes no pudieron derrocar al valido, cuyo favor en la Corte disminuyó á la muerte de Selim. Falleció á 20 de Agosto de 1579. Sus bienes fueron confiscados por Murad IV, quien dejó á la viuda una pensión de 900.000 ducados (1).

El cronista Herrera, tan fecundo como poco original, escribió también una *Crónica de los turcos*, en la que apenas hizo más que traducir del italiano una obra análoga de Juan María Vicentino (2).

---

(1) Cnf. Abrabanel, *Memaine Hayeshua*. Ferrara, 1557.—Alberi, *Relazioni degli Ambasciatori Veneti*. Serie I, vol. III.—Contareni, *De Be'lo Turcico contra Venetios*. Bâle, 1574.—Barrios, *Breve discurso político sobre las expulsiones de los Hebreos*, 1675.—Curtius, *Naxos*. Berlín, 1846.—Carmoly, *Dibré Hayomim Libné*. Francfort, 1850.—Sereno, *Commentari della guerra di Cipro*. Monte Cassino, 1855.—Guarnerius, *De Bello Cyprico*. Bergamo, 1597.—Koenen, *Geschiedenis der Joden in Nederland*. Utrecht, 1843. Bizari, *Cyprium Bellum inter Venetos et Selymum*. Bâle, 1574.—Trani, *Avis judiciaires*. Venecia, 1629-1630.—Levy, *Don Joseph Nasi Herzog von Naxos*. Breslau, 1859.—Villalón, *Viaje de Turquía*, pág. 131, tomo II de la *Nueva Biblioteca de autores españoles*.

(2) El manuscrito original, acabado á 20 de Diciembre de 1598, lo vió Nicolás Antonio en la biblioteca de Cristóbal de Zambrano.

Rotúlase: *Chrónica de los Turcos, la qual principalmente sigue á la que scribio Juan María Vicentino, chronista de Mahometo, Bayasit, y Suleyman, señores dellos. Por Antonio de Herrera, chronista de la Magestad de Philipe segundo, a quien la dedica*. En folio; faltan las hojas 122 á 192.

Hoy está en la Nacional de Madrid, y lleva la signatura vieja de L. 224.

Más interés ofrecen las narraciones de otra crónica, ya del siglo XVII, hecha con varios libros italianos que en ella se citan, fundados en testimonios verídicos. El relato de la bárbara muerte que sufrían los hermanos de cada nuevo Sultán concuerda en todo con lo que escribió Diego Galán de lo sucedido al morir Amurates III y heredar el trono su hijo Mohamed:

"Sultan Morat murio el año 1592 a los 12 de Mayo, a nueve oras de noche; y al punto que el Consejo supo de su muerte, despachó lo más secreto que fue posible por su hijo Sultan Meemet, que era de edad de 34 años, el qual se allava en la Ciudad de Mangenesia, lugar dedicado por la residença del mayorasgo, adonde ay serrallo como el de Costantinopla, y la noche seguiente entró en la Ciudad con muy gran secreto, y truso con el quatro hijos barones, y en llegando fue a veer el defunto su padre, y estuvo con el asta que amanecio, en compañia de sus ermanos, que eran disnueve, y assi mismo con sus ermanas, que eran quarenta y seys, que todos juntos hisieron muy grande resentimientos. Otro dia de mañana fueron las ermanas y se despidieron con dulces abraços y muy grandes lágrimas, y le dieron el parabien del Imperio, suplicándole mirase por ellas y que no echasen menos a su padre, y el abraciandolas no con menos lagrimas, prometio hazerlo assi. Dispidieronse en esta forma y fueron levadas cada una a su quarto, y el quedó con sus ermanos despidiendose de ellos, y luego fueron llamados los mudos y venieron adelante su persona, y el mismo les hizo señal, la que para tan grande espetáculo se acostumbra hazer, y adelante de el fueron todos aogados... y los llevaron donde su padre, y alli por su orden los pusieron a los pies del ataud.„

"A las 12 del dia sacaron el cuerpo defunto, con los de sus hijos, del serallo, acompañados de todos los grandes de su Corte y jente plebea, y el Rey a pie detras de todos, cobierto de luto; lleuaronlos en la meschita que e nombrado de Santa Sofia, donde dexaron el cuerpo del ymperador con los de sus hijos sepultados, despues de echas todas las cerimonias, segun su usanza que acostumbran„ (1).

Los tormentos que sufrían los cautivos en poder de infieles están descritos con vivos colores, pero no fantásticamente, en otro manuscrito de la Biblioteca Nacional; cuadro que no difiere del pintado por Diego Galán al referir lo mucho que había sufrido en Constantinopla y lo que vió en la expedición de los turcos á la Valaquia:

"Quando el Gran Turco va con su numerosso exército contra christianos, entre otros mercaderes siempre va gran multitud de los que compran y venden esclavos; estos, con esperança de comprar nuevos captivos llevan camellos cargados de cadenas, tan largas que pueden caver en vna cadena cinquenta ó sesenta personas ensartadas; estos compran de los soldados á todos los que dexan vivos; esto le es lícito á los que tienen este trato, con condicion que den al Gran Señor la dezima de los que captivaren y compraren; los demas pueden tener para servirse dellos ó venderlos, y no hay mercaderia tan comun, ni de tan cierta ganancia, como tanvien lo fue en-

(1) *Relacion de la ciudad de Constantinopla y de las cosas mas notables que ay en ella, y como se crian los emperadores de los turcos, y moriendo el uno, como se entierra con los hijos, que hace morir antes de tomar posesion el primer génito. Hecha por Geronimo Paronda, entretenido de Su Magestad en Nápoles, con cargo de la correspondencia secreta de Levante.* 30 de Julio de 1631. Ms. del siglo XVII; en fol.—I, 153, 129 á 147.

tre los romanos, porque en esto no puede aver engaño; pocas vezes captivan a los viexos que no son para travaxar, por que no ay quien los compre.

Los que al Gran Turco le caven de su decima los distribuyen desta manera: a los mozos que pueden travaxar los apartan y emplean en la agricultura; a las muchachas y mozas las envian a ciertas casas quellos llaman sarrallos, adonde las enseñan la lengua turquesca y algunos officios de que despues puedan servir. Lo primero que hazen á los niños, que nieguen la religion christiana y que se circunciden.

Tiene el gran turco asalariados grandes fisionómicos que por las rayas de las manos y señales del rostro conocen la ynclinacion, habilidad e yngenio que cada vno tiene; ansi, á los vnos encaminan á que aprendan los officios en que mexor les paresce que se acomodaran; a los que dan muestras de atrevidos y tienen fuerças y ligereza y buen entendimiento, los apartan para la milicia; desde que tienen edad a cada vno dan tres aspros, y de estos comen y visten; danles vn arco pequeño para que con sus pocas fuerças le armen y tiren con el, y tienen vn ayo que con mucho cuydado les haze tirar; el que yerra, quanto más se aparta del blanco, tantos mas açotes lleva, y como van creciendo en edad y fuerças le dan mayor arco. En esto passan la niñez y adolezencia hasta que llegan á ser admitidos en la horden de los solacos, que son los ballesteros. A otros crian y enseñan para ponerlos en el número de los janízaros; tanvien estos tienen sus maestros que los enseñan á esgrimir, á luchar y saltar. A los que son mas hermossos y de mexor parecer los hacen evnucos del modo que esta dicho, y los crian para detestable y horrenda sodomia, y quando se pierde y

marchita la buena gracia y flor de la hermossura los emplean en guardar y servir a las mugeres, ó para otros ministerios domesticos, como en la cozina ó otros semejantes.

Entre las mugeres christianas que captiban los turcos eligen á las mas hermossas para concubinas; á las otras compran para que sirban; á las matronas, a algunas ponen tan feos ministerios que no se pueden explicar con palabras honestas; otras hazen servir en oficios domesticos; otras hilan, cossen, texen lienzos; a todas quitan la livertad y la esperanza de conseguirla en su vida, y las hazen obras para que dexen la religion christiana.

Quando algun turco compra á un esclavo vivo, procura con ruegos, blanduras y amenazas y promesas que se circuncide; si esto haze tiene algo mexor tratamiento; pero de todo punto pierde la esperanza de volver á su tierra, porque en saviendo que lo procura le queman, porque estos renegados se entiende que no huyran...

Quando van captivando en la guerra a los christianos, los que tratan en esto compran a los miserables como si fuera vn hato de ganado; metenlos en cadenas muy largas, ponenles espossas a las manos, y para que no se atropellen los llevan a cada vno apartado vn passo del otro; llevanlos desta manera porque los esclavos no se atrevan contra sus amos, porque diez de estos mercaderes suelen llevar quinientos captivos encadenados, y temen a tanta multitud; ansi, los llevan maniatados; de noche les atan pies y manos y los dexan al frio y al sereno.

A las mugeres tratan con mayor humanidad; las que tienen fuerças van a pie; las que no pueden llevanlas en jumentos; las que van tan dibilitadas que aun no pueden yr cavalleras, las ponen en cestas como a gansos; a las no-

ches lo passan peor, por que las encierran donde no se puedan yr, ó las ponen en parte donde sus amos acudan a satisfazer su bestial luxuria; de noche se oyen lastimossos gemidos que dan muchachos y muchachas de la fuerça que padezen, porque no perdonan ni escussan amagos, y hembras de seis o siete años arriva, porque esta ynfernal, diabolica y bestial gente no se abstiene de la abominable y horrenda sodomia.

Quando es de dia, como si fueran vn hato de ovexas o cabras las sacan a vender a la plaza... el desdichado esclavo ó esclava se tiene de desnudar para que el que lo compra vea todos sus miembros, y los tienten, y se satisfaga si tiene algún defecto en las junturas y artexos; si no se contenta, el miserable captivo se vuelve a su amo, y tiene de sufrir esto hasta que ay quien le compre; quando por su desdicha a llegado quien se contente, le lleva á intolerable captividad para que are ó sea pastor, por no dezir cossas mas ásperas e inumanas, por que son inauditos los exemplos de miserias que entre tan cruel y bestial gente se veen: a algunos hombres, como a bestias unzen en el yugo y los hazen arar; á las esclavas hazen que perpetuamente travajen; no las dexan hablar con hombres, ni con los esclavos (1).

Si captivan alguno con su muger y hixos, á estos los ricos los compran de muy buena gana y los llevan á sus aldeas para que cultiven sus heredades ó guarden ganado; los hijos que tuvieren tamvien son esclavos si perseveran en la religion christiana...

Muy dura y misserable es la vida de los captivos que

---

(1) *De la vida y costumbres de los Turcos*. Ms. del s. XVI; en folio. Biblioteca Nacional, I. 200. Folios 17 á 20.

compran los labradores, mas mucho más trabajossa y áspera es la que padezen los que mercan los pastores, porque tienen de vivir perpetuamente en disiertos de noche y dia, al sol y al ayre; solo su amo y su muger estan recogidos en la choza sin el cuydado de guardar el ganado; les hazen a los miserables esclavos que hagan calças y almillas de aguja, y tapetes; cada mes mudan majadas y van de en monte en monte con sus ganados; los amos que tienen alguna humanidad dan a los siervos algun poco dinero en renumeracion de su travaxo... mas entre los turcos muy pocos usan esta liberalidad con sus esclavos, y si algunos hazen esto, solamente lo dan a sus captivos christianos para obligarlos con este benefficio a que no traten de huirsse, y no vsan esta clemencia con los esclavos renegados, porque saben que en ninguna manera pueden huir, como esta dicho... grandissima es la desventura de los captivos que no saben officio con que ganar de comer; ansi, los letrados, sacerdotes y nobles, que no saven officio, quando vienen en poder de los que los mercaron, los tratan inhumanamente y viven en lastimable miseria; sus amos, como á inútiles no quieren gastar con ellos; ansi no les dan vestidos nuevos; andan llenos de andrajos en invierno, descalços de pie y pierna, por las piedras y nieve; en el estio al sol y al ayre, y no se acavan sus miserias sino con la muerte; con todo esto, quando los llevan a vender, a ninguno de qualquiera condicion, edad, qualidad que ssea, aunque tenga officio, hermosura o buena gracia, si en el camino le da alguna enfermedad, no le dexarán en el messon para curarle, ó que descansse, aunque este muy fatigado y debilitado; con açotes y palos le harán andar, y si para esto no tiene fuerças, le pondrán en un jumento, y si no puede ir sen-

tado le pondrán boca abaxo, y como un costal de paxa le liarán en la albarda del jumento; al que se muere le quitan los vestidos y le arrojan en el primer barranco para que se lo coman los perros y las aves del campo„ (1).

Del mismo origen que estas noticias, ó sea del conocido libro de Sansovino, proceden las que da referentes á la fuga de los cautivos y á los peligros con que tropezaban para recobrar su libertad, confirmadas por la relación de Diego Galán acerca de su odisea hasta llegar á la isla de Candía:

"Los esclavos que estan en Europa más facilmente pueden huir que los que estan en tierras lexos del mar, por la dificultad que hay en pasar los rios, y mucho mayor peligro tienen los que han de pasar el Helesponto, que es el estrecho de Galipoli. Los que procuran huir, por la mayor parte lo intentan cuando hay mieses en los campos, por la comodidad de poder esconderse y tener que comer; caminan de noche; de dia se esconden en los montes ó valles, y quieren más ponerse en peligro de que los coman lobos ó bestias salvajes feroçes, que volver en poder de sus amos.

Los que huyen desde Asia procuran passar el estrecho de Galípoli entre los castillos de Sesto y Abido, que ahora se llaman Bogas Yassar, que significa castillos, que estan en lo muy estrecho del mar, y por alli le passan cuando determinan huyr. Procuran llevar consigo vna hacha y algunos cordeles y jumenas con que cortar leña y atarla con que puedan hazer alguna balsa con que pasar el mar; embarcansse de noche, y si el mar y el viento es favorable en tres ó cuatro horas pasan; y si

(1) Manuscrito antes citado, folios 21 á 23.

esto falta, ó se ahoga ó vuelve á la costa de Asia. Haviendo passado el mar vanse a los montes y rigiendose por el Norte caminan hacia Occidente; llevan consigo vn zurron en que echan bellotas, castañas y algunas yerbas que puedan comer; si son muchos los que huyen juntos, de noche acometen a los pastores, matanlos y llévanse todo lo que hallan de comer, aunque algunas vezes los pastores matan algunos dellos o los prenden, aunque los más dellos acaban en los peligros, ó en naufragios, ó se los comen las bestias, o perecen de hambre.

Muchas y diversas penas dan a los esclavos fugitivos que pueden haber; algunas veces los cuelgan de los pies y los azotan cruelissimamente; a los que en la fuga cometieron homicidio les asan las plantas de los pies, y en las sajaduras echan vinagre y sal; á algunos ponen al cuello vna argolla de hierro con vn virote muy largo, y le traen muchos años.

Los que ayudan y favorezen a los esclavos fugitivos tienen pena de muerte y confiscacion de bienes; mas con todo esto los armenios y griegos encubren y ayudan á los captivos cristianos; múdanles el habito y llévanlos a las naves de venecianos y de los mercaderes cristianos que por sus mares acuden con sus mercancias, y danles lo necesario para su camino, y usan con ellos todo género de humanidad, y dicen que lo mesmo hallan ellos entre los latinos cuando van á Roma ó á Santiago de Galiçia.

Suelen los turcos usar vn cierto género de encantamiento con que piensan que aunque el esclavo se quiera ir, no podrá: para esto ponen en la puerta del aposento donde el esclavo duerme, vna cedulita en que está escripto su nombre y tremendas maldiciones con que le amenazan

si se va, y por arte del diablo hacen que el fugitivo en el camino le acometen los leones, y dragones, ó que el mar y los rios contra el se alteran, ó que por donde va la tierra está con muy obscuras tinieblas perturbada, y con estos asombros se vuelve el esclavo muy temeroso á su amo„ (1).

---

(1) Esto, como lo anterior, es una traducción de Sansovino, según puede verse por el siguiente párrafo:

«Scrivono il nome dello schiavo in una poliza et l'appicano nel padiglione o stanza dello schiavo; poi con certe parole crudeli et scongiuri gli minacciano sopra la vita sua. Onde vien poi che per possanza del Diavolo a colui che fugge pare di dovere incontrare nel viaggio o leoni o draghi, o che'l mare et i fiumi lo inghiottiscano.» *Historia universale dell' origine, guerre et Imperio de Turchi, raccolta da M. Francesco Sansovino.*—Venetia. M.DCLIV.—472 + 522 págs. en 8.—Trata de los cautivos cristianos en las págs. 63 á 66 de la primera parte.

De otros manuscritos que, referentes á Turquía, se conservan en nuestras bibliotecas, citaremos brevemente algunos de la Nacional, en su mayor parte del siglo XVI:

De los hechos de los Barbarrojas. Al muy Illmo. Sr. Don Pedro Alvarez Osorio, Marques de Astorga. Por Francisco Lopez de Gomara. Ms. del siglo XVI; 54 folios. R. 179. Publicado en el *Memorial Histórico Español,* tomo VI.

Relación de la guerra que el Rey de Persia hizo al Turco, año 1553. E. 106, folios 112 y siguientes.

Historia del origen de los Emperadores turcos, por Teodoro Espanduino, traducida del toscano al castellano por Diego de Torremocha, Comendador de la Cámara de los Privilegios de la Orden de Santiago. Ms. del s. XVI; en folio. I. 137, folios 71 á 109.

El estado de la Casa y Corte del Gran Turco, y la horden de su gente de guerra, y de su Contaduría. Escribiola un Caballero de Rodas. Ms. del siglo XVI; en folio. Q. 112.

Origen de los turcos, ó Corónica turquesca, por Iñigo de Sarabia Zumet. Acabada en Septiembre de 1545. Ms. del s. XVI. En folio; 317 hojas numeradas, más otras 40 sin foliación. Q. 112.

Historia de los Tartaros, Moros y Turcos, con otras cosas particulares, por Diego de Soto y Aguilar, criado de Su Magestad. Ms. del s. XVII; 249 páginas en folio. J. 66.

Relacion universal de todo el Imperio Otomano, dividida en ocho libros.

De la biografía de Diego Galán no hemos podido averiguar más de lo que él dice en su libro (1).

Es muy probable que continuase residiendo en Toledo, ciudad en que contrajo matrimonio, y que muriese por los años 1640 á 1650.

Bien leídas las noticias que da Galán acerca del pueblo turco, servirán para depurar lo que hay de cierto y lo que hay de exagerado al atribuír á dicha raza la más bárbara intolerancia, la crueldad más vandálica y el fatalismo más enervante que han concebido las religiones orientales.

Fuera de los episodios guerreros, cuyo ambiente de ferocidad no sobrepujaba al de otras luchas de aquella época, en la vida normal del pueblo turco, según la pinta Diego Galán, hay ciertos rasgos patriarcales y de caridad, bañados con un tinte de resignación y de calma imperturbable (2).

Compuesta por el Maestro Antonio Faxardo y Acevedo. Ms. del s. XVII; en folio, 208 hojas. J. 199.

Su autor dice que se valió de los escritos de Saidino y de Nisri, turcos; de Lázaro Soranzo, Luis Dolce, Vicente Brattuti, Antonio Caboga, Leonardo Aretino, Octavio Sapiencia, Augerio Gisenio, y las relaciones de algunos embajadores venecianos en Constantinopla.

(1) El manuscrito que ha servido para esta edición, y que es único, no parece original, como pensó Gallardo al copiar el índice de los capítulos, incluído luego en su *Biblioteca de libros raros y curiosos,* sino una mala copia hecha á mediados del siglo XVII, y llena de equivocaciones; el amanuense no entendía algunas cosas, y por esto dejó en blanco el nombre de la mujer con quien se casó Galán.

Pertenece á la Biblioteca provincial de Toledo, si bien hoy se halla depositado en la Nacional de Madrid. Es un vol. en 8.º de 256 folios, encuadernado en pasta.

El fragmento del cap. III en que se refiere la tragedia sucedida con motivo de la representación de una comedia en Argel, fué publicada por Gallardo en *El Criticón,* n.º 4, págs. 45 á 48.

(2) Los mismos corresponsales que han presenciado la guerra balkáni-

El estilo de Galán, como de hombre que ninguna instrucción había recibido, es desaliñado, y aun gongorino y de mal gusto cuando se complace en describir la salida del Sol y otras escenas de la naturaleza. Su cultura no pasó de aquella que los hombres del siglo XVI aprendían con el continuo viajar y con el trato de gentes.

Escrita la relación de sus infortunios muchos años después que regresó á España, pues menciona á Felipe IV, hay varias inexactitudes en algunas fechas, como su llegada á Girgenti, que no pudo ser en el año 1600, ya que las bodas de Felipe III y Margarita de Austria se verificaron en el de 1599 (1), el mismo en que Galán llegó á Valencia.

Fuera de esto, su narración parece verídica, salvo al-

---

ca, son de distintos pareceres en punto al carácter moral del ejército turco; uno de ellos escribe: «Les journaux ont porté de nombreuses accusations contre les soldats turcs qui, assure-t-on, auraient pillé les villages chrétiens et massacré les habitants. J'ai traversé un grand nombre de ces villages durant la retraite de l'armée, j'ai séjourné à Tchorlou et à Tcherkeskeuï en particulier. Je puis affirmer que je n' ai assisté non seulement à aucun massacre, mais à aucun acte de violence; et cependant ces milliers de soldats étaient affamés, sentant autour d'eux l'hostilité et les railleries de ces chrétiens, par les frères desquels ils venaient d'être vaincus..... En aucun autre pays du monde, des soldats battus, dépourvus de tout, la plupart du temps sans officiers, ne se fussent conduits avec plus de douceur.»

L'Illustration; 16 de Noviembre de 1912; pág. 385. Artículo de G. Rémond.

El reverso de la medalla lo vemos en estas líneas:

«La rage de l'Islam vaincu à semé, pour la dernière fois sans doute, la désolation et la mort.»

«Saraï, comme Edrikeui, comme Tastarli, brûle encore, Ici, comme partout ailleurs, la rage destructice des vaincus s'est manifestée en incendies et en massacres.»

L'Illustration; 30 Noviembre de 1912. Artículo de Alain de Penennrun.

(1) El catálogo de los opúsculos tocantes á este suceso puede verse en Alenda, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España.* Madrid, 1903, tomo I, págs. 118 á 131.

gún episodio, como la historia de su amigo Pablo (1), que si bien encaja en las costumbres de aquel tiempo, parece cortada por el patrón de muchas novelas cortas y comedias en que se repiten idénticos lances y conflictos amorosos.

Pero todo esto se le puede y aun debe perdonar leyendo la hermosa página que dedica al Partenón; sencilla, pero llena de entusiasmo. La España del siglo XVI, tan vilipendiada por quienes jamás la estudiaron á fondo, produjo aquellos aventureros, autodidactos, henchidos del más profundo sentimiento religioso y de un patriotismo que hoy es cada vez más raro; que sabían, además, con instinto generoso, admirar las grandes obras clásicas, por una estética no aprendida en los libros, y mezclaban en su rico espíritu el suave perfume del cristianismo con la luz esplendorosa y eterna de la civilización griega.

MANUEL SERRANO Y SANZ.

Madrid, 24 de Febrero de 1913.

---

(1) Segunda parte, capítulos XII y XIV.

RELACIÓN DEL CAUTIVERIO Y TRABAJOS DE DIEGO GALÁN, NATURAL DE CONSUEGRA Y VECINO DE TOLEDO, DONDE SE REFIEREN LAS COSTUMBRES Y CEREMONIAS DE LOS TURCOS, ALGUNAS CONQUISTAS EN QUE SE HALLÓ EL AUTOR, CON OTRAS MUCHAS COSAS NOTABLES QUE VIÓ Y LE SUCEDIERON EN EL ASIA Y OTRAS PROVINCIAS DE EUROPA SUJETAS AL TURCO

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE DA CUENTA CÓMO SALIÓ DE CASA DE SUS PADRES

Pocos días después de haber descansado en mi patria de los trabajos del cautiverio, me persuadieron algunos amigos á quienes conté algunas cosas de Turquía, que compusiera un libro, y hallándome corto de ingenio para empeño igual, por haber consumido el tiempo de mi juventud en poder de infieles de diferentes lenguas y costumbres, no me atreví á escribir cosa que saliese á luz; pero tornándome á importunar, diciendo que por cosa nueva y rara se supliría la tosquedad de la pluma, me determiné dar á la estampa algo de lo que pude apercibir, y encomendar á la memoria en las jornadas que hice por mar y tierra, aunque las más fueron por mar, asido á un remo de la galera de mi propio amo, y de las grandes misericordias que Dios nuestro señor usó conmigo, librándome de muchos peligros de alma y cuerpo en dos años de cautiverio, y uno y quince días que me detuve en llegar á mi patria desde Turquía; y la mayor merced

que Dios nuestro señor usó con su liberalidad y largueza fué librarme en tan tierna y inocente edad, dándome valor y fuerzas para no dejar la santa fe católica, como la han dejado infinitos cristianos, unos fingidamente con propósito de volver á su tierra en hallando ocasión; otros por ignorancia, y otros de malicia, por no trabajar y pasar vida ancha; en fin, por su santa bondad é inmensa magnificencia me libró de caer en tal ceguedad y abismo en que están encenagados tantos bautizados, y atollados en aquella mala secta y pernicioso cieno.

En el año del Señor de mil y quinientos y ochenta y nueve salí de la villa de Consuegra, patria mía, siendo de edad de catorce años, sin más fundamento de ir á ver mundo, guiado de mi inclinación que me llevaba á padecer los trabajos que Dios me tenía guardados por mi bien. Parecióme, como es verdad, que para valer era necesario salir de mi patria, la cual siempre es madrastra para sus hijos y madre para los extranjeros, y reconocí, bien que tarde, que nunca se conoce el bien hasta perdido; y caminando hacia el Andalucía, en Sierra Morena, una tarde, al tiempo que el rojo pastor de Admeto, dilatando las sombras apresuraba su curso por la lúcida eclíptica, deseando descansar en el marítimo albergue donde la hermosa Tetis con las ninfas y nereidas le prevenían lechos cristalinos en que cobrase nuevo aliento para hacer otra salida en el antártico polo, hallándome fatigado del camino me asenté é hice recopilación de mi vida y discursos de ella; intenté volverme, por no ir apercebido para tan largo viaje, pues no llevaba coto, y entonces conocí cuánta diferencia hay entre el hambriento y harto, porque todas las aflicciones comiendo se mitigan; donde el sustento falta no sobran felicidad, gusto, ni con-

tento; sin comer, todos riñen, sin conocer la causa; ninguno tiene culpa y á todos les parece ser culpados; todos trazan maquinando torres diamantinas en el viento; vime, como digo, con gana de cenar y sin tener que llegar á la boca, fuera de agua fresca de una cercana fuente; estaba perplejo sin determinar qué puerto tomaría: lo que por una parte me agradaba, por otra me acobardaba; hallándome entre miedos y delirios, el barranco á los ojos, y carniceros lobos á las espaldas, anduve mortal hasta que cerró la noche, y con ella mis pensamientos; entregueme al sueño, porque las tristezas siempre quiebran en la dulzura de Morfeo, como lo dió á entender el montañés, que aunque es cuento antiguo, en esta ocasión viene de los cabellos, aunque es fuerza que sea á pelo; iba, pues, á enterrar á una hermana suya, descalzo y con señales de melancolía (en aquella tierra distan las casas unas de otras muy apartadas de la iglesia) y pasando por la taberna vió vender vino blanco; fingió quedarse á una necesidad corporal y dijo: anden Vms. con la desgraciada, que en dos saltos los alcanzo; y entrando en la taberna, de un polvo en otro se levantó tal polvareda que se quedó dormido; los del acompañamiento, á la vuelta, viéndolo tendido le recordaron, y él todo turbado dijo: perdonen sus mercedes, que, voto á nuestro Señor, no hay cosa que tal sed y sueño ponga como melancolías; así yo, casi cuando iluminaba con sus lucientes rayos el hermoso desprecio de la ingrata Dafne, alma del mundo y cuarto planeta, la celeste casa de los dos hermosos hijos de Leda, hermanos suyos, que por partir entre sí la divinidad con premisión de su poderoso padre fueron colocados en la tercera mansión del zodíaco, no sé si despertara, si el miedo de un muchacho que

iba también perdido como yo, no me recordara llamándome, que el verme de su igual le dió motivo para despertarme por llevar compañía hasta Jaén, para ver la Verónica, que la enseñan el día de Nuestra Señora de Agosto; en fin, fuimos juntos, que fácilmente se conforman dos de una profesión, yo y mi compañero Felipe, y en breve tiempo llegamos á Jaén, y habiéndola visto determinamos de marchar para Málaga, á la cual dimos vista sin sucedernos cosa de importancia en el camino, y el propio día que vimos sus muros y calles, estándonos paseando á la lengua del agua, viendo los navíos y lanchas de pescadores que llegaban á tierra, cubiertos de diferentes pescados despertadores del apetito, se acercó á nosotros un soldado, al parecer hombre de bien, y nos preguntó de qué país éramos; respondimos ser de tierra de Toledo, y luego comenzó á decir: ¡oh qué bella tierra!, y que no había nacido en ella hombre cobarde, lisonjeándonos diciendo le parecíamos de gente honrada y noble, y que mejor nos estaría ir á Orán por soldados, que no aguardar á que la infame necesidad nos obligase á servir, pudiendo ser señores, y que aunque él tenía poca mano con el capitán de su compañía, con todo eso hablaría por nosotros y haría que nos recibiese en su bandera; al fin, tantas cosas nos dijo con tan lindo modo, que nos obligó á entrar en la tarazana donde se había enarbolado la bandera de dicho capitán, y como que nos hacía gran merced le dijo: v. md. me la haga de recibir estos dos mancebos en su compañía, que me han parecido hombres honrados; y el grandísimo bellaco era engañador de inocentillos como yo y mi compañero, que nos estábamos con la leche en los labios, y aunque al principio el buen capitán hizo su papel, condescendió breve-

mente con su gusto porque no se fuera la presa de entre las garras, y al punto que nos tuvo alistados en el libro nos dió á cada uno tres ducados de paga, con los cuales nos hizo comprar espadas, y antes que anocheciera nos embarcaron en una saetía donde había otros soldados, y aun no había ausentádose Apolo para repartir sus luces á los antípodas, cuando se levantó una mareta sorda con un poco de levante que corría, que á mí, como nuevo en tal profesión, y como sustentado con miel rosada y huevos frescos, más regalado que hijo de viuda rica, me mareó de suerte que no me podía tener en pie, rindiendo todo lo que había comido, dándome tal calentura que estaba como loco, lo cual paró en tercianas (1) que me pusieron á los umbrales de la muerte, en tanto extremo que el alférez, compadecido de verme tan debilitado pidió y suplicó con veras á don Pedro Verdugo, caballero del hábito de Santiago y pagador general de la gente de guerra, para que diese licencia que me sacasen del navío y dejasen en un hospital; no la quiso dar, antes colérico dijo: si se muriere, échenle en la mar; y desta resolución, he considerado después que tengo uso de razón que no quiso la majestad divina que aquel caballero diese permisión, porque tenía ya determinado, por mis pecados, lo que había de padecer entre infieles, y las penas que mis padres habían de pasar por mi esclavitud y cautiverio; pero son secretos juicios de Dios por dar en que merecer á sus criaturas, y cuando nos parece son castigos, son misericordias, y por tal las entiendo, porque por fuerza, el tiempo que estuve en la prisión domeñado, lo hubiera consumido en España, malgastado en

(1) En el ms., *trecianas*.

cosas de que no podía resultar honra á mi linaje, y estimo en tanto los trabajos padecidos, que si fuera posible conmutarlos á dinero no los diera por diez mil escudos; pero lo que hasta hoy aprieta mi corazón ha sido y es las penas que mis padres padecieron por mi ocasión; finalmente, al cabo de veinte días de embarcación partimos de Málaga, si bien con mi enfermedad, navegando para Orán, y á dos días de navegación (que nunca dura más el bien, y siempre los males é infortunios vienen asidos unos de otros como cerezas) nos calmó el viento á vista de Berbería, cerca del cabo de Tres Forcas, de donde salieron ocho galeotas turquescas de la ciudad de Argel, cuyo capitán, como después supimos, era Harrahut Mami, renegado albanés, y en el instante que el patrón de nuestro navío descubrió bajeles de remo, dijo: perdidos somos; y comenzó á afligirse, ayudándole todos, y más tres mujeres que con tiernos sollozos aumentaban la turbación en que estábamos metidos y engolfados; yo estaba aturdido con la enfermedad, y con el llanto y lástimas que todos hacían, pareció que milagrosamente se me quitó el mal, dándome tal hambre que me comí medio pan que hallé á mano, y lo que á los demás sirvió de congoja y pena, á mí de alivio y salud, que al fin, como dice el adagio, no hay bien sin él, ó no daño ni mal que por bien no venga; en esto llegaron las galeotas y cercando el navío dijeron con algazara: ¡ah maligna canalla!, tirando gran suma de flechazos; yo, que no me había visto en semejantes tragedias, viendo las galeotas con las palamentas, árboles, entenes, popas, y proas, todo de colores, tantos turcos con arcos y flechas, y tantos cautivos en cueros asidos á los remos, me quedé absorto, pareciéndome era llegado mi fin; no dormían los

turcos, pues abordando al navío, con nuestra propia barca iban pasando la gente á sus galeotas; en este tiempo se acercó á mí un turco tan grande y fornido como el gigante á quien derribó David, el cual era arraez de una de las ocho galeras, y comenzó á halagarme pasando la mano por el cabello, diciendo: no tengáis pena, gentil hombre, que no os harán mal; yo, con el susto que tenía no le acerté á responder palabra, como muchacho enfermo y de poco valòr; luego llegó otro turco y asiéndome de un brazo dió conmigo en la barca y me pasó á una de las galeotas, llevándome á la camareta de popa donde habían encerrado á una de las tres mujeres, la cual me consoló, y el despensero, que era cautivo cristiano, viéndonos á mí enfermo y á ella mujer, nos regaló, con que cobramos algún aliento, yendo perdiendo el miedo. Pasada al fin toda la gente á sus galeras, aviaron el navío para Argel, el cual iba cargado de vino, otras cosas y presentes que llevaba de Málaga, y con sus ocho galeotas se vinieron acercando á las costas de España, y no hallando qué robar, derribaron á poder de arcabuzadas tres atalayas, gastando en ello mucha pólvora, y sólo cogieron en la última un viejo y un muchacho que por descuido se habían quedado en ella, y yo me acordé del filósofo que sólo tenía una lechuga que comer y decía afligido: ¿habrá otro en el mundo más infelice que yo?; y halló el desengaño bien apriesa, pues volviendo los ojos vió otro filósofo que cogía las ojas que él arrojaba; así yo me consolé viendo el trabajo que llevaba el nuevo cautivo anciano; en fin no hallaron más que robar porque la gente de las otras había huído la noche antecedente, y se quedaron burlados los galgos; no contentos con lo dicho fueron corriendo toda la costa, hasta el

reino de Valencia, pasando á Cataluña y volviendo á las islas Formenteras y Ibiza y Mallorca, y visto que no topaban nada que pillar, dieron la vuelta para Argel, donde desembarcaron.

CAPÍTULO II

EN QUE CUENTA EL AUCTOR CÓMO FUÉ VENDIDO EN ARGEL, Y LO QUE PASÓ EN AQUELLA CIUDAD

Desembarcamos, como dije en el capítulo antecedente, en la playa de Argel, adonde nuestros amos descansaron tres días, al cabo de los cuales nos fueron llevando al zoco á vender, para hacer las particiones, y es costumbre que después de rematados los esclavos, los llevan á todos ante el Bajá que gobierna aquel reino por el Gran Turco, el cual tiene preeminencia de apartar para sí, por el tanto, los que le parecieren mejor. Digo, pues, que el primer día que nos sacaron á la plaza, me asió del brazo un turco pregonero, dando pregones y vueltas por la plaza, y me trujo un cuarto de hora, y algunos me llegaban á mirar y á preguntar si tenía algunos achaques, y me hacían pasear por ver si era cojo, ó tenía alguna manquedad, tentándome los brazos y mirando la dentadura; yo consideraba que lo propio se hace en España cuando venden un jumento, y daba gracias á Dios por los trabajos que su divina Majestad me enviaba, pues todos iban enderezados para mi mayor bien si me quisiera aprovechar de ellos; por todo le debemos dar gracias, pues es señal

que no se olvida de nosotros; á mí me comenzaron á venir y me siguieron sin dar un momento de espacio desde que comencé á caminar, y así en todas partes nunca me faltaron; mas no eran éstos de los que Dios envía, sino de los que yo me buscaba; hay gran diferencia entre unos y otros, porque los venidos de la mano de Dios son minas de oro finísimo que con trabajo pequeño se pueden descubrir y hallar; mas los que los hombres nos tomamos por sólo nuestra voluntad, son píldoras doradas que engañando á la vista con apariencia falsa de sabroso gusto, dejan el cuerpo descompuesto y desbaratado; son verdes prados llenos de ponzoñosas víboras; son piedras al parecer de mucha estima, y debajo están llenas de alacranes; muerte eterna que engaña con breve vida. Mas volviendo á mi historia (no me calumnien que de relator me vuelvo predicador) digo que siempre hay consuelo en las adversidades, como se vió en mí, pues llegando un buen viejo cristiano me preguntó de dónde era, y habiéndole dicho mi patria, me dijo con cariño si había almorzado, é informado que no, se fué el honrado viejo, y de allí un rato tornó con más de tres libras de buñuelos á uso de aquella tierra, y carne asada, lo cual comimos y dimos gracias yo y mis compañeros, agradeciendo la caridad con que nos refrigeró en medio de tantas infelicidades.=Al cabo, pues, de tres días que estuvimos en pregones, llegó á mí un renegado, y preguntándome lo ordinario, le respondí que era de Toledo, y él dijo que también era de mi tierra, y me dió señas de los barrios, conventos y grandezas de ella, diciendo que por ser de una tierra, si quería me compraría; yo le respondí que hiciera en todo á su voluntad y gusto, el cual me puso en trescientos y cincuenta doblas, que confor[me] lo que después supe eran

ciento y cincuenta ducados de España, que fué el último remate, y acabados todos de vender y rematar, nos llevaron ante el bajá, que seríamos una docena, para que, como he dicho, escogiese los que le dieran gusto, de los cuales escogió para sí, por el tanto, á un capón, y á un mancebo de Granada, y á dos mozos andaluces, y luego fué llamando á cada uno de por sí, preguntándole lo que le parecía, y persuadiéndole con eficacia se volviese moro, y no fué en vano su trabajo, pues redujo á su secta al mozuelo de Granada, que se llamaba Luis, y al capón de Fuencarral; el primero se llamó Mustafá, y al capón le pusieron por nombre Ferrat, los cuales pararon en lo que después contaré. Tienen por opinión aquellos ciegos bárbaros (entre sus desatinos) éste que es más enorme: afirman que ofrecen á Mahoma muy grato sacrificio siempre que por grado ó fuerza atraen á alguno á su maldita secta (1); así, entonces el bajá quedó muy contento, y preguntó si había más cautivos; dijéronle que allí había quedado uno, que era yo (que sola esta vez se me dilató el pesar algún espacio) y haciéndome entrar á su presencia, vi al bajá con tanta majestad que se me representó á Poncio Pilatos; estaba sentado en un estrado de alcatifas de Fez, sobre cojines de brazados, con un ropón enforrado en finas martas, y un soberbio turbante de delgadas tocas, y alrededor los turcos de su guarda con alfanjes y flechas; preguntó: y tú, ¿de qué tierra eres?; yo dije: de Toledo; y él, en muy mal español, replicó y dijo: ¿querer volver moro?; yo le respondí: no, señor; y él con cólera infernal me dijo: ¿por qué, perro?; yo le repliqué: mis padres son cristianos, y en mi linaje no ha

(1) En el ms., *seta*.

habido moro alguno, y no tengo de deslustrar su sangre con tal mancha; él más endemoniado dijo: andar allá dentro, perro, que no estar el mel para el bozo del asno. Miren, pues, á qué delicias y regalos me convidaba, sino á penar para siempre, careciendo de la vista de nuestro Redemptor. Con esto volví á salir donde estaban los demás, y vi que los renegados que estaban en palacio tenían cercados al capón y á Luis, y les estaban dando parabienes del acierto que habían tomado en elegir la secta del desdichado profeta Mahoma; aquí, confieso, me dió tal cólera de ver y oír las blasfemias que aquellos pérfidos decían contra la fe, que me quedé embelesado, y no sé si volviera del éxtasis si no llegaran diciendo con algazara: y tú, ¿haste vuelto moro?; yo dije con desenfado: primero parará su curso en la celeste esfera el hermoso Delio, y estaran en paz y recíproca unión los cuatro elementos, y los peces de ese mar andaran vagando por la región del viento, que yo olvide á Dios mi criador y redemptor, y esto no confiado en mis fuerzas, sino en su bondad inmensa, que pues me libró de la persuasión del bajá, también me sacaría de aquel aprieto; ellos más indignados dijeron: ¡perro!, aunque no quieras, y cuando no haya otro remedio te han de retajar por fuerza. Combatieron mi navecilla muchos cierzos por largo tiempo, y el demonio hacía su oficio poniéndome por delante, á una parte los trabajos, penalidades é infortunios que había de padecer si no renegaba, y por otra las felicidades, descansos y contentos que tendría y de que gozaría dejando la fe de Dios, cosa que por ningún humano bien yo desamparara; y por otra la libertad, cosa que más aprieta el corazón de un cautivo, porque es de modo la congoja que si faltase esperanza, dudo poder conservar

la vida, y por esta parte me combatía más que por falta de fe, persuadiéndome que si renegase, otro día, con la libertad que gozan los renegados cuando llegan á robar á tierra de cristianos, con facilidad se pueden quedar en ella, y pedir misericordia á los señores inquisidores, como algunos lo han hecho, y son zancadillas y redes que tiende el maldito por cogernos y enlazarnos con vicios sensuales, prosperidad de hacienda, y amor de mujer é hijos, que los más se casan; y por este camino los pesca y restringe viniendo á morir en pecado sin poder ser remediados. Después de muchos combates que me dieron los renegados tornó el bajá á darme otra ruciada, deseoso de ganar la indulgencia que le concedía Mahoma si me volvía y pervertía de nuestra santa fe, el cual entró por género de halagos, diciendo que si no me volvía moro, tenía lástima á la mala vida que había de pasar remando en las galeras, dándome palos, pasando mal y vistiendo peor, todo lo cual ahorraba volviéndome turco, y andaría bien vestido y sería estimado en toda la ciudad; fué Dios servido por la largueza de su misericordia que nunca da los trabajos si no es según la capacidad de la persona á quien van enderezados, de darme fortaleza, aunque muchacho, para resistir hasta que el bajá y renegados se cansaron de catequizarme, y el demonio de tentarme, porque Dios me tuvo de su mano y el santo ángel de mi guarda no me desamparó, porque cuando el demonio me tentaba que renegase fingidamente, poniéndome por delante la facilidad de la salida, el ángel me abría los ojos para que conociese la deshonra que á mis padres se seguía, que no hay cosa secreta, porque apenas había llegado á mi lugar cuando hubo quien me había conocido en Argel y Costantinopla, como después

diré, y hubiera quedado muy feo, aunque más importaba la ofensa de Dios, á quien doy infinitas gracias por las grandes mercedes que usó conmigo en todo el discurso de mi cautiverio, como se verá por esta historia. En el palacio, pues, el bajá me ocupaba en lavar la ropa, barrer la casa y en otras cosas que me mandaban, y todo lo llevaba con paciencia, esperando que algún dia conseguiría la amada libertad; en fin, todas las noches llevábamos al bajá yo y otro moro florentín, en una silla, á la casa de las mujeres, hasta ponerle en la sala donde estaban la sultana y una hija que tenía muy hermosa, con mucho adorno de joyas y vestidos, y á la mañana volvíamos á la casa que llaman de los hombres, donde estaba todo el día dando audiencia á los negociantes (por cierto, afrenta de los jueces que tienen conocimiento de Dios y de sus santas leyes, pues éste, siendo falto de la luz evangélica, no faltaba un instante á sus obligaciones); hase de advertir que allá todos los señores principales tienen sus mujeres en casa aparte, con sus guardianes, que son los eunucos, cortadas las partes impúdicas, como hizo el bajá, que viendo por suyo al capón infelice de Fuencarral, y que ya era renegado, le persuadió á que se dejase cortar la cresta y sería guardadamas y andaría bien vestido y regalado de la sultana; el pobre capón, con las ofertas y promesas consintió en lo rogado, y en parte me holgué por ver que había olvidado nuestra santa fe, y este fué el primer trabajo que padeció por haberla dejado. Sanó y luego entró en el oficio de guardar las mujeres, y andaba vestido muy galán con un baquero ó almalafa de damasco de colores diversas, pero todas las veces que llegaba á platicar conmigo, me daba á entender que había renegado fingidamente, y que en lo in-

terior era cristiano; y lo propio me decía Luis el de Granada, que como he dicho se llamaba Mustafá, y que tenía esperanzas de volver á tierra de cristianos; ya diré en qué pararon sus locos devaneos. Yo los animaba lo mejor que podía, poniéndoles por delante la misericordia de Dios, pues nos tiene tal amor que dejará las noventa y nueve ovejas por ir en busca de la que va huída de su aprisco y rebaño, y pasaba mi cautiverio conforme siempre con la voluntad del Señor, rezando todas las noches el rosario á la sacratísima Virgen María señora nuestra (devoción que me sacó de en medio de tantos trabajos) rogándola me amparase en tantas aflicciones, y rezando otras devociones que mis padres me enseñaron, confiado siempre en que Dios, como sacó á San Pedro de las prisiones, y como libró á los niños del horno de Babilonia, me daría la libertad y pondría fin á tantas penas, aunque yo no lo mereciese por mis culpas y pecados graves.

CAPITULO III

EN QUE SE CUENTA UNA TRAGEDIA QUE SUCEDIÓ A UNOS CAUTIVOS ESTANDO EL AUCTOR ALLÍ

En el baño del bajá, que es donde están recogidos los más cautivos que hay en la ciudad, adonde estaban al presente quinientos y cincuenta que tenía mi amo, y se juntan otros muchos de particulares, de diversas naciones y provincias, y ordinariamente se aunan españoles con españoles, italianos con italianos, y así todos los demás de una región y provincia, y se entretienen unos con otros, sucedió que los italianos, por aliviar sus penas, hicieron una comedia de Santa Catalina de Sena, con la cual se entretuvieron una tarde; los españoles, visto que los italianos se habían holgado con la farsa, tuvieron envidia, vicio el más antiguo del mundo, pues la serpiente, envidiosa de que gozase de silla que ella había perdido por soberbia, tentó á Eva, persuadiéndola á que comiese de la fruta, cosa que nos hizo esclavos del pecado y feudatarios de la muerte; como se vió en Abel, al cual mató su hermano, envidioso de que su sacrificio fuese acepto

ante la divina Majestad, del cual no hay poderse librar, porque del mentiroso nos podemos librar no hablando con él; del soberbio, no igualándonos con él; mas al envidioso no basta huirle, ni menos halagarle, y es tan atrevido este vicio que no hay homenaje que no escale, muro que no combata, potencia á que no resista, ni hombre á quien no acometa, y es con tanto extremo que si hubiese un varón en quien se hallase la fortaleza de Sansón, la sabiduría de Salomón, la ligereza de Azael, la hermosura de Absalón, las riquezas de Creso, la liberalidad de Alejandro, y el amor y celo de la patria de Cicerón, no hallará industria para librarse de ella; en fin, los envidiosos son discípulos del demonio, pues no ha habido criatura más envidiosa que él en cielo y tierra; no mira provecho propio, como se vió en Saúl, que aunque tenía provecho en David le procuraba la muerte, y con ser tan gran pecado no le castiga la justicia, ni se ha oído decir pregón que publique y diga: á este hombre, por envidioso; y está bien advertido no castigarlo, pues es su mayor castigo los aumentos del envidiado; en fin, envidiosos ordenaron de hacer otra comedia de la toma de Granada, repartiendo á cada uno papel según su sujeto, y después de estudiada, apariencias y armas como de pobres cautivos, porque tenían morriones y petos de papel, espadas de palo, y á este modo todos los demás peltrechos de guerra, y la persona que había de hacer el papel del rey don Fernando, no contento con armas de papel (principio de la futura desdicha) intentó que un capitán inglés que aquella sazón estaba en el puerto de Argel (que entran allí de paz los ingleses) con una industria que buscó pedille prestado un peto, espaldar, morrión y espada, para lo cual se valió del favor del

doctor Joan Blanco (1), natural de Orihuela, que también estaba cautivo, el cual doctor tenía estrecha amistad con el capitán inglés, que se llamaba Joan Tutón y le había hecho buenos tercios en Sevilla, pidiéndole un billete para el inglés, diciendo que porque los cautivos se querían holgar haciendo una representación, le hiciese merced de prestalle las armas referidas; con este billete bajaron al muelle dos cautivos y en el esquife pasaron al navío inglés y dieron el billete, sin advertir que estaban merendando con el capitán dos turcos (que siempre las desdichas, si han de venir, se dan las manos unas á otras) y habiendo leído el billete les dijo de palabra (valiéndose de la sentencia que dice, con lo que uno se defiende, no lo ha de prestar en tierra de sus enemigos): digan vuestras Vms. al señor doctor Joan Blanco que le beso las manos, y que en tierra ajena no puedo prestar mis armas; por la cual respuesta maliciaron los turcos que estaban merendando con el capitán, cargados los cascos, que los cautivos se querían alzar con la ciudad, pues iban á pedir armas al inglés, y sin detenerse un punto salieron del navío entrando por la ciudad, dando voces ¡al arma, al arma! que los cautivos se quieren levantar con Argel; y en un instante se movió tanta confusión y alboroto contra los pobres cautivos, que parecía haber llegado nuestro fin, porque los genízaros y gente común que no tenían esclavos, á diestro y á siniestro mataron á algunos que toparon por las calles seguros de tal fracaso, y mataran

(1) Razones cronológicas, y otras aún más graves, impiden confundir á este personaje con el doctor Juan Blanco de Paz, natural de Montemolín, delator de Cervantes, como éste hizo constar en su *Información* del año 1580, relativa á su cautiverio en Argel, publicada en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, tomo XII, págs. 345 á 397.

más si los dueños no los escondieran como hacienda suya, hasta saber la ocasión de tal rigor; luego cogieron á los que habían llevado el billete y dándoles tormento confesaron que para hacer una comedia, con orden del doctor Joan Blanco habían ido al navío y pedido al inglés las armas referidas; vista la confesión por el bajá, mandó traer á su presencia al doctor Joan Blanco, y así como le vió dijo: ¡perro! si no dices la verdad te tengo de hacer pedazos á tormentos; y aunque confesó lo propio que los demás, le dieron crueles tormentos, visto lo cua por el pobre doctor y que padecía sin culpa, dijo al bajá: para que tu alteza [se] desengañe haga traer los petos, morriones, espadas, y vea cuál es, que todo es de palo y papel, que estaban apercibidos para la comedia, y echará de ver cómo no hay malicia; y al punto mandó el bajá que fuesen por ello, y traído á su presencia, parece que mostró algún género de desengaño, mas era tanta la turba de la gente bárbara que daba voces diciendo: ¡mueran todos!, que el bajá, no pudiendo resistir la bárbara fuerza del vulgacho les entregó á seis de los comediantes para que hiciesen en ellos su gusto, reservando al doctor Joan Blanco porque estaba concertado su rescate en tres mil ducados; cantidad que le valió la vida. Luego el pueblo bárbaro se entregó en los infelices cautivos ejecutando en ellos más tormentos y crueldades que se cuentan de Diocleciano, emperador de Roma, pues arrastraron á uno atado á las colas de cuatro caballos, á otro empalaron, á dos ahorcaron á la puerta de Babazón, y á los otros dos quebrantaron los huesos con mazos de hierro á la puerta de Babalvet, y estos dos últimos eran andaluces, y se llamaba el uno Alonso de Vera, hombre gracioso, y el otro Joan de Buendía, los cuales habían sali-

do juntos de España, y los cautivaron juntos y eran de un propio amo que se llamaba Chafort, genovés renegado, y habian remado juntos, y juntos fueron á gozar de Dios, adornados con la preciosa corona del martirio.

CAPITULO IV

EN QUE DA CUENTA DIEGO GALÁN DE UNA JORNADA QUE HIZO SU AMO AL REINO DEL CUCO Y DE LAVEZ

En el año de mil y quinientos y noventa y dos se le ofreció á mi amo hacer una jornada al reino del Cuco y de Lavez, los cuales dos reinos están sujetos al virrey de Argel (que como he dicho está puesto por el Gran Turco) y tienen obligación estos reinos de pagar cierta cantidad de fondo en cada un año, cuya administración está á cargo del virrey de Argel, el cual lo gasta y dispende en pagas de los genízaros y demás gente de guerra que hay en el reino, con lo cual, por el diezmo de todo lo que roban por la mar los corsarios, tiene obligación de cumplir todas las pagas, y no haciendo diligencia le es fuerza suplir con su hacienda la falta, razón que obliga á los virreyes servirse de los genízaros ocupándolos en jornadas que los más años se les ofrecen. Saliendo contra los dos reinos arriba referidos por ocasión que se rebelan con pequeña causa por no pagar lo acostumbrado, [y] esto procede de que aquellos dos reyes no tienen estabilidad de vasallos, porque son bárbaros y alarbes y no tienen asiento en parte alguna, ni fundan poblaciones, más que

unos aduares á modo de barracas, que son á traza de tiendas de campaña á donde se recogen á dormir ellos y sus ganados, y si en una parte les parece que no ha de haber buen año por la falta de pluvias, se mudan y van á otras tierras que saben abundan de lo necesario; los cuales andan en cueros, salvo unas almalafas que cuando van camino, si les cogen de repente las inclemencias del cielo, no dándoles lugar á que armen sus barracas, y si las arman son tan pocas las que llevan por ir más á la ligera, que no hay para la tercia parte de la gente, porque siempre acostumbran ir juntos, se las quitan y doblan, asentándose encima de ellas, y pasada la tempestad se las ponen, quedando enjutos, cosa que no va muy fuera de camino, ni es la más bárbara de que ellos usan, y corren un caballo en pelo tan cosidos con él, que les pueden envidiar los más lucidos jinetes de las cortes de los príncipes; en fin, por esta causa no pueden sus reyes cumplir como deben con sus obligaciones, supuesto que sus vasallos no cumplen con ellos. Visto, pues, por el virrey de Argel que se habían rebelado, le fué fuerza hacer jornada contra ellos, aprovechándose de la gente de guerra, así de la de la tierra, como de la de la mar, y usar de muchas tiranías y alcabalas para sacar el gasto del reino, y mucho más para sí, por ir rico y poderoso á Costantinopla y á poder de presentes al Gran Turco, y al visir mayor, que es lo propio que gobernador de todos los reinos, alcanzar otros mayores gobiernos; las cuales gabelas usan poner todos los virreyes, confiados en que (como es cierto) por las dádivas les serán perdonadas las injusticias que hubieren hecho en el tiempo de su gobierno; en conclusión, en aquel trienio que mi amo gobernó aquel reino, se rebeló el de Lavez, cuyo rey

era cuñado del rey de Cuco (1), y así tuvo necesidad mi amo de acudir á cobrar por fuerza lo que ellos debían y no querían pagar de grado, y para esto mandó llamar todos los jeques de su distrito y les pidió (poniéndoles por delante el servicio del gran señor) le ayudasen para jornada tan justa, y como leales vasallos (ocasión porque duró tanto aquella monarquía, que en habiendo discordias civiles entre los principales de un reino, todo el poder se consume y extingue) le ofrecieron lo que cada uno podía de gente de á caballo, con lo cual juntó más de tres mil jinetes, y sacó de las fuerzas de todo el reino dos mil arcabuceros, todo lo cual juntó fuera de la puerta de Babazón, camino de los dos reinos; en un llano junto al mar hizo sentar su tienda principal adornada con una media cama de campo que se la había presentado un cónsul francés, que ellos no las usan, al modo de España, y estando estirada la tienda la colgaron de tapetes finos del Cairo, en contorno pusieron cojines de brocado de que se valen en lugar de sillas, y muchos baúles á su usanza, porque ellos no tienen mesas, ni imitan en cosa alguna á los cristianos; sólo tenía mi amo la dicha cama y una silla en que le mudábamos de una á otra parte, por ser enfermo de la gota; en contorno de su tienda hizo levantar una cerca de paredes, y dentro otras tiendas para los criados, y desde su tienda hicieron una calle de paredes de lienzo que remataba en otra grande que servía de sala de consejo, y en contorno de esta morada estaban plantados todos los reales en que se alojaba la gente de guerra, haciendo la consonancia y orden una agradable ciu-

(1) Más adelante el rey de Cuco (año 1603) pidió auxilios á Felipe III para luchar con los turcos. Cf. Lafuente, *Historia general de España*, libro III, cap. IV, donde publica dos cartas de dicho monarca.

dad á la vista. En este sitio estuvieron quince días previniendo todo lo necesario de carruaje y bagaje, y mi amo mandó hacer muchas ropas de grana fina de Valencia, con un poco de embeleco de oro, para presentar y tener gratos á los jeques que habían de ir con él, y para dar á los que en el reino de Lavez le viniesen á dar la obediencia, por atraerlos á sí y sacarlos el dinero, cosa en que él tenía especial gracia; al cabo, pues, de los quince días, ya que estaba todo prevenido para el dicho viaje, mandó el bajá al mayordomo de casa que á mí y otros dos mancebos cautivos de los que servían en palacio, nos previniese de todo lo necesario para ir á servirle en e camino; yo, que nací con inclinación de ver mundo y cosas nuevas cada día (principio de mi desdicha) me holgué de ir, si bien me había de costar mucho trabajo; en fin, llevaba oficio de componer y adornar todo el aparato de la tienda del virrey, y dió á los otros diferentes faenas.=Partió una tarde el ejército de la vega de Argel, cerca de cuando el rubio padre de Faetonte manifestaba desmayos en sus radiantes luces, apresurando su carrera á otro polo, por dar lugar á que en éste la hermosa Flora, llamando á su enamorado galán, le pidiese nuevo aliento para las fatigadas flores que con la asistencia del riguroso Febo estaban marchitas; á este tiempo partió el ejército, disparando á su tiempo toda la artillería de los baluartes y fortalezas de la ciudad, respondiendo el ejército con toda la arcabucería y más dos piezas que mi amo llevaba, haciéndose la salva unos á otros, tocando muchos tambores, trompetas, añafiles y dulzainas, comenzamos á marchar llevando en la vanguardia por guión una cola de caballo sobre una asta de lanza, y tras de ellos otras muchas banderas con medias lunas,

cogiendo en el corazón del ejército las dos piezas de artillería, que las llevaban cuarenta cautivos como si fueran recuas, ayudándolos los soldados en partes necesarias; y en la retaguardia iba el bajá acompañado de los jeques más principales, y con él el agá de los genízaros, que es su general, y detrás otras banderas al son de tambores y trompetas, junto las cuales banderas íbamos yo y los otros dos mancebos compañeros míos, sobre mulas de carga que llevaban los baúles y ropas de grana para los jeques, y tras nosotros iba la despensa y aparatos de cocina del bajá sobre camellos; desta manera iba marchando el campo muy poco á poco, y de rato en rato tocaban los instrumentos de guerra, y daban voces diciendo: *¡Alaurá!,* animando la gente; en esta forma marchamos hasta la madrugada, que llegamos á un sitio á propósito para plantar las tiendas, donde estuvimos hasta otro día, y cuando retiraba sus luces el hermoso Delio, tornamos á marchar, guardando en el discurso de la jornada la misma orden, y ningún día caminamos arriba de tres á cuatro leguas, conforme se hallaba la parte más conveniente para descansar y dar treguas al trabajo, y todo el tiempo que caminábamos por tierra de amigos le presentaban al bajá grandes diferencias y regalos de comidas guisadas á su modo, no perdonando cabritos, terneras, aves de todas diferencias, panes de higos, panales de miel y dátiles, todo lo cual gastaban los jeques principales de aquel reino, y esto en tanto extremo que hubo día que tuvimos más de cuarenta carneros asados enteros, y cabritos enteros, y más de cincuenta ajufainas muy grandes de alcuzcuz y de otro manjar que llaman bacina, todo lo cual venía á parar á mis manos como á repostero del bajá, y después de haber comido él y todos los de su

guarda con los demás criados, era tanto lo que sobraba que me hallaba emba[raza]do con ello, y luego lo llevaba á los cuarenta cautivos que arrastraban las dos piezas de artillería y se hartaban y sobraba para dar á algunos moros pobres que llegaban á pedir limosna; esta abundancia nos duró poco (cosa que me afligió por no poder después acudir á mis cautivos pobres con lo que solía) porque no se prolongó más del tiempo que fuimos por las tierras de los alarbes que no estaban rebelados al virrey. Pero en entrando en tierras del rey del Cuco, que aunque es verdad que no estaba rebelado, como era cuñado del rey de Lavez, sus vasallos no mostraban cariño de amigos, antes andaban alborotados, y su Rey, aunque mostraba paz, era fingida y de secreto ayudaría al de Lavez, mas fué fuerza pasar por su reino para llegar al rebelado, y el primer día que entró el campo en tierra del rey del Cuco asentó é hizo alto en un valle á donde había un río caudaloso que se despeñaba de la cumbre del cerro y había mucha frescura de árboles de fruta, que en aquella tierra repartió Pomona con su largueza y liberal mano los tesoros de su poder, y este propio día envió el rey á mi amo muchos presentes, así por el miedo que tenía, como por asegurarle de que no ayudaba á su cuñado, y después envió un embajador, el cual era un morabuto, que es lo propio que decir un santo de la falsa secta de Mahoma, y venía acompañado de otros galgos en forma de procesión, cantando zambras á su infeliz profeta; á éste le tenían por santo por haber estado en Meca en pelegrinaje, y los estiman allá en mucho, besándoles los hábitos como en España se hace con un religioso del seráfico padre San Francisco; este tal traía una banderola muy asquerosa y sucia en una asta de lan-

za, la cual traía por remate una media luna, y él venía muy desnudo y roto, y pidiendo licencia para hablar á mi amo, al punto le fué concedida, y entró en la tienda haciendo grandes zalemas y humillaciones, que parecía francés pobre que pedía limosna en tierras extranjeras; mi amo le salió á recibir con mucho agrado y cortesía como á santo de Mahoma, y habiéndose saludado le dijo el morabuto á mi amo cómo le enviaba el rey su señor para que le pidiera que no molestase á los moros de aquel reino, pues eran fieles amigos y acudían con el feudo acostumbrado, y él prometió de no los molestar, si no fuese que mostraren malos tratos, y al cabo de muchas pláticas que tuvo con el bajá, de que yo no entendí cosa alguna, como se le secara la boca al perrazo pidió un poco de agua, y yo se la di en un aguamanil de plata sobredorada, y el galgo, así como le vió, hizo un falso ademán diciendo: yo no bebo en cosa de plata ó oro, sino en basija de barro ó madera; yo volví allá dentro el aguamanil y dile á beber en una porcelana de la China, y de mejor gana le diera un poco de rejalgar, y al tomarla en la mano me miró con grande atención y dijo: tú, cristiano eres; yo respondí que dello me preciaba, y él replicó: lástima te tengo, pues te has de condenar; cosa con que aunque mi amo estaba presente, no pude tener ni disimular la risa, haciendo desgaire del santón, y mi amo con mucha cólera dijo: ¿de qué os réis vos, perro?; ¿pues no dice la verdad este morabuto?; yo procuré tragarme las risas y callar, que no me convenía otra cosa, ni responder á mi dueño, y después de haber bebido se despidió el morabuto, si bien mal contento, y mi amo le salió acompañando hasta fuera de la tienda, y de allí á dos horas estando muy sosegado el tiempo, cerca de las

cinco de la tarde se comenzó á levantar tan gran borrasca de vientos tempestuosos que dentro un cuarto de hora no quedó en todo el campo tienda alguna en pie, y arrancaba los árboles de cuajo, arrojando los hombres como si fueran de pluma; yo, viendo á los ojos el peligro, tuve necesidad de abrazarme con un baúl, y otros se tendían en suelo por redimir la vejación; en fin, parecía que las furias infernales y legiones que habitan los hondos cóncavos y cavernas del infierno se habían desenfrenado y desbocado contra nosotros, y en la región del viento sonaba tanto rumor y voces contrarias que causaban espanto, y no paró aquí la tempestad, porque más arriba, hacia la parte de donde venía el aire, habían puesto unos turcos fuego á un trigo, y con el aire se aumentó en tanto extremo que yéndose comunicando á los árboles circunvecinos nos quemáramos todos muriendo amargamente á las manos de las voraces llamas, si Dios no lo remediara con una nube que llovió bastantemente para apaciguar el fuego y su rigor, y sosegado algún tanto el aire mandó mi amo tocar á marchar, y todos nos pusimos en la misma orden que antes, guardando cada cual el lugar que le pertenecía, y los turcos iban por el camino persuadidos á que el morabuto había levantado la tempestad valiéndose del arte mágico, porque el bajá no le había querido admitir sus peticiones; pero yo digo que no tiene el demonio potestad para levantar tormenta y acudir luego en la necesidad con agua, porque esta piedad de acudir con el remedio en medio de los infortunios sólo es de Dios, á cuya providencia están subordinadas todas las cosas, como criadas de su santa y poderosa mano.

CAPÍTULO V

EN QUE PROSIGUE LA NARRACIÓN Y LO SUCEDIDO HASTA EL FIN DESTA JORNADA

Tornóse á levantar el campo á la siguiente aurora al tiempo que el rojo Apolo esparcía sus luces á los mortales, y la hermosa antorcha de la noche iba á comunicar su claridad á los antípodas, y fué á tomar sitio en tierra del rey de Lavez, á donde ya no había amigos, y era la tierra tan montuosa y fragosa que no pudieron pasar las dos piezas de artillería, aunque se procuró hacer camino con picos y hachas que llevaban prevenidas, y así fué forzoso volverse los cautivos con ellas, acompañándolos un jeque con doscientos turcos de guarda, hasta ponerlas en salvo en la ciudad de Argel; fuimos, como digo, prosiguiendo las jornadas hasta que el segundo día se nos aparecieron más de catorce mil moros de á caballo, toda gente desnuda, con poca ropa y defensa, y los caballos, como dije en el capítulo antecedente, en pelo y sin frenos, salvo unos cordeles al pescuezo con que los regían, y solamente traían unas malas azagayas y unos alfanjes mohosos, porque son tan bárbaros que aún no alcanzan oficiales para hacer armas, ni sillas, ni otros aparatos de guerra, si no es que algunos poderosos lo hayan llevado de Argel, ó alcanzado haberlo de tierra de cristianos,

como una vez que fué el virrey de Mallorca con cierta cantidad de armas, por orden de la majestad del rey Felipe III, para dárselas al rey del Cuco, porque trataba ser enemigo de Argel y juntando gente y fuerzas hacer la conquista, lo cual no surtió efecto por secretos de Dios que es servido conservar esta fuerza para castigo de nuestros pecados. No le dió mucho cuidado al bajá la multitud de moros, porque haciendo plantar, saliendo, en un alto cerro, puso en orden la arcabucería y empezada la refriega, antes que ellos matasen veinte turcos, les mató más de tres mil moros, porque las escopetas de que usan son muy largas y con tanta bala como un mosquete, alcanzando más que la mosquetería española. Visto por los rebelados su pleito en mal estado, se apartaron por un lado más de dos mil de ellos, y acudiendo á la retaguardia que quedaba atrás, pasando un paso muy estrecho, le cogieron al bajá más de cien camellos cargados de vitualla en que iba la despensa de mi amo y la de otros turcos, pasando á cuchillo todos los que se pusieron en defensa; desta pérdida tuvo mi amo gran sentimiento y juró no dejar la guerra hasta asolar y consumir aquel reino. Con esta presa se fueron los moros retirando, dando tantos aullidos del sentimiento de la pérdida de los compañeros, que parecía se venían abajo los más encumbrados montes con los ecos de los alaridos que duplicaban, recogiendo los cuerpos para darles sepultura; todo lo cual acabado, se retiraron de la ciudad de Lavez, que estaba dos pequeñas jornadas de aquel sitio, sin tener en todo su reino otra población, y ésta no es de cal, sino de unas malas tapias cubiertas con lienzos á modo de barracas. Retirados, como digo, los moros, nuestro campo pasó adelante hasta dar vista á la ciudad, que está

fundada en un llano sobre un excelso cerro, sin tener más subida que una sola vereda, y tan angosta que sólo veinte hombres de valor podrán defender la entrada al mundo entero; mi amo, visto el riesgo á que se exponía queriendo asaltar la ciudad, llamando los jeques principales de su ejército confirió con ellos el modo que tendrían para rendirla, y salió decretado después de varios percances, se pusiese cerco á la ciudad, junto unas ruinas de otra que sería en su tiempo populosa, la cual decían los moros que era del tiempo de los romanos; junto á estas ruinas se plantó el campo, adonde había una fuente capaz para todos, determinando no levantar el cerco hasta que el rey de ella le rindiese vasallaje; desde este sitio se hacían correrías, repartiéndose en tropas de á caballo, buscando aduares y cogiéndoles cada día el ganado, prendiendo á los más principales jeques de su reino, y en el cerco se quedaba la mayor parte de gente para defensa de los moros, que cada día salían á darles en qué entender, y si tuvieran iguales armas pusieran en contingencia la victoria; pero las más veces salían con gran pérdida de los suyos, y un día entre otros cogieron los soldados del bajá un aduar de un jeque muy rico, y en él una hija que tenía muy hermosa, aunque morena; presentáronsela al bajá, y él mandó la tuviesen guardada con mucho cuidado y la regalasen aunque era su padre rebelde; diéronme á mí el cargo de su regalo, y como me vió en diferente hábito preguntó si era nazarán, que quiere decir cristiano, en su lenguaje arábigo; yo la dije que sí, y ella respondió alegre: *Alaybire;* que quiere decir: *alabado sea Dios;* maravillándose mucho y diciendo: ¿tan blancos son los cristianos?; porque les parece á ellos que nosotros somos feos demonios y de mala ley, tanto que

para acallar una criatura dicen: guarda, que vendrá el nazarán; con que se sosiegan y tiemblan como en España diciendo: guarda el coco. Al cabo de pocos días el padre de la cautiva envió á mi amo un recado ofreciéndole diez mil ancinas, que son unas monedas fanfarronas y delgadas con mezcla de oro ú plata, y vale cada una ocho reales; el bajá, en cogiendo el dinero, le entregó á su hija y acariciándole mucho le presentó una ropa de grana, y dándole palabra de ser obediente de allí adelante, se fué muy contento, si bien mi amo lo quedaba más con tan bello dinero, y tomara cada día una presa como la presente; con esta ocasión vinieron otros jeques y el bajá los honraba y acariciaba y pagaban el fuero dando más muchos presentes al bajá, y él les presentaba las ropas de grana con que quedaban muy agradecidos y contentos, y yendo á su rey le daban cuenta de lo que el bajá hacía con ellos, cosa con que se fué aplacando, y al cabo de dos meses, cansado ya de tanta guerra, envió un embajador á mi amo, diciendo quería pagar, con condición que levantase el cerco y volviese cierta cantidad de moros que tenía presos; el bajá, como marrajo le envió otro embajador con muchas ofertas y caricias, y le presentó una docena de ropas de grana y otras cosas con que le obligó á pagar el feudo y aun más de lo que debía y tenía obligación de pagar; con este buen fin se levantó el cerco trayendo mi amo mucho dinero y gran cantidad de ganado, y dando la vuelta para Argel fué recibido con mucha alegría y salva de toda la artillería y gozo de todos, al cabo de seis meses que había faltado de aquella ciudad, adonde descansó, y yo hago lo propio para empezar á contar con nuevo aliento y deseo de agradar, el distrito de Argel y grandezas de ella.

CAPÍTULO VI

DEL SITIO DE ARGEL Y DISTRITO DE SU REINO

Argel está fundado en una ladera de un cerro no muy áspero, descubierto al mar al salir del sol, que le baña sin encubrírsele cosa alguna de toda la ciudad, en cuyos muros bate el mar; está su sitio en elevación de treinta y siete grados del polo, y está en la provincia antigua que llamazon Mauritania Cesariense, y después por tiempos luengos fué llamada Iol Cesárea; fué reedificada por el rey Juba, bisnieto del infeliz [Ma]sinisa, que se halló con Scipión en el prolijo cerco de Cartago, y en tiempo de los romanos fué colonia, como afirman Tolomeo, el Itinerario de Antoni[n]o, y Estrabón, aunque otros muchos autores á quienes se debe dar crédito dicen fué su apellido Misgrano; pero es falso y sin fundamento, porque fué destruída en el tiempo que Bonifacio condujo al Africa los vándalos y alanos siendo emperador Valentiniano; pero después en la edad de Leoncio los árabes la conquistaron y con las ruinas del cabo de Vetafrez la reedificaron doce millas más arriba y llamaron Algicier, que en su lengua es lo propio que ciudad de isla, y después corrompieron el nombre y llamaron Argel. Es su forma

como la de una ballesta con arco y cuerda, cuya elevada frente está mirando al Levante y tramontana, y la punta de la mano derecha al Poniente, aunque inclina un poco al tramontana; el cuerpo está al Poniente y Mediodía, y baja á la punta de la mano izquierda, que quedando á esta mano el Mediodía y Levante, de punta á punta se va prolongando en figura de ballesta una muralla que sirve de cuerda en quien bate el mar; esta cuerda ó muralla hace una punta que se extiende por el mar hasta una isla que sirve de puerto para los corsarios; el muelle es una muralla que hizo el Quiridín Barbarroja después que se murió su hermano; la vuelta del arco tiene mil y ochocientos pasos, y la cuerda mil y seiscientos, y todo el cerco es de espacio de seis mil y cuatrocientos; la muralla hacia el mar tiene de alto cuarenta palmos, y la que está á la parte de tierra tiene treinta, y toda la muralla tres varas de ancho, labrado á lo moderno, y hoy se sirve por cinco puertas, si bien en tiempo del valeroso emperador del orbe Carlos V tenía nueve, pero hanse reducido á cinco, que son las siguientes: la primera sale al muelle y la llaman puerta de la Marina, en la cual tienen colgada una imagen de San Juan, y una sirena, la cabeza abajo, con otras cosas que han cogido en navíos de cristianos, y las tienen allí colgadas por hacer escarnios y burla de nuestra santa fe y de los que la profesamos; la segunda llaman de Babalbete, que mira al Norte; otra, que dicen de Babazón, y ésta mira al Mediodía; la cuarta es la del Alcazaba, y otra pequeña que es la puerta Nueva, que mira al Poniente; tiene sobre la puerta de la Marina, á un lado de ella, como entramos, á mano izquierda, un baluarte con muy gruesa artillería, desde el cual se señorea todo el puerto; desde esta puerta hasta la de Baba-

zón, que es por la parte que bate el mar, entre las casas y el muro tienen hecha una gran plaza de armas con mucha artillería; luego, fuera de la puerta de Babalbete, apartado de los muros hasta un tiro de cañón, hay una fortaleza que llaman el castillo del Uchali, que le fabricó este renegado siendo virrey de Argel, antes de la batalla naval; y por la parte de la ciudad, yendo hacia el Poniente, hay otra fortaleza que llaman el castillo de Hazán bajá, que le reedificó siendo virrey de Argel; éste era renegado veneciano y después fué general de la mar, como lo fué también el Uchali, renegado calabrés; á tiro de cañón del castillo de Hazán bajá hay otro que dicen del Emperador, que se plantó cuando la cesárea Majestad del emperador Carlos V puso cerco á aquella ciudad, aunque su Majestad no hizo más de un bastión para hacer desde él la batería á los muros, y los turcos conociendo que de allí les venía el daño, le reedificaron después con muchas ventajas y es ahora una gallarda fuerza. Todos estos castillos que he dicho tienen muy buena guarnición, así de artillería como de gente, y ésta es genízaros, por ser más animosos; este castillo alcanza al de Hazán bajá, y el de Hazán bajá al del Uchali, y este del Uchali guarda el mar, y todos miran al Levante y nacimiento del Sol, y de las aguas que entran encañadas hasta los pozos de Ají Morato, que los hizo antiguamente siendo virrey de Argel, porque todos procuran acrecentar las fuerzas como á plaza tan importante; destos pozos de Ají Morato llevan la mayor parte del agua que beben, por estar muy cerca de la puerta de Babalbete y del castillo del Uchali. Tiene muchos jardines y quintas que parecen á los de Toledo, y con tan buenas frutas, y están acompañados del artillería; el demás cuerpo de la ciudad tiene

muro y contramuro, foso y contrafoso, y puentes levadizos en todas las puertas, salvo en la puerta de la Marina. A la puerta del muelle hay otra fortaleza que guarda el puerto, y en lo más alto de la ciudad está el Alcazaba, que es lo propio que casa real, y señorea toda la ciudad. El puerto es algo pequeño, aunque seguro, por razón de que tiene buen muelle y estar acompañado de unos islotes que es donde guardan las jarcias de sus galeras. Es tierra abundantísima de todo género de frutos, y muy rica de moneda de España, por lo mucho que roban cada día. Es el distrito de aquel virreinato, por la parte de Poniente hasta Mostagán, que está once leguas de Orán, Halamarina (1) y Tremecen, pueblos fundados la tierra adentro, adonde pone alcaides, y por la parte del Levante llega hasta la ciudad de Hipona, donde fué obispo San Agustín (según Tritemio y otros) y á Constantina y Brisoar, adonde también pone alcaides con jurisdicción plena sin apelación al virrey ni al Gran Turco, porque allá no usan apelaciones como en España y otros reinos de la cristiandad.

(1) Hoy, Lalla Maghnia.

CAPÍTULO VII

EN QUE DA CUENTA EL AUCTOR CÓMO VINO OTRO VIRREY DE COSTANTINOPLA Y SE VOLVIÓ ALLÁ SU AMO Á PRETENDER OTRO GOBIERNO.

Al cabo de tres años que mi amo había gobernado aquella provincia envió el Gran Turco otro virrey á Argel, cuvo nombre era Xaban bajá; trujo consigo tres galeras, la una suya, y las dos de particulares que le venían acompañando desde Costantinopla, cuyos dueños eran dos renegados, el uno natural de Murcia, que le llamaban por mal nombre Matraplilla, y el otro era corso de nación, y se llamaba Mami Napolitreyo (y éste fué después mi amo en Costantinopla, como adelante contaré) y cada uno destos renegados traía ducientos cautivos atados al remo; con este aparato llegó el nuevo virrey al cabo de Montifres (1), una madrugada al tiempo qu'el aurora había cavado, consumido y deshecho las tinieblas de la noche lóbrega, y avisado á las plantas, montes y collados que venía Apolo á fertilizar los campos y dar alegría á los mortales; y en llegando al cabo referido disparó una

(1) Hoy se llama de Matifou.

pieza de crujía, cosa acostumbrada entre ellos para dar aviso al bajá que está gobernando, porque guarde y recoja dentro de palacio toda su hacienda, porque el que viene, todo lo que halla fuera en los almacenes lo embarga para pagas de los genízaros, y en el instante que oyen la pieza que el virrey dispara en el puerto de Montifres, recogen toda la hacienda con gran cuidado y priesa antes que llegue el nuevo virrey, el cual desde el dicho cabo, que dista de la ciudad hasta doce millas, arranca con gran furia para llegar á tiempo de hacer el embargo, porque le importa como á éste guardarlo, y en esto tienen mucho cuidado, porque el que sale ha de dejar pagados á los genízaros dos pagas adelantadas, y algunos vuelven pobres á Constantinopla; que si mi amo no fuera tan diligente, le fuera fuerza vender más de quinientos cautivos que tenía, y con toda su diligencia le fué forzoso vender muchas joyas y perlas de la sultana y su hija; porque el virrey que viene toma la residencia al que cumple, y todos son ladrones de privilegio. Acabada la residencia, á la cual se puso fin por el tiempo en que el rubio pastor de Admeto no comunicaba con tanta prodigalidad sus luces á los vivientes, por los densos nublados y opacas nubes que con continuas pluvias y prolijos fríos nos impedían la vista del que tanta parte tiene en nuestra generación, se embarcó mi amo en dos galeras suyas con quinientos y cincuenta cautivos que tenía, y demás hacienda, acompañándole las dos galeras que habían venido con el virrey que quedaba en Argel; fuimos en esta forma navegando hasta el cabo de Monfus, y prosiguiendo la costa de Africa pasamos hasta dar vista á Telez y Tenez y Puerto Gallina, y en llegando á Bujía descansamos en el puerto un día; es lugar pequeño y fuerte, y

encima del frontispicio de la portada están y permanecen hasta hoy las armas del emperador Carlos V, que Dios haya; desde allí fuimos costeando hasta Bona, y luego á Bastión de Francia, que es una fortaleza que tienen los franceses, adonde se recogen las barcas de la nación francesa que van á pescar coral desde Francia en cierto tiempo, porque lo hay en abundancia por aquellos mares, y lo pescan con más de doscientas brazas de fondo, con redes emplomadas que arrancan del suelo los arbolillos del coral y salen con una cortecita blanca y después lo afinan; esto vi entonces porque le presentaron á mi amo una caja de ello, con sus troncos y gajitos, como arbolitos pequeños; desde esta fuerza de Bastión pasamos á la fortaleza de la Tabarca, qu' es de los Lomelines, caballeros ginoveses, y la tienen con muy buena guarnición de soldados y artillería; está fundada en una isla pequeña, pegada á tierra firme del Africa, adonde tienen grandes contratos con los moros de aquella tierra vecinos suyos, que ya son del reino de Túnez. De allí fuimos á Biserta, que también es de Túnez, y allí tomamos puerto dentro del río que llaman de Biserta, que es lugar de cosa de quinientos vecinos, abierto, con sola una fortaleza con guarnición de turcos; es abundantísimo de todo género de pescados y sustento; el río es de agua salada como la de la mar, porque sale de una gran laguna que está una legua de tierra adentro, tan grande y espaciosa que pueden navegar por ella muchos navíos, y es tan abundante de pescados que puede abastecer á todo el reino de Túnez si frecuentan la pesquería; el río tiene de ancho cosa de un tiro de mosquete, y su corriente sale de la laguna y vierte en la mar y sirve de puerto, adonde se recogen las galeras y armadas de Biserta, por-

que en todo el reino de Túnez no hay más, ni tienen otro puerto que el dicho, salvo Puerto Fariña, que es despoblado. Mi amo se determinó de invernar en aquel reino de Biserta, porque como era muy entrado el invierno y Costantinopla está de allí más de setecientas leguas, las galeras no pueden navegar en invierno como los navíos de alto borde, y son muchos los golfos que se atraviesan en aquella navegación. Los cautivos recibimos gran contento de la determinación del bajá, porque lo pasábamos bien por ser tierra más templada que España, y tan abundante como he dicho. Y un día, entre otros muchos, que llegamos á pláticas yo y el renegado de Granada que se llamaba Luis, y de presente era su nombre Mustafá, trocando la ley divina y verdadera por la falsa secta del infeliz Mahoma, y después de largos coloquios que entre los dos pasamos, me dijo: Diego, por tu vida, que me guardes este cuchillo en parte secreta, hasta que llegue la ocasión oportuna de pedírtele; yo, sin considerar el daño venidero si por mis graves pecados me cogiesen con él, le guardé en mi banco, y nos despedimos; en fin, estuvimos en aquella ciudad de Biserta hasta que la primavera repartía á las plantas la úbrea esperanza de su fruto, que partimos de aquella ciudad para Costantinopla.

CAPITULO VIII

DE LA NAVEGACIÓN QUE HAY DESDE BISERTA Á COSTANTINOPLA

Hay desde Biserta hasta Costantinopla dos mil quinientas millas; esto por línea recta, pero las galeras de turcos navegan más de tres mil, porque van buscando su comodidad, y por excusar pasar algunos golfos van costeando lo más de Italia. Desde Biserta, donde invernamos, partieron las galeras hasta llegar á Puerto Fariña, que está más de veinte millas más acá de la Goleta; es puerto despoblado, en cuya margen están y permanecen las ruinas de aquella africana ciudad tan celebrada por los antiguos y modernos escritores, así por la valentía de sus hijos, como por el gobierno de sus tribunas: Cartago, digo, porque según Tito Livio, Florián de Ocampo y otros escritores que por la brevedad dejo, asistían al gobierno de ella cada un año quince caballeros, de los cuales un quinario á castigar los delitos y culpas de los facinerosos; el otro quinario asistía y cuidaba que se guardasen las leyes establecidas en ella, y el postrero quinario tenacuidado de que se enseñasen los niños y doctrinasen, así en las armas, como en las letras; ocasión evidente porque florecieron en ella los más excelentes varones que

hubo en todo el orbe. Los que asistían al gobierno y judicatura prohibían el vino á las mujeres, no consentían pobre alguno por las calles, y á todas las mujeres que encontraban en ellas con atavíos y trajes de rameras, las castigaban ásperamente, y á las deshonestas, libres y parleras encerraban en cárceles, con que evitaban mil insultos. El segundo quinario entendía en el gobierno público, y en mirar si la gente concurría con cuidado al templo de Diana, y en ver si se enterraban los difuntos con la pompa suficiente á su estado, y desterraban los vagamundos y holgazanes. El último quinario ponía diligencia en que todos los niños se enseñasen con cuidadò y les doctrinasen en letras y armas; criábanlos en perpetuos trabajos, enseñándoles mil géneros de guerra, y elegían entre ellos capitanes, formando batallones y escuadras, y peleando en campaña ejercitaban el militar arte y disciplina bélica, y para atraerlos con gusto á estos ejercicios coronaban los vencedores con laureles y les cantaban en público mil alabanzas por la victoria, y los vencidos iban delante á pie como cautivos. Estos y otros gobiernos [había] que si se hubieran de relatar fuera menester un libro aparte, y esto lo quiero dejar para otro ingenio más sutil que el mío, y volverme á mi historia. Estas ruinas de Cartago duran y llegan hasta la laguna de Túnez, que comienza desde los muros de Túnez hasta los de la Goleta, y por la dicha laguna navegan los de Túnez y los de la Goleta en barcas, porque la boca por donde se comunica esta laguna es muy estrecha é incapaz de embarcaciones grandes, y está pegada al muro de la Goleta, y encima de ella hay un pontón para entrar y salir de la fortaleza, y por debajo dél entran barcas de la mar á la laguna, y de la laguna á la mar. La Goleta está hoy

reducida á un bastión con doce piezas de artillería y algunos turcos de guarnición, porque todo lo que se labró en tiempo de Carlos V, emperador de Alemania y rey de España, lo arrasaron por tierra cuando los turcos volvieron á ganarla, y hicieron aquel bastión para guardar la boca de la laguna. Desde la Goleta partimos para el cabo de la Galipia, dejando sobre mano derecha el golfo de la Mahometa, y sobre la izquierda la isla del Címbalo, despoblada; del cabo de la Galipia fuimos á la Galapia, que es lugar de moros, y de allí á Susa y á otro lugar que llaman el Monasterio, todos del reino de Túnez; desde el Monasterio nos engolfamos para Sicilia y pasamos á vista de una isla que llaman la Panteleria, y tiene una fuerza con guarnición de españoles; más adelante están las dos islas de la Lampedosa y la Linosa, despobladas, aunque la Lampedosa ha sido poblada y hay en ella una imagen de devoción, no supe de qué santo, que se conserva hasta hoy en una gruta, y todas las naciones que llegan dan limosna y echan aceite en la lámpara, aunque sean los turcos; allí hizo mi amo agua, y desde allí atravesó hasta la isla de Sicilia, y navegando hacia Mediodía tomamos costa por el canal de Malta, que tiene setenta millas de ancho, que es lo que hay desde Sicilia á Malta, y siguiendo la costa llegamos á cabo Pájaro, que es en la costa de Sicilia, adonde echaron áncoras á dos horas después que del obscuro monumento del ocaso desterraban las negras sombras las primeras luces de Apolo, que con remiso vigor quería hacer ausencia de nuestro hemisferio para que la chusma descansase. Apartados del cabo cosa de tres tiros de escopeta y entre el cabo y las galeras, había una isla que llaman la isla de las Corrientes, porque ordinariamente las hay desde el

cabo á la isla, y estando las galeras reposando por estar el mar en leche, durmiendo, y del continuo trabajo descansando los cautivos, que es la chusma que digo, y todos los turcos en silencio, con centinelas en las crujías, salió de la camareta de popa Mustafá, el renegado de Granada que antes dije me había dado un cuchillo á guardar cuando invernamos en Biserta, y con mucho silencio me le pidió, porque le importaba la vida; yo se le di y lo más quedo que pudo se entró en el aposento del albañal, como que se entraba á proveer, y echando la cortina se desnudó hasta quedarse en valones de lienzo, y por el boquerón, asido de la maroma de la cubetilla, se dejó descolgar al mar con intento de llegar á cabo Pájaro y tomando tierra irse al lugar más cercano que hubiese de cristianos, y desde allí venirse á España. Este es gran delito entre los turcos, y los que le cometen tienen pena de muerte; he aquí á nuestro Mustafá ya en el mar, la noche sosegada, los turcos durmiendo; en fin, todo en silencio y con apariencias de bonanza y ya tan cerca de cumplir su cristiana intención que se juzgaba libre y con quietud en su patria; pues no fué así como lo imaginó, que las desdichas siempre son puntuales y vienen por la posta, como al contrario, las dichas con pies de plomo; porque apenas se apartó de las galeras cuando fué descubierto por las centinelas, y al instante se arrojó tras él un turco buen nadador y le alcanzó donde estaba forcejeando con una punta de una corriente que salía de entre la isla y cabo Pájaro, como arriba dije, y queriendo echarle mano se defendió con el cuchillo, y aun le hirió en un brazo; el turco, como se sintió herido, se volvió á las galeras, y el pobre Mustafá se quedó bregueando con las olas, que no le dejaban llegar á tomar tierra; visto lo su-

cedido por un turco preciado de valiente, que iba en la popa de la galera, por complacer á mi amo se desnudó de presto y dijo: yo le traeré; y arrojándose al mar, en breve rato llegó donde estaba Mustafá, y llegándole á asir le hirió en una pierna, y el turco se volvió herido á la galera. Mustafá, viéndose rendido de la corriente, se dejó llevar de ella pidiendo á voces que le sacasen, porque se ahogaba; ninguno se atrevió á bajar por él, y así le tiraron un cordel, del cual asido le subieron arriba, y el bajá, sin preguntarle cosa alguna, le mandó poner una cadena y que le metiesen en la cámara de en medio, en prisión; poco después deste suceso nos partimos costeando hasta Morro de Porco, que está cerca de Zaragoza de Sicilia, y de allí nos engolfamos para ir á tomar tierra en la costa de Calabria, pasando á vista de Zaragoza, Augusta y Catania, ciudades de Sicilia, y tomamos tierra en cabo Blanco, y costeando la Calabria pasamos á vista de la Rochela, Santa Catalina, Catanzaro y Esquilache, y aquel día cogieron cuatro barcas de pescadores de anchovas, y en una de las barcas entraron doce turcos en el traje de pescadores, y las tres galeras pusieron banderas de cristianos; en esta forma se fueron acercando al cabo de las Colunas, que está más acá de Cotrón, ciudad de Calabria, donde hay guarnición de soldados españoles, y la barca donde iban los doce turcos se fueron llegando á tierra, que parecía de pescadores calabreses, y con ésto, la gente que andaba por la marina, viendo las galeras que iban apartadas de tierra, con banderas de cristianos, se estaban, por parecerles no tenían peligro alguno, y los turcos que iban en la barca saltaban en tierra y á lo zonzo robaban cuanto topaban; con este ardid llegaron hasta el dicho cabo de las Colunas, encima del

cual estaba un hombre á caballo, que al parecer era guarda de la costa, y comenzó á dar voces á las galeras, diciendo: ¿está la costa segura?; por parecerle eran galeras de cristianos; á cuya pregunta respondió el arráez de mi galera, que era renegado español, hijo de un pescador de los Percheles de Málaga: segura está la costa; no hay que temer, que no hay galeras de enemigos; respuesta que aseguró el buen hombre de á caballo y comenzó á caminar la vuelta de Cotrón, muy contento, á dar nueva como estaba segura la costa; ya la barca de los turcos había pasado adelante y abordado en tierra, y estaban aguardando en la playa á que llegase el calabrés de á caballo, y en llegando les dijo como si fueran pescadores: buena nueva, amigos; segura está la costa de turcos; y hablaba con ellos como con los naturales de aquella tierra; los turcos se holgaron mucho de habelle engañado, y asiéndole le entraron en la barca y jarretaron el caballo, pero al punto que llegaron á las galeras y conoció el engaño lloraba amargamente, que causaba lástima ver las lástimas que hacía por su mujer é hijos. Desta manera fueron costeando la costa de Calabria hasta el cabo de Santa María, que está á la entrada del golfo de la Pulla, hasta el cabo de Albania, y tomando su costa fuimos navegando tierra á tierra, hasta entrar por un estrecho pequeño de mar que se forma entre la isla de Corfú, y la tierra firme de Albania; allí vi la ciudad de Corfú, qu'es de la señoría de Venecia, y es de las más fuertes que hay en el Levante; de allí pasamos á Santa Maura y la Previsa, lugares de turcos en la costa de Albania, y el bajá determinó de despalmar las galeras en el puerto de la Previsa, y yo quiero volver á dar cuenta de Mustafá, que le llevaban preso, como dije, en la

cámara de en medio; echaron ropa fuera y le sacaron á tierra con su cadena, y pasando yo junto á él con una arca á cuestas, me llamó y me dijo en secreto: Diego, yo tengo miedo que me han sacado á tierra para quemarme, y así te pido por aquel Señor y criador nuestro que murió por nosotros pasando tantos trabajos y afrentas, te duelas deste pecador y digas á uno de los dos padres dominicos que vienen en nuestra galera, se llegue aquí y me confiese, porque yo tengo de morir confesando la santa fe católica; yo me enternecí con su petición, que como habíamos cautivado juntos, y siempre se había fiado de mí, le había cobrado amor de hermano; y así, movido de un celo cristiano fuí en un vuelo y busqué al padre fray Vicencio, natural de Sicilia, y del hábito de Santo Domingo, que estaba trabajando como los demás cautivos, sin hábitos de religioso, porque allá todos andan de un modo, sean quien fueren, y le rogué se llegase adonde estaba Mustafá entre los montones de ropa, que pedía confesión por miedo que le querían quemar por delito cometido en cabo Pájaro; el buen sacerdote respondió: yo le confesaré; mas tengo temor no lo vean los turcos; yo le dije: no le dé cuidado eso, padre, que yo le pondré en parte escondida y estaré de guarda; hecho esto fuí donde estaba Mustafá y le animé conforme yo pude y supe y la brevedad requería, y llevándole á parte escondida y oculta, porque había muchos montones de baúles y otras muchas jarcias de las galeras, que para despalmarlas las dejan vacías, y cuando los turcos estaban más ocupados, y mi amo mirando cómo lo hacían, le llevé al padre y le confesó sin riesgo alguno, estando yo á la mira. Estando ya empalmadas las galeras mandó el bajá que tornasen á meter á Mustafá en su prisión, cosa

que le alegró algún poco, pero con el cuidado que llevaba, aguardando cada día el golpe del castigo, más le sirvió de congoja que de alivio. Salimos, pues, del puerto de la Previsa, y navegando á la vuelta del cabo de Palo me mandó el bajá llamase al barbero, que era un gran cirujano francés, el cual ido á su presencia le dijo: maestro, tomad la herramienta que fuere necesaria y cortad las partes genitales á Mustafá, en castigo del delito cometido, y decidle agradezca le dejo con la vida; el cirujano obedeció y llenó un brasero de lumbre, con sus herramientas, bajó á la prisión donde estaba Mustafá y dijo: paciencia, amigo, que vengo á hacer lo que el bajá me manda; y él le dijo con ánimo: haga v. md. su oficio; y antes que le echara la navaja dijo Mustafá á los cautivos que estábamos presentes: séanme testigos como soy católico y muero como tal; el cirujano le dijo que no tuviera cuidado, porque no moriría por lo que iba á ejecutar, y echándole la navaja le cortó á raíz las partes impúdicas, y cauterizó con tal cuidado que cuando llegamos á Costantinopla ya estaba restañada la sangre y calmadas las venas y fuera de peligro. Esta tragedia le sucedió á Luis el de Granada, á lo que yo alcanzo, por el pecado de dejar nuestra fe, y tengo pensado que no permitió Dios que se librase en el cabo Pájaro porque pagase y purgase sus culpas con aquel tan crudo tormento. Desde la isla de Santa Maura se va todavía costeando la costa de Albania hasta Lepanto, pasando por entre las islas Cuchilaras(1) adonde fué la batalla naval que venció el señor D. Juan de Austria, dejando á mano derecha las is-

(1) Las islas de Kurzolari, cerca de la desembocadura del río Aspro, el antiguo Achelous.

las Chafolonias grande y chica, y la del Zante, todas de la señoría de Venecia; de Lepanto se va á Pedrocho y Castel Tornes, lugares en la costa de la Morea, enfrente de la isla del Zante; de Castel Tornes se va á Navarino atravesando el golfo de Arcadia; desde Navarino á Modón y Coron; de Coron se navega al cabo de Maina atravesando el golfo de Calamata, en cuyo lugar está la ciudad de Calamata, que es de turcos, en la Morea; de Maina se atraviesa otro golfo pequeño que llaman de Miscistra (1), hasta el cabo de Santángel, quedando sobre mano derecha la isla del Zerico, y más adelante la de Candia, ambas de la señoría de Venecia; desde este cabo se va á Malvasía, ciudad de turcos, que está fundada sobre una roca dos veces más alta que la torre de la santa iglesia de la ciudad de Toledo; fuerza inexpugnable que parece imposible haberla podido conquistar los turcos, porque fué primero de los venecianos, como lo han sido todas las ciudades de la costa de la Morea, que doy fe de haber visto las armas de la señoría encima de las puertas de Navarino, Modón y Corón, Calamata y Santángel, Nápoles de Rumelia y Negroponto y otros muchos que fueron de la señoría de Venecia y ya son de turcos; desde Malvasía se va á Puerto Bajo, y de allí se atraviesa un golfo pequeño hasta el cabo de las Mortelas, quedando sobre mano izquierda la ciudad de Nápoles de Rumelia; del cabo de las Mortelas se va al cabo de las Colunas, atravesando otro golfo pequeño que llaman de Atenas, en cuyo remate están las ruinas de Corinto; el cabo de las Colunas dista veinte millas de la ciudad de Atenas, y sus ruinas llegan hasta el propio cabo de las

(1) Hoy, el golfo de Kolokythia, el antiguo *sinus Laeonicus*.

Colunas, al cual los turcos le llaman Hamagali Bornu, que quiere decir cabo de la Maravilla, y este nombre se deriva de que en el cabo hay desde el tiempo de los atenienses un torno de colunas que han quedado en pie de la resulta de algún antiguo edificio, y todos los que las quieren contar dos veces ó más, siempre varían la cantidad, y por esta razón el Uchali, siendo General de la mar, deseoso de saber el misterio, echó gente á tierra y mandó que se asiese un turco de cada coluna y luego hizo embarcar á los demás y que se desasieran los que estaban asidos á las colunas, y los contó muchas veces y no halló tantos una vez como otra, y maravillados deste caso le pusieron por nombre cabo de la Maravilla, que su nombre legítimo es cabo de las Colunas de Atenas, porque hay, como he dicho, otro cabo de las Colunas en Calabria; en este cabo descansó mi amo medio día, y yo hago lo propio por comenzar el capítulo siguiente, en que daré fin á esta navegación, si bien no con mejor estilo, á lo menos con deseos de dar gusto al lector, haciéndole sabedor de los nombres de islas y cabos que restan hasta Costantinopla.

CAPITULO IX

EN QUE PROSIGUE EL VIAJE HASTA LLEGAR Á COSTANTINOPLA

Partimos del cabo de las Colunas luego que la chusma hubo tomado alivio, y atravesamos el canal de Negroponto, quedando sobre mano izquierda, á la banda del Sur, las islas de Alejandría, Paros, Naxo, Misti, Argentara y San Juan de Palestina, donde San Juan evangelista escribió el Apocalipsis; todas las cuales islas están pobladas de griegos y turcos. Después de haber atravesado el canal de Negroponto, que es también de griegos, nos engolfamos hasta la isla de Xio, que en otro tiempo fué de la señoría de Génova, adonde hay hoy día muchos cristianos descendientes de ginoveses, con preeminencia de administrar sacramentos á lo romano, sin licencia de tocar campanas, y tienen un convento de Santo Domingo con sólo cuatro ó cinco frailes que les administran los sacramentos; también se les permite escuela pública adonde se enseñan todos los niños de cristianos, con otras libertades más de las que hay en todo el imperio otomano, pues pueden llevar á enterrar sus difuntos con cruz alta y descubierta, cosa que no se consiente en otra parte de Turquía; visten á lo italiano, y las

casas son como las de Génova, con bravos escudos de armas, y en todos los jardines, fuera de la ciudad, hay casas fuertes con puentes levadizos; es ciudad pequeña, pero de las buenas de toda aquella comarca; desde esta isla se va á la de Metelín, de turcos y griegos, muy abundante de viñas; de Metelín partimos al cabo que los turcos llaman de Bababurnu, en el Asia, y luego costeando el Asia se va á la entrada del canal de Costantinopla, quedando á mano izquierda la isla de Trenito (1) también poblada de griegos y turcos y muy abundante de viñas; á la entrada del canal, en la parte del Asia, está el sitio de Troya, como lo demuestran sus ruinas, y en la propia entrada del canal, en lo más angosto hay dos castillos, el uno en la Europa, y el otro en el Asia; el que está en la parte de Europa le llaman el castillo de Rumelia, porque á Europa la nombran la Rumelia, y el que está en el Asia, el de Natulia, que así llaman al Asia, de donde se deriva llamar rumeos á los griegos. El sitio de Troya, á lo que muestran sus ruinas, parece haber sido dilatado, y ella una de las mayores ciudades del mundo, y hoy está ¡tanto pueden los años! reducida á un monte lleno de jarales, encinas y maleza, y por algunas partes se descubren algunos edificios y muros antiguos que han permanecido á pesar del incendio, repetido tantas veces por Virgilio en su Eneida, ocasionado por aquella manzana causa de tal tragedia. Los dos castillos dichos de la entrada del canal tienen gruesa artillería, y guardan la entrada para Costantinopla, porque no se puede entrar por otra parte, y con la guarda destos castillos no tienen necesidad en la ciudad de más guarnición, si no es en las

(1) La isla de Tenedos.

puertas para en cuanto los derechos de las mercaderias, como en Toledo, porque lo que es de enemigos duerme descuidada. La fortaleza que está en el Asia está en una playa muy llana, orilla del mar; tiene un ancho foso lleno de agua, con una puente levadiza, para entrar en ella por la parte de tierra, y por la parte que bate el mar, gruesa artillería, y entre ella hay muy largas culebrinas con las armas de España, que son las que había en la Goleta cuando se perdió en tiempo del augustísimo emperador Carlos V; á mí me dió gran pena de ver las armas de España en las culebrinas y poder de aquellos bárbaros; la fortaleza que está en la Rumelia no es tan dificultosa de batir, porque aunque también bate el mar en ella, por la parte de tierra, á las espaldas, tiene un cerro que la sujeta y puede servirla de padrastro para rendirla. Aquí me ha de dar licencia el lector, aunque se canse, de decir y advertir dos cosas que no sabrán en España, y muchos cautivos no habrán reparado en ellas: la una es que así como estas fortalezas sirven de guardar el canal, sirven también de registro de todo lo que sale de Costantinopla y demás partes de aquel canal adentro, y es fuerza pasar todos los navíos, así de su nación como de todas las demás que tratan de paz con el Turco, los cuales navíos antes de pasar el canal han de pasar en medio de los castillos y echar áncoras para registrar las mercaderías, y para esto hay una persona grave que administra y registra todo cuanto sale, y siempre usa de más rigor con los navíos de cristianos que entran y salen de paz, que con los de su nación, porque los de cristianos pagan más derechos, y tienen más cuidado con ellos por ver si sacan algunos cautivos, como lo suelen hacer por orden de los embajadores que están en Cos-

tantinopla, de los reinos que tienen paz con el Turco, como son Francia, Hungría, Venecia y otras naciones. Y para que ninguna barca de cautivos fugitivos de noche se pase ayudada de la corriente, que es en favor de los que salen, el soldado que está de posta tiene su cuerda encendida, y una luz delante de sí, y esto es ambas fortalezas, y el que está á la parte del Asia ve la luz del de la parte de Europa, y al contrario, que como están frente á frente el uno del otro y ambos cerca, no se les encubre cosa alguna de lo que pasa, porque al instante lo descubre la luz, si no es que sea alguna barca tan baja de bordes que vaya á raíz del agua, de manera que en el punto que se les encubre la luz dan fuego á la artillería y echan á fondo lo que pasa, y para que las balas de un castillo no ofendan al otro, tiran al soslayo, la corriente á abajo, y también sirve á que alcancen las balas á los que salen ayudados de la corriente por la ventaja que toman. La otra es que la corriente de aquel canal corre tan recia como un río, y aunque es fácil de entender, muchos no lo habrán considerado, y es que así como en el mar Negro que está más arriba de Costantinopla, á la parte del Oriente, entra la mar, así muchos ríos grandes, tal como el Danubio, el Tanays y el Bogan (1) y otros muchos muy caudalosos que bajan de Moscovia, Rusia, Tartaria, tierra de Trapisonda, Cherquecia y Megililia, y otras provincias que baña el mar Negro, todas sus corrientes vacían en la mar, y como no tiene salida del Oriente, viene á ser como un estanque que todo lo que vacía por una parte le entra por otra por este canal, pasando primero por otro que sube desde el puerto de Cos-

(1) El río Bug.

tantinopla hasta el mar Negro, que es el mar de Helesponto, aunque las naciones del Levante le llaman mar Negro; todas estas corrientes entran en el mar Mediterráneo, y todas ellas y las demás que en él entran del Asia, Africa y Europa, las vacía en el mar Océano por el estrecho de Gibraltar, y me atrevo á decir que el mar Océano vacía parte de sus corrientes en el mar del Sur por el estrecho de Magallanes, y á mi parecer (salvo el mejor entendimiento) la común corriente de las aguas van siguiendo el curso del Sol, saliendo y naciendo del Oriente, y corriendo á morir al Poniente, y la razón que me mueve es evidente, porque las galeras que salen de Costantinopla para Argel vienen en cuarenta días, y cuando vuelven de Argel para Costantinopla están más de ochenta, como me sucedió á mí, y por esta razón considero queda probada mi conclusión, porque es imposible otra cosa, y ansí se entiende que el mar Océano tiene también sus corrientes que van á parar al Poniente con el movimiento del Sol, porque las flotas que van de España á Portobelo, á Nueva España y otras partes del Poniente, llegan en menos tiempo que cuando vuelven á España, aunque por otro paraje, pero en cualquier manera son las aguas contrarias á la vuelta; y esto es lo poco que alcanzo en esta materia. Desde los dichos castillos á Costantinopla hay doscientas millas, y va siguiendo la canal treinta hasta la ciudad de Galipul, en anchura de un cuarto de legua, pero en pasando Galipul se va ensanchando hasta una legua y más, hasta llegar á un lugar de turcos que se llama las Camaras, el cual está á la parte del Asia, y en él se fabrican las galeras; desde este lugar comienza el golfo de Mármara, y es tan ancho que se pierde de vista la tierra; es muy fortunoso y están en él las islas de Mármara, de

quienes toma nombre, y son pobladas de griegos y turcos; desde allí fuimos á la isla del Pagaá, dejando sobre mano derecha el Asia, con muchos lugares de griegos y turcos que por no cansar paso en silencio, que viven descuidados por la guarda de los castillos de la boca del canal; de la isla del Pagaá partimos á la de Roja, que está á la vista de Costantinopla, dejando á mano izquierda la isla del Cuervo, y á la derecha la del Pagaá; entra en el canal un golfo de mar angosto, con muchas entradas y salidas en la tierra, y tiene en sus márgenes muchos lugares de turcos y griegos, con muchas viñas frutales y buenas aguas y todo género de mantenimiento en abundancia; junto la isla de Roja hay otras pequeñas, y de allí se va á una punta del Asia donde era la antigua Calcedonia, y aun hoy hay en su sitio una aldehuela pequeña con alguna frescura por los muchos árboles de aquella tierra, que forman deleitable y apacible hermosura á la vista; esta punta de Calcedonia está enfrente de Costantinopla, de donde comienza otra canal que sube hasta la boca del mar Negro. Apartado de esta punta de Calcedonia, poco más de un tiro de mosquete, sobre un escollo algo espacioso que hace isla, está fundada una torre muy hermosa, con mucha vivienda, ventanaje y chapiteles, á la cual los turcos llaman la torre de la Doncella, cuyo nombre se deriva de que en tiempos antiguos un señor poderoso de aquella tierra tenía una hermosa hija, y para guardarla hasta dalla estado fabricó aquella torre y la tuvo allí en compañía de criadas hasta que dispuso della, y por esta razón la llaman la torre de la Doncella; esto me contó un turco; si es verdad ó no, no lo afirmo. En las márgenes deste canal que digo que sube hasta el mar Negro y tiene cinco leguas de lar-

go, están fundados de una y otra parte barrios nuevos que han labrado los turcos después que se apoderaron de Costantinopla, adonde los más ricos señores de ella han fabricado sus palacios y jardines con comodidad de llegar con las barcas á la puerta de sus casas á embarcar y desembarcar, y asimesmo de guardar dentro de ellas las barcas y falusgas y otras más pequeñas que las llaman posmas, que son en forma de media luna, chatas por debajo, que ensebadas navegan más que una galera, y para guardarlas, como digo, dentro de sus casas tienen hechos unos estanques, encaminando el agua del mar á ellos por bajo de unos pontones por donde entran y salen, quedando de noche encerradas en casa. A la mitad deste canal hay otros dos castillos, uno en la Rumelia, y otro en la Natulia, que guardan la entrada del mar Negro, aunque no con tanto cuidado como los que antes he dicho, porque de la parte del mar Negro no vienen los enemigos, por ser todas las provincias y regiones que el mar baña con sus saladas espumas y verdinegras olas, del Gran Turco, y porque no entran por allí navíos de cristianos de paz, sino solamente los de los vasallos suyos y gentes de su nación; junto al castillo que está en la parte del Asia tiene el Gran Turco una casa de recreo y placer, que llaman Condelbacha, con muchos jardines y bosques de caza, adonde asiste lo más del tiempo que el rubio pastor de Admeto con repetidos rayos y caluroso curso fatiga los vivientes; más adelante destos castillos que digo hay algunos barrios de turcos, griegos y judíos, y más arriba, á la mitad del canal está la antigua torre de aquella firme aunque desdichada amante del varón de Abido é infelice Leandro, cuya torre está en la parte de Europa, y la de Hero enfrente de ella, á la parte del

Asia, y en medio, sobre un escollo está una alta coluna por señal para que se aparten los navíos que entran del mar Negro, llamado por otro otro nombre mar de Helesponto, y es certísimo que allí fué aquella tragedia de Hero y Leandro, porque hoy se platica entre los griegos de aquella tierra; aquí se ensancha más el mar hasta la boca del canal, adonde hay una torre muy excelsa en la parte de la Rumelia, con una linterna que luce de noche para alumbrar y guiar los navegantes porque no yerren la boca del canal. Así como llegamos al puerto de Costantinopla, las galeras de los dos particulares que iban acompañando á mi amo se fueron á sus desembarcaderos, y mi amo hizo lo propio en unas casas principales que tenían en el río de Befectar, que quiere decir el barrio de cinco piedras y está orilla deste canal á la parte de Europa, y abordando á sus casas desembarcó para celebrar la Cuaresma del falso profeta Mahoma, que después diré el modo, porque me está dando priesa la descripción y grandeza de Costantinopla, y porque es necesario capítulo aparte doy fin á este presente, para empezar á contar con nuevo aliento las grandezas de ella.

CAPITULO X

DEL SITIO Y GRANDEZAS DE LA CIUDAD DE COSTANTINOPLA

Costantinopla tiene su asiento en la Europa, enfrente de una punta que hace el Asia, adonde fué la antigua Calcedonia; su fábrica mira al nacimiento del Sol, que la baña por todos los costados, sin que se le encubra cosa alguna de toda la ciudad, á la cual los antiguos llamaron Bizancio, pero después, en tiempo de Costantino Magno, hijo de Santa Elena, fué reedificada por el propio emperador y la puso por nombre Costantinopla, y es la mejor ciudad del orbe, pues la eligieron para corte de tan poderoso emperador como el Gran Turco; pero hallé en ella una gran falta, y es no tener por dueño al rey de España, y si permitiera Dios que nuestro rey y señor la poseyera, se apoderara de lo restante del mundo, por estar en medio de los dos mares Mediterráneo y el Ponto (1) y alcanzar las mayores partes del mundo, como son Asia y Europa, y comunicación con Alemania, Hungría, Transilvania, Albania, Polonia, Rusia, Moscovia, China, Tartaria, Persia y todas las Indias orientales, con poca

(1) En el ms., *Pontio*.

navegación, porque las mercadurías que llevan de la India las traen por el mar Bermejo hasta Daza, donde desembarcan, y desta ciudad las llevan por tierra al Cairo, y desde allí las traen á Damiata, Rujeto (1) y otros puertos de mar, donde las tornan á embarcar para esta insigne ciudad y para Venecia, Francia y demás naciones que tienen paz con el Turco, que gozan de ellas á poca costa, y estas contrataciones con la China vienen á ser como las mercancías y plata del Perú, que vienen por el mar del Sur á Panamá, y luego van por tierra á Portobelo, y se vuelven á embarcar en el mar del Norte para España. También goza de las mercadurías que vienen por tierra en las cáfilas por las Arabias: unas que vienen de Besora, ciudad en el seno pérsico, hasta la ciudad de Alepo, y vuelven á embarcarse en Tripol de Suria, y otras que salen de la casa de Meca al Cairo, y todo ó la mayor parte de ello se viene á consumir en esta ciudad, basa y cabeza del imperio griego, sin los demás bastimentos y vituallas de todas las naciones que tienen paz con ella de toda el Africa y tierras marítimas del mar de Helesponto, que si se hubiera de especificar y sumar era fuerza un libro aparte, y casi tan imposible como querer contar las arenas del piélago marítimo y las estrellas de la celeste esfera; y es esta la razón porque se sustenta una ciudad tan grande con tanta facilidad y superabundancia, pues siempre está sobrado en las plazas el mantenimiento, y en las lonjas todo género de brocados y telas ricas que ha inventado la profanidad. Porque si estuviera apartada del mar como lo está Madrid, corte del rey nuestro señor, fuera imposible poderse conservar. Toda la ciudad

(1) El puerto de *Roseta*.

es vistosísima, así por la grandeza de sus edificios como por tener tres mil iglesias, como lo afirma el maestro Gil González de Avila, coronista de Su Majestad el rey Felipe IV, si bien hoy no sirven todas de mezquitas, porque tan solamente han escogido las de más hermosa arquitectura, porque son todas de sillería con portadas de blanco mármor, y por dentro con colunas de jaspe de diversas colores, y en las cuatro esquinas cuatro torres muy altas, todas tejadas de plomo, y en los remates bolas gruesas doradas con medias lunas. Toda la ciudad está sembrada de diversos jardines con gran cantidad de cipreses que puestos por cuenta hacen hermosísima y agradable vista, que así como la vi se me representó en la memoria los jardines y huertas de Chipre, que los poetas fingen, donde el amor y ciego dios Cupido tiene sus deleites; los cuales jardines están dentro y fuera de los muros de la ciudad, que tienen de circunferencia diez y ocho millas en triángulo, y las dos partes baña el mar, y la otra cae á tierra; en el un ángulo, que está á la entrada del puerto, está el palacio y casa real del Gran Turco, que es muy vistosa por los muchos ventanajes, chapiteles y rejas que le sirven de adorno; y en el otro ángulo, en que bate el mar, están fabricadas siete torres de admirable arquitectura, y en el que cae á la tierra está el antiguo palacio del católico emperador Costantino, labrado á lo antiguo; de un ángulo á otro hay seis millas; los muros son los propios que se tenía en tiempo de los emperadores griegos, que se conservan á pesar de las inclemencias del tiempo; tiene treinta puertas cuyos nombres no refiero por excusar prolijidad. No tiene fortaleza alguna, porque no necesita de ella; sólo hay guardas en las puertas para cobrar los derechos del portazgo; no tiene artillería más de

cosa de una docena de piezas á la parte del ángulo donde tiene asiento el palacio, que en su lengua llaman Cerray; desde esta punta del Cerray hasta la otra del ángulo segundo, que llaman Trapana, que es lo propio que punta de siete torres, comienza la entrada del puerto, tan capaz y espaciosa para sus armadas de galeras y navíos que pueden invernar en él hasta, sin género de encarecimientos, quinientas galeras y otros tantos navíos de alto borde, sin estorbarse en ningún modo unos á otros, y con seguridad de correr fortuna, porque es puerto seguro y abrigado de todos los vientos levantiscos, y con tanto fondo en todas sus márgenes que se pueden recostar á tierra los mayores galeones, y con un tablón entrar y salir sin servirse de barcos, como siempre lo hacen, y con estar en el de ordinario todos los navíos y galeras que el Turco puede armar, hay capacidad para más de quince á diez y seis mil personas, que de ordinario andan pasando gente de una parte á otra, con que ganan de comer más de veinte mil hombres, y todas las casas que están orilla del puerto tienen los patios llenos de agua de la mar, llevándola por bajo de unos puentes por donde entran y salen los barcos, quedando de noche guardados debajo de llave, y detrás de las tales casas hay calles, de modo que tienen puertas á tierra y mar, y pueden pescar dentro de casa ó desde las ventanas que caen al mar. Desde el puerto dicho se ve todo lo mejor de la ciudad, que es una calle que atraviesa desde el palacio real hasta la puerta de Edrinopoli, donde hay muchas mezquitas que han reedificado los grandes turcos, y todas sirvieron, como he dicho, en tiempo de los griegos, de celebrar el culto divino, y entraban en el número de las tres mil iglesias que antes dije tenía esta ciudad, y la ma-

yor de todas es la Solimana, que la reedificó Solimán y porfió por aventajarla al templo de Santa Sofía, que es una grande y suntuosa iglesia de cristianos, que se dice la edificó Santa Elena, madre del católico emperador Costantino Magno; este templo está junto á la casa real, que no hay más de una plazuela de por medio, y es tan sumptuoso y sublime que no me atrevo á obscurecer con mi pluma y afrentar con mi prosa fábrica tan grande y grandeza tan superior, porque las maravillosas obras ellas en sí se traen el alabanza, y es mejor pasarlas en silencio que obscurecellas con borrones; y este dicho templo ahora sirve de mezquita. En la dicha calle hay algunos entierros de señores principales que han labrado antes de su muerte, fundando memorias para capellanes á su modo, que ellos llaman alfaquíes, y dejando renta para hombres que anden por aquella y otras calles dando agua fresca á todos los que quieren beber, por vía de sufragio, dejando también muchas limosnas particulares, y yo vi millones de veces repartir el agua fría á los perros, por no hallar á quien darla; tiene esta calle muchas fuentes muy curiosas y de varios artificios, así de serpientes y culebras que con mañoso arte despiden el agua por diversas partes de su cuerpo, toda la cual se recoge en unos pilones, con sus desaguaderos, porque estén las calles enjutas y sin lodo; en la mitad desta calle está la mayor mezquita, que es la Solimana, cuya grandeza paso en silencio, así por las razones arriba dichas, como porque no pude entrar en más que un gran claustro mucho más dilatado que el de la santa iglesia de la imperial ciudad de Toledo, sin jardín en medio, y todo él solado de finas y transparentes losas, con soportales en su circuito, con vistosos arcos, los cuales cargan sobre colu-

nas de hermoso jaspe de admirable arquitectura, y en la mitad de este claustro está fabricada una copiosa fuente de agua dulce y regalada, cercada alrededor de celujías de bronce dorado que engañan á la vista, por parecer de fino oro, y en lo alto del claustro hay unas salas cuadradas que desde abajo alegraban la vista, así por lo luciente de sus rejas, como por lo blanco de sus paredes, y éstas las fabricaron y labraron los grandes turcos pasados para vivienda y habitación de los sacerdotes de su falsa y perniciosa secta; á este claustro se entra por tres puertas de ingeniosa arte, con maravillosas portadas labradas, sin figuras, porque no las usan, pero con muchas labores: la una destas puertas mira al Levante, la segunda al Norte y la tercera al Poniente; desde el dicho patio alcancé á ver, aunque con trabajo, alguna parte de la mezquita y sus grandes y excelsas colunas y pilares de jaspe de costoso é inmenso valor, cuyo cuerpo está al Mediodía y tiene cuatro chapiteles ó torres muy altas y delgadas que nacen y tienen sus cimientos á las cuatro esquinas ó ángulos de la mezquita, adonde suben sacristanes, á quienes ellos en su aljamía nombran y llaman duxies, á dar voces todas las veces que es necesario llamar y congregar la gente para hacer la zalá, que es lo propio que orar á su infeliz profeta, las cuales torres tienen tres corredores cada una, con barandillas de hierro pavonado y por remates á trechos bolas doradas, y estos corredores vuelan afuera y van en disminución uno encima de otro, los cuales rodean el chapitel y chapiteles de las torres, y en estas barandillas es donde se ponen los duxies á dar tremendas voces llamando á la zalá, y todas las noches que celebran festividad, en cada corredor de los referidos ponen tres ringleras ú órdenes de lámparas muy es-

pesas, de suerte que cada una de las torres tiene nueve coros de lámparas que con ellas y con todas las demás que están pendientes en todas las mezquitas de la ciudad forman agradable materia para que el sentido de la vista se cebe y deleite. Pero aunque el emperador Solimán hizo cuanto pudo para aventajar y lucir esta mezquita, no la adelantó al templo de Santa Sofía que, antes dije, sirve hoy de mezquita, porque fuera de muchas grandezas que tiene, de que no puedo dar especial noticia, tiene otras muchas que vi dos veces que entré á verle acompañando á mi amo; la primera vez que entré, noté que permanecían sobre sus puertas las imágenes de San Pedro y San Pablo pintados á lo mosáico, matizados los ropajes, que son de diversos cuadritos con colores verdes, azules y dorados, y tan vivas que parece se acaban hoy de pintar; su fábrica y arquitectura, como ya he dicho, fuera en mí grande atrevimiento quererla pintar con la cortedad de mi rudo ingenio y esterilidad de razones, y así sólo diré algunas cosas que apercibí en aquel *mare magnum* de grandezas, que son que desde el tiempo de cristianos, en lo alto de la bóveda del cuerpo de la iglesia, en la media naranja, está pintado de muy excelente pincel un Dios padre muy grande, con muchos ángeles y serafines de cuatro alas, en contorno, que con diversidad de instrumentos, al parecer dan música al creador de cielo y tierra, y por bajo desta pintura, en el círculo de la bóveda, tiene una barandilla de hierro blanqueado, como la que tiene el hospital de San Juan Bautista, extramuros de la imperial é insigne ciudad de Toledo, y en los remates de las demás bóvedas permanecen las armas del emperador Costantino Magno. La pila del bautismo también se conserva, la cual está en un pilar cuya base es de un me-

tal rubio á manera de latón, y por defuera muchas labores y molduras curiosísimas, y esta pila siempre está destilando de sí una humedad ó sudor, y la razón es que dicen los griegos que está allí enterrado el cuerpo de Santa Sofía, de donde toma nombre el templo; la segunda vez que entré en él entré en compañía y protección de los hijos de mi amo; se llegaron á mí dos sacerdotes de su secta y dijo el uno: ¿qué hace aquí este perro *iaur?* que ellos no dicen cristianos, sino *iaur*, que es lo propio que hereje, por más vituperio de nuestra santa fe y cristiandad; yo le respondí con libertad, por ir acompañado de mis amos: yo no vengo á ver vuestro templo, sino el mío, porque antes fué de cristianos; y el otro dijo: dejadle, que quizá se convertirá; yo lo eché en risa y callé, porque de hacer otra cosa se me podía seguir algún trabajo; tanto estiman allá á sus sacerdotes que no osan aun mirarlos con ira, cosa que yo alabo, pues entre aquellos bárbaros se tiene conocimiento de la reverencia que se debe á los sacerdotes, y aunque los suyos son falsos, con todo eso piensan ser aquella la verdadera vía para salvarse. A un lado del templo hay dos entierros muy suntuosos, el uno de sultán Selím, y el otro de sultán Mahomet, con muchos hijos en contorno de sus sepulcros, á los cuales dan muerte el día que el heredero y hermano mayor toma la posesión de sus estados é imperio, porque no les hagan guerra y diviertan sus fuerzas disminuyendo su poder. Demás de esto no hay que ver cosa que sea notable, más de la grandeza de su fábrica y aquellas pinturas que hoy se conservan por no haberlas querido borrar los turcos, y así no hay que ver más que un cuerpo de iglesia con muchas hileras de lámparas pendientes, alrededor, de unas gruesas cadenas de latón,

y hacia la parte del Oriente un púlpito con dos banderolas, adonde suben sus falsos sacerdotes á hacer las prédicas, y en la mitad del templo está hecha una señal ochavada, de finos jaspes, adonde se pone el estrado para el Gran Turco cuando va á ver la zalá. Cerca deste templo hay una gran plaza que los turcos llaman Utmaydan, que quiere decir plaza de caballos, y por ambas partes está adornada de calles de muy frondosos álamos, y en medio tiene una alta pirámide ó aguja como las que hay en Roma, y está fundada sobre una peana de mármoles de diversas molduras, con letreros antiguos que yo no pude leer, que son de bronce, esculpidos en ella con maestría, en las cuales cenefas y remates carga la aguja, que es de jaspe fino y tiene de grueso en su asiento cuarenta y ocho palmos, de modo que viene á tener de esquina á esquina doce palmos la dicha basa, donde carga la pirámide, la cual va en disminución hasta rematar en punta, y en los cuatro lados de la peana tiene diferentes figuras de águilas, leones, caballos, serpientes y otras diversidades de animales; su altura es como una moderada torre; en fin, ella es una de las más ricas piezas que yo he visto en toda mi vida; más adelante, en la misma plaza, está una gran serpiente de bronce, con tres cabezas, retorcida como tres culebras juntas, plantadas las colas en una basa de mármol rico, y arriba las cabezas divididas (1); más adelante en la propia plaza hay una co-

(1) Esta columna, que antes estuvo en Delfos como ex-voto de los griegos por la victoria de Platea contra los persas, fué descrita, á principios del siglo XVIII, por González de Clavijo en su *Historia del Gran Tamorlán* (Madrid, 1782, pág. 57): «entre estos mármoles estaban tres figuras de culebra de cobre é de otros metales, é eran torcidas en uno como soga, é encima tenía tres cabezas apartada la una de la otra, é las bocas abiertas.»

luna hecha de piezas en cuadro, tan excelsa y alta como la aguja que he dicho, que sirve de atlante de un peñasco tosco que parece se viene abajo; á este modo hay por toda la ciudad en diferentes plazas cosas notables que los emperadores cristianos hicieron por grandeza. Cerca desta plaza referida hay una antiquísima iglesia de cristianos que sirve de leonera y cárcel de fieras del Gran Turco, donde hay muchos leones, tigres y panteras y otras muchas diversidades de animales silvestres y campesinos, la cual tiene un alcaide que gana un tesoro enseñándolas á todos los naturales y extranjeros, aunque á mí no me costó blanca, porque iba con los hijos de mi amo, que era otro del que serví en Argel, como diré adelante, y gozaba de muchas preminencias de que no gozan otros cautivos que están siempre encerrados en los baños, que es lo propio que cárceles. Así como entré en el templo dicho me dió gran dolor de ver los altares donde se habían ofrecido tantos holocaustos y sacrificios á Dios en el tiempo que florecía en ella la fe de Cristo, y aquellas losas, urnas y cajas de tantos cuerpos de varones santos, reducido todo y violado con animales, bascosidad y basura, cosa que permite Dios por nuestros pecados, y á mi parecer, por haberse apartado los griegos de la Iglesia romana, pues se casan hoy día sus sacerdotes, si bien se apartan de sus mujeres las semanas que han de celebrar, como en el discurso desta historia se verá. Tiene toda la ciudad unas lonjas que ellos llaman Betestrenes, que son á traza de alcaicerías, con sus puertas todas enforradas de hierro, y con guardas que de noche cuidan de todo lo que se guarda dentro, que son las tiendas de las mercadurías de más estima, y de noche se van sus dueños á dormir descuidados y sin género de zozobra. Cada día

de la semana hay mercados diferentes de todo género de ropa, como son granas finas, brocados, costosos damascos de la China, verdes, dorados, azules, carmesíes, blancos y otras diferencias de colores; terciopelos, tafetanes y rasos; en fin, de todo género de mercaderías, así de comida, como de cautivos, que se venden á pregones, y en particular lo que más me admiró fué ver un mercado todo de ropa blanca, tan abundante y curiosa, de toda suerte, y con tanta puntualidad, puestas las mujeres en forma de calles, cada una con su caudal, así de camisas con bandas, como de valones, sábanas, almohadas, pañuelos, paños de manos, todos labrados de oro y seda con tanta curiosidad que por sólo ver cosa tan curiosa y aliñada se puede ir del cabo del mundo. Hay en particular una alcaicería que ellos llaman Charrachana, tan espaciosa como una gran plaza en cuadro, con sus cuatro puertas y todos los soportales de ella llenos de tiendas que hervían de guarniciones de bayeta de Moscovia, á su usanza, que al tiempo de entrar por cualquiera de sus puertas da un olor con tanta fragancia que conforta los sentidos; hay calles muy largas de todo género de mercaderías, sin que se mezclen unas con otras, porque en una calle no se vende más de cosas de un género, tal como de platería, cuchillería de Damasco, guarnecidas las cajas con plata y oro con preciosas piedras, de alfanjes y todo género de armas muy curiosas, con gran cantidad de navajas de Hungría, Damasco y otras partes; de todo género y suerte de tijeras y hachetas como de las que se usan en España, con toda suerte y manera de herramienta. Hay calle aparte de vasijas de cobre hechas á su usanza, todas estañadas con tanta curiosidad que parecen de plata; hay calle aparte toda de arcos y flechas

á las mil maravillas; hay otras calles de tapetes finos del Cairo y de la China, con cabos y flecos de oro; hay calle toda de tiendas de porcelanas finas de la China, y calle de cerería y de todas las mercaderías que se pueden imaginar, en tanta abundancia que parece que todo el mundo está reducido y abreviado en aquella ciudad, cabeza y metrópoli del Gran Turco. Pues llegado á cosas de sustento, hay por la orilla del puerto cada cosa de por sí, en desembarcaderos de navíos, de fruta verde y seca en grande abundancia, y desembarcaderos de pescados costosos y de barato, que está bullendo; hay desembarcaderos de harina, carnes y cecinas, aunque no de puerco; hay desembarcadero de todo género de leña y carbón, de por sí, y á estos desembarcaderos llaman ellos escalas, y así hay nombres de la escala de tal cosa, y tal cosa, y escala de las naciones de cristianos, aparte de las de los navíos de su nación, con cuidado de apartar las galeras de por sí, de manera que los navíos están á una parte y las galeras á otra. Tiene á orillas de mar cosa de ciento y cuarenta cuartos de casa, á quienes ellos llaman atarazanas, que es donde se fabrican las galeras; en cada atarazana una galera, sin que en tiempo de invierno se mojen las maderas, ni los que las labran, y en estando acabada la bajan los oficiales al mar con gran facilidad. Querer decir y contar de por sí la grandeza de aquella insigne y opulenta ciudad es proceder en infinito. El temperamento es más frío que nuestra Castilla, por estar más de setenta leguas más al Norte que la ciudad de Toledo, tanto que sucede encapotarse el cielo con densos nublados y opacas nubes y levantar un aire cierzo que ellos llaman Nordeste, y nevar en tanto extremo como yo vi, que en cuarenta días no cesaban de caer

copos muy grandes, que fué fuerza ir haciendo veredas por las calles, y en las casas amontonar la nieve, para poder andar por los patios, y de los aleros de los tejados colgaban tapices de nieve asidos á los carámbanos, que parecían sábanas puestas al sol, y en el puerto y canal se cogió gran cantidad de pescados helados, que se cogían con facilidad por andar muertos por la superficie del agua, y los navíos no pudieron navegar porque reinaron todo aquel tiempo los aires Nordeste y grezales, de modo que los navíos que habían de subir del mar Mediterráneo estaban detenidos por los contrarios vientos, y los que habían bajado del mar Negro no podían tornar á salir, por la contradicción del bóreas, y como por la parte del mar no entraba onza de sustento, y por la de tierra había una pica de nieve, se causó tal hambre y extrema necesidad que si los señores poderosos que tenían cautivos no estuvieran apercibidos de trigo, harina y bizcocho, perecieran muchos cautivos, porque fuera de ser la población de la ciudad tan grande que tiene diez y ocho millas, que son seis leguas, tiene fuera de los muros mucha más población que toda Costantinopla, llamada por otro nombre Estambol, que quiere decir lugar ancho, porque comienzan los barrios desde los muros de la ciudad, y al primero Aibencerja, y luego Hazquioy y Caçonbaja, que es adonde tenía mi amo segundo su casa, y este barrio de Caçon es más dilatado que Toledo; luego entran los cuatro pagos y Gálata, que es una gran población adonde está todo el comercio de las naciones de cristianos de paz, con una calle donde tienen sus casas todos los embajadores de Francia, Hungría, Moscovia y otras naciones sujetas al Gran Turco, como son de la Tierra Santa, del Cairo, y otras muchas partes. Tiene

este barrio un convento del seráfico padre San Francisco, y seis iglesias á lo romano, adonde se celebran los sacramentos, y esto es por amor de guardar respeto á los embajadores y mercadantes, que si lo hubieran de hacer sin algún interés, no lo consintieran, como no consienten campanas, ni que lleven á enterrar los difuntos con cruz descubierta, ni canto, más de un rezo á traza del que rezan en España cuando hay entredicho, y cada vez que entraba en el dicho convento me parecía iba algún lugar de cristianos de Italia, y me servía de consuelo el rato que asistía en él. Luego hay otro barrio que se llama Montopaja, donde se labra la artillería y demás peltrechos de guerra tocantes á la endiablada invención de la pólvora, y junto á este barrio está fundado el de Fiendudi, que es lo propio que el avellanedo, y luego está el de Bejutar, que quiere decir barrio de cinco piedras, adonde tenía la casa mi primero amo; después de este de Bejutar está el barrio de Curachixner, que quiere decir fuente seca, y en la parte del Asia enfrente de otros hay más barrios, y en particular uno que llaman Scuderet (1), que tiene dos veces más población que Toledo; dejo de nombrar otros muchos á quienes paso en silencio por no saber sus nombres; sólo sé que todas estas poblaciones son nuevas, salvo Gálata, que es lugar del tiempo del emperador Costantino Magno. Estas son las grandezas de Costantinopla, que Dios nuestro Señor conserva para castigo de nuestros pecados; pero tengamos esperanza que así como permitió se hayan acabado tantas monarquías, permitirá fenezca ésta que tanto daño ha hecho, hace y hará á la cristiandad.

---

(1) Escútari.

CAPITULO XI

EN QUE DA CUENTA DEL MODO QUE CELEBRAN SU CUARESMA Y PASCUA

Desembarcamos en el puerto de Costantinopla (como dije en el capítulo nono) por cuando el rojo Delio, desprecio hermoso de la ingrata Dafne, esparce con más rigor y fuerza sus radiantes luces y lucientes rayos á las selvas, montes y collados, y el año, dejando la tierna infancia, primavera de su edad, pasa á la pubertad, tiempo en que los turcos tienen una luna señalada para celebrar su Cuaresma y Pascua, por razón que ellos no usan de meses, como en España, sino de lunas, que con diferentes nombres conocen sus entradas y fines, y así saben la luna en que han de celebrar su Cuaresma, á quien llaman Ramadán, y tienen un ridículo abuso, diciendo que el primero que ve la luna en que han de ayunar se va derecho al cielo, por ser luna de penitencia, y el primero que ve la siguiente luna se va al infierno, por ser luna en que celebran ocho días de Pascua, gastándolos en glotonerías y borracheras; y dan tanto crédito á este abuso que la víspera del día en que cae su Cuaresma no se acuestan los más de ellos, aguardando salga la luna

que ellos llaman de penitencia. La víspera de la siguiente luna se recogen temprano para no mirar la luna del alegría, que viéndola condénanse, y esta ceguedad parece á otra muy graciosa, pues dicen que si un hombre tiene muchos pecados y muertes á cargo, si otro le da muerte, el matador queda cargado, y el difunto sin cargo alguno, y por este disparate y ciego abuso había en mi tiempo en Constantinopla un verdugo que ofrecía dar mucho dinero á quien lo matase, y ninguno quería hacerlo, y siempre á una ceguedad se junta á otra, pues no alcanzaban que las muertes que un verdugo hace por administrar justicia no son culpables para él; y en España, entre gente ignorante, he oído decir millones de veces que el verdugo no comulga, y es gran disparate, porque si no lo hace con mala intención, no pecará venialmente, y antes, si lo sabe aplicar en descuento de sus pecados, merecerá en ello, por ser su oficio y no hacerlo por matar, sino por administrar justicia, que si no hubiera quien lo ejecutara no se podía conservar el mundo, y así crió Dios gente para todo género de oficios. A este modo tienen muchas ignorancias, y el primer día de luna comienzan sus ayunos, que son en esta forma: desde que el rubio Apolo nace en brazos de la aurora, hasta que muere en tumbas de cristal, dejando nuestro horizonte encomendado al teniente de sus luces y luminar menor, y se empieza á tachonar ese globo estrellado con los luceros, mensajeros de la hermosa Proserpina, no comen ni beben, y entonces encienden gran cantidad de luminarias en todas las torres de las mezquitas, que da alegría á la vista, y en particular la Solimana, que reedificó sultán Solimán, en la cual todas las noches hacen una invención de luminarias pendientes de guindaletas que

están fijadas en las cuatro torres de la mezquita, sacando todas las noches diferencias, tal como una galera, otra vez un dragón, otras un elefante con un castillo á cuestas, y á este modo diferenciando todas las noches, y en el instante que están encendidas todas las lámparas comienzan los sacristanes de Mahoma á dar voces desde las barandillas, diciendo: *Alá jala*, *Ala jalá*, y añadiendo otras cosas con que forman grande algazara, y como todos están con ansias de comer y de beber, arremeten á unas jarritas de agua fresca que tienen á posta para el efecto, y se enjuagan las bocas sin tragar gota, y luego se ponen á hacer la zalá en sus casas, que entonces no tienen obligación de ir á la mezquita, la cual hacen sobre unos tapetes poniendo la cara al Oriente, diciendo muchas oraciones á Dios, en las cuales meten á Mahoma como cuando la santa Iglesia católica romana pone por intercesores los santos y santas, aunque ellos suben tanto á Mahoma que le llaman vicedios, y haciendo muchas reverencias, hincando la rodilla en el suelo, y á lo último de la zalá el que está delante de todos haciendo la guía vuelve el rostro á los demás y se queda embelesado con los brazos abiertos, como arrebatado en éxtasis, y los demás hacen lo propio, y al cabo de un rato hace un ademán bajando la cabeza á una parte y á otra, en señal de cortesía que se le debe á un ángel que dicen se le llega á hablar por un lado y otro, y todos los circunstantes le remedan haciendo lo propio, y pasándose la mano por el rostro dicen: alabado sea Dios, y se saludan unos á otros, y acabada la zalá se sientan á cenar abundantísimamente, comiendo carne y pescado hasta que no pueden más; en lo que toca al vino no lo beben en toda aquella luna, porque está prohibido y se

observa con gran rigor, y una hora después de haber cenado vuelven á hacer la zalá, y acabada comen algunos dulces y no se acuestan hasta que viene el Xamal, que es una figura que tienen hecha en cada barrio á modo de un gigantón ó camello que lo traen entre una docena de hombres á quienes ellos llaman cofrades del Xamal, que también sirve de celebrar las fiestas de Pascua; esta cuadrilla de hombres anda por todas las calles de su barrio con trompetas y atabales recordando la gente de su barrio, á cosa de las dos de la noche, y á las puertas y ventanas hacen meneos y danzan con la figura, con que regocijan la gente, y ellos les dan aguinaldo y vuelven á comer unos dulces y se acuestan, porque han de dormirse antes que amanezca ó han de hacer diligencias, porque han de entrar en ayunas el día siguiente; de este modo van prosiguiendo hasta la luna venidera, que celebran ocho días de Pascua, y los de la cofradía de Xamal en la plazuela más anchurosa de su barrio arman un columpio alto, fundado sobre colunas de madera muy fuerte, y en lo alto un toldo ó palio con premios pendientes, y todas las colunas cubiertas de damasco, y en lo más excelso ponen muchas banderolas, flámulas y gallardetes, y en un lado del tablado ó columpio está armado un andamio muy bien entoldado, donde están muchos músicos con diferencias de instrumentos, y toda la plazuela llena de juncia, espadaña y otras hierbas olorosas; el columpio está hecho de tres cuerdas de cáñamo, muy gruesas, y por asiento una tabla redonda con tres barrenos adonde entran las cuerdas, y dado un nudo por la parte de abajo está tan fuerte y fijo que no puede caer el que se columpia, aunque quiera, y en empezando á pasar gente, los cofrades acuden á echarles

agua de olor, convidando á la gente moza á columpiar, y en sentándose en el columpio comienzan los músicos á tocar y cantar con mucho acuerdo, y si el que se columpia tiene buenos cascos, le despiden con tal violencia que llega á lo alto, y haciéndose arriba toma el premio que le parece, y luego se deja caer y se apea y echa mano á la bolsa, dando para ayuda de la fiesta cada uno conforme su calidad; con esto y con muchos bailes, volatines, luchadores y otros que apuestan á quien más sujeta un madero grueso puesto en los hombros y le trae dando vueltas, dan fin á su Cuaresma y Pascua.

CAPÍTULO XII

EN QUE SE DA CUENTA DE UNA GRAN MISERICORDIA QUE DIOS USÓ CON EL AUCTOR QUERIÉNDOLE AZOTAR POR FUGITIVO

Al cabo de quince días que hubimos descansado en Costantinopla, demediada su Cuaresma, me preguntó el bajá si estaba ya sano Mustafá de las pasadas heridas; yo le respondí que sí, y él dijo: traedle á mi presencia; con esta comisión fuí adonde estaba, que era un aposentillo muy estrecho, y tenía todavía aherrojados los pies y puesta una gruesa cadena encima de los hombros, sin que alguno de los turcos hiciese mención dél, ni aun para darle un sustento, que si no fuera por mí, que movido de cristiana piedad y caridad le había socorrido aquellos días con lo poco que podía, cuando acordaran de darle algún refrigerio le hallaran más menesteroso de sepulcro que de sustento, que, como he dicho otras veces, cautivamos juntos y remamos juntos, y últimamente me descubrió sus buenos deseos de ser cristiano, le había cobrado amor de hermano y me daba gran lástima ver en los trabajos que se había querido engolfar el día que dejando nuestra santa fe (aunque dicen era fingidamente) había abrazado la falsa secta del triste Mahoma; díjele mi embajada, de que tomó algún pavor temiendo le quisiesen volver á castigar con nuevos tormen-

tos y castigos, que como siempre es un mal mensajero y presagio de otros, el pobre tenía tanta copia de infortunios, juzgó cuerdamente pensando no habían fenecido sus adversidades; yo le animé como supe, diciéndole no había visto señal de indignación en el rostro del bajá, que es por donde se conoce lo interior del corazón; con esto se animó y fué á juicio ante el juez que con tanto rigor castigó su delito, y le dijo: venid acá, Mustafá; arrepentíos de lo que hicisteis, que yo os perdono; á lo que yo dije entre mí, en lo oculto de mi imaginación: buen perdón, después de haberle quitado la mejor pieza de su arnés. El pobre mozo, con el temor de la muerte, le respondió le perdonase, que no le pasaría por la imaginación otra vez tal pensamiento; porque si otra cosa dijera le quemara vivo y muriera mártir, si hubiera valor para llevar por Dios tal tormento; no lo hizo porque no se sentiría con fuerzas para tal paso, y yo le dije después, había andado tímido, porque mejor fuera gozar de la corona del martirio, con la cual alcanzaría y merecería gozar de la presencia de Dios en el onceno cielo donde están los coros de serafines y ángeles cantando continuamente himnos á su Criador, que quedarse en este valle de lágrimas expuesto á que un mal repentino, cogiéndole en mal estado, diese con él en las cavernas hondas del abismo; á lo que él me respondió que era muy diferente ver los toros desde una ventana que en el coso, y que tenía intención de no morir en aquella mala secta y legamoso cieno; en fin, él quedó por entonces en opinión de mahometano, y dijo el bajá: quítenle las prisiones, y llamarme al sastre, que quiero le corte de vestir; y haciendo sacar una pieza de damasco carmesí y un paño de grana fina le hicieron un vestido entero, y dijo el bajá:

yo te quiero presentar al general Zigala, que era renegado, adonde serás muy estimado siendo guarda de sus mujeres. Con esto quedó el tal Mustafá muy contento, y me dijo en secreto me daba palabra que en viéndose en privanza del general de la mar, le había de pedir con encarecimiento de rescatarse; con esta promesa quedé muy satisfecho, y pasados dos días se vistió Mustafá muy galán, y mi amo hizo un gran presente al renegado Zigala, que como digo, era en la sazón General de la mar, enviándole á nuestro eunuco para que le guardara las mujeres, porque estiman en mucho á un eunuco blanco, y Mustafá, fuera de serlo, tenía muy buena cara y presencia, juntamente con un cautivo genovés muy fuerte, que se llamaba Agustín, que tenía muy galán talle, el cual era espalder de la galera de mi amo, y se le envió para que lo fuese de la capitana del general Zigala; este cautivo era muy grande amigo mío, porque desde que partimos de Argel para Costantinopla me pusieron á mí á remar con él en la galera de nuestro amo, y en la espalda de ella, puesto que siempre ocupan los guzmanes y más fuertes cautivos, y es barco reservado de muchas faenas y zurribandas que suele haber en la galera, y cuando sucede alguna cosa culpable, que dan á treinta azotes á cada uno, sin tocar al banco de la espalda, que es el primero de junto á la popa y viene á ser la espalda de la galera, y por esto llaman espalder al bogavante de aquel remo, que es lo propio que bogar delante de los cuatro ú cinco que van juntos en aquel remo, de los cuales, al primero, como digo, llaman bogavante, al segundo costizo, al tercero tercerol y al cuarto cuarterol; á mí me pusieron en esta dignidad por ser mucho y trabajar menos el cuarterol que todos los demás, y cada

uno de por sí conforme el puesto que tiene. He tratado especialmente desta materia y dignidad insigne, por si los que no saben de achaques de la facultad lo entiendan, y porque vino á pelo y propósito de la materia presente. Pero volviendo á la venturosa tragedia digo que cuando se despidieron de mí el renegado Mustafá y Agustín, mi bogavante, me certificaron con veras y encarecimientos me sacarían de cautiverio, lo uno porque Mustafá iba á ser muy estimado del General de la mar, y lo otro porque Agustín mi amigo iba á ser espalder de la galera capitana en que se embarca el bajá. Con esta palabra quedé muy seguro, pareciéndome que ya tenía cobrada mi perdida libertad y que dentro de cuatro meses vería los muros y tapias de mi amada patria; y al cabo de cinco ó seis días que habían pasado después de la despedida de mis amigos, se me encajó en la cabeza un capricho que me pudo costar cuando más la vida, y cuando menos la facultad de poder parecer hombre; fué, pues, el caso, que me dió gana de ir á la capitana donde estaban mis amigos, para que me favoreciesen y amparasen, pidiendo al General que me tuviese por suyo, y siéndolo, poder conseguir brevemente la libertad con el ayuda é intercesión de Agustín y Mustafá; con esta confianza, sin mirar ni considerar, y como muchacho y de poco entendimiento, las dificultades que había en lo que iba á emprender, pues era cierto que el General, en lugar de favorecerme me hacía de volver á mi amo para que me castigase acerba y crudamente, salí de casa una hora después que el rubio y luminoso hijo de Latona había fatigado los últimos términos del día solicitando la brevedad de su curso por sepultarse en el vadoso piélago de Neptuno donde la diosa Tetis le prevenía alojamiento; yén-

dome apartando del barrio de Bexicher, donde tenía la casa mi amo, con intento de llegar al puerto donde estaba la capitana, y entrando en ella ampararme de los dichos amigos, con este pensamiento comencé á caminar por la calle que más derecha iba á dar al puerto y sitio donde estaba la capitana. Pero salióme vano mi designio, porque al cabo de haber andado una legua de barrio en barrio, vine á dar al de Quioy, que está cercado con muros y ya cerradas todas las puertas; viendo no tenía salida, eché por una callejuela angosta que seguía por detrás de la cerca, pareciéndome que por allí podía llegar al fin de mi deseo, pero apenas había andado por ella cincuenta pasos cuando encontré dos turcos que estaban parados hablando en secreto, y como era la calle estrecha me fué fuerza topar con uno de ellos, el cual dijo en su lengua: ¿quién va?; y como yo no lo sabía, como después lo supe, no respondí palabra, y el turco muy enojado se llegó á mí, con un puñal, amagándome y diciendo: perro, di quién eres, porque te mataré si no lo dices; yo no no sabía qué hacerme, y en medio desta confusión quiso Dios que el compañero que estaba con él había estado cautivo en Nápoles quince años y sabía la lengua italiana, y llegándose á mí me preguntó quién era, y que no tuviese miedo, que él había estado cautivo quince años y sabía de bien y mal; con esto me sosegué algún tanto y le dije quién era mi amo y en qué barrio vivía, y le rogué que no me volviese á mi amo, sino que me tuviese por suyo, y él me dijo: no tengas miedo, que yo te doy palabra de no volverte á tu amo; y como es gente sin palabra ni ley, me llevaron engañado á su casa, y dentro del aposento donde estaba el estrado de la turca me ataron los pies y manos por detrás, todo junto, como quien

ata un cordero para llevarlo á cuestas, y me colgaron por la parte de adentro á una reja de una ventana, que sólo topaba con la cabeza en las almohadas del estrado, y dijeron: no tengas miedo, que nosotros vamos á hacer la zalá, y en acabando te desataremos. Yo, viéndome solo, traje á la memoria lo que un sabio contaba de un viejo y un mancebo, los cuales apostaron á quién arrancaba la cola de un caballo con más brevedad, y el mancebo corrido de ver que un viejo quisiese competir con su lozana mocedad, asiendo la cola del caballo presumió valiéndose de sus fuerzas que había de ganar la apuesta, pero fué vana su esperanza, pues quedó rendido en tierra sin conseguir su intento, y el anciano ganó la apuesta porque le fué arrancando la cola cerda á cerda, supliendo su prudencia la falta de fuerzas; lo cual pasaba por mí, pues había querido arrancar de una vez la caterva de mis trabajos, y no había llegado al fin de librarme, cosa que pudiera alcanzar si con madurez hiciera lo qu' el anciano; pero como muchacho no consideré los venideros males, y como las noches de su Cuaresma andan los turcos muy cartujos en cumplimiento de sus ritos y ceremonias, en lugar de venirme á desatar se fueron al barrio de mi amo y le dieron cuenta de cómo me tenían atado, para que les diese diez zequíes que se acostumbra dar á cualquiera que cogiendo un cautivo fugitivo le vuelva á su amo; el bajá pagó los diez zequíes de muy buena gana, y envío con ellos á un renegado calabrés para que me llevase á casa; yo estuve toda la noche penando del dolor de las ataduras, aguardando que me viniesen á cumplir la palabra, pero no vinieron hasta que salió el dorado Apolo á rizarse las trenzas en los sonoros cristales del Tanay, y abriendo la puerta del aposento me ha-

llaron con tan poco sentido que si tardaran una hora más fuera posible hallarme muerto, porque la sangre me ahogaba, y tenía los pies y manos más negros que la pez, con las ataduras, y habiéndome desatado me dijo el renegado que había ido por mí: pobre de ti, ¿por qué te huiste?; yo no sabía qué le responder, y así callé á lo que me dijo, y atándome las manos me embarcó en una posma y me llevó en casa de mi amo, llegando á tiempo qu' el renegado Mami, napolitano, que era dueño de una de las galeras que nos habían acompañado desde Argel, estaba almorzando con el bajá y le iba á pedir cierta cantidad de dinero que le había prestado cuando invernó en Biserta; llevóme á la sala donde estaban los dos, y viéndome el bajá, dijo: venid acá vos, perro; ¿por qué os huisteis?; yo, visto que no tenía disculpa, no respondí palabra; luego mandó que me desnudasen y dejasen con solo los valoncillos de lienzo, y me tendieron en el suelo boca abajo, y atándome á cada pie y mano un ramal de cordel, llamaron cuatro cautivos para que tirasen de los cuatro ramales porque no me pudiese menear con los azotes que me querían dar dos verdugos que se me pusieron á los lados con unos azotes de cáñamo embreado, que á mi parecer fuera mejor quitarme la vida que sufrir sólo veinte azotes, porque los dan con tanta furia y impiedad como si fuera en un madero, para que se consuma el pobre reo con los azotes que recibe, y ya el bajá había tomado su falso rosario, que tenía más de ciento y cincuenta cuentas, para ir pasando una á cada azote, y si tuviera devoción de pasar todo el rosario no quedará para hombre; mas la Majestad de Dios, como padre misericordioso y dueño de todo lo criado, permitió que el renegado que estaba almorzando con el bajá, movido de lástima

dijera al tiempo que el verdugo tenía levantado el brazo para comenzar el castigo: tente, no le des; y asiendo la mano al bajá, le dijo: señor, si quieres bien á Dios, no castigues este muchacho, sino ponle en precio, que yo le quiero comprar pagándote por él mucho más de lo que vale, y lo puedes bajar de lo que me debes. Con esto se suspendió el castigo, y el bajá decía que no me quería vender, sino castigarme para escarmiento de los demás cautivos; el renegado, movido de la mano del Señor, tantas palabras y razones le supo decir que se ablandó y concertó la venta en treinta mil ásperos, que es lo propio que trescientos ducados de España; luego me desataron, y como estaba tan atormentado de la mala noche, ligaduras y temor de los azotes, me quedé arrimado á una pared, dándome saltos el corazón, y como embelesado; mas mi nuevo dueño me despertó diciendo: toma tu ropa y vente conmigo; yo lo hice así y al bajar las escaleras le besé la mano, dándole las gracias de la merced que me había hecho, y él me dijo: sed vos bueno, que yo os trataré bien. Con esto nos embarcamos en una posma de dos órdenes de remos, y venimos al puerto, en donde estaba su galera y otras que estaban aprestadas para salir en viaje con el renegado Zigala, y por favor me puso en la espalda, si bien con el ramal de cadena, donde me consolé con dos nuevos compañeros, el uno siciliano, y el otro gitano, famoso ladrón, que servía de alivio, porque hurtaba para todos.

CAPITULO XIII

DE UNA JORNADA QUE HIZO Á ITALIA EL RENEGADO ZIGALA CON CIENTO Y VEINTE Y CUATRO GALERAS

Acabada su Cuaresma y celebrada la Pascua, salimos del puerto de Costantinopla con ciento y veinte y cuatro galeras muy reforzadas, peltrechadas y adornadas de banderas, banderolas, flámulas y gallardetes, en cuya partida se halló presente el Gran Turco Soltán Morato (1) en una esquina de su palacio, que, como he dicho, está á la entrada del puerto, adonde tiene un puesto señalado, fabricado con maravillosa arquitectura, todo de mármoles finísimos, en forma ochavada, con remates curiosos, altos chapiteles y pirámides lucidas que servían de atlantes de unas bolas doradas con medias lunas en lugar de veletas, y entre bola y bola un farol hecho una ascua de oro, á traza de los de la mezquita y templo de Santa Sofía, en la cual iglesia me contó un griego que había sucedido un caso digno de admiración, y es que el emperador León IV quitó del dicho templo una corona de fino oro en que había un carbunco y la había dado el emperador Mauricio, y saliendo el dicho emperador León un día de casa con la corona, volvió con un carbunco, postema pesti-

(1) Amurates III, que reinó en los años 1573 á 1595.

lencial de que murió rabiando; yo me maravillé del caso y consideré el gran peligro á que se expone el emperador, príncipe cristiano, que quiere parte en los tesoros y riquezas de las iglesias, pudiendo sucederle más felizmente sus instintos haciendo lo que Tiberio, emperador de Costantinopla, que estando pobre y menesteroso por haber repartido su hacienda á iglesias pobres, vió en un huerto de su casa cavada la señal de la cruz en una piedra del suelo, y mandando alzarla porque no la pisasen, hallaron debajo otra; quitáronla también y descubrieron tercera vez la cruz, la cual quitada se halló debajo una gran suma de moneda con que remedió su necesidad. Mas volviendo á mi historia digo que en el sitio señalado se pone el Gran Turco en público para ver salir su armada, la cual, en llegando á emparejar enfrente dél, hace la cortesía abatiendo las banderas y bajando las cabezas, y luego disparan toda la artillería y arcabucería á un tiempo, haciéndole la salva con tanta furia que retumban los montes, y en la región etérea se forman y congelan nubes de humo, y aguardando se pasen y desvanezcan, aparecen las galeras en limpio, tremolando tanta cantidad de banderas y gallardetes que apenas se ve la gente, y á todo esto está el Gran Turco con gran majestad y guardas vestidos de varias colores, que por sólo ver tal grandeza, si se pudiera verse con seguridad, se podía peregrinar desde Toledo á esta insigne ciudad; luego el Gran Turco hace una humillación muy escasa á su general y demás gente de la armada, en retorno de la que le han hecho. Con esto arrancan las galeras doblando la punta del Palo, en que bate el mar, y costeando orillas de los muros de la ciudad dan fondo, aguardando que se acaben de recoger los que faltan de embarcar, y

estando todos juntos parten tomando la costa de la Rumelia, porque traen más en su favor la corriente que por la de la Natulia, hasta llegar á Galipul, y dan fondo junto los castillos, y el general los visita, porque es anejo á él la visita de todas las ciudades y puertos de mar, para que administrando justicia deshaga muchos agravios que los turcos han hecho á los griegos vasallos suyos. Desde estos dos castillos partimos, corriendo todas las islas del Archipiélago y demás puertos de mar hasta la Valona y Durazo, en el Albania; luego atravesamos la boca del golfo de Venecia hasta el cabo de Santa María, en la Pulla, y de allí venimos costeando toda la Calabria hasta la fosa de San Joán, en el cabo del faro de Mesina, adonde dimos fondo; con esto se alborotó toda Sicilia en tanto extremo que llegó la nueva á España, y así dicen que todos los años baja armada del Turco, y todo viene á ser un poco de aire, y dentro de un día se volvió el renegado Zigala contento con sólo ponerse á la vista de la isla en que salió del vientre de su madre para dar tan mala cuenta de sí, y navegando por las propias costas y islas por donde habíamos venido, sin hallar ocasión de alguna presa, después de haber visitado todos los puertos que tenía obligación llegamos á Costantinopla después de San Simón y Judas del mesmo año de noventa y uno, para invernar, yéndose cada uno á su casa con sus galeras y cautivos á pasar lo acerbo y áspero del invierno hasta que dando el Sol la vuelta por su luciente eclíptica se aprestasen otra vez para hacer jornada, porque todos los años la hacen. Llegado que hubimos á nuestra casa, mi dueño me dió por cargo el cuidado de lavar la ropa, poner y quitar las mesas en el suelo, porque ellos no usan comer en alto, barrer las salas, escribir el gasto

de la casa, y otras cosas que se ofrecían, en lo cual puse tanta puntualidad y diligencia que me cobraron tal amor y afición mi amo y sus hijos, con toda la demás familia, que tenía libertad de ir fuera de casa á lavar la ropa donde quisiese, sin llevar grillo, ni guardián que va guardando al cautivo hasta volverle á casa, y en cuanto á la comida siempre tuve abundancia de lo que sobraba de sus mesas, para mí y otros muchos amigos españoles que había en mi compañía, pero en particular para uno natural de San Martín de Valdeiglesias, por ser más cerca de mi patria que los demás, y todas las veces que mis amos iban á algunas fiestas y holguras con meriendas, me llevaban allá para que los sirviese, con que tuve ocasión de ver y saber muchas cosas de que los demás cautivos no pueden tener noticia, ni dar cuenta dello cuando vuelven á sus tierras saliendo del más triste estado y mala vida que puede haber en este mundo, mar de infortunios y trabajos.

CAPITULO XIV

DE LO QUE HACEN LOS CAUTIVOS EN EL INVIERNO

Ya que he dado cuenta de las ocupaciones que los cautivos tienen en el tiempo que el rojo Apolo reitera con más fuerza sus rayos fatigando los campos y vivientes, me parece conveniente contar en qué se ocupan todo el tiempo que no se puede navegar, por la cruda fiereza é impiedad del invierno, y se están en Costantinopla aguardando llegue la primavera, que vuelven á salir del puerto á hacer jornada á Chipre y otras partes sujetas al Gran Turco; y así digo que todas las noches antes que se prolonguen y esparzan las melancólicas sombras, encierran á todos los cautivos en el baño, que es lo propio que prisión, adonde tienen hechos unos aposentillos capaces para que se alberguen de cuatro en cuatro, y á la puerta del baño les van dando á cada uno tres panecillos como de á media libra, y entre cuatro compañeros una gaveta ó cazuela de habas cocidas con un poco de aceite y vinagre, sin darles otro género de manjar, y como vienen hartos de trabajar y hambrientos, hay hombre que se engulle de una vez todos tres panecillos, y si no hubiese modo de campar y pasar la vida, se morirían todos ó la mayor parte de ellos de hambre; y hase de advertir que como no tienen argén para comprar cosa alguna, hurtan cuanto pueden y se juntan cuatro ó seis camaradas y comen lo que cada uno ha adquirido por sus ga-

rras, porque en materia de hurtar les dan muchas ensanchas, como sus amos no les dan lo necesario para la vida humana. En esta prisión ó baño, como digo, se congregan los paisanos, y sacando cada uno lo que aquel día ha podido asir y arañar, comen con mucha conformidad y pasan la noche hasta la mañana.—Aquí se me ofrecían decir muchas cosas acerca de las ensanchas que dan los turcos á los cautivos para que hurten lo que pudieren; pero no es mi intento hacerme mal quisto, ni cobrar fama de murmurador, sino solamente hacer saber al lector lo que encomendé á la memoria y lo que pasé en el tiempo que estuve cautivo, sin engolfarme en honduras, en que es más cierto anegarme que llegar con felicidad al puerto de mi relación; y así, sin perder el hilo de mi historia, digo que en esta prisión pasan la noche hasta que viene el alba á dar aviso á los collados que se acerca á toda priesa el cuarto planeta, y en abriendo el alcaide la prisión, los cautivos que tienen oficio, tal como carpinteros, á quienes los turcos llaman maestres dara, calafates, que es lo propio que herreros, remolares, que son los cabestreros que hacen guindaletas, y todos los demás oficios que son necesarios para la fábrica de las galeras, van á trabajar á las atarazanas, donde les dan jornal por cuenta del Gran Turco; todos los demás que no tienen oficio, unos bajan á los aserraderos á aserrar madera; otros trabajan por peones de albañil acarreando piedra y materiales para las obras. Pero los pobretes que no tienen oficio y no se acomodan á servir de peones, van al campo á buscar brusca, que es lo propio que leña menuda, trayéndola á cuestas dos y tres leguas para el gasto de la casa de su amo; otros muelen todo el trigo que se gasta para los señores y cautivos, en un molino que tienen en casa, alre-

dedor del cual andan los cautivos de en seis en seis, remudando cada hora; otros, que tienen oficio de asiento, tal como sastres y zapateros, se están en casa trabajando en su oficio; de modo que los cautivos ganan todo aquello que ellos y sus amos comen, y mucho más, porque fuera de lo que gana en el invierno, todos los años que salen en las galeras en servicio del Gran Turco tiene cada cautivo cuarenta ducados de alquiler, y estos salarios, que ellos llaman, vitel, sale de los lugares que tienen obligación de dar cada un año cantidad de remeros para las galeras y demás embarcaciones; y los que no tienen cautivos dan tantos salarios como remeros, y con estos salarios van los cadíes de los lugares, que es lo mesmo que comisarios, á Costantinopla, y los señores que tienen esclavos cogen otros tantos salarios como cautivos y van en sus propias galeras á servir al Gran Turco, el cual les da biscocho para toda la jornada, y además lienzo para velas, con que visten los cautivos, y como no gastan blanca en la comida ni el vestido de todos, y ganan muchos ducados cada año, ahorran mucho dinero. Algunos cautivos que tienen oficios caseros, tal como el barbero y otros, son más estimados y no salen de casa, y con algún caudal que allegan á hacer aguardiente con licencia de sus amos, tienen granjerías y tratos. Yo, como dije en el capítulo antecedente, me ocupaba en lavar la ropa, en escribir el gasto de casa y otras cosas que se ofrecían, y á todo hacía buen rostro, con que llegué á ser tan querido del amo y hijos, que todas las veces que iban á holgarse á sus quintas y huertos no se hallaban si yo no iba á servirles, cosa en que recebía increíble gusto, sólo por ver cada día cosas nuevas, clima é inclinación con que nací. También permitía el amo, por darnos gusto, que

tuviésemos altar en el baño, en que se dijese misa, y como no teníamos ningún sacerdote cautivo como en casa del primer amo, íbamos á San Francisco, que un padre se fuese con nosotros á decirnos misa, y le llevábamos acompañado de un genízaro de guarda, porque no le hiciesen mal los muchachos, y esto se permitía no más de algunas fiestas grandes, y el primer día de la pascua de Navidad, y se ordenaba de esta forma: la víspera de la fiesta por la tarde, llevábamos el religioso y se quedaba á dormir con nosotros dentro del baño y confesaba todos los que querían, y antes que se acabasen de ausentar las obscuras tinieblas de la noche, decía misa, y luego se levantaban dos cautivos de los más graves y iban pidiendo limosna á todos los compañeros para pagar al religioso y genízaro de guarda, y cada uno daba lo que podía, con que se allegaba para la limosna de la misa y paga del genízaro, de modo que cuando amanecía y abrían la puerta, el religioso se iba á su convento, y los cautivos á sus trabajos y tahonas ordinarias, porque en todo el año tienen los cautivos más descanso que los viernes, que son las fiestas de los turcos, y el primer día de pascua de Navidad, y si pudieran aquel día del viernes ocuparles en algo, lo hicieran, pero les está prohibido, como ellos no trabajan. Deste modo pasan los cautivos el invierno hasta que llegando el buen tiempo se tornan á aprestar las galeras para hacer jornada, sin dejarles holgar tan sólo un momento, ni tomar alivio de tantas penalidades y trabajos, hasta que, ó con la muerte, fin y paradero de las incomodidades desta vida, ó por rescate, si acaso bajan á Argel, porque á Costantinopla no suben redemptores de parte alguna, salen de tantos infortunios y adversidades como se pasan en el discurso del cautiverio.

CAPÍTULO XV

DEL MODO CON QUE SALE EL GRAN TURCO DE CASA POR MAR

En el palacio del Gran Turco (como dije en el capítulo décimo) bate el mar, y toda la casa está cercada de altos y fuertes muros, y á la parte de la marina tienen su asiento tres cuartos del palacio, con patios muy grandes, todos llenos del agua de la mar y con bastante fondo para poder entrar y salir con las galeotas, los cuales patios vienen á servir de lo que en España sirven las cocheras, porque en ellos guardan las galeras, que son muy vistosas, labradas con mucha curiosidad, todas pintadas de fino oro, azules subidos y costosos carmines y otras maravillosas colores, con muchas banderolas y gallardetes, y las jarcias todas hechas una ascua de oro, y en lugar de las maromas y cordeles de cáñamo, cuerdas de seda de diversas colores, con tanta arquitectura que desde la punta del asperón hasta lo último de la popa parecen una primavera, con la diversidad de matices, y encima de la cubierta y tendal de brocado fino que sirve de guardarse y guarecerse de las inclemencias del cielo, llevan tres faroles, en el remate del asperón, puesta una cabeza de dragón, y más adentro un león, todo hecho una esduma de oro, y todas las veces que quiere el Gran Turco irse á holgar á sus jardines y bosques de caza que tiene

en las orillas del canal que tengo referido, ó á otro jardín en particular que está más adelante de las atarazanas, adonde, como dije en el capítulo antecedente, se labran y fabrican las galeras, se embarca dentro de palacio, sin que persona alguna, fuera de las que asisten á su servicio, sepa ni entienda cuando quiere salir, y en estando embarcado abren las puertas y sale la galeota remando sin ningún embarazo ni impedimento, como cuando en España sale en su real carroza nuestro rey y señor Felipe IV, que Dios guarde y conserve á pesar de extranjeras envidias, y le dé ayuda para deshacer y vencer ejércitos de luteranos y infieles. Lleva á cada remo dos remeros turcos con camisas y valones de blanca y delgada holanda, todos hombres escogidos, de buen talle y gallardo aspecto; tienen á quince remos por banda, todos pintados con finas colores, y en algunos de los bancos van asentados mudos que le sirven de bufones y truhanes, haciendo señas lascivas y deshonestas. En el asperón de la galera va sentado otro mudo haciendo señas con los brazos para que todas las embarcaciones que andan barconteando por el canal, se aparten y recojan á las orillas, desocupando la mar hasta que haya pasado el Gran Turco. En los dos bancos de junto á la popa van sentados dos agaes, que quiere decir en su lengua eunucos, ambos vestidos de brocado con entorchados de fino oro, de los cuales el uno es su camarero, y el otro el guarda mayor de las sultanas y turcas que están en el serrallo para el gusto del gran señor; el uno llevaba en la mano un manojo de flechas, y el otro un arco muy curioso por si acaso quiere matar alguna caza. El jardinero mayor, que allá se llama bostraribazi, lleva el timón de la galera, por ser anejo á él aquel oficio y dignidad; éste es muy llegado á la persona

real, porque le va cogiendo flores cuando se pasea por el jardín y se las da de su mano á la del Gran Turco; con esta majestad pasa por medio del canal á vista de todas las galeras y navíos que están á las orillas, y todos juntos abaten los estandartes y banderas y le hacen salva dando muchas voces y diciendo: bajad las cabezas: Alá heriunbin eglesen; que quiere decir: cada día se te vuelva mil; y repiten: Dios te dé victoria contra los cristianos, y humillan la cabeza hasta el suelo, cortesía que ellos usan, y luego levantan los rostros y le miran, y él en señal de agradecimiento hace con la cabeza una pequeña y escasa cortesía, y tras su galera van barcos muy curiosos y enramados en que van los criados y recámara, y en una barca, que es la primera que sale después de la del Gran Turco, va una de las sultanas á divertirle del peso del gobierno, la cual va muy tapada y oculta por no dar lugar á que la vea persona alguna, ni aun los remeros que van guiando la barca, y lleva consigo dos eunucos de guarda para tener cuidado con ella, y los más de los eunucos son negros, y tan graves, como se ven galanes y estimados de la real persona, que no se dignan de mirar á la cara, aunque sea á los bajaes y capitanes de aquel imperio. Desta manera va navegando á la quinta, donde se entretiene, come y bebe hasta privarse de el juicio, y en la mesma forma que fué vuelve á palacio y entra y sale muchas veces, porque los más días se deleita, por estar las quintas y huertas tan cerca de la casa real que en media hora se pone allá, y siempre, antes que anochezca se vuelve á dormir á palacio.

CAPÍTULO XVI

DEL MODO QUE SALE EL GRAN TURCO DE LA CASA REAL EN PÚBLICO

Después de ocho días que habían pasado desde que vi navegar á Soltán Morato, se le ofreció salir en público para ir á hacer la zalá á la mezquita mayor que reedificó Soltán Solimán, nombre que se deriva y tiene origen de Salomón, como Alí, de Elías; Muza, de Moisés; Daut, de David; Osaín, de Isaías; y deste modo toman los nombres de los patriarcas y profetas de ley antigua; pero no me quiero ocupar y detener en especificar estas derivaciones, por ser cosa tan sabida de los curiosos; sólo diré del modo que sale, y gente que le acompaña todas las veces que va en público. Un día, pues, entre otros, que se me ofreció salir de casa á lavar la ropa, viendo la ocasión á las manos (como mi inclinación era ver cada día cosas nuevas) á pesar de empellones y golpes que me costó vi el acompañamiento, todo de gente de á caballo, ordenado y compuesto en esta forma: Primeramente iban los hombres de armas, que ellos llaman espaies, y destos hay dos géneros: unos son de Tumar, y otros de Ulefe; los que dicen de Tumar son como los caballeros que en España adornan sus pechos con las encomiendas de Santiago, Alcántara y Calatrava, que go-

zan de las rentas decimales y son más estimados de todo el pueblo, y van á la mano derecha, conociéndose por las banderas que llevan en las lanzas. Los que son de Ulefe no son tan estimados, por ser pagados con salarios de tantos ásperos cada día; van á la mano izquierda y también llevan en las banderas señales diferentes; tras éstos van los bilitares, nombre que toma su origen de una preeminencia que tienen los que ciñen el alfanje al Gran Turco; éstos van á la mano derecha, y enfrente de ellos, á la izquierda, van los chauces, que es lo propio que embajadores, que aunque sea verdad que ninguno dellos usa y ejerce tal oficio en toda su vida, con todo eso gozan del nombre y privilegios de embajadores. Luego se siguen los gobernadores de provincias, que ellos nombran beyes; y tras ellos los beleies, que son capitanes generales, con los cuales van los belerberes, que es lo propio que virreyes de provincias grandes, tal como la Natulia, la Rumelia, Caraman, la Morea, Albania, Transilvania, la Bulgaria, Dalmacia, Croacia, Bozna, Carabildan, y otros muchos reinos sujetos al poder del Gran Turco por nuestras culpas y pecados, pues es cierto que permite el Señor tenga tan gran poder para azote y castigo de nuestras inobediencias; tras los belerberes se siguen dos hileras de colaques y mostafaragues, que son los que asisten de ordinario á la guarda de la real persona, como en España los de la cuchilla, alabarderos y arqueros, todos los cuales van con diferentes armas, ropajes y plumas, que no me atrevo á especificar por no haber cosa significativa en España para dar á entender y explicar la suerte de vestidos, y así lo dejo al discurso del lector; luego se siguen dos hileras de bajaes, muy graves, que son los virreyes más ancianos y de mejor

consejo; en mitad destas hileras va un xarif á caballo, con turbante de delgadas tocas, y éste ha de ser descendiente del falso profeta Mahoma, á quien los turcos llaman entir, el cual lleva la mesma bandera de Mahoma, toda de chamelote de aguas, verde, con muchos letreros de oro y una mano bordada en ella; esta bandera dicen los turcos ser la propia que tuvo Mahoma en vida, y por esta razón la veneran y reverencian tocando á ella sus rosarios, aunque sin cruces, y los que no la podían alcanzar tocaban la ropa del xarif y la besaban; otros tocaban con las manos las ancas del caballo, como á cosa sagrada y santificada; detrás desta bandera iba el mufiti, que es lo propio que en la cristiandad el vicario de Cristo y Sumo Pontífice; este es el mayor de todos sus alfaquíes, á quien se sujetan y acuden en todos sus pleitos, el cual ba en un hermoso caballo con mucha serenidad, escaseando la vista, y detrás venían los ocho vicerreyes, que son ocho oidores de su Consejo, de quienes pende todo el gobierno del imperio otomano; entre las dos hileras de los ocho vicerreyes van á pie veinte y cuatro jóvenes de lucidos talles y hermosas vestiduras, llevando en las cabezas unos morriones dorados con muchas plumas, todos con pedrería y joyas de inmenso valor, y ellos con armas de arcos y flechas; detrás de los oidores se seguía el Gran Turco, y á sus lados iban los dos eunucos que dije en el capítulo antecedente iban en la galera cuando salía por mar á holgarse á las quintas y huertos, y llevaban las propias insignias de arco y flechas; á los estribos del Gran Turco iban á pie dos ancianos venerables, muy altos y cenceños, con barbas largas, vestidos de costosas ropas enfaldadas hasta la cintura; éstos iban asidos á los estribos y los llaman geyques.=El Gran Turco era un

hombre de buen rostro, blanco y colorado, vestido de una tela de maravillosas labores, con un gran turbante tan blanco que parecía era nevado según los encarrujados y albura de la toca, y en él tres manojitos de plumas más negras que el azabache, muy bajas; la barba larga y peinada como la usa allá toda la gente noble, grave y de república, porque los soldados y gente vulgar no usa traer más de bigotes, sin género de barba alrrededor del rostro. Al tiempo que pasaba el Gran Turco toda la gente bajaba las cabezas, cruzando los brazos, cortesía suya, y repetían á grandes voces lo que siempre, diciendo: cada día se le vuelva mil, y Dios te dé victoria contra los cristianos; y luego alzando los rostros le miraban, y él en señal de agradecimiento hacía una señal de cortesía, bajando la cabeza generalmente, con mucha gravedad y señorío; detrás del Gran Turco iban doce caballos hermosísimos, que los llevaban de diestro doce hombres bien dispuestos, vestidos de damasco de diversas colores, y de cada arzón pendían un alfanje damasquino, maza y pica de desarmar, aljaba con flechas y arco guarnecido de pedrería; los frenos y guarniciones con labores de oro y piedras, y encima de las sillas unas gualdrapas cortas, labradas admirablemente de oro y seda; detrás de los caballos iba el vulgacho de la gente plebeya dando tremendas voces, diciendo alabanzas á su emperador y señor. Yo lo noté todo y mirele á la cara después de haberle hecho la cortesía callado, que de no hacerla granjeara por la curiosidad algunos porrazos de más y muchos dientes de menos. Con esta pompa y grandeza pasó desde palacio hasta la mezquita Solimana, de donde, después de haber rezado á su profeta infeliz, volvió á palacio con el mesmo acompañamiento y aparato que

había venido, y yo proseguí mi viaje con la ropa á cuestas contento de haber visto y conocido al Gran Turco, y acabada de lavar y enjugar volví á casa, donde tomé alivio y consuelo de la fatiga del cansancio; y ahora hago lo propio para empezar con nuevo aliento y deseo de agradar el siguiente capítulo, donde trataré de los baños que hay en la ciudad, y cómo usan de ellos.

CAPITULO XVII

DEL MODO DE LOS BAÑOS QUE HAY EN LA CIUDAD, Y CÓMO USAN DE ELLOS

Por toda la ciudad de Costantinopla, así dentro de ella como fuera, en los barrios que están vecinos de sus muros, está repartida gran cantidad de baños que han labrado personas ricas y poderosas, fundando granjería en ellos para que toda la gente que quisiere irse á lavar, pagando lo que les pareciere bastante según su calidad, se bañen con comodidad y aseo. El modo de su disposición es el siguiente: á la entrada del baño, en la primera estancia, está fundada una grande y espaciosa cuadra, toda hecha una paloma, techo y paredes, y en medio de ella está hecha una fuente muy copiosa y curiosa, labrada en jaspes finos; en mitad de la fuente hay una hermosa taza, y por remate un globo ó bola, hecho una ascua de oro, por donde sale un caño de agua fresca y dulce; en contorno desta fuente tienen hechos unos poyos altos, estirados, y para subir unos escalones, también estirados, que sirven de descanso de los pies; en esta sala está continuamente un turco, el cual tiene á su cargo la cobranza de los que se bañan; los poyos son muy anchos y capaces para desnudarse sobre ellos cantidad de gente, y en desnudándose recogen los vestidos, quedando con más

seguridad que si estuvieran cerrados debajo de siete llaves; luego vienen los barberos, que son oficiales del baño y sirven de apercebir todo lo necesario para entrar en el baño, que es dar una toalla á cada uno, muy grande y enjuta, que ellos llaman fota, y se la ciñen por la cintura, quedando pendiente hasta cubrirle las rodillas; luego se entra en otra sala más dilatada y anchurosa que la dicha, toda abovedada, y junto al techo cantidad de vidrieras por donde entra luz necesaria y bastante para verse bañar; toda ella está solada de mármoles y jaspes, un cuadro de una color y otro de otra, al modo de tablero de damas, y tan calientes que no se puede sufrir el calor, por ser artificial dando fuego por debajo; en medio desta cuadra está un pilón lleno de agua caliente, adonde entran á jugar y voltear los muchachos y gente moza; en contorno desta sala hay unos aposentillos también solados de mármoles tan calientes como los de afuera, y en cada aposento hay una pila de mármol con dos caños, uno de agua caliente y otro de agua fría, con sus llaves de tornillo cada uno, y la persona que entra templa el agua conforme su voluntad, y encima del borde de la pila está un tazón redondo con un pico, que sirve de coger el agua y echársela por el cuerpo, empezando desde la cabeza hasta los pies; en el ínterin que se baña entra un oficial por si acaso se quiere hacer la barba y cabello, todo á navaja, salvo los mostachos, porque allá usan todos generalmente afeitarse á navaja; acabada de quitar la barba le frotan todo el cuerpo con un lienzo áspero, sacándole toda la suciedad y sudor, y con jabón de olores le lavan hasta quedar limpio como la plata bruñida, y en diciendo que quiere salir del baño le dan dos toallas enjutas que tienen apercebidas, la una para

desde la cintura á abajo, y la otra para ponérsela sobre la cabeza y hombros, con que vuelve á la primera cuadra, donde se desnudó, y sentándose junto á sus vestidos se enjuga y limpia á su gusto, y en estando enjuto da las toallas al oficial y se viste muy despacio, y al salir de la puerta da dos ó tres ásperos, que es una moneda como medio real, si bien los ricos y principales dan conforme su calidad y personas. La entrada destos baños no se niega á persona alguna, por su dinero, ora sea cautivo ó liberto, turco ó moro, judío ó de otra cualquier nación y ley. Y para que las mujeres no se bañen juntamente con los hombres, tienen hechos baños aparte para ellas y las sirven mujeres con tal recato, que si acaso un hombre de cualquier estado entrase en el baño de las mujeres cuando se están lavando, lo empalaran sin aguardar con él un solo instante. Disposición y justicia que me agradó mucho, por ser tan ajustada á la razón natural, y no como en otras regiones del mundo, donde no se cuida ni remedia el ir al río ó bañaderos revueltos hombres y mujeres, de que no se puede seguir virtud alguna, antes homicidios, infortunios, adulterios, penalidades, trabajos y tratos lascivos y deshonestos; pero quiero dejarlo, porque si se hubieran de decir los absurdos y pecados que resultan era menester un libro aparte, y no es mi intento detenerme en puntos que no tocan á mi estado y relación desta historia. Y así, volviendo á ella, digo que todos los turcos y gente moza usan destos baños, no tanto por la limpieza del cuerpo como por la espiritual ó ceremonia de su falsa secta, y la razón es porque no pueden hacer la zalá si han tenido cohabitación alguna, aunque sea con su propia mujer, ó entre sueños, sin que primero vayan al baño y muden ropa limpia, para hacerla,

y es con tanto extremo la observación de su escrupuloso mandato, que si haciendo aguas les cayese una gota de orines en la camisa ó valones, han de mudarse ropa ó lavar aquella parte donde cayó, y por esta causa se usa tanto de los baños; y en habiendo algún difunto, luego al punto los oficiales ó mullidores acuden al cuerpo y, tendiéndole sobre una tarima, le lavan y jabonan con gran curiosidad y limpieza, y en estando enjuto le amortajan, y luego se pone junto á él un alfaquí ó sacerdote á rezar la zalá por el difunto, y se está con el cuerpo velándole hasta que se llega la hora de llevarle á enterrar en tierra virgen, fuera de poblado, adonde hay grandes campañas de entierros, y ponen señal encima de la sepoltura para que no entre un cuerpo adonde está enterrado otro, porque Mahoma, cuando hizo la secta, fué cogiendo una parte de nuestra ley, otra de la ley de Moisén, otra de la ceguedad de los gentiles y otra parte la malicia é ignorancia crasa de los herejes, é hizo un mixto tan pernicioso y perjudicial como por la obra y efectos se ve. Y porque me está dando priesa una jornada que hizo á Italia el renegado Zigala con cuarenta galeras, pongo fin á este capítulo, por dar principio al siguiente.

CAPÍTULO XVIII

DE UNA JORNADA QUE HIZO Á ITALIA EL RENEGADO ZIGALA CON CUARENTA GALERAS

En el año de mil y quientos y noventa y dos, á los primeros de Junio se publicó en Costantinopla se aprestasen todas las galeras que estaban apercebidas para la jornada que hizo á Italia el renegado Zigala, el cual demediado de Junio salió con solas cuarenta galeras reforzadas, peltrechadas y adornadas con banderas, banderolas, flámulas y gallardetes, como tienen de costumbre, y disparando toda la artillería á un tiempo hicieron la salva á el Gran Turco, que siempre está en un sitio para ver salir y entrar sus armadas. En acabando las ceremonias acostumbradas salimos del puerto de Costantinopla, navegando por la propia parte y vía que el año antecedente, hasta desembocar el canal, de donde partimos á la siguiente aurora, ya cuando los canoros pajarillos con suaves picos y dulces cantos gorjeaban de rama en rama, cantando parabienes al día y alabanzas á su Criador, y corrimos todas las islas del Archipiélago (1) que es la principal causa del viaje. En llegando al Archipiélago despachó el general á mi amo y á otro capitán que

(1) En el ms., *Arcipiélago*.

se llamaba *Cinco dientes,* para que con sus galeras fuesen acompañando á Mustafá bajá, que venía por virrey de Argel, dándoles expresa orden que en dejándole en salvamento se volviesen por Italia, en cuyas costas les aguardaría para dar la vuelta á Costantinopla. Partimos de las islas del Archipiélago con las dos galeras, un día ya cuando los rayos del Sol herían con menos fuerza, acompañando al virrey, que venía en otra galera suya; costeando hasta el cabo de Albania, fuimos atravesando la entrada del golfo de Venecia (1) hasta tomar tierra en el cabo de Santa María, en la Pulla, de donde, después de haber desembarcado, hecho leña y agua, partimos costeando toda la Calabria hasta Sicilia, y de allí nos engolfamos para el reino de Túnez, y pasando toda la costa y puertos de Africa llegamos á Argel, donde tomó Mustafá posesión de su gobierno. En esta ciudad no se detuvieron mi amo y *Cinco dientes* más de ocho días, por cumplir las órdenes y obedecer el mandato de su capitán general, en los cuales se me ofreció salir un día á lavar la ropa, y teniendo aviso que estaban en Argel redemptores de la Santísima Trinidad, tuve modo y ocasión de ir á hablar á los padres fray Juan del Aguila y fray Juan Sánchez, que posaban en casa de un judío que se llamaba Abraham, el cual tenía dos hijas muy hermosas, que la una se llamaba María, y la otra Ana, y hablaban castellano tan claro y limado que me pareció estaba en Toledo, escuela de la pulicia, así del hablar como del vestir. En resolución, yo les pedí con lágrimas que hilo á hilo corrían de los manantiales de mis ojos, me rescatasen por amor de aquel Señor que por salvarnos y hacer-

(1) En el ms., *Venencia.*

nos partícipes de su gloria fué servido de dejar la celestial morada y tomar carne humana en las virginales entrañas de María Santísima, Señora nuestra, asegurándoles que les pagaría con puntualidad en mi tierra toda la cantidad que diesen por mí, además de lo que la redempción da de su parte. En fin, tantas lástimas conté que obligué al padre fray Juan del Aguila que tratase de mi rescate, movido de mi mocedad y condolido de las aflicciones que le signifiqué pasarían mis padres por no haber tenido noticias de mí desde que salí de su casa guiado de mi estrella que me inclinaba á ir á ver mundo, sin considerar los trabajos que experimenté en el discurso de mi cautiverio. En resolución, se fué conmigo hasta la galera de mi propio amo para dar un corte á mi remedio, y así como llegamos me dijo: Diego, yo no me atrevo á entrar; habla primero á tu amo, que después yo le apretaré lo posible; yo llegué con contento y alborozo, pareciéndome haber ya conseguido mi libertad y puesto fin á mis trabajos; mas no estaba determinado de lo alto, porque apenas comencé á decir mi embajada cuando conociendo mi amo el fin á que se enderezaba el prólogo, impaciente y colérico dijo: ¡perro! si me dan por ti mil ducados no te tengo de dar, y si el fraile bigardo vuelve á boquearlo ó imaginarlo, le he de despeñar y sacar las entrañas. Esta respuesta me desahució, quedándome aturdido, temblando como un azogado. El buen padre, como entendió la plática se tornó á su posada pesaroso y afligido de ver la poca diligencia que se podía poner en mi pretensión. Esta tristeza permaneció y reinó en mi corazón hasta otro día que tuve ocasión y modo de hablarle, consolándome con escribir á mis padres dándoles cuenta de mi cautiverio, y procurando aliviarles la pena con de-

cirles que esperasen en Dios, que como acude siempre á las necesidades, no se olvidaría de mí, volviéndome á mi antigua libertad, para que cuando menos pensasen me viesen entrar por sus puertas; y ansí lo permitió.=Di la carta al padre fraile Juan del Aguila, y despidiéndonos con lágrimas él dió la vuelta á España, y yo á mi galera. Y después que me vi con sosiego en mi patria fué Dios servido que le encontrase en Toledo, y fué mi confesor siete años continuos, hasta que volviendo otra vez por redemptor á Argel murió mártir él y el padre Monroy. En llegando á la galera trató mi amo de partirse para Italia para juntarse con la armada del Turco, conforme la orden de su capitán general, y después que había el rojo Apolo nacido ocho veces en la cuna del Oriente, y muerto otras tantas en el ataúd del Poniente, salimos de Argel navegando por las costas del Africa hasta llegar á Bujía y los Siete cabos, donde se engolfaron las dos galeras solas, y atravesando un golfo fuimos hasta la isla de Cerdeña, y entramos por las bocas de Bonifacio, que son entre la isla Córcega y la de Cerdeña, y guiando á la parte de Levante fuimos navegando para la isla de Montecristo y la Gianora, donde encontramos un navío catalán que al parecer venía cargado de hierro, porque le batieron más de dos horas á cañonazos con las piezas de crujía y se defendió valerosamente, de tal suerte, que todas las veces que abordaban las galeras eran tantas las barras de hierro que tiraban con tan lindo brío y desembarazo que les hacían retroceder, por causa del gran daño que recibían, así los turcos como los cautivos que estábamos al remo, de modo que se escapó, si bien maltratado por los muchos balazos que habían llovido sobre él; las galeras no quedaron menos, por la multitud de ar-

cabuzazos y barras de hierro que los del navío les tiraron por defensa de sus vidas y haciendas. Con este mal encuentro se retiraron los turcos corridos del tesón que había tenido el navío, y guiando al golfo de Nápoles pasamos por la isla de Vulcano, y Estrombol, junto las cuales cautivaron dos galeras de napolitanos, con que se despicaron algún tanto del daño recibido por el navío catalán; con esta presa nos fuimos acercando á la vuelta de Salerno, por pasar por el faro de Mesina, donde llegamos cuatro horas después que el rubio padre de Faetón había mostrado desmayo en sus luces, y pasamos sin ser descubiertos de las centinelas de Mesina, que fué mucho, porque el faro que llaman de Mesina se forma entre la isla de Sicilia y reino de Nápoles; en fin, quiso la ventura de los turcos y corta suerte de los cautivos que no fueron sentidos y pasaron con seguridad, con ser tan angosto el faro que se oía una voz de una parte á otra, y navegando la vuelta de Riojeles (1), dejando á Mesina sobre mano derecha, fuimos al cabo de Espartevento y costeando la Calabria llegamos á encontrar con Zigala al cabo de las Cotienas, Zicato ó Cotrón, donde había quince días nos estaba aguardando con las treinta y ocho galeras, y de Cotrón (después de haberse saludado y dado cuenta de sus sucesos) partimos para Turquía, si bien yo con inmensa tristeza por ver que con cada milla que andaba la galera se alejaba más el remedio y fin de mis trabajos, y sin haber hecho presa de importancia, salvo las dos galeras de napolitanos, costeando de puerto en puerto fuimos hasta Atenas, la cual está hoy reducida á una pequeña y corta población

(1) Rijoles.

donde asisten turcos, griegos y judios y hay arzobispo griego que las turcos llaman metropulite; desde allí fuimos al cabo de las Colunas, que dicen de Atenas, que dista cinco millas de la población. Desde este cabo ordenó el general Zigala que mi amo se partiera á Salónica con once galeras, á cargar paños para los vestidos de guerra de los genízaros, y para esta jornada fué fuerza pasar por el canal de Negroponte, y desde allí se fué el general Zigala con las veinte y nueve galeras que quedaban á Costantinopla, después de haber dado la orden que se había de guardar, á mi amo, como capitán y cabo de todas las once galeras, y despidiéndose unos de otros, cada uno siguió su derrotero; el general Zigala para Costantinopla, y mi amo la vuelta de Salónica.

CAPITULO XIX

DE LO QUE SUCEDIÓ EN ESTA JORNADA, Y LO QUE HAY EN EL CANAL

El canal de Negroponte (que los turcos llaman Ifibograz, que quiere decir en nuestra lengua boca tuerta, por las bocas que tiene) se forma entre la tierra firme de Atenas y la isla de Negroponte (que antiguamente fué de la señoría de Venecia, y el día de hoy es poseída y avasallada por el poder del Gran Turco), el cual canal se prolonga por ciento y veinte millas, que es lo propio que cuarenta leguas; su anchura es de tres leguas, yéndose estrechando por partes á dos leguas, por partes á media legua, y por lo más angosto no tiene capacidad más que para dar paso á una galera, en cuyo golfo sirven de lunares muchas islas pequeñas, despobladas de gente y pobladas de espesuras y caza, así mayor como menor; en lo más estrecho deste golfo está fundada la ciudad de Negroponte, que es muy fuerte, aunque pequeña; su sitio es en la parte de la isla, y frontero de ella, en la parte de tierra firme está puesta en competencia una fortaleza desde la cual se comunica la ciudad por una puente levadiza dividida en dos partes, de las cuales la una (cuando la ocasión lo pide) se levanta á la ciudad, y la otra á la fortaleza; este paso (como dije arriba) es tan estrecho, que

para que pueda pasar una galera alzan la puente y meten los remos dentro de la galera, aguardando á que la corriente vaya hacia la parte que han menester. Porque se ha de advertir que las corrientes deste estrecho ordinariamente corren seis horas á una parte y seis á otra, y en lo más angosto hay molinos insertos y embebidos en los muros de la ciudad y de la fortaleza, moliendo seis horas los unos y seis los otros, lo cual (según mi juicio) es digno de admiración por no haber en todo el universo globo de la tierra otros molinos que muelan con el agua de la mar. Después de haber pasado este estrecho las once galeras de las cuales era mi amo cabo (como dije en el capítulo antecedente) fuimos á desembocar por la parte del Norte, y tomado el rumbo por el viento grezal, nos engolfamos para Salónica (á quien iba enderezado nuestro viaje), que es una ciudad de más de veinte mil vecinos, así turcos como griegos, pero la mayor parte de judíos, porque por todas las poblaciones del Levante están repartidos infinidad de ellos, en que se verifica y cumple la promesa dada por nuestro Salvador á Abraham, de que sus descendientes serían más que las estrellas de que está tachonada la región diáfana y celeste globo; en esta ciudad hay gran fábrica de paños, y los judíos hablan castellano tan fino y acendrado como en la imperial ciudad, cabeza y silla de tantos emperadores y reyes godos; Toledo digo, aquella que á pesar de los siglos se conserva, y permanece, si bien postrada, la mayor parte de sus edificios. En esta ciudad de Salónica estuvimos ocho días cargando las once galeras de paños, lo cual concluso salimos de su puerto y muelle costeando la Rumelia hasta dar vista á la isla de Monte Santo, que los griegos llaman Agion Oros, pues está tan pegada á la

tierra firme de Rumelia que la alcanzará un tiro de escopeta; esta isla (1) está poblada de conventos de frailes griegos, sin otra gente, donde los religiosos se sustentan de los frutos de sus labranzas y de gran cantidad de ganados que repastan por aquellos prados, y por haber en ella tantos conventos se llama Monte Santo. Desde allí atravesamos un golfo hasta la isla de Lemnos, y tomando rumbo por el viento xiroquí llegamos una noche á tomar tierra en parte donde no había puerto, por ir los cautivos tan molidos del trabajo cuotidiano que no nos podíamos valer de sueño; y por estar la mar en leche y ser el término de la vacante tan corto, le pareció á mi amo que no se levantaría fortuna de consideración mientras los cautivos descansásemos dos ó tres horas. Mas ¿quién basta á prevenir lo futuro y venidero si no es con especial inspiración divina?; en fin, no fué como se pensó, pues apenas habíamos entregado nuestros sentidos y potencias al simulacro de la muerte, cuando empezó á soplar un poco de Norte, y no haciendo caso de él parece que se corrió, pues se enfureció de suerte que inquietando las olas se embraveció y empelló el mar, alborotándose en tanto extremo que cuando lo quisieron remediar no pudieron, y visto no tener alivio en peligro tan manifiesto, fueron echando áncoras, á cuyo rumor despertamos los cautivos, y conociendo la causa del alboroto, nos afligimos, no tanto por el temporal, como por estar aherrojados y faltos de remedio humano si acaso la galera se iba á pique; los turcos, viendo que no aprovechaban las áncoras, fueron desarbolando la galera, derribando todas las obras muertas, que ya estaban casi rotas

(1) No es isla, sino la península de Athos.

de los combates de las aguas; la tormenta iba á cada instante creciendo, que fué necesario calafetear los portillos, mas nada aprovechaba, porque las olas rompían de proa á popa con tanto rigor y crueldad que se llevaron todos los barriles y ropa que estaba sobre la cubierta, arrebatando de camino la barca que iba dentro de la galera, el fogón, el gallinero, el timón y más de la mitad de los remos; pero la mayor desgracia y la que sentimos más fué la falta del timón, por ser el gobierno y régimen de la galera; visto el peligro tan cerca y que la muerte venía con acelerado curso, se echaron cinco áncoras que habían quedado en la galera, excepto una con el cabo breado, que valía muchos ducados, que se guardó para el extremo peligro, y conociendo mi amo que nada aprovechaba y que poco á poco íbamos caminando á nuestra perdición, mandó desherrar los cautivos para que se salvasen los que mejor diligencia pusiesen en salvar la vida; con esta licencia asieron la mazacuña y de toda priesa se desherraron los que eran buenos marineros, y yo fuí tan infeliz que se alargó de mi banco la mazacuña y no me pude desherrar, con que fué creciendo mi congoja y angustia, y como era tan obscuro y la confusión y voces retumbaban en las ondas, hacían la noche más tenebrosa y apenas se entendían unos á otros; todo era lágrimas y gritos, entre el cual mormullo se oía unas veces ¡al trinquete! otras ¡á la bolina! otras ¡alija! y con la variedad de confusión nada se hacía y todos andábamos turbados con la consideración que si faltaban las áncoras habíamos de dar al través sobre unas altas rocas que aquella tarde habíamos visto á las espaldas, y así todo era promesas y lástimas, abrazándose unos con otros, y los cautivos confesando á voces sus pecados, pidiendo al Salvador del mun-

do misericordia y piedad; y los turcos pidiéndonos perdón, y nosotros á ellos, que en aquel trance todos éramos unos; en medio desta tristeza sopló con tanto extremo el viento Nordeste, que arrancando las áncoras nos llevaba á dar al través en las ya referidas peñas; viendo ya el peligro último, no fiando en humano remedio volvimos los corazones al divino, por parecernos que era Dios servido que desde aquellas aguas fuésemos á dar cuenta de los pasados excesos; todo era llantos, todo pedir misericordia, todo dolor de los pecados, todo hacer votos y promesas para librarnos del peligro presente; cuál de los cautivos invocaba á el santo su devoto; cuál de los turcos prometía á la casa de Meca una lámpara; cuál se acordaba de los amigos ausentes; éste culpa su desdicha, aquél llama á sus deudos, el otro se despide de su patria, y todos juntos llorábamos tristemente; en conclusión, ya cuando aguardábamos el fatal fin fué Dios servido que la galera topó con otra que estaba detrás y se detuvo un poco, quebrándose con el golpe las bataolas y postizas; con este breve espacio los cautivos mejores marineros que andaban desherrados echaron el áncora que había quedado de respeto con el cabo breado, invocando con lágrimas y suspiros la Santísima Trinidad, con que milagrosamente se detuvo y tuvimos alguna esperanza de salvarnos, aunque faltaba por pasar lo más de la noche y no teníamos más de aquella áncora; todo, en fin, era lágrimas y confusión, y los turcos lloraban y decían á los cautivos cristianos que rogásemos á nuestro Dios nos librase de tan manifiesto peligro; con estos temores pasamos la noche pensando que cada vaivén era el postrero, y tragando una muerte á cada ola. Pero Dios, como padre de misericordias, no se olvidó de nosotros,

olvidándose de nuestros pecados, pues fué servido no nos dejase aquella áncora hasta que amaneció del todo, y viéndonos las caras, dimos gracias á Dios que nos había sacado de tanta obscuridad y tinieblas y restituídonos á las luces del luciente Febo, con cuya claridad descubrimos los naufragios y desdichas que la noche con su negro manto nos tenía ocultas, que fueron dos galeras que estaban menuzas junto á las rocas, sin haberse salvado una persona de más de setecientas que iban de turcos y cautivos; aquí se renovaron los llantos por la pérdida de tantos cristianos como allí perecieron, si bien habían salido (aunque con la muerte) de tan lastimosa y pesada servidumbre; en fin, nos consolamos viéndonos ya casi libres del naufragio, con cuya alegría se mezcló y mitigóse el dolor y tristeza por los difuntos. Luego que salió el sol se comenzaron á amainar el viento y sosegar las olas, y al paso que iba entrando el día se iba aplacando la fortuna y tormenta; con esto se animó la gente y se dió orden de salir de allí lo mejor que se pudiese para doblar en una punta y ponerse en una parte abrigada de aquel pernicioso y nocivo huracán; para esto se enarboló la galera y se sacaron algunos remos de debajo de cubierta, que de ordinario se llevan de respeto, y con dos remos puestos á las dos espaldas de la galera para gobernarla en lugar de timón, luego se amainó la entena y se puso en crujía, asida la vela á ella, aliviándonos con los remos, y alzando el ferro, tomó la galera una poca de corriente y á gran priesa izaron la entena y sacaron el cigotago, y gobernando la galera con los remos y doblando una punta nos metimos en un redoso reposado del aire; vista la diligencia hecha por mi amo, todas las galeras siguieron su parecer, como de cabo de todas; en este re-

doso estuvimos tres días reparando las quiebras de la pasada tormenta lo mejor que se pudo, para poder llegar á Costantinopla, adonde llegamos ocho días antes de nuestra pascua de Navidad, hechos pedazos de remar contra los vientos grezales, que reinan lo más del invierno en aquellos mares, y tan contentos que cuando la dimos vista nos pareció llegar á nuestra patria, con el deseo de dejar el remo y salir de peligros tan conocidos.

CAPITULO XX

EN QUE DA CUENTA DE UNA JORNADA QUE HIZO SU AMO Á RUJETO, Y OTROS SUCESOS

En el año de mil y quinientos y noventa y tres le fué fuerza á mi amo ir acompañar á Ifarraut Jafirt, que iba por gobernador del Cairo, y saliendo de Costantinopla fué acompañándole hasta Rujeto, desde donde dimos vuelta corriendo toda la costa de la Tierra Santa, que son los puertos de Damiata, Saidón, Bairut y Jafa, que está doce leguas de Jerusalén; desde esta costa partimos para Alejandría de Egipto, y de allí tomamos la vuelta por la isla de Chipre, de donde nos volvimos á engolfar para las islas del Archipiélago, para ir á buscar á Zigala, que había salido con setenta galeras á correr las islas y puertos, como tienen de costumbre todos los años, y después de haber pasado una prolija navegación desde Chipre hasta la isla de San Juan de Palestina, que los griegos llaman Agonoros, donde San Juan evangelista escribió el Apocalipsis, no hallamos en ella al General, cosa que dió á mi amo gran pesadumbre por haber gastado tanto tiempo sin alcanzar el fin á que iba enderezado tan largo viaje; en fin, desesperados de hallarle, queríamos partir la vuelta de Costantinopla, cuando supimos por una galera que venía del puerto de Atenas como estaba en el di-

cho puerto; apenas mi amo supo estas nuevas cuando mandó izar, y partiendo con vientos bonancibles en breve tiempo dimos vista al puerto de Atenas, donde hallamos al general Zigala que estaba despalmando y haciendo cargazón de biscocho, y en tanto que estuvimos allí surtos vi algunas cosas sumptuosas, las cuales referiré mientras se ofrece ocasión de salir del puerto, el cual es redondo y seguro de vientos, en cuya entrada están labrados dos torreones con gruesos aldabones de hierro, donde antiguamente se ponía una cadena para cerrar el puerto, en cuyas márgenes, que tendrán una legua de contorno, permanecen las ruinas de la población, que según el sitio, sería en su tiempo populosa; desde el puerto hasta una de las partes de la ciudad (que á pesar de siglos se conserva, habitada de turcos y griegos) hay tres millas, en cuyo distrito están plantadas muchas viñas y olivares muy frutíferos, entre los cuales vi diversidad de estatuas, así de hombres como de animales, labradas en mármoles finísimos, tan al vivo y con tal arte que si estuvieran en parte donde se conociera su valor, se estimaran en muchos ducados, y los turcos las desprecian porque (como he dicho) no usan de figuras ni estatuas; en la población se conserva un templo de gentiles (que hoy sirve de mezquita de turcos), tan sumptuoso y admirable que temo me han de faltar colores para pintar la más ínfima parte de su fábrica, la cual es de finos mármoles con relieves y molduras tan artificiosas, que me parece imposible que humano discurso pueda haber inventado tanta máquina de labores; en contorno dél hay soportales cuyos arcos se sustentan en colunas de jaspes, todas labradas á canales con mucha maestría; debajo destos soportales á la parte del templo está una cinta ó cenefa de la estatura de

un hombre, toda de batallas, con figuras de relieve, y tan al vivo las figuras así de hombres, como de caballos, banderas y tambores, con todos los demás aparatos é instrumentos bélicos, que parecen de pincel ú bronce vaciado; en la superficie de la puerta principal del templo están colocados unos bultos de hombres, mujeres, caballos y otros animales, todos de la estatura y tamaño de gigantes, hechos en mármoles de una pieza, puestos como que se van á precipitar, que parece increíble que manos mortales hayan hecho tales prodigios sin particular don y gracia divina. Así como acabé de ver tal sumptuosidad me dió deseo de entrar en el templo, considerando que si era tan precioso por fuera debía de ser más su grandeza por de dentro; con este intento anduve á buscar favor de alguna persona de la armada y me deparó Dios un renegado criado de mi amo, que profesaba amistad conmigo y deseaba con veras (conociendo su ceguedad y condenación, si lo que Dios no permitiera, le cogiera la Parca en aquel miserable estado) reconciliarse con la Santa Madre Iglesia Católica Romana, para que Dios le concediera perdón de sus culpas; en la compañía, pues, deste renegado, pude entrar y ver lo que había, que no era más que un cuerpo de iglesia sin más aparato y ostentación que unas gradas á la parte del Oriente, y más arriba en la propia pared que subían á un tránsito á manera de altar mayor, donde había una silla de mármol inserta en la pared, una piedra de dos varas de alta y vara y cuarta de ancha, poco más ó menos, más trasparente que un cristal, que cuando reverberaba el sol en ella resplandecía todo el templo; frontero destas gradas había un coro alto como tribuna de cristianos, y en la mitad del cuerpo del templo una custodia de finos jaspes en

forma ochavada, con el techo de bronce dorado, cuya máquina sustentaban ocho colunas de mármol tan blanco como la leche, que á mi parecer debía de haber sido, en tiempo de los gentiles, capilla de algún ídolo, y la razón en que me fundo es porque los turcos no usan en en sus mezquitas de tales custodias. Apenas había extendido la vista por un breve rato, deleitándola con la admiración de tal grandeza, cuando tocaron á leva, y así fué fuerza acudir á la armada á embarcarnos yo y mi amigo el renegado, y en breve espacio partió la armada al són y salva de diversidad de instrumentos, así músicos como bélicos, y corriendo todas las costas en breve tiempo dimos vista á Leopanto, cuya entrada es un canal de mar muy angosto que se forma entre la tierra de Albania y la Morea, en cuya entrada están dos castillos, uno en la parte de Albania y otro en la de la Morea, con gruesa artillería, que sirve de guardar la entrada como los que referí de la entrada del canal de Costantínopla; fué pasando la armada este estrecho, zarpando primero la capitana, y luego todas las demás por su orden, una á una, porque no había capacidad para poder pasar dos juntas, hasta que salió al mar de Leopanto, en cuya margen y orilla está fundada Leopanto, ciudad populosa de turcos, adonde hay gran número de judíos que labran paños finos. Más adelante está un brazo de mar con muchas islas y lugares que duermen sin cuidado por la guarda de los castillos de la entrada del canal. Este mar va á confrontar con el de Atenas, tan cerca uno de otro que no hay más de seis millas de tierra de por medio, que les sirven de estorbo para su comunicación, á quien los griegos llaman la Examilla, que es lo propio que las seis millas, y los turcos el estrecho de Corinto. Después de

cuatro días que se gastaron en la visita de la ciudad y otras cosas, salimos de Leopanto, y corriendo todas las costas de Albania llegamos á la Velona y Durazo, que es la última plaza que tiene el turco en Albania, y está fabricada enfrente de la Pulla, cuyas costas divide el golfo de Venecia. Desde Durazo se determinó Zigala dar la vuelta á Costantinopla, sin pasar á Italia, por ser ya muy entrado el tiempo y estar muy distante Costantinopla, y por el viaje acostumbrado á invernar, tan rendidos del remo que (como tengo referido) hallábamos descanso en llegando á ver los muros de Costantinopla, porque no hay mal, por grande que sea, que no tenga otro que le exceda y sobrepuje.

CAPITULO XXI

CÓMO MURIÓ SOLTÁN MORAT Y HEREDÓ SOLTÁN MAHOMET, SU HIJO MAYOR

A los quince de Diciembre del año de la creación del mundo, cinco mil y quinientos y cuarenta y siete, y del nacimiento del Señor mil y quinientos y noventa y cinco, murió el Gran Turco Soltán Morat, y heredó el imperio Soltán Mahomet, su hijo mayor, que estaba retirado en el Asia, en un lugar cuyo nombre es Lorsa, donde siempre asiste el primogénito, á quien compete el imperio y señorío de tantas regiones y provincias como se comprehenden debajo de su poder, pues no tan solamente tiene á sus plantas la mitad del mundo, como son dos partes de las cuatro, conviene á ser Asia y Africa, sino que también tiene gran parte en nuestra Europa, no olvidándose de la América. A todos los hijos que nacen después del heredero tiene su padre consigo en palacio, donde viven hasta que muere, y el primogénito viene del lugar donde asiste á tomar la posesión y hacer dar la muerte á todos los hermanos que halla dentro de palacio (uso y razón de Estado entre ellos, por evitar guerras y alborotos si acaso con el tiempo hay alguno que se rebele y quiera parte en el imperio); con que se hace temido y respetado de todos sus vasallos. La muerte del Gran Turco estuvo secre-

ta hasta que se despacharon galeras al puerto de Montana, que está en el Asia, adonde se viene á embarcar el príncipe heredero y le traen á Costantinopla, donde entra sin recibimiento alguno, y por excusar publicidades va por una puerta falsa de su palacio, que sale al mar, y á otro día, después que todos los grandes y señores le han dado la obediencia y posesión, hace declarar la muerte de su padre con gran ruido de atabales y trompetas, haciendo notorio á todos los estantes y habitantes en aquella ciudad, cómo reina fulano, hijo mayor del difunto emperador. Al tiempo que se publicó este bando ya estaban muertos todos los hermanos que halló en palacio, que eran diez y nueve varones, que de las hembras no se hace mención, y con hacerse tan secretamente no faltó quien lo divulgó, cosa que causó gran lástima en la gente plebeya, que, aunque infieles y bárbaros, naturalmente son piadosos, y aun una piedra haría sentimiento por la muerte de tantos inocentes que padecen sin culpa. Al día siguiente deste naufragio se hizo el entierro de padre y hijos en la forma siguiente: Soltán Morat no tenía hecho su entierro, como otros le han hecho en vida, causa porque se dilató el sepultarle; yo no vi el modo y orden con que iba por las calles hasta la mezquita, por estar á la sazón fuera de los muros de la ciudad cumpliendo un mandato de mi amo, al cual puse fin brevemente con el deseo de ver alguna parte de los funerales, y tal maña me di que llegué á tiempo que los hijos de mi amo salían de casa para asistir á la mezquita, y como iba sin grillo y llevaba en brazos al hijo pequeño, vestido de brocado con lazos y labores de oro, entraba donde se me antojaba, sin que los turcos osasen hablarme palabra, por respeto de la señal que llevaba en el niño, y porque

me quitaba los zapatos cuando entraba en la mezquita, como ellos se los quitan; en conclusión, yo me entré tras mis amos y vi el cuerpo, que estaba en medio de la mezquita, debajo de una gran tienda muy costosa, con infinitos letreros de oro que servían de anales de las virtudes y hechos que en el discurso del imperio había obrado; dentro desta tienda, como he dicho, estaba el cuerpo del Gran Turco en una tumba cubierta con un paño negro labrado á trechos de oro, cosa que le hermoseaba mucho; á la cabecera tenía una almohada, y sobre ella un turbante de tocas blancas, con tres manojitos de plumas negras muy pequeñas (que era el propio que traía en vida), con que me acordé de cuando en España ponen una corona encima de la tumba en que yace el cuerpo del católico monarca difunto. A los lados del turbante colgaban dos cordones de oro en que estaban ensartadas unas cuentas de marfil muy gruesas, que caían por las cabeceras de la almohada. Junto á la tumba había dos bancos de brocados, y sobre ellos mucha cantidad de libros, y fuera de la tienda dos bancos más bajos, en que estaban asentados doce de sus sacerdotes (que ellos llaman dauxies), seis á una parte y seis á otra, leyendo en tono bajo y grave por el alma del difunto. En contorno de la tienda estaban diez y nueve ataudes de los diez y nueve hijos muertos á las manos crueles de su hermano, cubiertos con paños de terciopelo morado con flecos de oro y seda, y encima atravesadas unas pretinas ó cinturas de oro con muchas piedras de diamantes, topacios y balajes, que eran las que traían en vida. En esta forma estuvo el cuerpo debajo de la tienda hasta que se acabó de fabricar el monumento donde se había de colocar, que se labró en breve tiempo, todo de jaspes finos, y

junto á él otros diez y nueve sepulcros pequeños, donde se enterraron los malogrados infantes. Después de acabado el sepulcro enterraron el cuerpo del emperador con muchas lágrimas y sollozos, y concluso el funeral pusieron en hileras cantidad de lámparas y cirios, como á imagen de devoción, con que se acabaron las obsequias de aquel bárbaro, y saliendo del templo maravillado de tal grandeza, acerté á pasar por una calle, y en una de las muchas casas que tenía vi concurso de gente, y entrando en achaque de que quería ver el niño lo que había, me entré con libertad, por saber me guardarían respeto, y vi una casa á modo de convento, donde había unos santones, religiosos de la secta de Mahoma, y en un patio grande y dilatado, tosco y sin solar, había un gran corro de mujeres sentadas en el suelo, y detrás de ellas muchos hombres en pie; yo me puse á la mira con mi muchacho de la mano, esperando el fin de tanta suspensión, y á cabo de rato vi salir uno de aquellos embelesadores con un saco de sayal grosero y en la cabeza una gorra de fieltro á modo de mitra, con la cual (si de mi voto fuera lo quemara); venía descalzo de pie y de pierna, y en medio del corro comenzó á dar vueltas alrededor, acreditándose de hombre de buenos cascos, pues estuvo más de un cuarto de hora dando vueltas, hasta echar espumajos por la boca y dar con su cuerpo en tierra, haciendo visajes como cuando un hombre tiene gota coral; yo no pude disimular la risa, porque me dió tal tentación que me reí recio, lo cual visto y oído por un turco que estaba junto á mí, muy enojado y demudada la color, me dijo colérico: ¡perro! ¿de qué os reís vos?; y yendo á echar mano á un puñal que traía, sin duda alguna me saliera caro el contento si Dios, por su bondad

infinita, como padre de misericordia, no tuviera piedad de mí, miserable, y llevara sus ojos al muchacho que tenía de la mano, con que se reportó mirándome con una ira infernal y endemoniada; yo me volví á tragar la risa con harto miedo y gana de salir á puerto de claridad y verme libre y apartado de aquel perrazo, cuando vi salir cuatro religiosos de aquellos de su mala secta, que asiendo del que estaba postrado en tierra por los brazos y piernas, le llevaron allá dentro y salió otro á hacer lo propio, con que se renovó mi gana de reír, pero mordíme el vestido porque no se renovara el enojo en el turco, que aun todavía estaba endiablado, volviéndome á mirar de rato en rato, cosa que yo perdonara. Acabada esta borrachera se entraron en otro patio más adentro, adonde estaban sentados doce de aquellos religiosos con el propio ropaje que los primeros, salvo que tenían al cuello unos rosarios muy gruesos; éstos estaban meneando todo el cuerpo atrás y adelante con gran priesa, sin cesar un instante, y á mí pareció que estaba ya libre y en la ciudad de Toledo, pues me hallaba en la casa de los locos, y preguntando á un francés de nación, renegado y criado de mi amo, qué significaría aquello, me respondió que eran santos varones que hacían penitencia por el alma del emperador que había muerto, pero á mí me parecieron diablos, y que los demonios sus hermanos y compañeros darían grandes carcajadas de risa de semejantes locuras; á este modo tienen otros mil errores y ceguedades con que el ángel precipitado de la celeste silla por su ambición y soberbia los tiene engañados y encenagados en un pantano tan pegajoso; Dios por su infinita bondad sea servido que se acaben las fuerzas de tan grande enemigo como tiene la cristiandad en el Turco, y

yo espero en su divina Majestad ha de fenecer, como se han acabado tantos imperios, así griego como romano y otros que por no cansar y ser sabidos no refiero; en fin, cansado de ver disparates, salí de aquella casa, posada del demonio, mal digo posada, sino casa propia, pues asiste en ella de ordinario, y comencé mi camino á la de mi amo, donde conté á los demás cautivos lo que había visto, cosa que ellos celebraron y rieron admirados de tantas locuras.

CAPÍTULO XXII

REBELIÓN DEL PRÍNCIPE DE VALAQUIA CONTRA EL GRAN TURCO

El príncipe Miguel, Vaivoda (1) señor de la provincia de Valaquia, que está sujeta al Gran Turco, en la cual no tiene más de dos fortalezas, una en la ciudad de Droguxta, con guarnición de turcos, y la otra en la margen del Danubio, que se llama Zigaxic, sin población alguna más de sola una fuerza escueta con gruesa artillería y lucida guarnición de soldados, se rebeló en el año de mil y quinientos y noventa y seis, confiado en el favor y protección de Matías, rey húngaro, y ayuda del príncipe Transilván (2), que ambos confinan con su tierra, y le hicieron pleito homenaje de favorecerle y ampararle, hasta aventurar en su defensa vidas y reinos, por causa de estar cansados de las continuas molestias que á sus leales vasallos hacían cada día los turcos, y particularmente los genízaros, como gente más desvergonzada y que vive á su voluntad y albedrío, sin estar sujetos á la justicia ordinaria, por tener, como he dicho, juez aparte que les perdona con facilidad grandes insultos. Confiado, pues, en las palabras reales de aquellos príncipes, y esperando

(1) Miguel *el Bravo*, que reinó durante los años 1592 á 1601.
(2) Es decir, el de Transilvania.

alcanzar, con el ayuda divina y liga humana, el fin y vencimiento que deseaba, acometió con ímpetu á la fuerza que digo tiene el Turco en la ciudad de Droguxta, á la cual rindió en poco tiempo, por ser la guarnición de los turcos poca y el poder del príncipe mucho, aunque su asistencia fué la principal causa de la victoria, porque es muy necesario para la consecución de grandes hechos la presencia y valor del príncipe, y que en los mayores peligros sea el primero que aventure su vida en defensa de los reinos y vasallos, para que á su imitación emprendan hazañas que admiren y espanten á las más remotas provincias y regiones. Con el buen principio de la guerra y victoria pasada fué muy orgulloso á sitiar la fuerza que está en el margen del Danubio, la cual no pudo rendir por causa de estar apercibida de todos los peltrechos de guerra necesarios para su defensa, temerosos no les sucediera lo que á los de Droguxta; viendo, pues, que gastaba el tiempo en balde y le era fuerza dejar aquella facción por acudir á resistir el furor del Turco, que con ejército numeroso venía á socorrer sus plazas, se determinó de no partir sus fuerzas y dejar el sitio para mejor ocasión, cosa que le dañó, como parecerá por el discurso desta historia. Desta rebelión tuvo tan grande enojo Soltán Mahomet, que se dijo quería salir en persona á castigar tal atrevimiento, porque por ser el primer año de su imperio intentaba darse á conocer por su valor y hacerse temer por su crueldad. Esta salida del Turco no tuvo efecto, por aconsejarle los grandes y señores de su imperio que con tal vil canalla tenía poco que hacer su ardimiento, y así que le guardase para mejor ocasión. Aceptó el consejo el Turco, pareciéndole no iba fuera de razón, y nombró por su general á Sinán

Bajá, renegado albanés, hombre que decían los turcos tenía ciento y veinte años, muy experimentado en guerras y que había servido de visir mayor á tres emperadores turcos antecesores de Soltán Mahomet, y que cuando se perdió la Goleta fué general de la mar y de la tierra. Para esta jornada se juntó toda la gente de guerra del Asia y la Rumelia, y avisaron al conde de Tartaria la baja, para que acudiese á dar calor al ejército con cierta cantidad de soldados que tiene obligación de poner en campaña todas las veces que le es mandado. Junta, pues, toda la gente, que serían más de ciento y veinte mil hombres, muy lucidos, y los más soldados viejos y prácticos, que habían servido en diferentes ocasiones, se acordó ser necesario que fuesen cuatro galeras por el mar Negro y entrando por el Danubio llegasen á la provincia de Valaquia y ayudasen á hacer una puente de barcos para que la gente del Turco pasase á la tierra enemiga, porque no hay más distancia de tierra á tierra que el Danubio, que sirve de defensa al Vaivoda, y de freno al Turco, por la dificultad de traer los barcos para el dicho efecto. Destas cuatro galeras fué mi amo electo capitán y cabo, entre muchos que lo pretendían para dar muestras de su esfuerzo y voluntad de servir al Gran Señor, que así llaman al Turco los nobles; en fin, fué elegido mi amo entre otros pretendientes por cabo y gobierno de las cuatro galeras, de lo cual recibí gran contento por ver cada día cosas nuevas, que aun con los trabajos pasados no se mitigó el deseo que me sacó de mi patria y regalo á padecer tantos infortunios y penalidades; mas ¿qué trabajos pasados sirven de escarmiento?; porque si descomodidades pretéritas pusieran freno á los vicios, se podían dar por bien empleados los disgustos de padece-

llas; en efecto, me holgué de ir á la jornada, aunque era para más trabajo mío, porque como tenía oficio de lavandero de la ropa de mi amo, tenía menos descanso que los demás, porque aunque llegase á un puerto hecho pedazos del continuo remar, mientras los demás cautivos descansaban del cuotidiano trabajo (que no es pequeño) iba yo á lavar la ropa, y con el graso del jabón se me ablandaban los callos, y luego en volviendo á remar se me renovaban y hacían de nuevo, con que sentía inmensos trabajos y dolores cada día, y todo se me olvidaba en viendo cosas nuevas, dando por bien pasadas tantas incomodidades, por la consecución de mis deseos y propia voluntad, causadora de tantos desaciertos como la briosa juventud de un hombre mozo sin tener quien le reprehenda sus demasías, acarrea; en fin, fué Dios servido de hacerlo mejor que yo merezco, pues me llevó á puerto y fin de mis trabajos, como diré adelante; en conclusión, la jornada fué muy penosa para todos, así turcos como cantivos, por la contradicción de las aguas que intentaban impedir los intentos de la jornada, si bien por otra parte fué muy gustosa, por el mal fin que los turcos tuvieron.

CAPÍTULO XXIII

DEL MODO QUE SE SUSTENTAN LOS TURCOS EN CAMPAÑA SIN QUE LES FALTE BASTIMENTO

La milicia de los turcos, para conservarse á poca costa mucho tiempo sin tener falta de bastimentos, es con la forma siguiente: Todo el ejército va dividido en casas de á diez hombres, cada una con sus capitanes, que ellos llaman hodobaxies, y cada uno de ellos lleva á su cargo una casa de genízaros, entre los cuales va un archi, que es el cocinero que guisa la comida para los compañeros, y cada cabeza de casa lleva en camellos y otros bagajes el sostenimiento necesario para todo el tiempo que pueda durar la campaña, tal como biscocho de la propia calidad del que se come en las galeras, arroz, lantejas, habas, garbanzos, manteca de vacas, queso, cecina de vaca, y otras muchas cosas menesterosas para el viaje; también lleva tienda para que todos se recojan y alberguen á su abrigo de los radiantes y fogosos rayos del cuarto planeta y de las inclemencias y tempestades de la celeste esfera, que por aquellas partes y regiones cursan más que en otras del orbe, ejecutando sus rigores con más tesón y porfía, por ser (como ya he dicho otras veces) tan vecinas al Levante, de suerte que en invierno se mueren los ganados por la falta de la yerba, y en vera-

no se ahogan por el inmenso é intolerable calor, y no obstante lo dicho parece que la tierra, como madre, y el furor de los tiempos como padrastro, andan á porfía, uno á producir infinidad de frutos, y otro á agostarlos y aniquilarlos, pero las más veces sale vencedora la tierra, pues que á pesar suyo puebla aquellas provincias y comarcas de todo lo necesario para la vida humana, con más prodigalidad y largueza que en otras partes del universo globo deste mundo. Lo que es sustento para los caballos y camellos no lo llevan, por causa de hacer siempre sus salidas y jornadas por tiempo en que los campos abundan de yerba tan grasa y sazonada que no necesitan de paja y cebada, por la infinita yerba que pacen por aquellas campañas. Para cada diez casas de á diez hombres hay un capitán que se llama utrachi, que lleva á su cargo los cien hombres comprehendidos en las diez casas que gobierna; también hay cabos de tantas compañías, que se llaman bolubaxies, que rigen mil ó dos mil hombres conforme las compañías y casas que marchan debajo de su protección; éstos son estimados, por ser de los más principales oficios de la milicia, y el más bajo, infame, es el adaxi, que es el abanderado; tras él se sigue el udebaxi, que es lo propio que cabo de escuadra; el tercero lugar y puesto ocupa el budaxi, que quiere decir sargento; el cuarto los sanjacos, que son los alféreces; el quinto es del baluvebaxi, esto es lo propio que en España coronel de tantas compañías; en el sexto lugar y altura está el de muçarbico baxi, que significa maese de campo; el séptimo es el oficio de baji, que es lo propio que proveedor de todo lo que necesita el ejército; el octavo se llama baxibalbio baxi, el cual responde en el consejo en nombre de todo el común, sin consentir se les

haga molestia alguna; el noveno cargo es de cayó, que es el lugarteniente del agá, capitán general de todos los genízaros; tras el agá se siguen los belerbeyes, que son los generales de la caballería, cargo que no se da si no es á muy grandes soldados y señores; y otros muchos que por excusar prolijidad paso en silencio. En resolución, como cada diez hombres llevan bastimento para sí, se conserva un ejército numeroso á poca costa y con gran facilidad, causa principal por qué el Turco junta tan poderosas huestes y conquista tantas provincias, conservando lo que una vez gana, sin que fuerzas humanas sean bastantes á recuperar lo perdido. Dios, por su bondad inmensa, sea servido, no mirando nuestros pecados, de acortar las fuerzas á un tan gran enemigo como en él tiene la cristiandad.

CAPITULO XXIV

DE LA NAVEGACIÓN QUE SE HIZO CON LAS CUATRO GALERAS HASTA VALAQUIA

Partió mi amo del puerto de Costantinopla con las cuatro galeras ya cuando la oscura noche iba dando fin á su noturno silencio, desterrando el sueño á los dormidos y restituyendo el alegría á los montes, y la lucida esposa de Titán iba descubriendo de entre arreboladas cortinas el dorado esplendor de su celestial cara, dando á los campos nuevas libreas y colores, donde á porfía las dulces filomenas, jilgueros y ruiseñores entre suaves motetes recordasen la desdicha, si pasada, presente en sus memorias, y la hermosa Clicie jugaba sus hojas que en levantados pimpollos pedían albricias á los afligidos prados de la venida de su querido Apolo; finalmente, ya cuando la mañana, coronada con guirnaldas de juncia y tomillo venía ahuyentando el negro manto de la lóbrega y triste noche, partimos de Costantinopla navegando por el canal hasta la boca del mar Negro, adonde está la torre de la linterna que dije en el capítulo nono sirve de alumbrar los navegantes para que se aparten de lo peligroso del canal y no yerren su boca; de allí nos engolfamos para Bornu, que es una ciudad pequeña de turcos, fundada en la provincia de la Bulgaria; desde esta ciudad fuimos costeando hasta el cabo de San Jorge, en cu-

yas márgenes permanecen las ruinas de una ciudad que al parecer sería grande y populosa en su tiempo, el cual todo lo consume y acaba; en esta ciudad tienen los turcos una gran casa de religiosos según su mala secta, muy rica, dedicada á San Jorge, á quien ellos llaman Cuderelez y le invocan en sus tribulaciones, de donde se origina y deriva entre ellos la devoción de San Jorge. En este puerto estuvo surto mi amo, aunque poco tiempo, y por hacernos fiesta (que verdaderamente, aunque infiel era piadoso y nos trataba bien) él propio, en lo alto de unas rocas nos enseñó sobre el mar una gruta ó espelunca, con unas rejas á la entrada, adonde dijo estaban los huesos del dragón que mató San Jorge, diciendo que nos había enseñado la cueva, y declarado el misterio que encerraba, para que cuando nos viésemos libres de aquel penoso cautiverio (el cual tendría fin, aunque nos pareciese eterno) tuviésemos que contar alguna cosa curiosa en nuestra patria. Desde este cabo de San Jorge fuimos navegando hasta el Danubio, en el cual no se atrevió mi amo entrar hasta tanto que se tantease el fondo que tenía, por ver si era bastante para que las galeras no encallasen. Hase de advertir que este río Danubio tiene siete bocas por donde se comunica al mar, y algunas de ellas con poca hondura y fondo, causa porque mi amo mandó se tantease, y en la primera boca hallaron fondo capaz, por la cual entraron las galeras y comenzaron á navegar forcejeando contra la corriente, sin hallar en tres días tierra firme donde se pudiese desembarcar para proveerse de algunas cosas que por la brevedad del viaje no se habían apercebido. El segundo día, pues, de los tres que navegamos sin hallar tierra, encontramos hasta veinte jaycas de cosarios, que son unas barcas hechas de una

viga muy gruesa, de que abundan aquellos montes, al cual madero socaban y vacían á modo de una artesa en que caben doce hombres; hartas diligencias hizo mi amo para cautivarlas, pero saliéronle vanos sus intentos porque son dificultosas de coger en aquellos mares, por ser tierra empantanada y extenderse el Danubio por aquellas partes, y las jaycas con facilidad se esconden huyendo de las galeras, por partes tan angostas y estrechas que no pueden entrar embarcaciones grandes por ellas. Al cabo, pues, de tres días, dimos vista á un lugar que está al pie de unas montañuelas, el cual se llama Vextipe, que en lengua turquesca quiere decir cinco montañas, y con el alborozo y contento de ver tierra firme, en breve tiempo surgimos en el puerto, donde tomamos algún refresco, aunque poco, por ser lugar miserable y pobre, como lo es casi toda aquella tierra de la Bulgaria, que es muy semejante á la parte que de España comunmente se llama Galicia. Desde este lugar partió el armada para otro lugar cuyo nombre es Tulcha, fundado en la propia costa de la Bulgaria, en cuyo puerto se juntan y agregan todas las corrientes y brazos en que se divide y desvanece el Danubio, y es capaz de muchas embarcaciones, si bien no muy seguro. En este lugar recibieron á mi amo con gran salva de voces y algunos arcabuces que tenían los turcos que habitaban en él, y los cristianos bulgarios le regalaron conforme sus fuerzas y haciendas, que eran bien cortas, y dos de los más graves del lugar, diputados para el efecto, pidieron á mi amo que acompañase y favoreciese á una armada suya de cien jaycas que tenían aprestada para ir contra otro lugar de la provincia del Caraboldán (1) (tierra que no está sujeta al Gran Turco) y

(1) La Moldavia.

les hiciera merced, pues en ello se granjeaba utilidad al Gran Señor, de acompañarlos para dar fin feliz á esta empresa, porque los caraboldanes les hacían cada día mil befas, recibiendo cada instante muy malos tratamientos y peor vecindad (ocasión bastante para ser enemigos, porque, ¿qué mayor causa para estar encontrados que ser vecinos?; muchas cosas se podían decir sobre este punto, pero quiero pasarlas en silencio y encomendarlas á otro que las pondere, que mi intento no es más que contar brevemente mis sucesos, sin ocuparme en averiguar vidas ajenas); en fin, dijeron que viendo la ocasión presente, y la venganza en las manos, no querían perder tan buena coyuntura, pues con el nuevo socorro pensaban destruír el otro lugar, sin dejar en él piedra sobre piedra. Mi amo concedió y prometió ir con ellos, porque le era fuerza pasar por aquel lugar, y les hizo muchas ofertas, encareciendo su ánimo y valor, todo por acreditarse de buen vasallo y que en todas las ocasiones favorecía á los vasallos del Gran Turco. Alegres partieron con esta respuesta los comisarios del lugar, á dar cuenta á los demás del buen suceso de su pretensión, y hacer se aprestasen brevemente las jaycas que faltaban de apercebir, porque no se detuviera por su ocasión el capitán; en fin, á otro día partimos todos juntos y en conserva, y fué de ver el orgullo y ánimo con que partieron, alentándose con el impensado socorro y diciendo era permisión divina viniese á tan buena ocasión; en cada jayca iban mitad de turcos y mitad de cristianos, todos con mucho valor, si bien con malas armas y poca defensa; las cuatro galeras iban de retaguardia, con que se les infundió nuevo aliento. Desta suerte navegamos un día, y al segundo por la mañana dimos vista al lugar, que tenía su asiento

en un monte acompañado de un terraplén, y brevemente llegamos hasta estar á tiro de cañón; luego mandó mi amo quitar las tiendas á las galeras y que los cautivos hiciésemos ropa fuera, quedándonos en cueros, salvo unos malos pañetes de angeo, lo cual obedecido, comenzaron las galeras á jugar de la artillería, pero ninguna bala ofendió al lugar, por embazarse todas en el terraplén referido; los de las jaycas se arrimaron á tierra, y ya cuando querían saltar en ella vieron venir dos compañías de caballos en socorro del lugar, ocasión para que desistiesen de sus intentos, no atreviéndose saltar en ella por temor de la caballería; las galeras, viendo no aprovechaban sus tiros y que éstos se perdían sin ofender al lugar, ni derriballe una almena, cansados de cañonearle desampararon las jaycas y prosiguieron su jornada por importarles más el imperio á que iban, que socorrer á aquellos miserables; los de las jaycas, viendo les faltaba el arrimo de la armada, se volvieron á su lugar asaz tristes y descontentos; y los del otro lugar, notando que las galeras se habían apartado y proseguido su viaje, brevemente hicieron armadilla de jaycas, y dando sobre el lugar le quemaron juntamente con todos sus vecinos, sin dejar de todos ellos persona alguna que llorara tal destrucción; á la vuelta le vimos todo chamuscado y sin población alguna. Aquel día, pues, que partimos, fué tanta la fuerza del sol que con el gran calor se me levantaron ampollas en los brazos y espaldas, de suerte que mudé el pellejo, y este propio día á boca de noche llegamos á otro lugar de caraboldanes, que se llama Habrail (1), en cuyos baluartes estaban plantadas doce piezas de artillería, mas no hicie-

(1) Braila, en la margen izquierda del Danubio.

ron daño alguno por pasar por alto todas las balas. Mi amo mandó se navegase lo más apriesa que se pudiese por pasar adelante antes que tornasen á cargar, no sucediera algún fracaso; en fin, se consiguió y pasamos arriba y se echaron áncoras en parte donde no podían alcanzar las balas. En aquel sitio estuvimos surtos toda la noche hasta que la hermosa Aurora dió aviso de que venía el hermoso desprecio de la esquiva Dafne á repartir sus luces por aquel hemisferio, que partimos guiando el viaje á Cristopoli, lugar de caraboldanes sujetos al Turco, donde se tomó refresco, y de allí fuimos á una ciudad que se llama Silistra (1), que era población de turcos, si bien la mayor parte de ella había consumido la voracidad del fuego, según lo mostraban sus ruinas, cuya destrucción fué hecha por el Vaivoda, que el invierno antes había pasado por encima del río, que á la sazón por los muchos hielos estaba sujeto y reprimido con prisiones de cristal, y le había entregado á las llamas, de quienes tan sólo se libró la fortaleza por estar escueta y sin comunicación de casas alrededor; y no contento con la quema pasó á Rushic (2) el cual pasó la propia pena que Silistra, si bien en mayor grado, pues no quedó en todo él casa en pie, ni libre de la crudeza de las llamas; desde Rushic fué quemando todos los lugares fronterizos á su tierra, que pudo á poca costa y sin aventurar soldados, de la cual estaba muy ofendido é indignado el Turco, más que por el rebelión, causa principal porque juntó tan lucido ejército, por acabar de una vez con el Vaivoda sin tener cada año en que entender, divirtiéndole de sus in-

(1) Silistria.
(2) Rustchuk.

tentos que aspiraban á mayores empresas. En esta ciudad de Silistra tuvo mi amo aviso de que á media jornada más arriba tenían los cristianos valaquios una gran emboscada de mosquetería y más de veinte piezas de batir plantadas á cara de agua, y esto en lo más estrecho del río para que alcanzasen las balas. Esta nueva turbó á toda el armada, y mi amo determinó no pasar de allí hasta tener orden del General, y así despachó un correo con una carta en que decía cómo estaba detenido por aquella ocasión, y que temía que si pasaba le habían de echar á fondo, porque el artillero de la emboscada había dicho que si pasaba alguna sin sumergirla en las ondas, le cortasen la cabeza. Esta era la substancia de lo que contenía la carta, cuya respuesta se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XXV

EN QUE SE PROSIGUE EL VIAJE

En la ciudad de Silistra se detuvo la armada hasta tanto que vino el correo con la respuesta, la cual fué que el General le mandaba pasase, pena de la vida, porque importaba al servicio de su rey y señor, y que no se detuviera, por muy urgentes ocasiones que se le ofreciesen. Leída por mi amo esta orden, obedeció bien contra su voluntad, por arriesgar en la ocasión presente su vida y la de sus cautivos, pues las oponía á peligros tan manifiestos; en fin, hubo de cumplir el precepto, y al punto mandó se levantasen áncoras y se empezase la navegación, llevando á cada paso más cercana la muerte y fin de todos; y los cautivos, en aquella ocasión, si tuviéramos orden de comulgar, lo hiciéramos, porque el evidente riesgo lo requería; mas viendo no habían de surtir efecto nuestros buenos deseos, nos congojamos en sumo grado, no tanto por el peligro presente y pérdida de vidas, como por la de las almas; temor justo y que le debe tener todo cristiano para olvidar sus vicios y pecados, y dando de mano á las cosas humanas volverse de entero corazón á su Criador, conociendo las mercedes recibidas, pues le hizo de nada para hacerle partícipe de su gloria y bienaventuranza. En conclusión, partimos con esta

pena y en breve tiempo llegamos á la emboscada (que siempre nos acercamos con desenfrenado curso á nuestro precipicio, como con lento y tardo á nuestra ganancia y salvación) y el piloto señaló la parte donde se ocultaban los valaquios, que era una espesura de arboleda cuyas hojas y ramas no ha podido traspasar la sutileza del sol para comunicarse á las raíces y plantas circunvecinas á la tierra. Mi amo mandó se detuviesen un poco las galeras para inquerir si era cierto el peligro, y no se oyó rumor alguno de hombre humano, salvo el gustoso murmullo con que Favonio jugaba con las ramas y árboles; todo, en fin, estaba en silencio, de lo cual no muy seguro mi amo mandó que pasase la fregatilla que se llevaba demás de las galeras para ocasiones y lances que siempre se ofrecen, y al punto que llegó enfrente de la emboscada, la dispararon dos piezas, dando á entender que no tenían más artillería, una de las cuales mató dos turcos, y la otra la echó dentro un golpe de agua con que se vieron á pique de perderse; pero con todos estos trabajos pasó adelante, lo cual visto por mi amo mandó zarpasen las galeras, quitando primero las tiendas que llevaban tendidas por amor del sol, y que todos los cautivos hiciésemos ropa fuera, y con grande ánimo nos fuimos acostando á la contraopuesta orilla lo más que pudimos, y al tiempo que llegamos frontero de la emboscada dispararon á un tiempo toda el artillería y alcabucería, y mataron más de doscientos hombres entre turcos y cautivos, y al capitán le llevó una bala la manga derecha de la ropa de grana que tenía puesta. Con esta ruciada fué tanto el temor que se apoderó de todos, que los turcos se metían debajo de cubierta, y los cautivos dejábamos los remos, y viendo mi amo la turbación, desnudó un

alfanje y andaba por la crujía amenazándonos, diciendo en alta voz que cualquiera que fuese osado dejar el remo, dejaría juntamente la vida á los filos de la luciente cuchilla; y como la corriente del río era furiosa y contraria, aunque más nos animábamos por salvar la vida, la furia de las olas no nos dejaban navegar, cosa que nos afligía porque allí no podíamos adquirir libertad, sino irnos á fondo á ser sustento de los pescados, acabando allí todos miserablemente. En este intermedio que nos embarazamos, tuvieron lugar los emboscados de cargar el artillería, y disparándola á un tiempo nos dieron otra ruciada mucho peor que la pasada, pues metieron muchas balas por debajo del agua, y comenzaron la batería con tanto valor que fué necesario acudir con mucha brevedad á calafatear y barrer el agua, porque sin remedio nos íbamos á pique. Aquí fué el desesperar de humano socorro, si bien los cautivos teníamos firmes esperanzas de que Dios, por su bondad inmensa, nos había de librar, apartando los ojos de nuestros pecados, poniéndolos en su divina misericordia; en efecto, dejando los remos nos encomendamos á su majestad de entero corazón. Desta segunda ruciada llegó á mi banco una bala de pasavolante, del grueso de una naranja, y de cuatro cautivos que estábamos al remo de la espalda, se llevó los dos, dejándonos chamuscados los valoncillos de lienzo, y pasando á la bancada frontera á la mano izquierda, derribó á un turco la cabeza, y por dos credos se quedó el cuerpo en pie, dando vaivenes, como que no creía su muerte; mas no me espantó, que no hubo tiempo entre el amago y la ejecución. Mi compañero y yo nos turbamos de modo que dejamos el remo, y el perro del amo acudió al instante con el alfanje en blanco, diciendo: *¡adelante, pe-*

rros, que á todos va la vida!; y con el temor volvimos á remar, y con la ayuda de los turcos tomóse alguna ventaja, de suerte que á la tercera carga ya no alcanzaban las balas, con que tuvimos lugar de alargarnos á parte donde estábamos seguros de la pasada refriega, dando gracias á Dios por las mercedes recibidas. En fin, dimos fondo y con gran brevedad se fué agotando el agua y calafateando los boquerones que habían hecho las balas, pues fueron tantos que sólo en mi galera quedaron siete. Allí estuvimos todo lo que restaba del día, remediando los daños, curando los heridos, que fueron muchos, y quitando las cadenas á los cautivos difuntos para echarlos al río, lo cual hicimos con gran tristeza y pesar. Los de la emboscada hicieron muchas diligencias para mudar el artillería en parte donde nos pudiese ofender, y no pudieron porque había en medio del río una isla que nos servía de asilo y defensa. Viendo, pues, que no podían conseguir sus intentos, determinaron pasar un brazo del río para entrar en la isla, mas no pudieron, con que acabaron de perder la esperanza que tenían de echarnos á fondo, y se esforzó la nuestra de salvar las vidas. Desta forma estuvimos toda aquella noche sosegados y sin temor de enemigos, y á otro día, antes que el rojo Apolo saliese á rizar sus trenzas en los undosos cristales del Tanay, fuimos trabajando contra la corriente, y navegando lo más apriesa que se pudo, al cabo de tres días llegamos adonde estaba el General con todo el ejército plantado junto á Rushic, lugar de turcos arruinado por el Vaivoda, como dije en el capítulo antecedente; luego que llegamos saltó en tierra mi amo á visitar al General y presentarle las balas que los cristianos nos habían metido en las galeras; el General lo agradeció mucho, aunque mitigó

su gozo la pérdida de más de trescientas y ochenta personas que perecieron en la pretérita pérdida, y le vistió una ropa de brocado, acrecentándole de gajes cien ásperos cada día, y por honrarle más le enseñó el modo con que estaba ordenado el ejército, el cual se componía de genízaros, que es lo propio que mestizos de griegos y turcos, y renegados, que para nuestra vergüenza los había y hay de todas las naciones, como son candiotas, sardos, arnautes, romanos, abisinos, surianos, venecianos, chipriotas, albaneses, esclavones, lombardos, napolitanos, piamonteses, saboyanos, toscanos, ginoveses, calabreses, sicilianos, valencianos, gallegos, mallorquines, catalanes, navarros, aragoneses, portugueses, andaluces, castellanos, vizcaínos, bretones, griegos, franceses, polacos, corios, noruegos, bornos, húngaros, flamencos, dinamarcos, ingleses, bohemios, búlgaros, rusos, válacos, moscovitas, corsos, tártaros, chinos; y en efecto, de todos cuantos climas y regiones hay en el universo mundo. Con esta tan grande honra se volvió mi amo á las galeras muy contento, y descansó aquella noche hasta que vino el alba, precursora del día, que le mandó el General subiese con las galeras á un lugar que se llama Niebul, que tiene su asiento junto á Belgrado, á traer setenta barcos que se habían fabricado para ayudar hacer una puente para que pasase el ejército á la provincia del Vaivoda y región Valaquia.

CAPITULO XXVI

DE LA SUBIDA Á NIEBUL POR LOS SETENTA BARCOS

Apenas nos habíamos entregado al descanso, tomando aliento del continuo remar, y apenas nos pareció haber acabado con el cotidiano afán, pues nos víamos en el puerto adonde fué enderezado nuestro viaje, cuando llegamos á penas, pues oímos tocar á leva, rumor que nos causó más enfado que otras veces, por caer el camino futuro sobre el cansancio del pasado, y procurando inquirir la causa por qué partíamos tan de repente, supimos que iba enderezada la derrota á Niebul, para traer los setenta barcos que dije en el capítulo antecedente, para ayudar hacer la puente y paso á la tierra enemiga; en fin, partimos bien contra la voluntad de los cautivos, por el trabajo que esperábamos, pues siempre íbamos contra la corriente del río; pero la majestad divina á quien obedece cielo y tierra, quiso que hallásemos el puerto más aprisa y con menor sudor del que pensábamos, porque se ha de notar que cuando nos parece se olvida de nosotros, entonces con más puntualidad acude á nuestro remedio, mitigando las penas agrias con la dulzura de sus misericordias, y si alguna vez se nos antoja que tarda Dios en acudirnos con sus piedades, ó ya dándonos necesidades, ó ya teniéndonos postrados á la acer-

ba crueldad de las enfermedades, nos engañamos, porque entonces es mayor su misericordia, que quizá si nos viéramos en prosperidad de salud y hacienda nos olvidáramos de su majestad sagrada, y con la presencia de las infelicidades nos da motivo para que le pidamos, porque gusta mucho de repartir con todos sus bienes, y que cada día acudamos como á padre á pedirle el sustento de alma y cuerpo. En efecto, á la primera jornada encontramos á Mahamet Bajá, belerbey de la Rumelia é hijo del general Sinán Bajá, que bajaba con toda la caballería de las fronteras de Hungría á juntarse con su padre, como lo mandaba la orden que poco antes había recibido del Gran Turco, y pasando por Niebul, viendo los setenta barcos y sabiendo al efecto á que se habían fabricado, se los traía de camino por el río abajo; con que nos excusó de mucha pesadumbre, causando en todos los cautivos alegría el no esperado bien, y no le conocíamos teniéndole presente, porque como pocas veces le vimos la cara y pasaba tanto tiempo hasta volverle á ver, se nos olvidaban las señas de su rostro. Esta alegría y contento se nos mitigó con la vista de mil cristianos húngaros que habían rendido las vidas en una refriega que tuvieron con el belerbey en los campos de la Buda, cuyas cabezas traían para presentárselas á su padre; en fin, él traía los barcos en conserva de cuatro galeras muy curiosas y bien artilladas de piezas de mucha labor, con las armas del imperio de Alemania, que las habían tomado entre los despojos de los vencidos húngaros. El belerbey de la Rumelia, Mahamet Bajá, iba marchando por las riberas del Danubio con toda su gente, llevando siempre á la mira los barcos y galeras, que iban navegando poco á poco al amor de la corriente, sin que fuera necesario trabajo al-

guno para traerlos. Toda la caballería referida era de valentones, que ellos llaman cuzquines, cada uno con cuatro alas, dos en el caballo y dos en sí propio, puestas con tanta perfección y semejanza que parecía que habían nacido con ellas; de las cabezas traían prendida una piel de león ó tigre, que se esparcía por las espaldas, con que parecían salvajes nacidos de fieras, ó por mejor decir que las fieras descendían de sus linajes; en las cabezas traían unos bonetes de grana de extraordinaria hechura, y en ellos fijadas otras tantas plumas como cristianos habían muerto cada uno, y esto con certeza é información, porque no consienten se les pongan sin averiguar primero la verdad con bastantes pruebas y testimonios de sus hazañas. Todos venían á la brida con calzas justas á lo húngaro, y con unos acicates muy largos con que alcanzaban á picar en las ingles (1) á los caballos y los hacían que á pesar suyo obedeciesen las leyes del freno y rienda; sus armas eran lanzas de ristre, y maza, y pico de desarmar, arcos y flechas; en lugar de las pistolas que se usan en Flandes, España, Francia y otros reinos cristianos, toda esta caballería junta (cuyo número no digo por no saberle; sólo sé que eran más que quisieran los valaquios) parecía un jardin deleitoso y ameno, pues le servían de adorno, los hombres á caballo, de árboles; las pieles pendientes de sus cabezas, de animales; las plumas de diversas colores con que adornaban los bonetes, las flores odoríficas; el continuo murmullo de los frenos, sonorosas fuentes, á cuyo son los brutos danzaban á compás, y todo junto parecía una amena floresta. En conclusión, dimos vuelta acompañando las galeras y barcos, lleván-

(1) En el original, *ingres*.

donos siempre á la vista Mahamet Bajá, cercado de tanta crudeza que parecían que iban echando, como dice el adagio, *adehalas de vidas*; y como dice otro adagio: *no es tan bravo el león como le pintan*. Desta suerte navegamos hasta llegar á Rushic, donde estaba el General aguardando con el grueso del ejército para comenzar la puente, y le recibió con grande aplauso y salva, disparando á un tiempo todo el artillería y arcabucería, con tanto estruendo que retumbaron los montes, las vecinas olas se alteraron, las fieras y aves se recogieron á sus cuevas, y los peces á sus cavernas; los pueblos circunvecinos se encogieron pensando, y con razón, era llegado el fin del mundo. Acabado, pues, el recibimiento, que duró un cuarto de hora, se comenzó la puente en la manera siguiente: los barcos con que se hizo eran altos de borde, pues tenían más de estado y medio fuera del agua; dos estados de ancho y cuatro de largo, con sus tirantes de proa á popa; y para que se estuviesen fijos y sin barlontear con el movimiento de las aguas, en lugar de áncoras se echaron unos cestones muy grandes y estrechos de bocas, hechos de sarmientos de parras silvestres que se crían en aquellas riberas; cada cestón cabía cien arrobas de piedras, y atada al cestón una gruesa guindaleta, también de sarmientos, ponían el cestón encima de la proa del barco y le dejaban caer en el río, dándole cuerda hasta que hiciese hincapié, y luego ataban esta guindaleta á otro barco, con que quedaba el primero fijo y seguro de cualesquier fortuna. En esta forma atravesaron todo el río, y luego de borde á borde de los barcos atravesaron muchos maderos muy juntos, y con buena trabazón de clavos de á media vara, con que allanaron la puente sin tener necesidad de andar saltando de

barco en barco, y también porque pudiese pasar la caballería sin trabajo y en breve tiempo. Acabada de hacer la trabazón que digo, echaron á los lados pretiles de muy gruesas vigas, con quedo muy fuerte y segura y capaz para que pasara el ejército. Esta puente comenzaba desde Rushic, y remataba al pie de la fortaleza de Cigaxic que los turcos tienen en la tierra del Vaivoda, que era la que dije, al principio desta rebelión, que no había podido rendir, y que después le sirvió de daño, pues si estuviera ganada, con solas dos piezas de artillería impidieran la fábrica de la puente referida, con que quedaban los cristianos seguros y victoriosos sin sangre alguna, y los turcos sin esperanza de poder pasar á la contraopuesta tierra, por no haber otro paso y dividir el Danubio las dos provincias. En el interin que se acababa la puente mandó el General que cada bajá se recogiese á su tercio con la gente que traía á su cargo, y la pusiese en orden y á punto de marchar para cuando se les fuese ordenado y señalado el día en que había de pasar conforme la antigüedad de la provincia y región, sin agraviar á los demás, porque había mucha diversidad de gentes y soldados, y era tanto el número que no podían pasar dos tercios en un día, por los muchos aparatos de guerra y bastimentos que llevaban, por si acaso duraba mucho la conquista, aunque según el poder que iba junto entendieron poner fin á sus intentos con mucha brevedad y poca contradicción de los rebeldes. Acabada de todo punto la puente, en la cual se gastaron trescientos y setenta barcos, sin los maderajes que atravesaban de un borde á otro de los barcos, dejando apartados unos de otros otro tanto como tenía de largo cada uno, que si se hubiera de hacer con barcos toda la puente eran menes-

ter más de ochocientos; en fin, ella tenía una buena legua de largo, y con estar tan fuerte como he referido, algunas veces venían temporales tan recios y furiosos que por partes desamarraban los barcos, causando quiebras de importancia, y así era necesario andar continuamente aderezando las roturas y desuniones que acaecían por el contínuo batir de los vientos, cosa que daba mucha pesadumbre al General, porque mientras más se detenía, más fuerte y poderoso se había de hallar el enemigo. En efecto, como mejor se pudo pasó el ejército del modo que se dirá en el siguiente capítulo, lo más sucinto que se pueda, por no causar enfado con estas digresiones, y porque estará deseoso el lector de saber el fin y sucesos de tan poderoso ejército como tenía el Turco, que fueron bien adversos, como adelante se verá.

CAPITULO XXVII

DE CÓMO PASÓ EL EJÉRCITO Á LA TIERRA DEL VAIVODA

El primero día pasó el general Sinán Bajá acompañándole su hijo Mahamet Bajá, belerbey de la Rumelia, con todos los valentones de quienes referí la crudeza y valor en el capítulo antecedente, y juntamente con ellos pasaron infinitos espahies, que son gente de á caballo, unos con banderolas verdes en las lanzas, y otros con naranjadas, insignias por donde se conoce su patria. Tras éstas se seguían muchos genízaros infantes, arcabuceros muy lucidos y animosos y que se habían hallado en diversas conquistas y batallas; luego venían los artilleros con las piezas de artillería en carretas de á tres y cuatro pares de búfalos; tras ellos consecutivamente pasaron todos los demás aparatos de guerra que llevaba el bajá á su cargo, en mucha cantidad de camellos, cargados unos de vituallas, y otros con las tiendas y municiones necesarias para tan gran conquista. Todo el día se gastó en pasar el tercio del General, cuya vista me causó gozo, porque fué mucho de ver la muchedumbre y concierto con que todos marchaban. Desta suerte fué pasando el General, y al tiempo que llegó á las galeras que estaban arrimadas á la fortaleza de Cigaxic, todas á un tiempo le hicieron salvas, abatiendo las banderas y disparan-

do el artillería y arcabucería, que daba á un tiempo admiración y contento ver tal grandeza, y el respeto con que todos trataban á Sinán Bajá, así por su edad, como por el cargo y afabilidad con que se portaba con todos. En medio de la salva sucedió una desgracia, que siempre en los contentos sobrevienen infortunios y adversidades de que no nos podemos librar con nuestras fuerzas, porque las desdichas vienen eslabonadas unas de otras hasta ejecutar su rigor; fué, pues, el caso, que en una de las galeras había una pieza con bala, y el arraez mandó á un cautivo diese fuego al artillería; él obedeció y disparó las piezas, matando á un turco muy querido y estimado del General; con este suceso se alborotó el campo, apedillando todos á una voz: *¡traición, traición!;* con que se cubrió todo el ejército de confusión, hasta que se averiguó el caso, y sabiendo de qué galera se disparó el tiro, mandó el General que al punto ahorcasen al arraez sin intermisión alguna, y mi amo, viendo se quería ejecutar la sentencia, como General de la mar saltó en tierra y habló á Sinán Bajá, informándole cómo el arraez no tenía culpa de lo sucedido porque no sabía hubiese bala en el tiro, y que cuando no bastase para su descargo lo referido, que tampoco él había dado fuego á la pieza, y así la culpa de todo tenía un cautivo que disparó el artillería sin mandárselo; con esta información se libró el arraez y quebró la soga por lo más delgado, que por todas partes que naveguemos por el piélago deste mundo, se crían peces grandes que se comen á los pequeños y desvalidos, achacando con siniestras informaciones y testigos, á otros, los delitos que ellos cometieron, sólo por librarse del castigo merecido en este mundo á sus insultos, cuya averiguación debe mirar el juez sin pasión, ayudando

siempre á los pobres y menesterosos de favor, porque si hacen lo contrario, deben temer la ira divina, y mirar que los pobres son hijos de Dios, y que como padre ha de vengar, si no en esta vida, en la otra, las injusticias que les hicieren en este mundo; y plegue á su sacra majestad que se pague en vida, no remitiendo la pena para la otra; mas, ¿adónde voy con este discurso, engolfado en piélagos undosos?; quiero dejarlo y volver á la historia, y así digo que mandó el General que sacasen á tierra al infeliz cautivo, sin más averiguación que el dicho de mi amo, para que con una maza de hierro le quebrantasen las piernas, muslos y brazos; suplicio en que pereció el pobre sin culpa alguna, dando el alma á su Criador, que con certeza fué á gozar de la bienaventuranza, cumpliéndose en él la promesa hecha por Dios que dice: *Bienaventurados los que padecen persecución por justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*. Con este suceso quedamos todos los cautivos atemorizados, dando cada uno gracias á Dios por haberle librado de peligro de que no se podía librar; juzgando que podía haber acaecido por uno de nosotros, y que nuestros pecados eran muchos y merecedores de tan cruel castigo como el referido; en fin, pasó todo lo restante del tercio, y aquella noche se pusieron centinelas por estar ya en tierra enemiga. A otro día pasó el agá de los genízaros, que es el general de toda la infantería, llevando en camellos las tiendas, y vituallas para el sustento de la gente que alistaban sus conductas, y en pasando á la tierra contraria plantó su tienda junto á la del general Sinán Bajá; tras el agá pasaron todas las piezas de artillería que se llevaban para el efecto en carretas de á seis pares de búfalos, y con el gran peso causaron quiebras en la puente, con que se alargaban cada

día los intentos del Turco. En conclusión, pasó la mayor parte del ejército, guardando cada uno su orden y antigüedad, en que se gastaron veinte y dos días, y en el interin que pasaba mandó el General á mi amo que bajase con las cuatro galeras dos jornadas más abajo á recibir y pasar al gran Kan de la Tartaria, que venía en ayuda del Turco, llamado para la facción, y habiendo pasado por la provincia de Caraboldán sin contradicción alguna, no se atrevía á entrar por la Valaquia, por la revolución de la guerra, temiéndose no le sucediera alguna pérdida de importancia por los muchos bosques que hermosean aquella tierra, y por el ayuda que el Trasilván, vecino del príncipe Miguel Vaivoda, le daba contra el Turco, porque le importaba para la conservación de su reino que Soltán Mahamet no se apoderase de la Valaquia. Con esta orden bajó mi amo con las galeras, una mañana antes que saliese el sol á fertilizar los campos, alegrando con su vista las plantas y collados, y caminando agua abajo, á dos jornadas encontramos al Kan de la Tartaria, que estaba aguardando en las riberas del Danubio á la parte de Caraboldan, y después de grande salva de una y otra parte se embarcó en la capitana donde iba mi amo. El gran Kan era hombre de buen rostro, blanco y rubio, y de muy gentil talle; su vestido no era fanfarrón, ni costoso, sino muy llano, porque no traía más de una media sotanilla de brocado enforrada en martas finas, y debajo de ella unos valones largos de damasco carmesí; su calzado eran borceguíes justos, de color, y zapatos á lo turquesco, y en la cabeza un bonetillo de grana enforrado en martas, y fijada en él una joya de oro, con perlas tan gordas como abellanas, y en medio un rubí tan grande como nn cuarto, que valía, según decían, cien

mil ducados, joya digna de tan gran señor; desde esta pieza subía un penachito de plumas negras, señal que traen los nobles en todas aquellas regiones levantiscas. Mi amo le recibió con grandes ceremonias de reverencia y cortesía (de que tenía mucha abundancia) y él le acarició dando muestras de agradecimiento. De todo lo que digo gozaba yo por estar al remo de la espalda junto á la popa, y no tan sólo veía y notaba las acciones, sino que también oía las palabras que hablaban en lengua turca, si bien los tártaros tienen muchos vocablos diferentes que los turcos, aunque son mahometanos; pero poco más ó menos, quien supiere la lengua turca entenderá la tártara. Las galeras, en efecto, pasaron toda la gente que pudieron en dos días, y no pudieron á mucha cantidad que sobraba, porque como los tártaros usan llevar á la guerra cinco ó seis caballos cada uno, para su mantenimiento, y si se juntan diez camaradas hacen número de sesenta caballos, de modo que por la cantidad no pudieron pasarlos las galeras en dos meses, y como requería brevedad el principio de la conquista, no aguardaron á que los pasasen, y así buscaron su remedio, y fué que partiendo un haz de hierbas secas, huecas como cañas, y poniéndole á la orilla del río, arrendaban los caballos todos juntos, y en el postrero de la parte de arriba echaban una rienda larga para regirlos, y atando el haz de las hierbas á las colas de cuatro caballos, se ponía el dueño encima de pies y les daba cuatro palos, con que le pasaban á nado á la contraopuesta orilla sin que el dueño se mojase; estos caballos, como digo, los llevan para su sustento, y como se juntan diez ó doce camaradas, matando uno se lo comen á veces á medio cocer, y á veces crudo, porque no miran en melindres. Desta suerte fue-

ron pasando, y fué de ver tanto bajel vivo fluctuar contra la corriente y salir vencedores burlándose de los cristales. En efecto, una tarde acabó de pasar el ejército, y á la siguiente aurora comenzó á marchar el campo por las riberas del Danubio, yendo siempre las galeras á vista del ejército. Desta manera navegamos tres días, y al cabo de ellos dimos vista á la puente á un mismo tiempo, y el gran Kan hizo alto á la entrada de ella, y nosotros subimos arriba á dar cuenta al General de la venida del Kan de la Tartaria. Sabida por él esta nueva, con que recibió mucho placer y gusto, salió de su tienda y pasó por la puente hasta llegar al fin de ella á recibir á tan gran señor como esperaba, y en compañía suya fueron todos los más ilustres caballeros bajanes y belerbeyes del ejército, y en llegando á la tienda del gran Kan, él le recibió con muestras de alegría y le presentó seis caballos tártaros enjaezados al uso de su tierra, en cuyos fustes iban seis rodelas chinas de mucho valor, y en las arzones seis alfanjes damasquinos con cabos de plata y vainas verdes labradas de oro á trechos; y después de muchas cortesías y cumplimientos que pasaron entre él y los que acompañaban al General, salieron de la tienda comenzando á marchar hacia la parte donde estaba el ejército, y al pasar por la puente le llevó Sinán Bajá al gran Kan de la Tartaria á la mano derecha, y tras dellos seguían todos los tártaros con orden, repartidos en lucidos alardes, llevando cada diez camaradas detrás de sí los sesenta caballos que digo para su sustento; vista en que di una hartazga á mis deseos, que no eran otros, aun en aquellas infelicidades, de los que saqué de mi patria, de ver cada día cosas nuevas; en fin, pasó todo el tercio y plantaron la tienda del Kan junto á la del General, con

que se acabó de perfeccionar una ciudad portátil que encerraba en sus tiendas tanta multitud que dudo haya, ni haber habido, ni habrá en el mundo tan populosa ciudad. Viendo, pues, el General, que todo el ejército estaba junto, ordenó la primera jornada á la tierra del Vaivoda en la forma siguiente.

CAPITULO XXVIII

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA PRIMERA JORNADA

Levantóse el ejército de media noche á abajo, sin hacer más rumor que tocar un clarín á leva, á cuyo ruido cada uno acudió á su oficio con puntualidad, ordenando en menos de una hora el campo para que comenzase á caminar, marchando toda la gente hasta las nueve del día siguiente, que llegó á la margen de un arroyo copioso, aunque no claro, por estar en pantano y cenagoso; orillas, pues, de este pantano, mandó el General se hiciese alto, dando treguas al camino presente para la siguiente aurora, que proseguiría. En efecto, allí se plantó el ejército y se puso en orden el artillería, porque receloso el General de alguna emboscada, se previno porque si viniesen los enemigos los hallasen cuidadosos y velando. La razón que le movió á detenerse, siendo rémora de sus designios, fué ver una puente de madera sobre el pantano, cosa que jamás la había habido, si no era que los turcos la hubiesen hecho otras veces para pasar el cenagal; y no pensó mal, porque la verdad era (á lo que después se vió) que el Príncipe la había hecho fabricar para que los turcos pasasen, porque del otro cabo del pantano, al fin de una campiña de un cuarto de legua, se veía un monte muy espeso adonde estaba emboscado con la poca

gente de guerra que tenía, y doce piezas de artillería, deseoso que empezasen á marchar, y en pasando cantidad á quien él pudiese embestir, darles de repente un ¡Santiago!, pasando á cuchillo todos los que pudiese, que sus fuerzas no eran bastantes á resistir ni esperar la furia otomana, y así le era forzoso valerse de ardides y trazas para conseguir grandes victorias á poca costa y sin arriesgar gente. En fin, los turcos, recelosos de ver hecha puente donde jamás la hubo, hicieron lo que los osos, que cuando llegan á alguna posada de colmenas cercada de tapias, y ven la puerta abierta, se recelan que hay peligro si acaso entran, y ansí, aunque la hambre los apriete, se vuelven sin entrar, por temor de alguna celada; mas si la hallan cerrada, entonces rompen cerrojos y candados y entran con seguridad, sin temor alguno; y así, el remedio que hay para cogerlos es cerrar fuertemente todas las puertas, subiéndose los cazadores en un aposento alto para darle muerte, la cual ejecutan con seguridad y sin riesgo de sus vidas. Esto había de hacer el príncipe Miguel Vaivoda, mas parecióle que los turcos no pasarían por no haber puente, ocasión porque la hizo, sucediéndole lo que á los cazadores, por facilitarles el paso; porque los turcos no quisieron pasar sin averiguar primero si en el bosque había emboscada de valaquios. En conclusión, se estuvieron quedos sin que pasase hombre, lo restante de la mañana, hasta más de las tres de la tarde que el Vaivoda, viendo que habían hecho alto y conocido su intención, desesperado de que no se lograsen sus intentos salió del monte con cosa de quinientos hombres y las doce piezas de artillería, que eran pasavolantes ligeros sobre carretas que tiraban dos caballos, dejando la mayor parte de su gente emboscada para lo que

se dirá á su tiempo, y fuese acercando al pantano, dando muestras que no tenía más poder que el que sacó del monte, y cuando estuvo á la otra orilla del pantano comenzó á jugar de la artillería, disparando con concierto los pasavolantes, haciendo mucho daño en el campo de los turcos, con que los incitó á pasar, de modo que tocaron trompeta á embestir, corridos de que cuatro desnudos les hicieran tantas bajas burlándose de ellos, pues se atrevían quinientos á tan desigual número, y comenzaron á pasar con gran furia, que era lo que el Príncipe pretendía, y en el punto que los vió saltar en tierra se puso en huída volviéndoles las espaldas, corriendo á media rienda, si bien siempre con concierto por lo que sucediera. El primero que pasó fué el General, con que se animaron todos, y á la ligera pasaron más de treinta mil turcos, cantidad que bastaba, á ir con orden, para desbaratar mayor poder que el del valaquio; pero como los engañó saliendo con poca gente, les pareció que de aquella vez tenían acabada la guerra con su prisión; desta suerte le fueron siguiendo, y el General con ellos, hasta que llegó al monte donde tenía toda la demás gente prevenida para el suceso, y al son de un clarín salieron todos y revolvieron á un tiempo sobre los turcos, que corrían esparcidos la campaña, acometiéndoles con tanta furia, valor y esfuerzo, que los hicieron retirar á carrera abierta, dejando sembrada la campaña de cuerpos muertos, que pasaron de diez mil turcos, de cuyos cuerpos corrían rios de sangre que inundaban toda aquella comarca. Querer referir por menudo las cuchilladas, brazos cortados, cabezas degolladas de un revés que después vimos, en mí era atrevimiento, y en ellos el mayor encarecimiento queda corto en su comparación, y así es me-

jor dejarlos á la imaginación del lector y pasar adelante con los sucesos de la emboscada. Desta manera los fueron apretando hasta llegar al pantano y puente, donde fué mayor la multitud que murió ahogada que la que pereció á manos de los valaquios, porque como cada uno quería ser el primero que se pusiese en salvo, unos á otros se estorbaban, sin que alguno pasara libre de la apretura, y como la puente no tenía pretiles era infinidad los que caían en el cieno, donde acababan miserablemente; fué, pues, en tanto extremo la apretura que digo, que como los turcos venían impelidos por los cristianos atropellaron á su General sin guardarle respeto, que en ocasiones donde se arriesga la propia vida no se mira por las ajenas, aunque sean de los mayores y á quien se debe respetar; en fin, le atropellaron y cayó en el pantano, donde le sucediera lo que á los demás si no le socorrieran con brevedad, como persona que tanto importaba en el ejército. Fueron los que perecieron en esta retirada más de veinte mil en todos, y quedaron los demás, unos heridos y otros aporreados, de modo que de los treinta mil que salieron á vengar las befas no volvió hombre de provecho al ejército. Con esta feliz facción se retiró el Vaivoda con pérdida de treinta soldados y veinte y dos heridos, que para tanta multitud como murió de la parte de los turcos fué recompensa pequeña, y á toda priesa, siendo la noche favorable y propicia, se retiró á Bocurich (1), que es una ciudad donde tenía su corte; en esta población estuvo aquella noche, y hallándose con pocas fuerzas no se atrevió á esperar el enojo de los turcos, y así, desamparándola huyó con brevedad (que en ocasio-

(1) Bucarest.

nes donde se conoce ventaja, antes es valor huirla que esperarla, porque lo demás es temeridad, hija legítima del miedo y cobardía); en fin, él recogió todas las riquezas y preseas mejores que tenía, y lo propio hicieron todos, llevando de camino los ornamentos de las iglesias, é imágenes de devoción, por temerse que en ellas se habían de vengar los turcos; por cierto, celo santo y digno de alabanza, y no pudiendo detenerse á bajar las campanas, después los turcos se las llevaron en las galeras para hacer de ellas piezas de artillería. Tampoco se halló seguro en Bocurich y así se pasó más adelante á la ciudad de Droguxta, y receloso que el furor de los turcos no había de cesar hasta vengarse, y que le habían de seguir al cabo del mundo, no se quiso hacer fuerte en Droguxta, y se retiró él y toda su gente á Trasilvania, huyendo del tesón con que el General había de pasar talando y arruinando toda la provincia. La demás gente de aquel señorío era humilde, pobre y que se sustentaba con el estipendio miserable que ganaban á costa de su sudor, y como tenían poco ó nada que perder, no temieron el trabajo que les estaba guardado, y así se estuvieron quedos, y no hacerse culpados con la fuga, confiándose en que se rendirían á los turcos disculpándose con decir que ellos no se habían rebelado, y que allí estaban tan sujetos como de antes. Aquella noche siguiente al día de la tragedia y matanza, recogieron los turcos á todos los compañeros muertos, y conociendo el padre al hijo, el hijo al hermano, el hermano al pariente difunto á manos de sus enemigos, se irritaron de nuevo y juraron vengarlos, enterrándolos por aquella campiña, lo cual acabado se recogieron á descansar lo que restaba de la noche hasta el alba siguiente, que pasaron el pantano.

CAPITULO XXIX

DE CÓMO PASARON EL PANTANO Y LO QUE DESPUÉS SUCEDIÓ

Otro día por la mañana determinó el General que pasase el ejército el pantano por la puente que tan cara les salió, pues la pagaron á precio de infinitas vidas y sangre, y al ruido de trompetas y tambores comenzó á marchar el campo, guardando la propia orden que cuando pasó la de barcos, y todo aquel día se consumió, con los siguientes, en poner el ejército á guisa de pelea, determinados todos de embestir á cualesquier bosque que topasen, y cercándole por todas partes pegalle fuego para que si dentro había alguna gente emboscada, pereciese á la impiedad de las llamas, y si alguno se librase cayese en sus manos, que dudo cuál era peor. Después que hubo pasado toda la gente y puéstose á punto de pelea, tuvo nueva Sinán Bajá cómo el príncipe Miguel Vaivoda se había retirado de Bocurich y Droguxta; nueva con que recibió gran pesar, porque se holgara mucho le esperara, para destruirle y cautivarle; mas el príncipe se previno con tiempo, receloso de lo futuro. En fin, viendo que ya la tierra estaba segura, dividió el ejército en tropas, apartándose cada baján por rumbo diferente, con su tercio, llevando orden expresa de consumir todos los pueblos y cautivar cuanta gente topasen, robando los ga-

nados, así mayores como menores, y agregando los soldados para sí todo aquello que pudiesen adquirir según la maña que cada uno se diese en el saco de la provincia. Con esta orden entraron con libertad talando los campos y consumiendo los sembrados, sin guardar respeto á persona alguna, antes cualquiera que se humillaba padecía más castigo que el que no se disculpaba, y así no les salió bien la cuenta que hicieron, pues les fuera mejor huír al primer ímpetu, que esperar á que acrecentasen en ellos, aunque inocentes, el enojo que les había dado su príncipe, vengándose en ellos como en retratos, ya que no podían en los originales, causadores del motín y rebelión; de manera que con la libertad que llevaban cautivaron tanta infinidad de cristianos que no sabían qué hacerse de ellos, ni adónde encerrallos, porque como estaban en su tierra luego se huían del ejército con facilidad, causa porque vendían un cautivo de aquellos por tres patadas, que monta tanto como tres reales de á ocho de plata, y una mujer con dos hijos en brazos, por lo propio, porque no se daban manos á cautivar; tanta era la muchedumbre de labradores que no quisieron huír á los montes, desacierto que después lloraron con lágrimas de sangre viendo cuán errados habían andado. En lo que toca á muebles de casa, todos andaban rodando, porque cada turco escogió lo mejor y de menos embarazo, arrojando por aquellos suelos lo que no quería, con que estaban aquellos campos cubiertos y enredados con trastos. Los bajanes que andaban corriendo la tierra cada día cogían hatos de ganados, si bien la mayor parte fueron vacadas, en tanta abundancia que todos los más días no cesaba de pasar por la puente, á tierra de turcos, tanta cantidad de cabezas, que parecía imposible que en

una tierra no muy dilatada, como lo es la Valaquia, se criase tanto ganado y hubiese sustento en los campos para ellos, que verdaderamente pareció que la mitad de Europa se había despoblado de animales (que lo había bien menester); en efecto, en más de dos meses no cesaron de pasar hatos y vacadas, causando muchas quiebras en la puente, y así era necesario que cada día se aderezase. Fueron, pues, tantas las vacadas y yeguadas que robaron, que se vendía una vaca por cuatro reales españoles; una ternera por dos, y un buen rocín por seis, y lo qu' es ganado menor, tal como carneros, cabras y ovejas, no tenían precio, porque nadie le estimaba en una blanca, por no tener venta, y así sólo servía de que cada uno comiese lo que gustase, sacando el vientre de mal año, y lo demás lo dejaban por los campos á su albedrío, sin hacer caso de ello. Cada vez que escribo estas cosas considero que han de padecer la pena de increíbles; esto se entiende en los que no han salido una legua de su patria, ni saben de mal ni de bien, siendo perpetuos censores de lo que no han visto; pero con el consuelo de que no las dudaran los que han andado por el mundo, viendo cada día mayores maravillas que las que escribo, me determino de dar cuenta de todo, sin ocultar cosa alguna por temor de momos y mormuradores. En medio, pues, de tanta abundancia, se vió una cosa increíble al parecer, y verdaderamente pasó al pie de la letra como lo refiero; y fué que valía más precio una libra de pan que una vaca, porque como no había quien beneficiase el trigo y semillas que estaban sembradas, á causa de estar todos los labradores, unos huídos y otros presos, y haberse aumentado tantas bocas de cautivos en el ejército, y como era fuerza darles de comer ó dejarlos morir, se consumió el

mantenimiento que llevaban para la jornada; en materia de pan hablo, que en lo demás todo estaba sobrado, pero como en faltando el pan todas las viandas sobran, no suplía tanto ganado la falta de pan, causa porque perecieron muchos turcos y cautivos, porque como se hartaban de carne de vaca y luego se echaban un golpe de agua (que lo que es vino no se hallaba un cuartillo por cien ducados) les sobrevinieron mil enfermedades de cámaras y calenturas, con que en breve tiempo faltó mucha gente del campo, comprando á precio de vidas la abundancia de dos meses, pues murieron en la jornada más de cuarenta mil hombres de todas naciones, sin hacer más daño que el que tengo referido, y el mayor mal fué la falta de ganados, que los cautivos cada día faltaban cien hombres huyéndose por partes ocultas hasta llegar donde estaba su príncipe, dándole cuenta de los trabajos que padecían sus vasallos, causa porque hizo lo que adelante se verá. Dos meses, como digo, se estuvieron los turcos en la Valaquia, destruyéndola y asolándola, y fortificando la fortaleza que el Vaivoda había destruído en la ciudad de Droguxta, en quien pusieron guarnición de soldados y mucha artillería para seguridad, porque si otra vez si quería el príncipe acometerla, la hallase prevenida y con bastantes fuerzas para su defensa. Todo el tiempo que se detuvieron los turcos en la provincia se estuvo el príncipe Miguel en Trasilvania reformándose de gente y municiones, aguardando á que los otomanos se retirasen á su tierra por San Simón y Judas, costumbre que observan siempre con tanta puntualidad que si el General se detiene un solo día sin dar la vuelta á Costantinopla, huyen los soldados, sin que basten pregones para detener su curso; y así, como los cristianos de aquella tierra saben

las leyes turcas, aguardan á la retirada para hacer su hecho, estando á la mira con espías. Esto hicieron los dos príncipes, pues en aquel tiempo que estuvieron retirados juntaron más de veinte mil hombres de infantería y seis mil caballos ligeros; con este ejército, á vueltas de San Simón y Judas, comenzaron á marchar la vuelta de Valaquia, caminando á largas jornadas por no perder ocasión, y quiso su suerte que llegaran á buen tiempo, que fué cuando los turcos habían comenzado á pasar la puente y estaba ya á la otra orilla lo más lucido del ejército. Viendo, pues, los dos príncipes la ocasión en las manos, no la dejaron perder, y así, un sábado por la mañana les dieron una alborada á todos los que habían quedado, que eran más de diez mil, los cuales estaban alrededor de la fortaleza de Cigaxic en sus tiendas, aguardando el día en que habían de pasar, y fué tal la dicha del príncipe que aún no habían pasado á la otra orilla los cautivos vasallos suyos que estaban presos, bien tristes é ignorantes de la venida de su rey, que les libró de eterno cautiverio y perpetua aflicción, y juntamente con ellos halló la mayor cantidad de despojos (de preseas se entiende, que el ganado ya estaba en Costantinopla) que habían robado en aquella provincia. Finalmente, sábado por la mañana, día de San Simón y Judas, les acometieron con tanta furia y valor que es menester para referir los sucesos de aquel día nuevo aliento, y así, con licencia del lector, los dejo para el capítulo siguiente, donde se verá el fin de la batalla y rebelión valaquia.

CAPITULO XXX

DE LO QUE SUCEDIÓ AQUEL DÍA AL PASAR LOS TURCOS QUE HABÍAN QUEDADO

Ya los turcos tenían noticias de la venida de los dos príncipes, y así se daban prisa á pasar con brevedad antes que llegasen en su seguimiento; estas nuevas les causaron temor, razón porque pusieron un soldado en el baluarte más alto de la fortaleza de Cigaxic, para que desde él atalayase toda la campaña y avisase en el punto que viese los cristianos; el soldado estuvo en la torre tres días, y al último, día de San Simón y Judas, por la mañana, dió aviso como venían ya muy cerca, y que no distaban un cuarto de legua; que con la obscuridad de la noche no los había descubierto por ser ya tan entrado el tiempo y hacer las noches lóbregas y tenebrosas. En el instante que el capitán del castillo oyó las nuevas que el soldado le daba, hizo disparar una pieza de artillería pidiendo socorro al General, que estaba, como he dicho, de la otra parte de la puente con lo más lucido del ejército, porque todos los que quedaban no tenían cabeza que los gobernase y era imposible defenderse resistiendo el coraje de los valaquios y trasilvanos; el General, así como oyó la pieza, juzgó lo que podía ser, y á toda priesa mandó pasasen en su socorro dos bajanes con toda su gente, pero

no llegaron á tiempo porque los cristianos no les dieron lugar para que viniesen, pues acometieron por un lado en la caballería, y por otro en la infantería, con tanto valor que los turcos conociendo el peligro y poco remedio que tenían de defenderse, todos sus intentos eran sólo ponerse en salvo, acudiendo á la puente, dejando los despojos, por huír más ligeros, dando por bien empleada la pérdida de hacienda, por la conservación de la vida, que la muerte siempre es amarga y temida aun de los más valientes. En fin, acudieron á la puente, y como eran tantos y no podían pasar de una vez, queriendo cada uno ser el primero que se pusiese en cobro se atropellaban unos á otros, de modo que sin poderlo remediar caían en el río unos tras otros, á pie y á caballo, sin que alguno saliese libre de la tormenta, y como los cristianos los impedían dándoles cruel batería por las espaldas, no podían pasar adelante, sino volver atrás, con que quedaban los caídos faltos y desesperados de remedio y se anegaban acabando miserablemente, hombres, caballos, camellos, todo revuelto, lo cual causaba á los de afuera gran confusión sin saber por dónde entrar á socorrerlos, porque con las voces, lástimas y ruido de artillería y arcabucería no llegaban otras razones enteras á los oídos, sino eran: *¡que me ahogo! ¿no hay quién me socorra?;* que todas las demás llegaban truncadas y confusas, causa de su perdición, pues no pudiendo socorrerse unos á otros, tampoco dejaron pasar á los que venían en su ayuda, con que era mayor la confusión, porque como unos iban, y otros venían, se encontraron en mitad de la puente chocando unos con otros, sin poder volver atrás, y como entraban de ambas partes muchos y la puente estaba ocupada, sin haber lugar para un mosquito, era

fuerza vaciarse por los lados, cayendo, como digo, tantos en el río, que nó hay número que los pueda sumar. Viendo, pues, los dos príncipes el conflicto de los turcos, para sacarlos de cuidado mandaron poner dos piezas de artillería en un montecillo que señoreaba la puente, para que desde allí se cañonease, sin cesar de batirla hasta que la derribaron y partieron por la mitad, con que no pudieron pasar los del socorro, por la gran quiebra, y los cristianos fueron apretando á los que huían, de modo que en breve rato desocuparon la puente y se señorearon de ella después de haber echado al río toda la muchedumbre que la embarazaba, muriendo unos ahogados, otros á arcabuzazos, otros á lanzadas, y otros que nadando entendían hallar puerto en la puente, daban en mayor peligro, y huyendo de Caribdis encontraban con Escila, porque los cristianos los mataban á estocadas y lanzadas, y tal vez vi (tal es el deseo de conservar la vida) que algunos se asían de las espadas, segándose las manos, muriendo con mayor dolor, porque en tierra y mar lleva un hombre el peligro en sí mesmo, y otros más cuerdos acudían á las galeras, pidiendo que les echasen cuerdas en que asirse, con las cuales se libraron algunos, aunque pocos, porque los valaquios viendo hallaban socorro en ellas, las cañonearon persiguiéndolas hasta echarlas de la orilla, con que no pudieron ayudar á los que quedaban dando voces, y no hicieron poco en apartarse donde no alcanzasen las balas; los demás turcos que estaban en tierra se acogieron á la fortaleza hasta que se llenó, si bien no les sirvió más de para dilatar la muerte, porque dentro de tres días la rindieron y perecieron degollados. Acabada la matanza hallaron libres infinitos cautivos, cosa que estimó en más el Vaivoda que el ven-

cimiento, y viendo que no tenían más que matar, aún no hartos y vengados con lo referido, se les puso en la cabeza un pensamiento que se le perdonáramos los que [remábamos] y fué que dieron en perseguir á los que estábamos en las galeras, con unas piezas de artillería largas y delgadas, aunque no mucho, que escupían doce libras de bala, llevándolas en unas carretas ligeras de á cuatro caballos, haciéndonos mucho daño, y conociendo mi amo que no tenía defensa, se puso en huída por el río abajo; mas no le bastó, porque al paso que las galeras navegaban también ellos nos iban siguiendo por la orilla de enfrente, siendo nuestras monas, pues hacían lo que vían, porque si nos parábamos, se paraban y disparaban, y si navegábamos volvían á cargar y marchaban persiguiéndonos, hasta que nos escondimos detrás de una isleta muy espesa de árboles, que fué San Telmo de nuestra tormenta, pues nos dió amparo librándonos de nuestros fatales enemigos; allí dieron fondo para descansar, y dentro de una hora vino la noche más obscura que otras veces, quedando los turcos muy tristes, al paso que los cautivos muy alegres, pero disimulábamos el contento con señales de pesar, porque no nos saliera cara el alegría. En este sitio estuvimos toda aquella noche, hasta que de madrugada tocaron á leva y partimos navegando á la mor de la corriente, hasta llegar al mar, que ya estaba alborotado con el ivierno, ocasión porque nos detuvimos ocho días dentro del río, aguardando un poco de bonanza, y cada mañana sacudíamos la nieve de las tiendas; tal fué el frío con que entró aquel ivierno, que nos acrecentó el trabajo y enfermedad que teníamos, por estar en una parte adonde si dieran por una polla diez mil ducados, no la hallaran, ni otro género de regalo,

por ser toda aquella costa cuitada y miserable; yo me vi tan alcanzado de cuenta que ya no la hacía de la vida, y el consuelo que tenía en medio de mi enfermedad, era el del amo, que me decía algunas veces, como me tenía á la mira: *Diego, Diego, ten buen ánimo, que yo perderé mi dinero, que es lo de más, y tú la vida, que es lo de menos, pues sales de cautiverio;* ved qué alivio para mis trabajos. Finalmente, como cada día nevaba más y las enfermedades no dormían, murieron muchos cautivos viejos de los que había comprado baratos en aquella jornada, por ser gente viuda y dejarse morir como negros bozales, sólo porque el amo perdiese su dinero, cosa con que llegó á verse tan enfadado, viendo que todos perecían, que apurado de paciencia se llegaba á ellos y les preguntaba si les dolía la cabeza, y en diciendo que sí, desnudaba el alfanje y se la cortaba, echando el cuerpo á la mar; con esto, cuando llegaba á preguntar á otros si les dolía, respondían que no, y no tardaban en morirse un cuarto de hora. En conclusión, abonanzó el tiempo después de ocho días, y salimos al mar y trabajando con muy malos temporales, al cabo de veinte días llegamos á Costantinopla, hallándola triste y afligida con la nueva del mal fin de la jornada, causando en el Turco más pesar la imposibilidad de venganza por haber rendido los cristianos la fuerza de Cigaxic, que la pérdida presente con ser tan grande. En efecto, llegamos al puerto, donde desembarcaron, y mi compañero el bogavante, que que era un catalán, natural del lugar de Sichas (1), cinco leguas de Barcelona, me llevó á cuestas hasta casa, y en llegando á ella mandó mi amo que tuviesen conmigo

(1) Sitjes.

cuenta y me regalasen con mucho cuidado, con lo cual, como mozo y no haber llegado mi hora, quiso la majestad divina darme salud en breve tiempo, alegrándose mi amo de mi convalecencia, porque le hacia falta, que de verdad procuraba agradarle, con que se dolía de mis enfermedades y trabajos.

CAPITULO XXXI

DE UN FELIZ SUCESO QUE TUVIERON LOS CAUTIVOS DE DOS GALERAS, LEVANTÁNDOSE CON ELLAS

Mucho pesar causó al Gran Turco la pérdida de gente y dineros gastados en la conquista referida, y fué tan eficaz su enojo que en más de quince días no se dejó ver la cara, aun de sus más privados y confidentes criados; y en medio de sus melancolías, para alivio de ellas y desquite de lo pasado, le vinieron nuevas de otro golpe de la fortuna, que parecía que en aquellos días jugaba con él haciendo mofa y burla desu poder y vanidad. La nueva que digo fué de la pérdida de dos galeras que había como cuatro meses que partieron de Costantinopla, que por ser suceso feliz para España me pareció acertado no pasarle en silencio, porque el lector estará deseoso de leer hazañas y prodigios obrados por españoles desnudos y aherrojados debajo del mando y señorío de turcos y bárbaros tan enseñados siempre á mandar y vencer. Sucedió, pues, en el tiempo que estábamos en la conquista de Valaquia, que el Gran Turco Soltán Mahamet envió al reino de Fez dos galeras de turcos para que cobrasen cierto presente que su rey le acostumbra dar cada un año á manera de feudo y reconocimiento de vasallaje, aunque verdaderamente no es su vasallo, ni está sujeto al imperio como

otros muchos de Africa y Asia. A este reino, pues, partieron las dichas galeras con mucho alboroto y salva (que en todo tiempo, aun á los señores más poderosos da gusto el recibir, aunque sea cosa de poca consideración) y caminando la vuelta de Fez, bien descuidado de lo que les estaba guardado para cuando el tiempo diese ocasión oportuna para el hecho, un renegado que iba en la capitana tuvo modo de verse con otro que venía en la galera compañera, y de secreto trataron de alzarse con ambas galeras y venirse á tierra de cristianos, pues tantos años había que lo deseaban; para cuya consecuencia y feliz suceso determinaron que cada uno tratase con los cautivos de su galera el modo más conveniente para ello, y de lo que resultara se diesen aviso uno al otro; despidiéronse con este concierto, cuidándose cada cual de poner en ejecución su embajada, para lo cual trataron con los cautivos cristianos, si bien no con todos, sino con los españoles, que les pareció tener buen pecho para poder emprender cualquier empeño, los cuales dieron el modo más secreto que la humana ciencia pudiera imaginar para dar á un tiempo la muerte á cuantos turcos se hallasen en las galeras, sin que se escapase quien llevara la nueva (que en medio de las necesidades está el entendimiento más agudo para cualquier arbitrio, y más estribando la libertad de todos en el buen expediente (1) de lo tratado) consultaron en el discurso del viaje el modo para ello, y ya conformes en lo que habían de hacer, llegaron al reino de Fez, donde dió el capitán la embajada, y el rey mandó se detuviese seis ú ocho días porque faltaba que prevenir algunas cosas para cumplimiento del pre-

(1) En el original, *despidiente*.

sente. En el interin, pues, que estaban en Tetuán, consultaron los renegados con más sosiego, lo tratado, y salió de la junta que pues era fuerza dar la vuelta por Argel, el un renegado comprase una gruesa de docenas de cuchillos, y el otro otra de alfanjes como que los llevaban á modo de empleo á Costantinopla para granjear con ellos. En fin, pasados ocho días partieron de Tetuán con el presente, que fué muy copioso, y pasando todos los puertos que hay hasta Argel, tomaron puerto en su muelle para aliviarse y cargar de agua, de que iban faltas las galeras; los renegados no dormían, y con brevedad saltaron en tierra y compraron los cuchillos y alfanjes del modo y según lo tenían determinado, y trayéndolos cada uno á su galera los entregaron al despensero de cada una, que eran cautivos y cristianos y sabían el trato y concierto que se había ordenado para dentro de pocos días. Partieron, pues, las galeras del puerto de Argel, una hora después que la tenebrosa noche había cubierto con su negro capote montes y collados, dejando la mitad del orbe en un confuso caos de confusión, obscuridad y tinieblas, y yendo costeando de tierra á tierra, remando poco á poco, con la mar en leche y vientos bonancibles, en breve rato pasaron el cabo de Montefus, que como ya tengo referido, dista doce millas de Argel, los dos renegados, deseosos de dar fin á la empresa, concertaron, pues ya era llegado el tiempo deseado, que cerca de media noche, ya cuando los turcos tuviesen entregadas sus potencias y acciones al dulce y regalado Morfeo, los despenseros de las galeras, á quienes habían entregado los cuchillos y alfanjes, los fuesen repartiendo con sagacidad y secreto á los cautivos que iban en el remo del portillo de la despensa, para que con más secreto y menos ruido se re-

partiesen todos, sin quedar cautivo falto de armas para la empresa, y acabadas de repartir estuviesen con gran silencio aguardando la seña y hora concertada. Todo lo dicho se hizo con brevedad, lo cual acabado se sosegaron todos, guardando el orden dado por los renegados, de los cuales el que iba en la capitana concertó con el despensero que al tiempo que Isufo Remolar, cabo de las galeras, se levantase de la camareta de popa para entrar en la escotilla, que siempre lo tenía de costumbre á la media noche, por ser hombre impedido y enfermo, al tiempo y cuando el renegado pidiese el paño de manos para dar aguamanos al capitán, como tenía obligación por ser su camarero, juntamente le diese con él un asador para el determinado fin. Todo parece que iba ordenado por disposición divina, sin la cual todas nuestras acciones é intentos se desvanecen; porque apenas concertaban una cosa cuando al instante sucedía según y como tenían intentado. En conclusión, llegó la media noche y el fin de los turcos con ella, porque levantándose el capitán entró en la escotilla, y de allí á un rato breve llamó al renegado y le pidió aguamanos; ya el despensero á este tiempo tenía apercibido el asador y el paño, y cogiéndole el renegado comenzó á hacer señas á la otra galera que iba junto á la suya, avisando al otro renegado comenzase el sacrificio; él, que estaba alerta, apenas vió la seña, aunque de paz, en aquella ocasión de cruda y sangrienta guerra, cuando animó á los cautivos exhortándoles á que matasen á todos los turcos que alcanzasen junto á sí, mientras él y el despensero con otros dos mancebos que andaban con un grillo por la galera daban tras los demás. Todo, en fin, se ejecutó á un tiempo en ambas con felicidad, porque

al tiempo que Isufo Remolar pidió aguamanos, el renegado, cuidadoso más de su intento que de lo que le mandaba, le dió de estocadas con tan buen acierto, que en breve rato sin poder dar voces esmaltó el suelo de coral sucesivo que á porfía por las muchas heridas iba desamparando al infeliz capitán, abreviando su partida para el infierno, donde hallaría, aunque tarde, el desengaño de su falsa secta, y donde penará para siempre jamás; lo cual ejecutado con un alfanje, dió tras los demás, que aún se estaban durmiendo con sueño tan pesado que fué el de la muerte, pues despertaron en la otra vida, sin escaparse de todos (tal maña se dieron los cautivos) más de algunos que heridos, entendiendo ser acometidos de una poderosa armada, turbados y confusos se arrojaban á las aguas, y pensando hallar en ellas su remedio hallaban su mayor ruina, y huyendo de Caribdis daban en los tormentos y naufragios de Scila, donde fluctuando con las olas en cada vuelco tragaban una muerte, y en cada parasismo experimentaban una penalidad, si bien algunos se libraron á nado rompiendo por las saladas espumas, y partiendo á Argel dieron aviso de los compañeros que habían ido á cenar con Mahoma; nueva con que se alborotó la ciudad, sintiendo en sumo grado no haber embarcaciones para seguir el alcance de los traidores y rebelados renegados. Pero dejémoslos con su cólera, y volvamos á nuestros felices, no ya cautivos, sino libres cristianos, los cuales se desherraron y vistieron con las galas de los difuntos, y en menos de media hora limpiaron las embarcaciones de cuerpos muertos, apoderándose de cantidad de joyas del capitán, y del presente del Gran Turco, y tomando la derrota para la isla Cerdeña llegaron á ella sin sucederles cosa de importancia; en

ella estuvieron dos días, porque el deseo que todos llevaban de llegar á vista de España, asilo de ingenios, timbre de las armas y espejo en quien como en cristal se deleitan lo restante de Europa y las tres partes restantes del orbe, no les dió lugar para que de más despacio gozasen lo ameno y deleitoso de aquella tan fértil y abundante isla, de la cual, por llegar á su patria partieron para Barcelona, puerto de España y ciudad donde cualquier forastero cortés y bien criado halla amparo y defensa contra sus émulos y enemigos. En esta ciudad los recibió el virrey con mucho amor y agasajo, no cesando de dar gracias á Dios por las mercedes recibidas. En esta opulenta población estuvieron algunos días repartiendo la hacienda y presente del Gran Turco, con que todos quedaron ricos y tan contentos como el lector puede imaginar, si pasara por él lo mesmo, y después de larga y prolija esclavitud, gozara libertad á costa de su ardid y esfuerzo. En el interin que estaban en aquella ciudad, los más días se estaban en casa del virrey los renegados, dándole cuenta de las costas de Africa y estados del Turco, y un día entre otros les preguntó qué número sería el de los turcos que rindieron las vidas á sus manos, y se halló ser más de quinientos, siendo casi otros tantos los cautivos que alcanzaron libertad en las dos galeras, las cuales se presentaron á Nuestra Señora de Monserrate, yendo á visitar su santa casa todos los cautivos, donde no se hartaban de dar gracias á Dios y á la bendita imagen, pues por su intercesión fué servido su sacrosanto hijo, al fin como manso cordero, no usando de su justicia, sino de su misericordia infinita, de darles la libertad deseada y estimada solamente del que la pierde, porque otro alguno no conoce su valor ni aprecío, antes como á prenda de

poca consideración la expone á evidentes riesgos y peligros que después llora á precio de lágrimas de sangre y sollozos internos. Ya en esta ocasión la majestad de Filipo segundo deste nombre, en cuyo tiempo sucedió esta dicha, tenía noticia del suceso, y mandando llamar los renegados, que ya se habían confesado y arrepentido de sus culpas, los premió por hecho tan acepto y servicio tan agradable á sus ojos, digno de estar esculpido en láminas de bronce para eterna memoria. Esta fué la nueva que tuvo el Gran Turco después de una pérdida tan considerable como la referida en los antecedentes capítulos, y viéndose cercado por todas partes de guerras é infelices sucesos, determinó dejar para el siguiente verano el despique de todo, si bien los cautivos no teníamos otra pena que más nos afligiese si no era el no ser de los que se libraron en las galeras; mas viendo no tenía remedio nos hubimos de consolar esperando en Dios nos sacaría de tan penosa esclavitud, aunque nuestras culpas no lo merecían.

CAPITULO XXXII

DE UNA JORNADA QUE SOLTÁN MAHAMET HIZO Á HUNGRÍA

En el año del Señor de mil y quinientos y noventa y siete, á los veinte y cinco de Junio, día del bienaventurado San Eligio, salió de Costantinopla contra Hungría Soltán Mahamet con todo su poder y fuerzas, que se comprehendían en número de ciento y cuarenta mil hombres de infantería, y diez y seis mil caballos, porque hacía un mes que se publicó la jornada, juntamente con la presencia del Gran Turco que iba á ella en persona, y por esta razón se previno toda la gente de guerra que tiene obligación precisa de salir á campaña, que viene á ser lo propio que el batallón español, y no se reserva persona alguna de cualquier calidad que sea, por haber pena de la vida, ejecutada con tanto rigor y rectitud que en saliendo á la jornada, cumplido el plazo señalado para ella, anda por las calles de Costantinopla un cadí, que es lo propio que ministro de la milicia, y en encontrando algún genízaro, ó á otro cualquier soldado que se hubiese quedado sin ir á la jornada, sin llevarle á la cárcel, ni admitir disculpas, le hace cortar la cabeza por traidor al emperador y contumaz á su corona. La razón porque se observa esto con tanto rigor es porque á todos los que tratan de ser soldados, aunque actualmente no estén sir-

viendo, se les paga con puntualidad y sin dilación alguna sus pagas de dos á dos meses, comodidad que obliga á toda la gente moza á sentar plaza de soldados en las banderas de la milicia, preciándose mucho de llamarse urquionculies del Gran Señor, que es como si dijéramos esclavos. A veinte y cinco, pues, de Junio, salió el ejército de la ciudad de Costantinopla, con grande arrogancia y gala, al son de pífanos, cajas, clarines y trompetas, cantándole la zalá al Gran Turco, y pidiendo á su falso profeta le diese victoria contra sus enemigos, si bien se la prometían cumplida por llevar el ejército excelentes capitanes, y entre ellos al bajá Chicaya, conocido por su valor en muchas batallas y asaltos; lucida infantería, cuyo capitán general era Sinán Bajá, que fué también de la de Valaquia; buena y ligera caballería á cargo del bajá Chafort, renegado, mallorquín, virrey que había sido del gran Cairo; grandes provisiones y escogida artillería para cualquier empeño y asalto. Con todas estas prevenciones caminaron á largas jornadas, aunque en ésta no le fué muy bien al Turco, según me contó un renegado corso de nación, que yo no me hallé en ella, si bien fuí embarcado en una de setenta galeras que salieron hasta los confines de Hungría para lo que sucediera; al fin, en breve tiempo dieron vista á la ciudad de Agria, que es de la corona de Hungría, y plantando al ejército en el sitio más acomodado para su defensa, pusieron la caballería por vanguardia, y frente dél toda la infantería en lucidos batallones, á guisa de pelea. Así estuvieron lo restante del día y parte de la noche con intento de presentar la batalla á los imperiales luego que el sol fuera esparciendo sus luces y resplandores por aquellas campañas, aunque no les sucedió como pensaban, porque dos

horas antes de amanecer les embistió el ejército de los húngaros é imperiales con tanta furia, cólera y tesón, que hallándose imposibilitados de defensa se desbarataron, dando á huír afrentosamente, desamparando las tiendas y tesoros y dejando sembrada la campaña con más de ocho mil hombres muertos á manos de los desatados leones, y como les iban picando con tanta prisa, sólo procuraban salvar la vida, y sin mirar más respetos se atropellaban unos á otros, y con la gran multitud fué tanto el daño que recibió el ejército que murieron más de veinte mil hombres en la retirada, unos ahogados, y otros atropellados de la caballería; de esta suerte iba huyendo el ejército á uña de caballo, que si los tudescos, codiciosos de los despojos, no se embebecieran en saquear las tiendas del Turco, y con lo restante del ejército y caballería siguieran el alcance, fuera evidente la pérdida y rota del Turco; mas no debió de convenir, pues permitió la divina omnipotencia cebarlos en el saco, por estar ofendida de una cisma que en aquellos tiempos andaba en Hungría, de herejes hugonotes, que nunca Dios castiga sin que esté justificada la causa y substanciado el proceso de nuestras culpas; no obstante lo dicho, se perdiera el ejército ú la mayor parte de él si no fuera por el renegado Zigala, que estaba al un costado de él, que con toda su gente llegó por un lado animando á Soltán Mahomet, que también huía á rienda suelta con un castaño hijo adoptivo del viento, y con cólera honrada le dijo: *¿qué es esto, Señor?; si vuestra alteza, que ha de dar ejemplo, desampara el ejército, ¿qué mucho que la vulgar gente siga las pisadas de su dueño?; ¡ea, Señor! que no es bien perder la reputación ganada en tantos años, por el vil temor del presente naufragio; vuelva vuestra*

majestad las riendas, dando calor á la gente, y échese voz que los cristianos huyen, y verá vuestra alteza cómo se recupera lo perdido. Con estas tan prudentes razones, avergonzado el Gran Turco de la reprehensión de Zigala, que tanto importa en la guerra un buen consejero como un millón de soldados, y no es menester más ejemplo que el presente para prueba de lo dicho, pues volviendo las riendas animó á su gente, que andaba vagando sin concierto por aquella campaña, y derramó voz, aunque mentirosa, que los cristianos huían, con que se les infundió tan endiablado coraje que poniéndose en orden dieron cara á los cristianos, con que les fué fuerza, viéndose flacos por la falta de los tudescos, retirarse, si bien no con la orden que convenía, sino con la que la prisa de los turcos les dió lugar de escoger, y siguiendo el alcance llegaron hasta sus tiendas, donde hallaron á los tudescos cargados de despojos ellos y sus mujeres, y les dieron muerte á su salvo, sin escaparse de todos cien hombres, porque con el gozo de la victoria, que al parecer era suya, apuraron la vitualla y vino que hallaron, que los turcos mejor lo beben que nosotros, y estaban inhábiles y sin fuerzas para el manejo de las armas. La caballería imperial escapó huyendo, y los turcos cobraron sus tiendas, aunque con pérdida de más de treinta mil hombres, con que se emperró el turco y prosiguiendo el cerco de Agria, dentro de ocho días la rindió, quedando por él, si bien no peligró la gente que estaba de guarnición, por darse á partido, que cuando se conoce ventaja evidente es más cordura huír el golpe que exponerse temerarios á vender sus vidas á costa de otras muchas, quedando en todo tiempo la plaza perdida juntamente con la vida. Por esta ganancia se publicó la jor-

nada por victoriosa, callando lo que había costado, y después de haber puesto guarnición bastante para defensa de la ciudad, teniendo noticias que toda la tierra estaba en armas, despicado algún tanto determinó el Gran Turco volverse á Costantinopla. Todo el tiempo que duró la jornada de Hungría, anduvieron por el mar las setenta galeras que dije al principio por las costas del Archipiélago, como tienen de costumbre todos los años; iba por teniente general de ellas Chafer Bajá, renegado calabrés, y mi amo en su compañía, por cabo de cuatro galeras, en una de las cuales iba yo amarrado á un remo con harto pesar de no haberme hallado en la jornada. Luego que la ciudad se rindió, tuvo aviso el General de la vuelta del Gran Turco, con que se determinó de tornar á invernar, por ser ya tarde para bajar á Italia, y navegando á toda prisa dimos vista á Costantinopla, ocho días antes de la entrada del Gran Turco, con que hubo tiempo de desembarcar toda la artillería de las galeras y estar desocupados para el recibimiento, que vi sin pensar, cuya relación dejo para el siguiente capítulo.

CAPITULO XXXIII

DE LA ENTRADA DE SOLTÁN MAHAMET EN COSTANTINOPLA

Publicóse la entrada del Gran Turco en Costantinopla para veinte y tres de Septiembre del año de mil y quinientos y noventa y siete, y el justicia mayor de la ciudad mandó dar un pregón en el cual mandaba á todos los señores de galeras que tenían cautivos y salían á recibir al Turco, dejasen los esclavos cerrados en los baños y prisiones, á buen recaudo y con mucha guarda, por temerse no hiciesen algún desmán, porque quedaba toda la ciudad y arrabales de ella despoblados; tanta era la muchedumbre que salió al recibimiento de su victorioso emperador. Este pregón causó tristeza á los esclavos, que por lo menos si se vieran en aquella tan oportuna ocasión, les fuera fácil, sin arriesgar cosa alguna, embestir al puerto y embarcarse todos aquellos que pudiesen en las embarcaciones que estaban surtas en él, sin que se lo impidiera persona alguna, que por la libertad se emprenden otras mayores dificultades; dígalo aquel tan valeroso capitán que en las Indias, por librarse de los voraces caribes, dió aquel tan celebrado salto (1); díganlo los cautivos

(1) El de Pedro de Alvarado en México, hazaña desmentida por Bernal Díaz del Castillo. Lo de *voraces caribes*, prueba lo poco que Diego Galán sabía de este hecho legendario, y de los indios de Nueva España.

que referí en el antecedente capítulo, que se alzaron con las galeras, pues por la libertad emprendieron una hazaña digna de eterna memoria; y finalmente, dígalo aquel casto mancebo que por librarse de caer en manos de la esclavitud del alma, Argel más penoso que aquel de quien tratamos, dejó la capa en manos de su lasciva ama, y salió más claro y puro que el sol. Con este pregón, pues, cada uno procuró poner en cobro sus cautivos, por ser mandato en que no podían perder cosa alguna, y mi amo dió orden para que todos quedasen encerrados y con bastante guarda; á mí me dió gran pesar esta determinación, porque como mi principal intento y principio de mi esclavitud fué el deseo de ver cada día cosas nuevas, y ésta lo era tanto, me entristecí en sumo grado, por tener tragado ser comprehendido en el número de los encarcelados; mas mi estrella, que siempre parecía me cebaba con lo que pretendía, inclinó á mi amo para que yo y otro genovés, que era el despensero, fuésemos á llevar sus dos hijos á que viesen la entrada. Con este mandato se quietó mi inclinación, si bien no mostré el contento, y llevando yo al hijo menor en los brazos, como otras muchas veces lo había hecho, y el genovés al mayor, salimos con los dos muchachos en compañía del mayordomo y otros renegados de guarda, y atravesamos todo el barrio de Combaxa, donde mi amo tenía su casa, y embarcándonos en una perma de cuatro remos que volaba cortando las saladas espumas, en un cuarto de hora llegamos á desembarcar junto á la casa real, por tomar la calle mayor, la cual atraviesa toda la ciudad hasta la puerta de Drinópoli, que tendrá una legua; toda estaba por una y otra parte, llena de mujeres asentadas, que á mi parecer habría dos millones, porque para haber de pasar

era necesario valerse de la fuerza y libertad de hijos del bajá; en fin, pasamos aunque con mucho trabajo y á poder de empellones, porque de otra suerte fuera imposible, y llegando á la puerta de Drinópoli, que dista media legua de adonde estaba la tienda real del Gran Turco, pensamos ser ahogados, porque como unos querían salir y otros entrar, era tanta la confusión que en mi vida he temido tan de veras la muerte, y diera cualquier cosa por haberme quedado en casa. Finalmente, quiso Dios saliésemos de la puerta, y dando vista al camino era mayor la muchedumbre, porque parecía, ó que cada hoja producía un millón de gente, ó que se había despoblado el mundo y convocado para aquel día, que pienso sería el postrero de mi vida si no me arrimara á un lado, de donde vi la entrada, y con el turquillo en los brazos todos me respetaban y hacían lugar, con que vi á mi gusto tanta diferencia de cosas, que quisiera tener en esta ocasión, para referirlas, la elegancia de Cicerón, la dulzura de Ovidio, la sutileza de Virgilio, y finalmente, la presteza y delgadeza de Lope de Vega, fénix de nuestra nación; empero con mi corto talento diré todo lo que pude apercebir y notar. Lo primero fué dos turcos, desnudos de la cintura arriba, con valones de gamuza; el uno de ellos llevaba cuatro alfanjes atravesados por los costados, que se tenían en la carne como si fuera en talabartes, y por las cuatro heridas corría tanta sangre que regaba el suelo; el otro llevaba cuatro puñales atravesados por los brazos, dos en cada uno, de cuyas heridas no corría menos sangre que de las otras; yo, que vi una barbaridad tan grande, maravillado pregunté á un turco que estaba junto á mí, qué quería ser aquel disfraz; á lo cual me respondió, sonriéndose: esto que has visto es poco en

comparación de otro que ha pasado, que si le vieras tuvieras más razón de admirarte, porque llevaba dos herraduras de caballo clavadas en la cabeza, y desta suerte llegan á la presencia del Turco, para darle á entender que son hombres de valor y que no temen las heridas, de lo cual agradecido les hace mercedes, con que se vuelven contentos, si bien muchos de ellos mueren, quedando eterna memoria á los venideros siglos y calidad á todos los descendientes de aquellos que por loa de su nación perdieron sus vidas miserablemente. Mas iba á preguntar si no me lo estorbaran los que salían al recibimiento, que comenzaban á pasar, que eran los capitanes de las galeras en compañía del teniente de general de la mar, y los cadíes y demás gente de república, todos vistosamente aderezados; tras éstos se seguía el teniente de Mutifi, que es como en España Nuncio de Su Santidad, en cuya compañía iban los letrados y sátrapas de su falsa secta; luego venían los belerbeyes que habían ido á la jornada, cada uno con su gente de guerra, con mucho aplauso y concierto en hileras, llevando en primer lugar una cola de caballo sobre una asta de lanza, que es el guión que usan, como otra vez he dicho, cuyo origen fué que un Gran Turco, en cierta batalla, habiendo perdido el guión real y banderas, viendo que los suyos huían cortó la cola á un caballo y puesta en la lanza sirvió de bandera, y animando á los suyos venció la batalla, mandando se pusiera por armas y saliera siempre delante de las huestes de sus sucesores. Tras los belerbeyes se seguían los genízaros, ques gente de infantería, con los artilleros á pie y demás géneros de gentes de guerra; luego venían los espahíes, toda gente de caballo con banderolas verdes en las lanzas, y otros con naranjadas, y

en medio de ellos la bandera del baján de aquella escuadra con clarines y tambores; tras todos los referidos se seguían los capitanes de la infantería acompañando al belerbey ó visir mayor, que es la segunda persona del Turco. En esta forma fueron marchando todos los belerbeyes y bajaes de las provincias y señoríos, que tardarían una hora, y detrás de todos venía el acompañamiento que había salido de la ciudad, el cual se componía de lo más lucido y principal de ella, todos á caballo con riquísimos vestidos, puestos en hileras, y en medio de cada dos iban seis turcos á pie, que llevaban infinidad de diferencias de invenciones, tal como globos hechos una ascua de oro, y dentro de ellos muchos pebetes y perfumes muy olorosos y suaves; otros iban en pie sobre las sillas de los caballos, que con banderolas pequeñas hacían galanterías y bizarrías ridículas; otros, puestos los pies arriba y la cabeza abajo, llevando las manos en los estribos, que me pareció cosa de matachines, y esto es lo que más estiman, paraciéndoles no haber en el mundo otras mayores fiestas, ni gala; luego se seguía á caballo el gran jarife, descendiente de Mahoma, con un turbante verde, y costoso ropaje, que llevaba la bandera propia que Mahoma traía, que es de chamelote verde con muchos letreros de oro y medias lunas y en medio de ella bordada una mano; esta bandera saca el Turco todas las veces que sale en público ó hace jornada de importancia, á quien veneran todos los turcos como á reliquia, llegando á tocar los remates de ella, y los que no pueden, besan la ropa del jarife ó las ancas del caballo como á cosa santificada; tras el jarife venían los visires y venían los eunucos con la flecha y arco; luego los viejos á los estribos, y los veinte y cuatro jóvenes en medio de los visires. En aques-

ta entrada traía el Turco á la mano derecha al renegado Zigala, por el buen consejo que le había dado en la rota de Hungría, porque así honran los Grandes Turcos á cualquiera que se señala en las batallas, causa porque siempre abunda aquella región de valientes soldados, con la esperanza de premio, cosa importante para que todos se animen y emprendan temeridades. Tras el Turco se seguían innumerables caballos de diestro, con costosos jaeces, y de los arzones pendientes aljabas guarnecidas de oro y piedras finísimas, con flechas de cabos de marfil, mazapico y alfanje todo guarnecido de pedrería, y encima de las sillas unas gualdrapillas de inmenso valor y vistosas labores. Desta suerte llegó á la puerta de Drinópoli, cuyos umbrales besó dando gracias á Mahoma que le había vuelto con vida. Por esta puerta entró en la ciudad, y yo, no contando con lo visto, me entré tras de él huyendo de la gente que venía dando voces, hombres, niños y mujeres, diciendo en su lengua: *vivas mil años, poderoso emperador y valeroso caudillo, para amparo de tu reino y terror de los extraños.* Marcharon, como digo, desde la dicha puerta por la calle adelante, y cerca del fin de ella, á mano derecha, se abrieron las puertas de otra calle que estaban labradas de verduras y lazadas de plata, y al instante sonaron infinidad de instrumentos que más causaban horror al ánimo, que deleite á los oídos; esta calle fenecía á la puerta de palacio, y toda ella estaba rodeada de árboles cuyas ramas se abrazaban unas con otras, tocados los pimpollos con delgadas tocas y medias lunas; tenía todo el suelo poblado de juncos y espadañas, y á trechos artificiosas fuentes de agua dulce que corriendo apaciblemente jugaban con la espadaña de que estaba matizado el suelo; eran notables las dife-

rencias de invenciones que había, así de zambras como de figuras ridículas de pieles de animales. Esta calle se remataba en un castillo con tres baluartes, fingido á lo brutesco con primor y destreza, y en el postrer baluarte estaban cuatro niños, cada uno con una nube en la mano, de la cual, al tiempo que el Turco entraba por la puerta, salieron muchos pajaritos que oprimidos del arte bajaban á dar la obediencia á su emperador, que recibió sumo contento, favoreciendo con la vista á cuantos alcanzaba á ver, y mandando dar libertad á los presos pajarillos que chillando de rama en rama iban dando alabanzas á su libertador. Por este castillo, como digo, entró él y todo el acompañamiento, dando lugar á que la gente se fuera á descansar, lo cual hicimos el mayordomo y nosotros, no hartos de encarecer la grandeza del recibimiento, si bien con deseo de ver las fiestas venideras.

CAPÍTULO XXXIV

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PRECEDENTE

Apenas había la tenebrosa noche dejado en tinieblas el universo, esparciendo su obscuro manto por el horizonte, huyendo del contrapuesto polo la venida del sol, cuando se vieron por toda la ciudad tanta multitud de luces ó luminarias que pareció, ó que Febo había dejado de proseguir su curso, ó que fué tan veloz su camino que no se echó menos su falta en la ocasión presente. Con esta claridad y luz voló la noche, que siempre los placeres humanos corren por la posta, y matizando el lucido Apolo con sus rayos los chapiteles y torres tornó á iluminar aquella comarca con la agradable venida de sus luces. Apenas, pues, amaneció del todo, cuando se publicaron las fiestas que la ciudad hacía por la victoria y triunfo de su príncipe, que se prolongaron por ocho días continuos, mandando, pena de la vida, que ninguno, ora fuese esclavo, ora libre, fuese osado trabajar en todos ellos, además de las alegrías que obligaban hacer á todos según y como quisiesen, lo cual se obedeció y en un instante se vió la ciudad adornada de tapetes de la China y granas del gran Cairo, y en cada barrio una invención de pólvora, figurando en ellas serpientes, castillos, caballos y otros géneros de animales muy al vivo, todos cuajados

de cohetes, bombas y volanderos, prosiguiendo todas las noches con las luminarias. Este primer día, pues, todos los navíos que estaban dentro del muelle y puerto dispararon con concierto y orden la artillería y arcabucería, por espacio de una hora, retumbando los ecos por los hondos cóncavos de las saladas aguas; luego por toda la ciudad en cuantas tiendas públicas había de todos géneros de mercadurías estaban borracheando los turcos y comiendo hasta caer. Todo lo que refiero vi con la ocasión que el precedente día, llevando en brazos al hijo menor de mi amo. Salimos, pues, el primer día de las alegrías, del barrio de Combaxa, y subimos á la ciudad, donde estaba el comercio de los mercaderes ricos y principales que asisten en las alcaicerías, y vimos las tiendas abiertas y adornadas de piezas de damasco, brocateles, terciopelos, brocados finísimos y otras muchas telas descogidas por las paredes, que parecían excelentemente las calles con tal adorno. Toda la gente que estaba en las tiendas tenía diversidad de instrumentos, con los cuales unos cantaban, otros tocaban y otros bailaban, teniendo siempre la comida apercibida, y públicamente comían y bebían hasta ver las estrellas á medio día, y si alguno de los que andaban por las calles viendo las fiestas quería entrar á ayudarlos, se sentaba con grande llaneza y comía de todo lo que quería, y daba gusto aunque los huéspedes no fuesen conocidos, porque en tales días todo era franco y común. Desta propia suerte lo hacían los griegos y demás gente cristiana de todas naciones, imitando á los turcos en cuanto podían, de que me espanté; pero después acá he considerado que lo debían de hacer por temor y sujeción, fingidamente, por complacellos y tener gratos (que el mejor camino para privar con los poderosos es

imitar sus acciones y alabar sus obras y palabras, aunque sean necedades); desta suerte se continuó con las fiestas por todos los ocho días, y uno de ellos vi una cosa que temo ha de padecer agravio de increíble para con el pueblo, y fué que iba un turco por las calles con un jilguero sobre un tao enforrado en terciopelo verde con mucha curiosidad, y en desatando al pajarillo, las turcas que estaban á las ventanas le llamaban y hacían señas, á cuyo reclamo el jilguero se levantaba del tao y volaba á la ventana, donde le daban una moneda como medio real de plata, y para reír un poco la que le daba la moneda huía la mano, y el pajarillo porfiaba á querer quitarla, hasta que la cogía en el pico, y volviendo á su dueño se la daba y él se ponía sobre el tao, y en volviendo á llamarle de otra ventana hacía lo propio; cosa increíble y de espanto ver que en un simple pajarillo entrase codicia de dinero, cosa que no causará admiración en estos siglos de lágrimas y trabajos. A este modo vi otras muchas diversidades de juegos, que por no ser prolijo paso en silencio; sólo pondré algunos, y el que principalmente noté fué un juego de monos y otros animales mayores, aunque de la propia especie, que comunmente se llaman zambos, que son peores que monos; éstos tienen la cabeza y hocico á modo de perro bravo, y de la cintura arriba cuajado el cuerpo de pelo muy espeso y largo, y de la cintura abajo pelado como perro chino; la cola muy larga y abultada, que son peores que demonios, y muy feroces y lujuriosos, en tanto extremo, que si cogen una mujer sola corre peligro su castidad, y si se defiende, su vida; y después de haber hecho muchas fiestas á su amo para haber de recoger el superávit de los mirones, le da el amo un panderillo ó sonaja para que

ande alrededor del corro pidiendo el argén, y allega mucha moneda, de la cual sisa la que puede, y metiéndosela en la boca, en acabando de dar la vuelta le da al amo lo que ha allegado, que entonces le pregunta si le ha sisado algo; á lo que el zambo con mucho donaire abre la boca y hace señas con las manos, dando á entender no serle á cargo un maravedí; y en acabando la fiesta, ya cuando su amo se quiere recoger, le hurta el cuerpo y apartándose de los demás animales se llega á las turroneras y saca la moneda de la boca, con que la vendedora le pesa el turrón que vale y él paga como si fuera persona, y tal vez si le parece que le da poco, arrebata un pedazo, el mayor que hay, y echa á correr en dos pies, que no le alcanzara un caballo, ni se lo quitaran veinte hombres aunque fuesen con espadas desnudas. Con estas cosas y otras que vía daba por bien empleados les trabajos que pasaba, por dar una hartazga á mi inclinación y un buen día á mis deseos. Después de haber visto los juegos referidos nos guió el mayordomo á palacio, y con la amistad que tenía con el camarero, que era renegado florentín, entramos en un patio cuadrado, con corredorcillos de jaspe que sustentaban columnas de lo propio; en medio deste patio estaba un pequeño aunque ameno jardín, de naranjos, adornado de muchas flores y hierbas nunca vistas en España ni conocidas de nosotros. En el centro de este apacible y agradable pensil de la naturaleza se vía una riquísima tienda sobre doce baraustes de bronce, en mitad del cual estaba una espléndida mesa en el suelo, sobre tapetes de la China, en que dijeron había comido el Gran Turco aquellos días y comería hasta el fin de las fiestas. En aqueste banquete suntuoso se junta lo más lucido del palacio y

casa real, donde se emborrachan, que aunque en España dicen que los mahometanos no beben vino por precepto de Mahoma, le quebrantan muy á menudo, porque les sabe bien el vino puro, que aguado dicen cría malos humores y humedades. Deste torrero nos guió por otros muchos patios sin adorno alguno, más que blanqueados, porque allá no se usan pinturas, y después de haber gastado en esto una larga hora salimos á la plaza de palacio, donde había muchos volatines, juegos y bailes, lo cual pasaba por todas las plazuelas de la ciudad, si bien no llegan á un día de toros y cañas de España. Todos estos ocho días holgamos los cautivos corporalmente, porque teníamos los espíritus y sentidos ocupados en el pesar de que las fiestas fuesen por victorias y triunfos alcanzados contra cristianos, y que aquellos bárbaros estuviesen tan poderosos y pujantes, que aunque es verdad que cualquier victoria les cuesta mucha gente, siempre tienen abundancia de soldados; pero todo lo merecemos por nuestros pecados, culpas y maldades que cada día cometemos contra un Dios tan benigno y piadoso, y por no acudir á Él en nuestras aflicciones, porque si en las adversidades clamáramos á Dios de todo corazón con eficaz propósito de enmienda, nunca los enemigos triunfaran de nosotros, ni la católica religión padeciera tan grandes calamidades. Dios por su infinita bondad, como padre de misericordias, sea servido mirar por este rincón de España, librándonos de lo que no sabemos ni podemos con nuestras fuerzas.

CAPITULO XXXV

JORNADA DEL RENEGADO ZIGALA CONTRA ITALIA

A veinte y siete de Mayo del año mil y quinientos y noventa y ocho estaban prevenidas ciento y veinte galeras para hacer jornada contra Italia, cuyo general era el renegado Zigala, en cuya compañía venían los más prácticos soldados y expertos capitanes que tenía el Turco, el cual mandó que para la siguiente aurora, poco después que hubiese comenzado á respirar el día, tornando á revivir de nuevo, gracias al luminoso Delio, á cuyo abrigo todo lo criado recibe nuevo ser, estuviesen avisados todos los oficiales de la armada, y apercibido lo necesario para la partida, porque no quería perder tiempo. Todo estuvo á punto para la hora señalada, que partió el armada con la acostumbrada salva de artillería estándolo mirando el Gran Turco, como siempre acostumbra, desde un balcón de su real palacio, y desplegando velas salimos del puerto de Costantinopla á veinte y ocho del referido mes, y después de haber corrido y visitado todas las islas del Archipiélago, que es el principal motivo de la jornada, se vino acercando el armada á las costas de Italia para talar y consumir todo lo que pudiese, llegando á tomar tierra en las costas de Calabria un día cuando el sol fatigaba con más fuerza las plantas y sem-

brados, lo cual causó tanto miedo á los calabreses, viendo la multitud de velas que oprimían el mar, que pareciéndoles que todo el poder del Turco venía sobre ellos, por no caer en las sangrientas manos de los bárbaros, viéndose sin defensa ni peltrechos para resistir la furia otomana, desampararon muchos lugares de la costa, que los turcos saquearon, aunque no cautivaron persona alguna gracias á la diligencia de los calabreses. El saco de los lugares fué de poca consideración, por ser pobres y cuitados, el cual acabado, que duró poco tiempo, se vino el general á la fosa de San Joan, junto á una ciudad pequeña que se llama Ríjoles, que tiene su asiento frontero de Mesina, y apenas había la armada entrado en la fosa cuando llegó un bandolero calabrés á la lengua del agua, y pidiendo licencia de hablar al capitán general le echaron la plancha y entró dando aviso á Zigala cómo habían desamparado á Ríjoles todos sus moradores, y que bien podría entrar á su salvo á destruilla (que nunca falta un Judas que venda á su patria). Esta nueva no alteró al capitán, como experto soldado, antes mandó á un capitán que con su compañía saltase en tierra y reconociese la ciudad; el capitán obedeció y en un cuarto de hora volvió contento, diciendo que toda la tierra estaba segura. Con esta información, tomó tierra Zigala y toda la gente que bastaba para la facción, y saqueando la ciudad echaron fuego á las iglesias y conventos, sin reservar de toda ella una sola piedra, hasta los jardines y frutales que había por extremo de suaves y olorosas frutas, sin dejar en toda la ciudad piedra sobre piedra, que fué gran destrozo por ser ciudad en el reino de Nápoles que con tanto brío defiende sus tierras. En el puerto de Ríjoles estuvo el armada ocho días á vista de la ciudad de

Mesina (1), puerto de Sicilia, la cual estuvo puesta en armas todo el tiempo que estuvo surta la armada, porque con el silencio de la noche oíamos los pífanos y cajas, de que se reían mucho los turcos, y todas las noches ponían luminarias en las embarcaciones, disparando la alcabucería y dando palmadas y voces haciendo burla y befa de los cristianos, quizá por ver no tenían armada. Al cabo, pues, de ocho días, partió del puerto dejando quietos y sosegados á los sicilianos, que estaban inquietos por no saber en qué había de parar tanta flema, y navegando por la costa junto al cabo de Larma encontró un galeón y dos naos del capitán Jorge de Silsa, arraguezo de nación y residente en Nápoles, que venían cargados de trigo de la provincia de la Pulla, y el galeón en que venía el capitán y dueño de todos tres traía las armas de España en la proa y popa, según después vimos. Apenas el General vió y descubrió los galeones, cuando mandó que todas las galeras se les fuesen acercando con orden y concierto que se ejecutó al instante, y estando á tiro de cañón reconocieron las banderas con la insignia de San Blas, patrón de Arraguza (2), llamado por otro nombre Esclavonia, que es Señoría como la de Génova y Venecia, con que le pareció á Zigala ser gente de paz por tener esta Señoría hechas treguas con el Turco por muchos días, y mandó disparar una pieza sin bala en señal de paz y amistad, á la cual respondió el navío general, confiado en un poco de aire que corría, con otra con bala en señal de guerra y enemistad, porque como tenía las armas de España al punto que los turcos los vie-

(1) El original dice, esta y otras veces, *Micina*.
(2) Ragusa.

ran los habían de cautivar por navíos de contrabando, que si no pareciera ser residente en Nápoles no corrieran riesgo, por ser de nación esclavónica; y así les pareció mejor, supuesto que en todo tiempo peligraban, morir matando, y no venderse tan á poca costa, sino que les costara sudor la victoria. Con esto se trabó batalla y los tres galeones se defendían valerosamente haciendo mucho daño á las galeras, pero la fortuna, cansada de ayudarles calmó el viento, y en el instante que les faltó la defensa se rindieron amainando las velas, con que tuvo lugar la capitana en que iba Zigala de aferrar con él, y saltando él propio en el navío mandó pasar toda la gente á las galeras, y que de ellas sacasen los soldados necesarios para conducirlos á Costantinopla, de la suerte que estaban, con toda la cargazón de trigo. Grandes fueron los llantos de las mujeres y pasajeros que cautivaron, pero no remediaban cosa alguna con afligirse, antes daban lugar á que el corazón se apretara más con la falta de sangre que corría por los manantiales de sus ojos. En esta presa compró mi amo un mozo para ocuparle en el servicio de paje, á quien di buenos consejos para que no apostatase de nuestra religión, y su padre, después de algunos días, le rescató por trescientos escudos, por orden del embajador de Arraguza que asistía en Costantinopla, y después de algunos meses le encontré en la isla de Sicilia (1) en cierta ocasión, como diré adelante. La armada no quiso pasar adelante, y así se volvió costeando toda la Calabria, hasta el cabo de las Colunas, junto á Cotrón, y estando en el puerto una noche se arrojó al mar un renegado napolitano con cantidad de cequíes re-

(1) En el original, *Zicilia*.

vueltos á la cintura, con intento de tomar tierra y volverse á la fe católica, pero no tuvo efecto su celo, porque antes de llegar á la orilla fué descubierto y su amo mandó que con un batel le siguiesen, y en menos de un cuarto de hora le cogieron y tornaron á la galera de su amo, que era un renegado de Melazo (1), lugar de Sicilia, y al punto que le tuvo en su presencia le dijo: *ven acá, desdichado; ¿por qué te huías para acabar miserablemente?;* y así fué, porque apenas hubo esmaltado el sol aquellos mares, cuando se puso con su galera en medio de la armada, para comenzar el castigo, y amainando la entena ataron al infeliz renegado de un pie, y después de bien amarrado la tornaron á izar, quedando colgado la cabeza abajo, donde le asaetaron vivo todos los turcos sin haber necesidad de verdugo que lo hiciese. Desde allí fuimos á Taranto, lugar en la Pulla, y estando á la vista los moradores le desampararon, si bien Zigala pasó adelante la vuelta de Galipul (2), lugar también en la Pulla, porque el reino de Nápoles llega hasta la Marca de Ancona. Allí mandó Zigala echar la gente en tierra que talase las viñas, pero no ganó nada en ello, porque salieron doscientos jinetes que los hicieron embarcar con pérdida de más de trescientos turcos. Con este mal suceso á toda prisa se retiró al cabo de Santa María, y de allí atravesó el golfo de la boca de Venecia y tomando el golfo de Albania llegó á Corfú, que es de la dicha Señoría, donde los venecianos regalaron á los turcos, enviándoles mil manjares á las galeras, que el General por guardarles cortesía no quiso tomar tierra. En este lugar estuvo la

(1) Milazzo.
(2) Gallípoli.

armada dos días pegada á la costa de Albania, de donde partimos á la Previsa (1), Santa Maura, Lepanto, Pedracho (2) é islas Cuchilaras, donde fué la insigne victoria del señor don Joan de Austria; desde estas islas surgimos al puerto de Navarín, donde mandó el General despalmar todas las galeras, y al tiempo de echar ropa fuera yo estaba tan rendido del remo que no era señor de mí; mas mi amo, sin reparar en más que su gusto, me llamó para desclavar unos tapetes, y porque no me levanté tan presto como él quisiera embistió conmigo con cólera infernal, y mandándome tender en la crujía, asido de pies y manos entre cuatro cautivos, con la vara del renuevo de un granado me pegó con toda su fuerza, bufando como un toro, treinta y siete azotes, que los contó otro cautivo amigo, que yo no estaba en estado de hacerlo, porque el dolor era tan excesivo que me faltaba la respiración, y no sé á qué compararlos si no es al infierno y muerte; y no se cansara tan presto si no fuera por un buen viejo, turco de nación, que había sido cautivo en tierra de cristianos, el cual doliéndose de mí le detuvo y besó la mano rogándole no me diese más; con esto me dejó, quedando tan cansado del castigo que no podía hablar; yo estaba medio difunto arrimado á crujía, y con el susto se descubrió un bolsillo en que tenía un crucifijo de azofar; así como le vió el perro, pensando que era moneda llega á mí diciendo: ¿qué era lo que escondía?; y desatándole halló el Cristo y un rosario, que escupiéndole y blasfemándole arrojó al mar, y después hice otro de bramante dándole nudos, que suplió la falta, aunque siem-

(1) Prevesa.
(2) Patrás.

pre tenía en la memoria el Santo Cristo, por ser prenda y imagen muy devota y haberle sacado de mi patria. Después, en otra ocasión, estando teniendo á un cautivo en Costantinopla, porque de lástima le dije le perdonara, se volvió á mí y dió una bofetada que me derribó á sus pies privado de sentido, de modo que los ojos me hacían vislumbres. De allí á poco tiempo permitió la majestad divina del criador de cielo y tierra que peleando en alta mar con cuatro navíos de cosarios malteses, junto á la isla del Xamo, le llevaron el brazo derecho de un balazo, que se puede creer fué castigo de Dios por los muchos azotes y crueldades que había hecho con los cautivos cristianos, porque los renegados son mucho peores que los turcos de nación. Desde el día, pues, que usó conmigo tanto rigor, se me infundió un ánimo y gana de huirme que emprendiera cualquier peligro en su consecución, lo cual se me cumplió dentro de pocos días, como diré adelante. De Navarín, después de haber despalmado, fuimos á Modón, Corón y cabo de Maina, corriendo los demás puertos é islas del Archipiélago, adonde se fué entreteniendo el armada hasta que llegó el de recogerse á invernar á Costantinopla, donde llegamos los cautivos tan destrozados del continuo remar contra los vientos grezales y corrientes contrarias, que nos pareció víamos los muros de nuestra patria; tal era el deseo de dejar el remo y salir del continuo trabajo é infortunios del mar.

CAPITULO XXXVI

TRATA EL AUTOR DE HUIRSE Y NO TIENE EFECTO LA FUGA

Este mesmo año de mil y quinientos y noventa y ocho, estando invernando en Costantinopla, luchando con mil pensamientos y dificultades que se me ofrecían á cada arbitrio que consideraba para poner en ejecución mi fuga, porque por una parte el mal tratamiento me daba osadía para huír, y por otra el largo camino amedrentaba mis designios; en medio destas confusiones trabaron amistad conmigo dos renegados que de secreto trataban volverse á la fe de Cristo; el uno era de Valladolid, y el otro corso de nación, de la tierra de mi amo; ambos espahíes, personas estimadas, y el corso, los más días, como paisano comía con mi dueño. Estos, como digo, se declararon conmigo, diciendo se querían venir á tierra de cristianos y dar modo y traza para embarcarse y traerme á mí y á otros cautivos consigo para defensa de la embarcación. Yo á los principios me recelé de su conversación, temiendo algún engaño, con que poco á poco fuí descubriendo tierra, hasta enterarme no ser fingimiento. La traza que se dió para el buen fin de nuestro viaje fué, que el primer día que fuésemos por leña, embarcándonos como otras veces en una barca grande que estaba á la parte del Asia, pasado el canal, donde siempre man-

daba mi amo fuésemos, el renegado corso, como ya estaba acreditado con él, le dijese que por servirle había de ir por guardián de los cautivos, y que para más cuidado llevaría también otro amigo suyo, que era el renegado de Valladolid; estando todos de acuerdo en que como al descuido me dijese el corso, delante de mi amo, al tiempo que estuviese concertada la ida por leña: *Diego, ¿quieres ir por remero de la barca?;* á lo que había de responder: *yo no tengo en eso que ver, más de hacer lo que me mandare mi señor, á cuya voluntad y gusto me remito;* y él entonces pediría á mi amo que por ser gusto suyo me dejase ir por remero de la barca, diciéndole que por ser hombre diligente y de cuidado le parecía conveniente lo que pedía, y en teniendo licencia haría que nos embarcásemos juntamente con otros cuatro cautivos españoles y tres italianos, que todos veníamos á ser ocho para los ocho remos que tenía la barca; esto así concertado añadió que en cuanto á la comida, con la que se había de llevar al monte añadirían mucha más, que estaría prevenida para el día señalado, con que teníamos bastante para desembocar el canal, lo cual se había de hacer mucho después qu' el dorado Febo hubiese bañado su rubia crencha entre las ondas de nieve y cristal, dando licencia á la noche que entre obscuros velos infundiese á los mortales y vivientes horror, sueño y espanto. Para que sin ser sentidos de los dos castillos ya dichos pasásemos el estrecho del canal, lo cual consiguiendo no había que temer fracaso alguno, ni segundo cautiverio, porque aunque es verdad que tienen las centinelas de los castillos luces, como dije en los capítulos antecedentes, y en encubriéndoseles la luz disparan el artillería para echar á fondo cualquier barca ó galera que

pase, para prevenir este daño nos era fácil cargar la barca de piedras, porque los bordes llegasen á cara de agua; con que era imposible ser sentidos de las centinelas, porque no habíamos de remar, sino dejarnos llevar de la corriente, que es en favor de los que salen, y en pasando el peligro descargar la barca guiando nuestro viaje á la primer tierra de cristianos. Desta suerte urdimos la tela contentos del buen arbitrio, pues primero que nos echaran menos les llevaríamos tres jornadas de ventaja, con que era imposible caer en las manos de los enemigos. Ya, pues, nos parecía estar libres, y que sólo faltaba que llegase el día que habíamos de respirar saliendo de tan intolerables trabajos. Pero no fué como imaginamos, porque no era llegado el tiempo en que habían de tener fin nuestras infelicidades, de que di después gracias á Jesucristo y á su sacrosanta Madre por las mercedes que cada día me hacía librándome de innumerables peligros y del presente naufragio, como diré en su lugar. En fin, se desbarató nuestro concierto, y fué el caso que estando un día el renegado corso y yo recostados sobre las barandas del corredor de mi casa, tratando en secreto de nuestra huída y en lo mejor de nuestra conversación, sentimos en el patio ruido, y recelándonos de algún daño miramos lo que era y vimos unos cautivos, y entre ellos á un pobre mozo español, natural de San Martín de Valdeiglesias, á quien yo quería bien, por ser de la patria y tener condición muy afable, fuera de ser buen cristiano, que estaban riñendo no sé sobre qué achaque, y el guardián mayor le dió media docena de palos que le descoyuntó, que siempre quiebra la soga por lo más delgado; en fin, él cayó en el suelo medio muerto, atontado de los golpes, cosa que sentí tanto como si fuera yo el que los había

recibido; el corso, conociendo mi demudación, me preguntó: *Diego, ¿qué tienes, que parece que te aflige algún pesar?;* yo le respondí: *lo cierto es que me le ha dado ver la sinrazón del guardián, que si tuviera poder para ello bajara al patio y le diera al perro cien puñaladas.* Apenas hube pronunciado lo dicho, cuando por agradarme, sin hablar palabra, bajó por la escalera como un demonio de colérico; yo no le quise apaciguar, por no hacerme reo en lo que sucediera, que me estuvo bien, porque en viéndose en el patio se llegó al guardián y sacando un puñal le dió por una ijada una herida de un palmo que se le veía la asadura, y paso entre paso, como quien no había hecho nada, salió de casa dejando tendido al perro dando gritos, á que acudió gente y tomándole la sangre le dieron once puntos en la herida, con que en pocos días convaleció, sin saberse en algún tiempo que la herida se había dado por mi culpa, porque el perro no conoció al agresor de ella. Esta, pues, fué la causa de deshacerse nuestros designios, porque el renegado no tornó más á casa temeroso de lo hecho, por lo cual no tuvimos lugar ni orden de proseguir lo concertado, y fué permisión de Dios, y no la primer misericordia que ha usado su bondad infinita conmigo, á quien no sé cómo agradecer tantas mercedes y favores, porque aunque gastara todo lo restante de mi vida en perpetuas penitencias, era corta recompensa para tan grandes larguezas recibidas de su bendita mano, lo cual permitió por evitar algún mal suceso que nos estaba prevenido y guardado, como sucedió de allí á pocos días á otros dos renegados y seis cautivos napolitanos que viniendo huyendo en una barca los cogieron en un lugar que llaman Selebria (1)

(1) Silivri, la antigua Selymbria.

poco más abajo de Costantinopla, de donde los tornaron á la ciudad, y sin más averiguación, por la culpa de fugitivos á los dos renegados, junto á San Francisco, en el barrio de la Gálata, adonde está el comercio de los cristianos, para escarmiento de todos les troncharon las canillas de muslos y piernas con mazos de hierro, con que acabaron con mil ansias de su salvación, pidiendo á Dios misericordia de sus culpas y poniendo por su intercesora á la paloma llena de gracia, María, Señora nuestra, esperando consolados de ver que padecían aquellos martirios por la fe de Cristo, á la cual se querían volver de todo corazón con propósito de enmienda y perseverancia en la fe; á los cautivos les cortaron las narices y orejas después de haberles abierto á azotes tan crueles que en más de un mes no quedaron para hombres. Este castigo atemorizó á toda la ciudad, especialmente á los cautivos; no se me quitó á mí el deseo de huirme, sin escarmentar en cabeza ajena, que cualquier trabajo me parecía corto en precio de la libertad y fuga, lo cual comencé de allí á pocos días, y fué Dios servido de ayudarme, poniendo de su parte su bendita mano, á quien perpetuamente daré gracias por las mercedes recibidas.

CAPITULO XXXVII

JORNADA DEL RENEGADO ZIGALA Á ITALIA PARA VER Á SU MADRE

En el año de mil y quinientos y noventa y nueve, demediado el mes de Mayo partió Zigala de Costantinopla con cincuenta galeras reforzadas de gruesa artillería y expertos soldados, y adornadas de banderas, flámulas y gallardetes, ostentando gala y bizarría. Entre estas galeras iba una de mi amo, que siempre se ocupaba en el servicio del Gran Turco con su persona y cautivos en que tenía fundada su granjería todos los años, porque, como ya he dicho, el Turco paga salario á los cautivos que reman en sus galeras y en las que acompañan á la armada, dando lienzo crudo para vestirlos, y más cantidad de cequíes conforme el número de los esclavos, con que ahorran cada un año los señores de cautivos muchos ducados. En esta galera de mi amo salí yo, como siempre remando, determinado de poner en ejecución mi huída en la primera ocasión que se ofreciese (dándomela oportuna cada vez que salía de la armada á tierra á lavar la ropa), con intención de no retroceder en mis designios por dificultades que viniesen, para cuyo efecto me previne de un bonete colorado á lo turco, y una navaja para lo que diré en su lugar; en fin, partimos y sin detenernos en la visita ordinaria de las islas del Archipiélago dimos

vista en poco tiempo á la fosa de San Joan, en el faro de Mesina, adonde habíamos estado con el armada el año antecedente cuando quemaron los turcos á Ríjoles. Desde allí envió Zigala dos galeras á Mesina con banderas de paz, con embajada para el duque de Maqueda, que era á la sazón virrey de Sicilia, pidiéndole que le diese licencia para que su madre fuese en persona á la armada para hablarla en presencia de todos los que la acompañasen, quedándose en rehenes las dos galeras en el faro de Mesina hasta que su madre diese la vuelta, además que daba palabra con grandes juramentos, de no hacer daño en todas las costas de aquel reino. Esta licencia, á mi parecer y al de muchos soldados, estaría ya alcanzada por don Carlos Zigala, caballero de la orden militar del apóstol Santiago, y hermano legítimo del renegado Zigala, que había estado el año antes en Costantinopla con salvoconducto de la majestad de rey Filipo segundo, al cual vi yo con su hábito pasear con ostentación de pajes y lacayos, siendo muy notado en Costantinopla por ser cosa nueva para los ciudadanos de aquella ciudad. Este caballero, pues, trató con su hermano el viaje á ver á su madre, y después de un mes partió de la corte del Turco para el reino de Sicilia, adonde estaba en la ya dicha ciudad de Mesina, al tiempo que su hermano llegó, y por esta razón colijo, no sin fundamento, que ya tenía alcanzada licencia del virrey que asiste en Palermo, según la brevedad con que se le concedió, porque el propio día que las galeras partieron á impetrar el gusto del virrey, ese mesmo pasó su madre de la ciudad de Mesina á la Fosa de San Joan donde estaba su hijo, en una galera vistosa y bien adornada, aunque pequeña, acompañada de su hijo don Carlos y de otros muchos

caballeros y barones de Mesina, y en el punto que llegó á la armada, que la recibió con salva de artillería, después de música de clarines y dulzainas, su hijo la salió á recibir con mucha alegría de ambos, y abrazándola la habló y saludó en presencia de todos, por evitar escándalos y sospechas de una y otra parte, y después de larga conversación la madre le presentó muchos regalos que él recibió con sumo agradecimiento, en cuya recompensa repartió entre ella y los caballeros que la acompañaban infinitas joyas, no sabiendo qué gusto les hacer, que aunque renegado era muy bien intencionado y estaba muy en las leyes de la urbana cortesía. Con esto se despidieron con inmensas lágrimas de la madre, por ver el poco remedio que tenía su hijo para su salvación, y en desembarcando en Mesina se volvieron á la armada las dos galeras que estaban en resguardo, y después de haber gastado en aquella fosa ocho días en regocijos y fiestas, partimos del Faro para Turquía, en cuyo viaje me contaron unos cautivos sicilianos el origen, vida y fin del padre y madre de los Zigalas, que por parecerme conveniente lo referiré en el interin que navegamos por los piélagos inmensos del mar. Digo, pues, que la madre de Zigala era turca de nación, aunque al presente era buena cristiana, y el modo de volverse á la fe católica fué porque don Carlos Zigala, señor que fué de la isla de Lipar, de quien hoy es dueño el cuarto Filipo, señor y rey nuestro, era genovés y residente en Mesina, donde tenía casa de asiento con un ameno y deleitoso jardín que llaman hoy día el Paraíso, por lo apacible de sus cuadros y olorosas yerbas, que le alcanzábamos á ver desde la armada del Turco. Este don Carlos, en fin, era gran cosario y tenía dos galeras suyas con que andaba en corso y

robaba en Levante cuanto encontraba, cogiendo cada día muchas barcas y galeras, cautivando toda la gente de ellas. Un día, pues, entre otros, cautivó un caramuzal de turcos, en el cual iba una doncella muy hermosa que la llevaba su madre al gran Cairo; en el instante que la vió Carlos se enamoró de ella, y trayéndola á Mesina la persuadió á que dejase la mala secta de Mahoma, é industriándola en la fe se volvió cristiana y casó con su amo don Carlos Zigala, con grande gusto de ambos y regocijo de la ciudad. Deste matrimonio tuvo cuatro hijos, que fueron Scipión, Carlos, Joan y Alberto; el mayor de todos fué Scipión, que era el renegado; los otros tres siguientes, el don Carlos, como he dicho era caballero del hábito de Santiago; el don Joan murió pequeño, y el menor de todos era religioso de la Compañía de Jesús; desta suerte vivieron casados mucho tiempo haciendo cada día gran daño en Turquía, pero como quiera que la fortuna, como mujer es voltaria, se cansó de estar siempre de la parte de don Carlos Zigala, porque saliendo un día en corso, como tenía de costumbre, le cautivó Barba Roja juntamente con Scipión, su hijo mayor, mancebo de valor y fuerzas, y llevándolos á Costantinopla se los presentó al Gran Turco, que los recibió con mucho gusto, agradeciéndole el servicio por ser el don Carlos uno de los mayores cosarios que se conocían en aquellos tiempos, y de quien habían recibido los turcos grandes daños, causa porque le aprisionaron en el baño y cárcel de los demás cautivos, y al hijo por ser hombre de valor, como le informó Barba Roja, le mandó el Gran Turco aposentar en palacio, donde cada día le persuadían á que apostatando de nuestra sagrada religión renegase de Dios y de todos sus santos; pero él, que no había olvidado la

fe católica, resistió los combates con gran valor hasta que viendo no podían reducirle, le hicieron un envite de falso, prometiéndole que si renegaba darían libertad á su padre. Esta promesa fué bastante para que dejase la fe, no mirando los inconvenientes que se seguirían, porque aunque por dar libertad á un padre se deben buscar cuantos medios fuesen posibles para su consecución, no empero uno tan apartado de la salud del alma y tan obsceno á los ojos de Dios; en fin, renegó, y quedó burlado, porque no tan solamente negaron la libertad á su padre, sino que le dieron acerba muerte con veneno, y á él pusieron por nombre Sinán, aunque generalmente le llamaban Zigala Uchali, que quiere decir hijo de Zigala, y todos sus descendientes van tomando aquel apellido. En conclusión, él se quedó renegado, y á su padre, por su respeto, enterraron en el convento de San Francisco, en el barrio de Gálata, con tanta autoridad como si fuera en tierra de cristianos, con cruz descubierta y demás solenidad, cosa que allá no se permite, y lo hicieron por complacer al hijo, con que le pagaron dejándole encenagado en aquel pernicioso lodo; justo castigo de su poca fee, porque si perseverara en ella, Dios con su poderosa mano le sacara al puerto de sus trabajos, como ha hecho con infinitos cristianos; pero no hay que espantarnos, porque al fin se volvió á su natural á que le inclinaba su estrella. Al cabo, pues, de algunos días, para más seguridad de su persona le casó el Turco con una hija suya, favor que él estimó como debía, y después de haber pasado los primeros días de desposado, y gozado de las finezas de su esposa, le envió á las guerras de Persia, donde cobró fama de valeroso soldado, y el Turco, conociendo su esfuerzo le honró con el cargo de General

de la mar, título que al presente gozaba, ejerciendo tan bien su oficio que se lo perdonara toda la cristiandad, especialmente Hungría é Italia, á quienes había hecho tantos daños quemando los lugares, como vimos en Rijoles. Esto me contaron, como digo, los cautivos cristianos, y después lo confirmó un turco anciano, sin discrepar una coma de lo referido. En fin, sin suceder cosa de importancia proseguimos nuestro viaje, y en llegando al puerto de Negroponte mandó Zigala despalmar las galeras. En este puerto puse en ejecución mi fuga, que todo fué un milagro, como se verá en el siguiente libro, ayudándome Dios y su bendita Madre, por los tesoros de su inagotable bondad, mitigando el azote de su justicia y librándome de infinitos peligros hasta que llegué á España.

LIBRO SEGUNDO

Del cautiverio y trabajos de Diego Galán.

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA RELACIÓN DE SU FUGA Y OTROS SUCESOS

Ya que en el antecedente libro he dado noticias de mi cautiverio y trabajos, con certeza y fidelidad, parece que conviene en el presente referir los que me sucedieron en un año y quince días que tardé en el viaje desde Negroponte hasta Consuegra, patria mía, por venir atravesando la mayor parte de Grecia con mejor estrella que la pasada, si bien no se me olvidaron del todo las calamidades deste sujeto de desdichas, según se verá por esta relación. Y para que á quien lo leyere no se le haga dificultad oír haber conventos de frailes religiosos entre aquellos bárbaros mahometanos, quiero, primero que me engolfe en su narración, declarar lo que se premite allá con los griegos y otros cristianos de todas naciones que están sujetas al poder del Turco; y es la causa que cuando se perdió Costantinopla, cabeza del imperio griego, que fué á 30 días del mes de Mayo del año de 1443, siendo Pontífice Romano Nicolao quinto, é imperando

en Grecia el desgraciado Constantino Paleólogo, hijo de Elena, viniéndose á perder este imperio 1191 años después que el primer Constantino, también hijo de Elena, pasó de Roma á aquella insigne ciudad, para que comenzase en un Constantino y feneciese en otro, ambos hijos de Elena. Fué quien la destruyó Mahometes tercero, emperador de los turcos, que entró por fuerza en la ciudad y destruyó todos los templos de ella, exepto el de Santa Sofía. Esta pérdida fué llorada de toda la cristiandad, que al presente la gobernaban: en Alemania, el emperador Frederico; en Francia, el rey Carlos séptimo deste nombre; en Nápoles, don Alfonso; en Castilla, el rey don Joan, y en Portugal don Alfonso doce, rey de Lusitania, que lloraron amargamente la pérdida del imperio griego, que fué por la negligencia de todos, que si acudieran al socorro que ya tenían prevenido, fuera posible no perderse del todo aquellos reinos. Duró el cerco de Costantinopla poco más de mes y medio, y como digo entró en ella por fuerza Mahometes, dando la muerte al emperador y demás soldados, si bien reservó al Patriarca que entonces asistía en la ciudad, y le dió permisión para que hubiera por los desiertos conventos de monjes observantes, y á él le dejó en su iglesia, donde hoy día asiste con autoridad como otra Sede Apostólica, con cardenales y potestad de provisiones de arzobispados y obispados, teniendo sujetas á sus preceptos, en cuanto á lo espiritual, á todas las naciones de cristianos que siguen la Iglesia griega. Esta dignidad de Patriarca da el Gran Turco al griego que le parece, aunque intervienen favores y sobornos, y desta suerte se conservan hoy todos los obispos en sus iglesias, aunque con limitadas rentas, los cuales ponen curas casados para la administración de los sacra-

mentos, causa porque se puede colegir permitió Dios se perdiera aquel imperio, porque sus sacerdotes, apartándose de la Sede Romana, que no permite casamiento entre los clérigos, hacen lo contrario; y estos tales sacerdotes son semaneros, y la semana que les toca no cohabitan con sus mujeres, para lo cual tienen casa en cada iglesia para el cura, y acabada la semana se vuelven á su casa á hacer vida con su mujer y hijos, que allá son los más estimados. Adviértase, para más claridad, que los turcos y griegos están todos mezclados, aunque los turcos en lo temporal, administran justicia con que los tienen sujetos, no levantándoles un punto el crudo yugo de la cerviz. También por los desiertos hay infinitos conventos de monjes, muy apartados de poblado, por excusar mil afrentas é insultos que cada día usan los turcos con ellos, y aun no les basta esta prevención, porque siempre están apercibidos de bastimentos por si acaso llegan algunos turcos caminantes á pedirlo, y si se lo negaran, los destruyeran y saqueran la casa, cosa que les hace estar con cuidado por redimir vejaciones; teniendo pena de la vida, ansi ellos como los seglares que ampararen, dieren ayuda ó de comer á cuelesquier esclavo fugitivo; una de las mayores dificultades para el que va huyendo; y para que con más cuidado manifiesten los esclavos, dan diez cequíes de oro á cualquiera que coge un fugitivo y le vuelve á su amo. Esto así declarado, vuelvo á mi historia, diciendo que todas estas dificultades se me ofrecían á la memoria, y ya casi me vi con determinación de dejar mi fuga; que si Dios, como padre de misericordia no me animara, fuera imposible tener atrevimiento para tal temeridad; y á lo que yo he considerado, era que tenía ya su majestad determinado sacarme de cautiverio con pe-

ligros y trabajos, librándome de ellos tras cada paso, obligándome á que después fuese agradecido, cosa que yo no supe conocer por mis pecados; que á ser reconocido á los favores recibidos, me había de entrar en una de las más estrechas religiones, donde pudiera agradecer los recibidos auxilios. En fin, llegó la ocasión de mi fuga en el puerto de Negroponte, á cuyas riberas se despalmaban las galeras. Al cabo de dos días, pues, que había que llegamos á él, me mandó el amo desherrar, para que saltando en tierra lavase la ropa, que era mi oficio además de ser espalder, remo estimado, que hasta en galeras hay pundonores y gravedades, y viendo que ya venía la emulación del día, se dejó la ida para la siguiente aurora, y toda aquella noche, después de haber prevenido el bonete y navaja, la pasé en vela batallando con la imaginación, considerando el daño que me podía venir si me volvían á mi amo, que por lo menos me daría crueles azotes después de cortarme las narices y orejas. En medio destas confusiones abrió el día, y con él el camino para mis intentos, porque tornando el amo á mandar que me desherrasen para lavar la ropa en una fuente que distaba del mar milla y media, adonde iban á hacer agua para las galeras, se puso en ejecución su mandato, y después de desherrado me dieron por ayudantes otros dos cautivos, el uno moscovita, y el otro valenciano, porque yo no lavaba más de la ropa del amo, y fué por guarda de los tres un renegado corso, boto de entendimiento, que era lo que yo había menester, por ser menos dificultoso el engañarle, y saltando en tierra, en el camino de la fuente declaré al valenciano mi intento, y por llevar compañía le persuadí á que se viniera conmigo y estuviese con cuidado á la seña; él dijo que lo había deter-

minado á seguirme, si bien llegada la ocasión no se atrevió, y fué particular providencia de Dios, porque si viniera fuera cierta la perdición de ambos, porque fuera de no estar prevenido para el viaje, no sabía palabra turquesca, ni era hombre de valor ni ánimo, y así fué mejor venirme solo que mal acompañado. Con el deseo, pues, de la ejecución, parece que llevaba alas en los pies, pues en un instante llegamos á la fuente, donde lavé la ropa muy depriesa, y poniéndola á enjugar, me mudé dos camisas nuevas y dos pares de calzoncillos azules, sin que el guardián lo sospechara, que como no estaba en la malicia fué fácil el engaño, gracias á su agudo entendimiento; también me ceñí al cuerpo un pedazo de toca de algodón de más de ocho varas, para hacer un turbante sobre el bonete, llevando en el seno dos servilletas para atarme el grillo porque no hiciese ruido, y mirando si llevaba unas Horas y un rosario de once cuentas de coral con un crucifijo de azofar, y una moneda de Santa Elena, dejándome olvidados con la turbación en los balones viejos que me quité nueve cequíes que había allegado para el viaje, y quiso Dios que sin pensar hallé después en la faltriquera doscientos y cincuenta ásperos de plata, que son menores que medios reales, con que se suplió en parte la pérdida de los cequíes. Todo así prevenido, comencé el engaño, para cuyo efecto me puse al cuello una toalla larga de color, y en una jufaina grande eché agua y una raja de jabón, y tomando la navaja la comencé á afilar en la palma de la mano, haciendo la deshecha, y mirando al guardián á la cara para que me preguntase algo, que no me salió en vano, porque apenas puse por obra lo dicho cuando me preguntó qué quería hacer; yo le respondí, viendo la puerta abierta á mi libertad, y que

tenía buen principio mi intento: *dame licencia para irme á quitar la barba detrás de aquellas higueras;* él me respondió, sin maliciar cosa alguna: *anda, ve, que tiempo tenemos de aquí á que anochezca;* yo cogí la jufaina y mirando al valenciano le hice señas que me siguiese, á lo que él se encogió de hombros, dando á entender que no se atrevía, de que yo tuve sospecha no me descubriera, porque les suelen dar muchos azotes al que no les avisa en tales ocasiones, y me arrepentí de haberle descubierto mi pecho, y casi quise volverme, pero animándome proseguí mi derrota, y quiso Dios que calló y yo procuré hacer bien mi papel, y en el punto que me vi detrás de la higuera, en lugar de quitarme la barba, en un instante me até el grillo con las dos servilletas, y puse alrededor del bonete la toca á modo de turbante, de modo que pareciese turco desde lejos, porque desde cerca era imposible librarme, porque llevaba en el grillo una señal que manifestaba quién era. Esto así prevenido torné á mirar si estaba seguro el camino, y viendo que no parecía un alma y que el guardián estaba sosegado, comencé á caminar por una campaña rasa que se dilataba por más de media legua hasta un montecillo que estaba á la parte del Poniente, por donde yo había de enderezar mi viaje, y apartándome con cuidado de la gente que andaba haciendo el agosto caminé un rato con tan lindo brío que me parecía que caminaba apriesa con ir huyendo de mí mismo, y al cabo de un cuarto de legua volví la cabeza atrás, receloso de aquel daño de que el corazón me dió aviso, saltando en el pecho, que se quería asomar á la boca, y fué cierto el sobresalto, porque apenas volví el rostro cuando vi venir un hombre á caballo que galopeando se venía hacia mí, y en el parecer era el guardián,

que había cogido el caballo de una casería que estaba en aquella campaña, que debía de ser de algún labrador que trillaba el trigo de su agosto, que en esto me fué la suerte contraria. Yo que vi el guardián, proseguí mi camino volando en lugar de correr, con tanta agonía que me parecía que cada paso que daba era el último de mi huída; tal era la priesa que se daba el perro á galopear; pero como el caballo estaba cansado del continuo trabajo, no podía correr, que ayudaba á mis intentos, los cuales puse en emboscarme al montecillo, y tal maña me di amparándome nuestro salvador Jesucristo, que antes que llegase á mí con cuatro tiros de escopeta tomé puesto en la montañuela, que toda estaba cubierta de monte bajo, aunque espeso, y advertí para que me perdiese de vista, de dar media vuelta por la montaña, deslumbrándole del camino que había elegido, para huír de cerca su poder. Con esta diligencia se halló atajado, sin saber por qué camino me buscaría, si bien yo le estaba mirando de entre unas matas donde me escondí tendiéndome en el suelo á la larga, cosido con la tierra, rogando á la virgen María que cegase al guardián, que después de haber rodeado dos veces la montañuela, viendo que no me hallaba, habiendo pasado dos veces por junto á mí, que estaba esperando á cada paso mi perdición, confuso y desesperado de prenderme se volvió á la armada, estándome yo quedo abrasado de sudor y congoja, en tanto extremo que mojé todo el suelo que ocupaba mi cuerpo, como si verdaderamente le hubiera regado, hasta que se ausentó el sol de aquel horizonte, dando licencia á la noche para que esparciera por la tierra su lóbrego y oscuro manto, con cuyo amparo, considerando que si mi amo lo había alcanzado á saber enviaría en mi busca más

de cincuenta turcos, y que me habían de prender aunque estuviera en los hondos cóncavos de la tierra, advirtiendo que en las tardanzas hay peligro me determiné desamparar la montaña que había sido mi defensa, y encomendándome á Dios me levanté, y viendo que no sonaba ruido de personas más del de dos pastores que guardaban al pie de la montaña un aprisco de ovejas, pareciéndome que no me podían ofender tomé la falda del monte, y apartándome de ellos en breve rato, después de haber caminado como dos millas, di ensanchas al corazón, por ver que toda aquella comarca estaba poblada de monte alto y espeso, adonde me senté y con un canto me quité el grillo, porque no estaba remachada la chaveta, y encomendándole á un carrasco me puse á pensar el gran peligro en que me vía, sin saber en qué había de parar mi trabajoso viaje, por ser toda aquella comarca de infieles que vivían juntamente con los griegos, y lo que más me fatigaba era la hambre y sed, verdugos crueles que matan poco á poco, si bien el que más me apretaba era la sed, porque como estaba encendido de la agitación que había hecho huyendo del guardián, y del mucho sol que en todo aquel día me había dado, tenía todo el cuerpo sembrado de ronchas, además de no poder hablar; tal era la sed, que no me parece hay á qué comparalla; en fin, no sabía qué camino tomar, ni qué medio buscaría para satisfacer la gran sed que llevaba, porque aunque los pastores por una parte me daban osadía para pedirles socorro, por otra el temor de ponerme en ocasión que por interés de diez cequíes me entregasen á mi amo, me acobardaba, con lo cual determiné de subir al monte ya cuando ese luminar pequeño del cielo, presidente de la noche, comenzaba á dar luz á la tierra, el

cual me sirvió de luciente antorcha toda la noche, y esparciendo la vista á Poniente, que era el camino derecho para mis intentos, vi que todo era montes espesos, poblados de árboles y despoblados de gente; lo primero me reanimó para mi fuga, y lo segundo me entristeció, cosa que afligiera al más animoso corazón; pero como Dios obraba, me infundió ánimo, y en su confianza, comencé á caminar, camino en que gasté toda la noche, atravesando montes y selvas, hasta dos horas antes de amanecer, sin topar fuente, mar ó río en que saciar mi sed, ni encontrar persona á quien pedirla. Con todo lo referido no cesé de caminar, y después de media milla encontré tierras labradas y una vereda con señales de plantas de caminantes, y huellas de cabalgaduras, con que me alborocé, y más cuando después de haber caminado por ella media legua oí latir perros, á cuya voz di vista á un lugar corto de turcos y griegos, á lo que después supe, en cuyas puertas me puse á considerar qué modo tomaría para informarme de un convento de monjes griegos cuyo nombre es Ayomelere, que dista ocho leguas de Atenas, según me había dicho un griego en Negroponte, que fué lo que animó mi huída, con confianza de que los monjes me habían de amparar por amor de Dios, y confiado en su divina bondad determiné, después de largo discurso, saltar en una de las primeras casas del lugar, porque no me cogiera el día á sus puertas; y lo que me sucedió dejo para el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

DE LO QUE LE SUCEDIÓ DESPUÉS DE HABER SALTADO LAS TAPIAS

Con la priesa que de mi gran miedo puede juzgarse, salté en la primera casa del lugar, que al parecer era de algún griego humilde y pobre, pareciéndome que me daría noticia del convento que iba buscando, por no llamar á la puerta y despertar vecinos que estaban entregados á las dulces prisiones de Morfeo, y cuando me vi dentro se me ofrecieron mil dudas y sobresaltos, considerando que si mis graves pecados daban ocasión á que fuese de algún turco, daba al traste con mi vida y pretensiones; y si era de cristiano, no me había de amparar, por temor de las penas que he referido: tiene el que encubre algún esclavo fugitivo. Vime, en fin, cercado por todas partes de mil imaginaciones, pareciéndome que cada pequeño ruido que sonaba era en contra mía; no sabía qué hacer, ni qué medio buscar para conseguir lo que deseaba, y al cabo de un rato que estuve luchando con mis fantasías, me determiné llamar á la puerta de un aposento que caía al corral referido, á que respondió un hombre en lengua griega; yo le repliqué en turco: *abre la puerta;* y al instante se levantó y en camisa, abrió el aposento y me preguntó qué quería en su casa á tales horas; yo le respondí: *sosiégate, y dame agua si la tie-*

nes; á lo que sacó un cantarillo con que apagué parte de la sed que tenía; luego le pedí pan, y al punto obedeció, y comí cosa de dos onzas, ayudándome con tragos de agua, porque tenía la garganta tan seca que no lo podía pasar, y trabando plática me preguntó quién era, y por qué causa había entrado en su casa por las paredes, teniendo puerta; yo le dije que por no alborotar, porque me importaba informar de un convento que se llamaba Ayomelere, que según me habían dicho distaba poco de aquel lugar; él me respondió que no lo sabía, pareciéndole que era turco y que no iba á hacer ningún bien á los monjes de aquel convento, y añadió que no tan solamente no sabía donde estaba, sino que no había oído decir que por aquella comarca hubiese tal convento; yo, con esta respuesta me hallé atajado sin saber qué decir; mas volviendo en mí le entendí el pensamiento, y no atreviéndome á decirle ser cristiano fugitivo, le repliqué; *ahora yo te quiero decir la verdad, y es que yo soy guardián de las galeras de Zigala, y ayer por la mañana salí á tierra por guarda de tres cautivos, de los cuales el uno se huyó, y no me atrevo volver á la armada sin él, por temor del castigo que me espera, porque yo no soy turco de nación, sino renegado é hijo de cristianos;* dándole á entender con las más vivas razones que pude que mi intento era ir al convento de Ayomelere y estarme en él toda la vida haciendo penitencia por mis pecados, que eran muchos y graves, suplicándole por amor de aquel cordero manso que murió por nosotros en una cruz, se doliera de mí y me diera noticias de los monjes. Con esto le aseguré, que al parecer era hombre sencillo y de buena vida, y me dijo: *ahora yo te informaré con toda verdad;* y vistiéndose me sacó del lugar y puso en un

camino, diciéndome: ¿ves aquellos montes que se ven por debajo de la luna?(que ya caminaba cerca de su ocaso huyendo la vista del mayor planeta); yo respondí: *si los veo;* pues ve por este camino, en que estamos, hasta ese lugar que está cerca de aquí, de donde verás otro al pie de aquellos montes, y no entres en él, sino pasa por sus orillas á la mano derecha, y sube á lo alto del monte y desde allí verás otros cerros muy encumbrados, otro tanto más allá, en cuyas faldas está una casería blanca que es casa de labor de los monjes que preguntas, que ellos te esconderán si Dios te deja llegar allá, á quien suplicaré te dé su ayuda para que allegues al puerto huyendo el naufragoso golfo deste amargo mundo; yo entonces, mostrándome agradecido saqué veinte ásperos, poco más ó menos, y se los di, diciendo: quédate con Dios, que te pague el bien que me has hecho; y apartándome de él comencé á caminar á gran priesa por pasar el primer lugar antes que fuese de día, dándome tan buena maña que pasé por él antes que saliese el sol, sin que nadie me viese, y tomando la derrota para el otro lugar comencé á caminar por una vega de monte espeso, de encinas y algarrobos, mirando con mucho cuidado adelante por no hallarme atrás cuando menos lo pensase, si acaso venía gente, por apartarme del camino y emboscarme por no ser conocido; que un delincuente lleva en el rostro las colores de su culpa; al salir, pues, desta arboleda á un campo raso, vi venir una tropa de turcos de á caballo, por cuya vista poco á poco me aparté del camino, al descuido, como que buscaba algunas yerbas, y como me vieron en traje turco, no cuidaron en saber quien fuese, que se lo agradecí mucho, porque ya el miedo me iba tomando los pasos. Luego que pasaron torné al cami-

no hasta llegar al lugar, que le dejé á mano izquierda, según el griego me había dicho, y caminé por entre unas huertas y arboledas adonde estaba una ermita muy antigua, fundación de griegos, y en ella pintado un San Jorge, sobre la puerta, que al parecer es patrón de Grecia, y los turcos le tienen sacados los ojos y cruzada la cara hasta el caballo, y serpiente, de que recibí gran pesar por ver que aquellos perros se vengan en las imágines de los santos, según vi en las iglesias que habían sido, y hoy son mezquitas, porque aborrecen los santos con tanto extremo que hasta sus retratos no consienten en alguna de las iglesias que entran. Después de haber visto, aunque de paso, lo que había en la ermita, que no es cosa para contada, salí de ella con cuidado, mirando si parecía algún turco, y á poco más de treinta pasos vi junto á un pozo á una griega vieja, que en el pilón lavaba ropa, y acercándome un poco la hice señas que callara, y ella me respondió también por señas que no diría cosa alguna, y saludándola con muestras de agradecimiento pasé adelante, y tomando la falda del monte descubrí un valle en que estaban dos mujeres y un mancebo guardando una vacada; yo les saludé con desenfado, por no darles sospecha, hablando en lengua turca, á que el mozo respondió en griego, con que me aseguré y pedí un poco de pan, preguntándoles si habían visto un esclavo fugitivo que iba buscando; ellos respondieron que no, y después de haber platicado un breve espacio, al despedirme dijeron: *Dios te le depare;* á que con muestras alegres di agradecimiento, si bien en lo interior dije más: que nunca le depare Dios á quien viniere en su busca. Con esto me subí á lo alto del cerro, donde me comí el pan que me habían dado, y luego miré adelante

y descubrí los otros montes, á cuyas faldas se divisaba la casería blanca que el griego me había dicho, con cuya vista recibí grande alegría, aunque me faltaba un buen pedazo de camino que andar, y viendo que mientras más me detenía se iba alejando el puesto de mis esperanzas, bajé á la otra parte del cerro, saliendo á un camino real por donde venía un griego en un jumento, y como me vió dejar la montaña y entrar en el camino, pensó, como me vió turco en el traje, que le quería robar, y dejando el asnillo, dió á correr con mucha priesa; yo, visto su miedo, le di voces porque no fuese á alborotar el lugar y saliese gente en busca del ladrón, y asegurándole que no le haría daño, volvió á mí, aún no seguro del todo, y pregunté, que de dónde venía y á qué lugar caminaba; á lo que me respondió que él venía de un lugar que estaba cerca de allí, y que iba á la primera aldea, donde tenía sus hijos y mujer; mas le pregunté si en el lugar de donde venía había muchos turcos; él dijo que sí; que no me dió ningún gusto, y pidiéndole un poco de agua de un zaque que llevaba, tomé alivio y me despedí de él, prosiguiendo mi camino para el lugar referido, en que gasté la mañana, hasta que á medio día pasé por el lugar, que con el gran calor estaba desierto, que no parecía un alma, y al cabo y fin de él estaba una puerta abierta, y en ella un buen viejo cristiano á la sombra, hilando un poco de lana, y para informarme del convento tomé por achaque el preguntarle si tenía que comer, á lo que me dijo que era pobre y que le perdonase, que aún no alcanzaba para agua; con esto trabamos plática y le vine á preguntar si sabía el camino de Ayomelere; él dijo que sí, y levantándose me enseñó la vereda de un cerro, diciendo: *ve por allí; que detrás de ese mon-*

te hay un rio, el cual, aunque tiene vado, se pasa por unos molinos, y desde la otra orilla verás el camino de una casería de los monjes; yo no aguardé más lances, contento de que todos conviniesen en uno, y despidiéndome de él tomé el camino, al cabo del cual descubrí el río que me dijo el buen viejo, que como era estío llevaba poca agua, y viendo que en los molinos había gente, tomé por mejor partido pasar el vado en achaque de lavarme, que no exponerme á algún riesgo. Con esta determinación, sin saber nadar, confiado en Dios, desgajé la rama de un álamo, y con ella fuí tomando el vado, dándome el agua á los pechos por lo más hondo, y con algún trabajo pasé á la otra orilla, media milla más abajo de los molinos, no harto de dar gracias á Dios por haberme sacado del río, en cuyas márgenes me senté para enjugarme y tomar alivio para el futuro viaje.

CAPÍTULO III

EN QUE SE PROSIGUE LA MATERIA DEL PRECEDENTE CAPÍTULO

Cuantas temeridades se emprendan por la libertad lo declaró aquel filósofo que dijo: *sin la libertad todo sobra, y con ella nada falta;* y cuan afligido tenga el corazón aquel que está entregado á las duras prisiones, ninguno puede saberlo si no es quien lo experimenta. Bien se dejó entender lo dicho, con el peligro á que me expuse en vadear un río no conocido de mí, aventurándome, sin saber nadar, á pasar á la otra opuesta orilla, que lo conseguí como dije en el capítulo antecedente, y en breve rato me enjugué y comencé á caminar hasta que cosa de tres millas adelante llegué á una viña cercada que tenían los monjes junto á la casa de labranza, y saltando dentro fuí atravesando cepas y terrones hasta el fin de ella por la parte de la casa, donde estaba una pared no tan alta como la cerca; por ella me asomé y vi un religioso que cogía agua de una fuente, y llamándole volvió el rostro y se acercó á la pared, preguntándome quién era, y qué quería en aquel sitio; yo le respondí que era cristiano cautivo que iba huyendo de mi amo; á que me respondió muy asustado: *escóndete entre esas cepas hasta que yo se lo cuente á mis compañeros;* con que partió á toda priesa dejándome rogando á Dios le

pusiese en corazón ampararme, que por entonces ya no faltaba más de que se atrevieran á esconderme no obstante las penas referidas, y como Dios es dueño de todo lo criado, á quien se rinden los cielos y tierra, les infundió ánimo y valor para que me favoreciesen, y en breve espacio vino á la viña un monje que sabía muy bien la lengua turca, y mandándome saltar de la otra parte le di cuenta de mi fuga, refiriéndole por extenso todo lo sucedido hasta el trance presente; él me consoló con palabras muy espirituales, y consejos que se imprimían en el corazón, diciendo que aunque se ponían á evidente peligro, no me habían de desamparar, con que me consolé en sumo grado, no hartándome de dar gracias á Dios por los favores recibidos de su bendita mano. Acabada la plática me llevó á una parte muy oculta donde había un cañar espeso, y dejándome escondido entre las matas, de allí á media hora me trujo que merendar, de que tenía harta necesidad, por no haber comido, desde que salí de la galera, más de un poco de pan, como ya tengo dicho; con la merienda tomé aliento, restituyéndome de todo punto á mis antiguas fuerzas, con que le di motivo para preguntarme muchas cosas de Turquía, á que satisfice con toda verdad, virtud de que me precio. En estas pláticas nos entretuvimos toda la tarde hasta que bajó la noche, con cuyo obscuro manto salimos del cañar, y me llevó á la parva que estaban trillando, que la tenían detrás de la casa, y en un instante se juntaron hasta una docena de *Kaloryos*, que desta suerte llaman á los legos, como *Papadys* á los de misa, y al abad *Plemathycos*, y después de haberse admirado de mi atrevimiento, y yo dado gracias á Dios por hallarme en su compañía, sacaron la miseria que tenían que cenar, porque no comen

carne en toda la vida, y después de cenar trataron el modo para librarme, en que hubo varios pareceres, y á cabo de rato dijo uno: *llevémosle al convento para que le vea el Plemathycos, que su reverencia hará lo que más convenga para su remedio y la seguridad nuestra;* este parecer se aprobó, si bien naide se atrevía á llevarme, temiendo ser hallado con el hurto en las manos, con que me afligí, lo cual visto por uno de ellos, dijo: *saquen un jumento, que yo me atrevo ponerle en salvo esta noche; no aguardemos á que vengan los turcos en su busca, y hallándole aquí suceda alguna desgracia.* Este parecer se puso por obra, y sacando un doigarro, que es lo propio que jumento, subí en él, yendo delante el kaloryo á pie, sirviendo de estrella y guía, y despidiéndonos de los demás monjes caminamos casi toda la noche, hasta que el alba salió matizando campos y barbechos, en que las canoras calandrias chillaban cantando motetes dulces á la venida del sol, que llegamos á bajar una sierra muy excelsa, poblada de pinares y malezas, y á la mitad de la falda de ella dijo el monje: quédate aquí escondido hasta que yo dé cuenta al Plemathycos, que estaba más arriba del convento, apartado de los demás monjes, en soledad, haciendo penitencia en un portalillo y una celda en que apenas cabía un cuerpo humano, que estaba arrimada á unas encumbradas y excelsas peñas, en las cuales había una gruta ó espelunca no fabricada por humanas manos, sino como la formó naturaleza, sin artificio alguno; su entrada era por lo alto de las peñas, por cuya boca apenas cabía un hombre, y dentro de ella había capacidad para más de una docena de personas, con bastante luz que se comunicaba por las grietas de las pizarras. Al cabo, pues, de rato que es-

tuve escondido donde me dijo el monje, luchando con mil temores y dudas, volvió acompañado del padre abad y otro compañero lego, y llamándome salí de entre las malezas, y vi un venerable anciano con la barba y cabello muy crecido y más blanco que la nieve, y abrazándome me dijo: *Kalo syrtes pedymo*, que en griego quiere decir: *seas bien venido, hijo;* yo no le respondí palabra, por no entenderle, ni le entendiera si no fuera por el padre compañero, que sabía excelentemente la lengua turca, el cual sirvió de intérprete, que en mis trabajos me fué de gran consuelo y alivio, y viéndome confuso me dijo lo que decía el abad, y fué declarando todas las preguntas que hacía, que fueron muchas, entre las cuales fué una decir de qué tierra era natural, y á qué provincia debía mi primer ser; yo respondí ser natural de España, y tornó á preguntar con mucha inocencia: ¿qué tan grande ciudad es España?; yo le repliqué que era un reino muy poderoso, cuyo rey era uno de los más ricos emperadores del orbe, y que competía con el Gran Turco, venciéndole en muchas batallas navales; respuesta que le causó admiración, no cesando de hacerse cruces, diciendo: *bendito seáis, Señor, que criasteis tierra tan dilatada donde os conozcan y adoren por el verdadero Dios y Señor nuestro;* yo no me maravillé menos de ver que un religioso tan anciano no tuviera noticia de un reino tan dilatado y nombrado por todo el orbe, como es el español, asilo de las armas y letras. Desde este monte me llevaron á la morada del abad, y en llegando á ella mandó al monje que me había traído que se volviese á la granja y guardase todo secreto, pues que les iba no menos que la vida. Yo quedé dando gracias á Dios por hallarme en salvo por entonces, de que no me

harté en toda la noche, no sabiendo cómo agradecer las recibidas mercedes, y á poco más de dos horas como llegamos sacó el Plemathycos la comida, que se componía de yerbas y agua fresca, la cual comimos con mucho gusto, y después de haber gastado la tarde en conversación, mandó al compañero me llevase á la gruta referida, por temor de los turcos, no viniesen en mi busca y me hallasen en su morada. El monje obedeció y me subió á lo alto del monte, que tenía buena bajada, y dándome una manta se despidió diciendo: *Dios te dé buenas noches;* yo correspondí y bajé abajo, donde hallé harta capacidad, y tendiendo la manta me recosté sobre ella, que me pareció cama de flores, según estaba molido del camino, y como me hallaba por entonces seguro de ser descubierto me quedé dormido, descansando de tantas aflicciones como me habían seguido desde que salí de la galera para huirme.

CAPITULO IV

DE LO QUE PASÓ EN CUARENTA DÍAS DE SOLEDAD DENTRO DE LA CUEVA

¿Adónde con tan presuroso paso encaminas el curso violento de mi desdicha, término fatal del rigor?, ¡oh suerte contraria!; ¿con qué priesa me amenazas, aparente castigo?; ¿con qué atormentáis el ánimo, que si no desea vivir es por estar á peligro de tantas dificultades en que estoy puesto, daño infelice, temeraria fatiga, duro tormento, todos juntos no temidos enemigos deste desdichado?; acercaos, acercaos y dadle fin al cuerpo que entre estos riscos, cavernosas grutas y solitarias peñas, espera como cordero manso el triste golpe de la parca ingrata para conmigo; ¡oh cielo!, qué poco te costaba abreviar el curso de tus volubles ejes, para que el tiempo consumiese días que no pasan sino entre aflicciones y desvelos; ¡oh planetas!, que vais esmaltando á trechos esos cerúleos velos que pisa el ignífero Timbrio, ¿cómo infundís vida tan dilatada adonde asiste tan poco el alegría, á copos hermoseados de la naturaleza?; ¿cómo se creerá que donde tanto gusto sobra se sufra el peso de los infortunios como por este infelice pasan?; mas ¡ay de mí, miserable!, que el cielo, planetas, campo y tiempo, todos á porfía pretenden dilatarme la vida, para más sentimiento mío, dándome la muerte á pausas para más tormento de este infelice. Desta suerte me quejaba luego

que desperté, que fué salido el sol, cuya luz entraba por las muchas aberturas de la cueva, con que vi todos los rincones que tenía, que me causaron tristeza, por parecer más habitación de fieras, que de hombres, si bien lo que más me afligía era verme solo, y considerar el modo que había de tener para pasar adelante. Estando en estas consideraciones entró á verme el monje en compañía del padre abad, con cuya presencia tomé agradable descanso (si acaso le pudo haber donde tantos males se encerraban), y en fin, me consolé, y en lengua turca me preguntó cómo lo había pasado; yo le dije que muy bien, encubriéndole mis penas (que donde hay huéspedes de voluntad, no es cordura martirizarles con tristezas); luego mandó traerme que comiera, que eran unas habas cocidas, un poco de pan basto y un racimo de uvas acompañadas de un jarro de agua, que lo que es vino en todos los cuarenta días no lo probé, comiendo siempre lo referido; sólo tres veces comí carne, y fué porque llegaron unos turcos poderosos que pasaban á Atenas y pasaron á comer al convento, y entonces llegaba el padre compañero diciendo le dieran una limosna para sus enfermos, y ellos, que no son escasos, le daban comida para seis hombres, y el buen monje lo llevaba á la cueva y yo comía á mi placer. El primer día, pues, que entré en la gruta, se contaban cinco días del mes de Agosto del año de 1599, tiempo en que los religiosos ayunan quince días á la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, sin comer en todos ellos huevos, ni pescado, no más de habas y lantejas con otras legumbres, y algunos pescados sin sangre, como caracoles y ostiones, y otros que se crían orillas del mar, deste género, que es lo que pueden comer en día de ayuno, y de todo se privaba el buen

abad todo el año, sin salir de su habitación más de las fiestas dobles, que bajaba al convento, donde un monje ejercía por él la dignidad de Plemathycos en el interin que él no asistía en el convento, que tenía ciento y cincuenta monjes, y de todos solos nueve eran de misa, y los demás eran kalorios que se ocupaban en la administración de la hacienda, que no era poca, así de tierras de pan como de viñas y ganados con que granjeaban, por no tener otra renta si no es lo que agregaban con su sudor y trabajo. Dentro, en fin, de dos días, que había que estaba sepultado en vida, acordó el padre abad dar cuenta á dos monjes, los más graves de la religión, para que entre los tres se tratara el modo más conviniente para aviarme á puerto de claridad, para cuyo efecto los enviaron á llamar y dijo cómo tenía junto á su morada escondido un cautivo fugitivo, y que su junta era para tratar el modo que se daría para librarme. Los monjes recibieron gran contento y le pidieron les enseñase el cautivo, que luego darían su parecer; á cuya petición subieron á la gruta y me visitaron dentro de ella, quedando muy amigos, y dándome palabra al despedirse de darme favor en todo lo que pudiesen, pero que tuviese paciencia por algunos días hasta que hubiese nuevas de la armada y si había partido de Negroponte para Costantinopla. Con estas esperanzas pasaba la vida más penosa que puede pensarse, viendo las dificultades futuras y trabajos presentes, saliendo de noche del sepulcro en que estaba sepultado todo el día, armado del rosario, paseándome y pidiendo á Jesucristo y á su bendita Madre me abriesen camino para adelante. Desta suerte, en fin, consumía los días, y con ellos á mí mismo, sin tener con quien platicar más de con buhos y mochuelos y otras

aves nocturnas que aumentaban mis penas con su canto lóbrego y triste, por verme encerrado todo el día, y si acaso de noche iba algún rato á la celda del padre abad, no me servía de consuelo, porque no le entendía. En este estado salió cuarenta veces la rubia aurora multiplicando luces y apartando crepúsculos por las ventanas del Oriente, ahuyentando las tinieblas, y otras tantas me dejó el sol y por entre celajes purpúreos guió su curso á los antípodas, dando lugar á la noche para que corriese las cortinas á su coche tenebroso, y siempre mis penas se estaban reacias, hasta que al cabo de cuarenta días comenzó á salir el sol á mi nueva libertad, comò diré en su lugar, que no me la da oportuno la obligación de referir lo que me sucedió en el tiempo que estuve en compañía de aquellos santos varones; y así digo que la víspera de Nuestra Señora de Agosto, por la tarde subieron del convento los dos religiosos de misa á acompañar al abad, y luego que se tendieron las sombras por el orbe, levantaron un altar muy humilde y pobre; mal digo, que no era sino rico, por tener en sus aras la madre del Verbo encarnado, figurada en una imagen de la Asunción, á cuyos lados pusieron dos velas de cera, mandando el abad que me llamasen, y todos tres me acariciaron, con que comenzaron maitines, recostados de pechos sobre unos cayados, incensando de rato en rato la sacrosanta imagen; los maitines duraron hasta la futura aurora, sin que en toda la noche se sentase alguno, con ser ya cansados y decrépitos, y luego que amaneció bajaron al convento todos tres á celebrar la fiesta, que duró toda la mañana, y á medio día volvió el abad á su habitación, adonde el hermano compañero subió la comida para todos, con aumento de un tarazón de pescado fresco que

habían traído de Atenas para aquel día, el cual lo pasé como los demás, y al siguiente subieron los dos monjes de misa y el padre abad les dijo mirasen qué orden se daría para sacarme de aquella tierra, y acordaron que luego que hubiese noticia de la partida de Zigala de aquellos mares, me llevasen á Atenas y tuviesen escondido hasta Pascua de Navidad, en casa del Metropolite, que es el arzobispo, porque en aquella Pascua había de venir una barca de cristianos griegos de la isla de Candia, á cargar aceite en aquel puerto de Atenas, y embarcándome en ella por orden del Metropolite, me llevarían á la isla de Tino, adonde habían de aviar el aceite, que es de la Señoría de Venecia, y desde Tino podía pasar á Candia, donde estaría más cerca de mi patria. No le pareció mal al Plemathycos el parecer de los monjes, en que convino, diciendo que sólo faltaba que el tiempo diese lugar para su ejecución. Con esta resolución meditaba en la cueva el tiempo referido, hasta quince días del mes de Septiembre del presente año, en cuyo espacio algunos días subían á platicar conmigo los monjes, pidiéndome les enseñase nuestro A. B. C., que lo obedecí, y ellos me dieron noticia del suyo, que se nombra *Alfabetha*. En esta conformidad pasé mi soledad, aunque no me agradaba tanto recogimiento, y ya que faltaba poco para cumplirse lo concertado, me puse á considerar el largo tiempo que me esperaba en casi cuatro meses de encierro, con mil sobresaltos si acaso me vían si entraban turcos en casa del arzobispo, y que cuando de todo me librase no faltaría un Judas que me vendiera. Estos pensamientos cavaron tanto mi entendimiento, que me determiné á decirles que, con su buen parecer, no me parecía aguardar tanto tiempo, refiriéndoles lo que ha-

bía considerado; y así, que me dejasen ir solo, que no quería más de que me diesen un vestido á lo turco, con todos sus requisitos, que yo me libraría confiado en mi color y ser muy ladino en la lengua turquesca; ellos respondieron que no les parecía mal mi pensamiento, pero que no me podían dar lo que les pedía por no tenerlo, y buscarlo era dar sospecha, cosa que no convenía á ninguno de todos; yo perseveré en la petición, con que recibieron gran confusión, porque como estaban empeñados en encubrirme y corrían riesgo si se sabía que me habían escondido, les importaba mi libertad para encubrir su delito, y no hallaban remedio si no era matarme, cosa que no habían de hacer por riesgo que les viniese. En estas confusiones me vino á la memoria un arbitrio (que la necesidad es gran maestra) de que me vistiesen de fraile, pues que tenían libertad para andar libres por toda la tierra de los turcos, como vasallos suyos, y que así vestido, en compañía de otro monje me llevasen de convento en convento hasta el cabo de Mayna, que desde él yo buscaría medio para mi remedio. No les pareció mal mi consejo, y conformando todos en él, otro día me vistieron de monje, dándome zapatos y borceguíes nuevos, y más unas abarcas de esparto para el camino, y unas alforjas con pan y queso, acompañado de una calabaza de agua, y esto por mucho regalo, lo cual apercibido me dieron por compañero á un lego que era experto en la lengua albanesa y un pedazo de la turca, aviándonos á otro convento cuyo nombre era Samaxa, y despidiéndonos del padre abad le dió al lego la orden que había de dar en el otro convento, porque no se quejasen de él por enviarles el peligro á casa; con que partimos dejando deseosos á los monjes de nuestro buen suceso.

CAPITULO V

DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO DEL CONVENTO

Cuando los pasados trabajos se cuentan en presentes prosperidades, suele ser más afectuoso el placer que se recibe en contarlos, que fué la aflicción de que se participó al sufrirlos. Esto no diré yo de los míos, pues los cuento no fuera de la tormenta, sino engolfado en los borrascosos mares de mis desdichas y desgracías. ¡Oh poderosa fuerza del temor! ¡oh enfermedad!, que te apoderas del alma de tal manera que parece le cierras los pasos al camino de su libertad; detente, y no apresures el curso contra este blanco de infortunios, sino mitiga el rigor para que quede vida en qué padecerlos y experimentarlos. Esto digo porque después de haber caminado hasta la media noche por montes y malezas, ya cuando pensamos llegar al convento, nos hallamos más lejos de él, junto á un sitio donde estaba un pozo que nos sirvió de alivio, porque llevábamos mucha sed y la calabaza apurada, lo cual visto por el monje me dijo: *entra y bebe, que con seguridad lo puedes hacer, y de camino hinchirás la calabaza, que yo voy reconociendo estos campos;* yo puse las alforjas en el suelo y bajé al pozo, que no era hondo, poniendo los pies en lo empedrado, sirviéndome la luna de luciente antorcha, y llegando al

agua, apenas había bebido cuando me dijo el monje: *sal presto, que viene gente;* con este aviso llené la calabaza con presteza, y salí lo más liberal que pude, y vi que el compañero ya había comenzado á marchar; yo le seguí pensando que llevaba las alforjuelas, yendo caminando un buen trecho sin preguntarle por ellas, y ya cuando vine á entender no llevarlas, tuve por mejor partido perderlas que retroceder en su busca. Con el pesar de su falta caminamos lo restante de la noche, si bien iba más ligero, hasta que á la madrugada dimos vista á una ciudad pequeña, que se llama Megara, apartada del mar de Atenas seis millas, y en breve rato entramos en ella, en cuya plaza había una copiosa fuente de agua dulce, donde tornamos á beber y llenar la calabaza, con gran temor, porque como ya comenzaba á venir el alba salían de sus casas los oficiales y quinteros para la labranza del campo, y con mucha priesa salimos de la ciudad y caminamos cosa de dos horas, al cabo de las cuales descubrimos la orilla del mar de Atenas, en cuyas riberas había infinita espesura de pinares, y apartándonos del camino real que viene de la ciudad de Megara y remata en el estrecho de Corintio, que los griegos llaman al estrecho de Escamilla, que quiere decir las seis millas, por donde se entra á la provincia de la Morea, viniendo de la Rumelia, que en turco quiere decir Grecia, adonde de ordinario andan salteadores albaneses infestando toda aquella comarca, y robando las mercadurías que los turcos llevan de una á otra provincia. Yo le pregunté que por qué nos apartábamos del camino, y el monje respondió que no lo hacía por temor de los salteadores, sino porque no topásemos con algunos turcos y nos perdiésemos. En fin, caminamos por entre los pinares, donde nos faltó el agua, y fué tanta

la sed que pasé que no faltó más de espirar, porque por una parte la calma era terrible, la tierra en sí estéril, y los pinos de su natural secos, y por otra la imaginación de que por todo aquel paraje no había muestras ni señales de agua me dió tal congoja que caí en tierra desmayado sin poderlo remediar; el compañero se halló atajado á á lo que dijo, que yo no estaba para atender á sus voces, y después de consolarme animándome, al cabo de rato oímos latir perros, y caminando á orillas de la mar nos fuimos acercando y descubrimos una cabaña de pastores que estaban á la sombra de unos pinos. Con esta vista cobré ánimo considerando que tendrían agua, porque si tardara más este consuelo, pienso que cuando llegara me hallaría imposibilitado de recibirle, porque ya la muerte me hubiese sacado de infortunios y penalidades; y es cosa cierta que en todas las ocasiones puede una persona sufrir la hambre dos días, pero sin beber es imposible sustentarse uno, porque la experiencia me lo enseñó en el discurso de la jornada, que siempre me fatigó más la sed que la hambre, aunque ambos son verdugos crueles y pensión de la naturaleza humana. En fin, llegamos á la cabaña y conocimos ser albaneses los pastores de ella, aunque el ganado era de turco. El compañero entonces los saludó en lengua albanesa, pidiéndoles agua, que la dieron con mucho agrado por vernos religiosos; yo apagué la sed recuperando mis perdidos esfuerzos, y después nos dieron de lo que tenían que comer, haciéndonos mil favores, y al despedirnos nos proveyeron de pan y queso y llenaron la calabaza, con que nos partimos agradecidos de su piedad, y prosiguiendo nuestro viaje para entrar en la Escamilla, antes de llegar al sitio de Corintio encontramos seis salteadores albaneses, vestidos de pieles de

animales, pendientes de los cinchos unos alfanjes de monte, y en las espaldas zurrones de piedras revueltas, y á la cintura hondas, con que se defienden desde lejos, y al hombro una porra de pino con que aturden á un hombre, sin haber menester más de dos golpes para privarle de la vida. Al punto que descubrí tales visiones y aspectos tan horribles, me recelé de ellos, y el compañero me dijo: *no temas de que nos maltraten, porque son cristianos aunque los ves en hábito indecente á nuestra sagrada religión;* con esto me animé y al punto que llegaron se humillaron en tierra, sin quererse levantar hasta que el kaloryo les echó su bendición; yo callaba, por no entender la lengua, y hacía muchas cortesías bajando la cabeza, y después de haber platicado mi compañero y ellos, nos dieron pan y cecina y pasaron adelante dejándome maravillado de la humildad y devoción de aquella gente, con que se cumple el refrán que dice: *No hay ramera ni ladrón,* etc.; y prosiguiendo nuestra derrota llegamos al mar de Atenas cuando el rojo Delio llevaba á beber los caballos de su coche á las saladas aguas, para extender sus rayos en el Antártico polo; en fin, á boca de noche llegamos al mar de Atenas, seis millas de adonde remata otro brazo de mar de Lepanto, adonde se forma un estrecho de los dos mares, que vienen á ser seis millas, causa porque se llama la Escamilla ó el estrecho de Corintio, donde permanecen sus ruinas á pesar del tiempo, que pudo destruír sus muros y casas, pero no borrar la fama de tan opulenta ciudad. Aquesta noche que digo reposamos un rato al pie de una torre antigua, y de allí partimos á media noche cuando estaba el azul velo tachonado de estrellas, caminando por sendas ocultas y al parecer no inculcadas de humanas plantas, hasta el día,

con cuya luz el monje reconoció la tierra y me dijo: *quédate aquí escondido hasta que yo vuelva, que quiero ver si hay pastores por estos valles, que me informen del camino del convento de Samaxa;* y partió quedándome yo escondido entre unas matas de lantisco, y después de una hora invió un zagal á que me llamase, y él daba voces nombrándome, y como no le entendía ni sabía (como después me dijo el monje) que él le había inviado, en lugar de responderle me ocultaba más, pensando que me había visto y llamaba quien me prendiera: en fin, él se tornó cansado de dar voces, y yo respiré algún tanto hasta que vino el compañero y me dijo cómo había inviado á llamarme; que ¿por qué no había respondido?; yo le dije mi temor, cosa de que rió mucho, y llevándome á la cabaña de los pastores, que eran del convento de Samaxa, nos recibieron con mucho amor, dándonos de comer, y luego nos enseñaron el camino, que era una vereda muy estrecha y pedregosa entre ásperos pinos, en cuyo camino me vi rematado con las vejigas que se me levantaban en los pies con el calzado nuevo; al fin, al cabo de seis horas llegamos al convento, y estando cerca de él nos sentamos al pie de un pino y me dijo el monje: *ahora te quiero decir la orden que traigo del Plemathycos, que es que te acompañase hasta este convento, porque no te vinieras solo á tus aventuras, expuesto á mil peligros, y te dejase á su puerta, porque no quiere que el abad deste convento sepa que el nuestro le envía el peligro por eximirse del daño que puede venir, y es mejor para ti ir solo, para que te reciban, porque si llego yo contigo no lo han de hacer y formarán quejas de mi abad; y así, quédate con Dios, que te conceda próspero viaje, que yo me vuelvo á mi convento.* Esta orden no me dió gusto, lo

cual echó de ver el compañero por algunas gotas de humor que se asomaban á los ojos, con que se enterneció, comenzando entre los dos un largo y prolijo llanto por ver nos apartábamos para siempre. Yo, visto su sentimiento, le pedí por última merced me la hiciese de darme las abarcas de jabalí que traía, porque llevaba los pies lastimados con el calzado nuevo, y que tomase en precio mís borceguíes y zapatos; él ya lo quería hacer, pero reparando que mi calzado valía más se volvió atrás del concierto, y dijo que le perdonase, que no aceptaría el partido; yo le repliqué aceptase el trueco por amor de Dios, con que obedeció diciendo: *de buen valedor te has armado para que yo te niegue cosa que me pidas;* y tirando de los borceguíes se salieron pegados á ellos algunos pedazos de carne, de que quedó maravillado y no harto de dar gracias á Dios por haberle inspirado me diese las abarcas, porque fuera imposible pasar adelante según tenía los pies, y dándome unos paños que me revolviese á ellos, me puse las abarcas del monje, y él las mías, con que nos despedimos abrazándonos con sumo amor y sentimiento de ambos, no encargándole otra cosa sino es sólo que me encomendase á Dios; él lo prometió de hacer y comenzó su viaje, quedándome yo asentado sin quitar un punto la vista de él hasta perderle; en fin, se desapareció, y yo quedé considerando al pie del pino el peligro que corría si acaso aquellos santos monjes no me querían recibir; y antes que intentara llegar á sus puertas saqué mi rosario, y rezándole me encomendé á Dios y á Nuestra Señora del Buen Suceso, me le diera feliz y moviera el corazón del abad y monjes para que no me desamparasen al tiempo que llegara á pedir favor y consuelo para mis tribulaciones, trabajos y penalidades.

CAPÍTULO VI

DE LO SUCEDIDO EN EL CONVENTO DE SAMAXA

Ya que se iba el sol acercando á su ocaso para dejar en tinieblas la redondez de la tierra, ausencia que si no tuviera esperanzas causara mortal tristeza á los vivientes, me levanté del pie del pino donde me había dejado asentado mi compañero, yéndome llegando á una viña que estaba cercana al convento, y entrando en ella me paseé por entre las cepas, como que rebuscaba, para que viéndome de la casa bajaran á preguntarme lo que quería, que fué arbitrio, porque apenas me columbraron cuando bajó un monje y me preguntó de qué convento era; yo le dije no ser religioso, y él, maravillado, replicó: *pues ¿cómo te atreves á profanar estos santos hábitos?; ¿no ves que te vendrá castigo del cielo, si con capa de monje robas por los caminos?;* yo le dije: *no soy ladrón, sino un miserable cautivo que se ampara de este sayal para librarse de los turcos;* él me tornó á preguntar: *pues ¿cómo has venido hasta aquí? ¿ó te ha traído algún kaloryo?;* yo dije que me había venido sólo á valerme del padre abad, y que por amor de Jesucristo crucificado le rogase no me desamparara; él dijo que lo pediría con muchas veras al Plemathycos, y que mientras volvía me estuviera en aquel mesmo sitio; yo le obedecí, y al

cabo de un cuarto de hora vino á llamarme, y llevándome al monasterio me puso en presencia del abad, que era un anciano venerable de ciento y treinta años de edad, y su nombre Isaac; el buen viejo, así como me vió me abrazó dándome la bienvenida, diciendo que me recibía por amor de Dios, aunque se exponían á evidentes peligros él y todos los monjes si acaso en algún tiempo se viniese á saber; yo le agradecí la piedad, diciendo en mi corazón: recíbame, y sea como fuere; luego mandó á un kaloryo me acomodase, y me llevó á una celda en la cual había un jergón de atocha y una manta, en que me dijo descansase mientras volvía. En esta celda estuve hasta que tocaron á cenar, que volvió el lego y me llevó al refectorio y comí en él como si fuera fraile; acabada la cena fuimos al coro á dar gracias, dándome silla, donde di muy de veras alabanzas á Dios por las evidentes mercedes que en todas las ocasiones repartía conmigo con su poderosa mano, y particularmente en la presente haber inclinado al abad á que me recibiese y albergase con tanto gusto como mostraba en el rostro, que es cierto no tenía otro pensamiento (como los amigos que se usan, que dicen uno y sienten otro, hiriendo en ausencia con sus carniceras leguas las honras de aquellos á quienes en presencia lisonjean, agravio que se hace, no al ausente, sino á los presentes, por tenerlos en opinión de mordaces como ellos); en fin, me trataron con mucho amor, pues me igualaban con ellos, llegándome á incensar, á lo que inclinaba la cabeza haciendo la humillación como todos, y callaba, con que se cumplía el refrán que dice: *está como tonto en vísperas;* porque como no atendía al rezo estaba embelesado viendo tanta diferencia de ceremonias. Desta suerte estuve en el convento ocho

días, en el cual me quedara si no fuera por el deseo de ver mi patria, y principalmente por dar un buen día á mis padres, ya que habían pasado por mi ocasión tantos malos, y en el discurso de los ocho días me preguntó el Plemathycos qué era mi pensamiento; yo le respondí que pretendía irme acercando al cabo de Mayna, que son unas montañas de griegos cristianos rebelados al Gran Turco, adonde suelen llegar navíos de cristianos, en uno de los cuales me embarcaría para Italia ó Venecia, y de allí sería fácil mi viaje á España. No le desagradó al buen abad el modo de librarme, aunque lo dificultó, diciendo: *¿cómo has de llegar allá sin que te prendan?;* yo, como me hallé bien con la pasada compañía, le dije: si vuestra santidad reverenda me quiere dar un kaloryo que vaya conmigo hasta otro convento, hará un gran servicio á nuestro Señor. El buen viejo, aunque lo dificultó, dijo que lo haría, y al otro día me dió un lego, y abrazándome á la partida él y todos los monjes, se despidió de nosotros, diciendo: *Dios te lleve al puerto que deseas;* y partimos, caminando dos días escondidos por entre la espesura de los pinos, hasta que al cabo de ellos me puso á vista de otro convento que se llamaba Sufico, sin sucedernos en el camino el menor sobresalto. Allí me dió la propia orden que el otro monje, y despidiéndose de mí se volvió á su convento; yo hice lo propio que en el pasado, siendo Dios servido que también me recibieran con el amor y agrado que en los otros. En este de Sufico estuve cuatro días, en los cuales fuí disponiendo las cosas de manera que aunque el abad lo dificultó más que todos el darme compañía, me la prometió duplicada, dándome dos monjes para que con más facilidad pudiera escaparme, y á otro día partimos deste convento, yendo cami-

nando por entre malezas dos días naturales, al cabo de los cuales llegamos á otro convento cuyo nombre, si bien me acuerdo, era Ayaleyesa, fundado legua y media de la ciudad de Nápoles de Rumelia, ciudad y puerto de turcos, donde hay la más desalmada gente que se conoce en toda Turquía, por ser puerto apartado de Costantinopla. Así como llegamos al convento juzgué se volvieran mis compañeros al suyo, pero no fué así, porque antes sin recelarse de cosa alguna llamaron á la portería y entraron sin rehusarse de que me vieran iba con ellos, y declarándose con el Plemathycos nos recibió con afabilidad y entretuvo todo el día hasta que se fueron esparciendo las sombras de la noche por el mundo, que nos dió otro lego para que nos guiase para pasar unos ríos peligrosos de quienes no tenían noticias mis compañeros; finalmente salimos todos juntos á boca de noche, y en poco más de dos horas llegamos á vista de los muros de Nápoles de Rumelia, y con mucho silencio fuimos rodeando el foso hasta llegar á la marina, desde la cual comenzaba una playa de más de cuatro leguas, y caminando por ella en breve rato llegamos á un río que entraba en la mar, y el que nos guiaba se abalanzó al agua, y nosotros tras él, metiéndonos dentro del mar como un tiro de piedra, desde donde comenzaba un lomo de tierra que se causaba de la corriente del río y resaca del mar, llevando todos garrotes con que íbamos vadeando, dándonos el agua por más arriba de la cintura, hasta que le pasamos y volvimos á entrar en la playa, y caminando con el propio vigor que al principio, hicimos lo propio con los ríos que encontrábamos, pasando aquella noche seis, que se precipitaban de lo encumbrado de las montañas de Rumelia y entraban en la mar atravesando

el camino y impidiéndole á los pasajeros. Acabados, pues, los peligros del agua, se despidió el compañero y nosotros proseguimos el viaje, yendo siempre por las riberas del mar, y á dos horas después que el alba dió la bienvenida al sol, que salía por entre aquellos jarales, encontramos dos turcos de á caballo, que nos preguntaron de dónde veníamos y á qué lugar caminábamos; yo callaba, por no saber la lengua, y así abajé la cabeza con humildad, y el más viejo les satisfizo, y ellos dijeron: *proseguid vuestro camino*. Con esto pasamos adelante y á vueltas de medio día llegamos á un sitio donde estaba un caramuzal de turcos, junto á tierra, cargando sacas de algodón, y estaban en tierra más de cincuenta marineros haciendo diligencias para cargarle; esta vista dió gran temor á mis compañeros, por llevar consigo el peligro de mi compañía, que á ir solos no importaba, y fué tan eficaz que quisieron volverse, y lo hicieran si no los animara diciendo: *no conviene retroceder, porque es dar sospecha y despertar á quien duerme, que no nos está bien;* tales palabras, pues, les dije, que se determinaron á pasar por junto á ellos, saludándolos, y como estaban embebecidos en la carga del caramuzal, no preguntaron cosa alguna. Con esto pasamos adelante por unas vegas de algodonares, que están plantados al modo de las viñas, y verdaderamente lo parecen, porque son unas cepas con sarmientos; nacen unos capullos como alcachofas, cuyo pelo es el algodón, que me holgué de verlo, por ser cosa nueva para mí, y que no había llegado á mi noticia. Media legua más habíamos caminado dejando atrás los algodonares, cuando al subir una sierra vimos bajar dos turcos, el uno á caballo, y el otro á mula, y con ellos seis griegos cristianos que iban con azadas á

trabajar, y al tiempo de emparejar con ellos dijo el de á caballo, que al parecer era el señor: *¿quién sois?;* el viejo dijo: ¿no ves que somos kaloryos?; y él replicó: ¿adónde váis?; ¿de dónde venís, y á qué convento camináis?; mirándome á mí con mucha curiosidad, que me dió cuidado, y abajando el rostro me fuí apartando de la conversación, porque no me preguntara algo y diéramos con todo en tierra. Como me vió apartar tuvo ocasión para preguntar: ¿quién es aquel mozo que va subiendo la cuesta?; á lo que respondió el que había tomado la mano: *señor, es un novicio de nuestro convento;* él entonces me llamó, con que me hallé atajado por no saber la lengua griega, y sin reparar en el futuro daño comencé á correr por la cuesta arriba, y el de á caballo fué tras mí y me atropelló, cayendo en el suelo medio muerto, y él entonces llamó á su gente, y llegando todos me ataron las manos atrás, con que me hallé en segundo cautiverio, por haber conocido el perro no ser fraile, y entonces lloré amargamente el poco agradecimiento á las mercedes recibidas de Dios, considerando que quizás se servía su majestad de que me quedase en uno de aquellos monasterios á hacer penitencia de mis pecados, que me había estorbado el amor de mi patria y padres, y que por no haberlo hecho padecía los presentes trabajos. En conclusión, yo quedé preso, y mis compañeros así como vieron que me habían atado las manos echaron á huír y se escondieron en la espesura del monte, y cuando acudieron á prenderlos, ya no parecían, que fué particular merced de Dios, porque si los cogieran sucediera gran ruina sobre todos los conventos que me habían amparado, porque á poder de tormentos habían de confesar de plano, que aunque es verdad que quedaba

yo que podía dar cuenta de todo, fué Dios servido darme palabras equívocas para las preguntas que me hizo, que la primera fué: *¡perro!, di quién eres, si no quieres que te corte la cabeza;* yo me tardé algo en responder, considerando la respuesta, por no acabar de rematarme, y él dijo: *ea, éste es espía;* yo al punto que lo entendí tuve por mejor declararme que no que me tuvieran por espía, porque por lo primero era menor el daño, y por lo segundo me podían empalar, y así dije: *yo te diré la verdad;* y entonces le conté cómo era cautivo, y el modo que tuve para engañar al guardián; él dijo con mucha cólera: *¡miren el perro qué presto se hizo fraile!;* y quitándome el bonetillo de la cabeza me le tornaba á encajar, haciendo mofa de mí; á todo lo dicho callaba yo con mucha humildad. Mas me preguntó quiénes eran los frailes que venían conmigo, y de qué convento; yo dije que no los conocía, con que se irritó diciendo: *pues ¡perro!, ¿vienen contigo y no los conoces?;* yo le repliqué: *no los conozco porque en aquellos algodonares los encontré y se vinieron conmigo pensando que era fraile;* él añadió: *pues ¿cómo dijo el compañero que eras novicio de su convento?;* yo dije: *dírialo burlando;* él con con más cólera me preguntó: *¿quién te dió ese hábito?;* yo respondí que había encontrado en Negroponte un monje solo en una ermita y me le había dado de limosna, y como le respondía á todo á propósito y con desenfado se ahorcaba, diciendo: *¡que quiera este perro negar lo que yo veo tan claro!;* luego me preguntó: *¿quién era tu amo?;* yo que le entendí el pensamiento, para que no tuviera modo de volverme á él le dije que un turco de Argel que había venido á Costantinopla con una galera, y que á la vuelta encontró el armada en Negroponte, y se puso á despalmar con ella

y de allí me había huido, y que no tenía dueño en aquellos países, porque ya mi amo estaría en Argel, y así él me tuviera por su esclavo de allí adelante. Con esta respuesta se halló rendido y dijo: *esto es cansarse en balde, porque pienso que si más le pregunto me ha de volver loco, por lo cual llevémosle donde á tormentos dirá la verdad.* Con esta resolución me echaron delante, atadas las manos, yendo mi corazón reventando en el pecho, viendo cuán poco duran los placeres humanos, pues con cada sol que sale mudan estado todas las cosas criadas, trayendo á la memoria que no había veinte y cuatro horas que me había visto en tanta seguridad, y que ya me vía cautivo, expuesto á padecer los tormentos que me quisieran dar, si bien iba con propósito firmísimo de no descubrir cosa por donde viniese daño á los conventos donde me habían amparado y dado ayuda para huír el fiero rigor de los turcos, que si no lo había conseguido era por la gravedad de mis culpas y pecados.

CAPITULO VII

DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL CAMINO CON LOS QUE LE CAUTIVARON

Sin ninguna esperanza de cobrar mi perdida libertad, fuí caminando con mi nuevo amo, yendo á cada paso alejándome más del cabo de Mayna, puerto de mí tan deseado; en fin, me llevaba á la vista, y yo, desmayado y triste, me engolfé en el mar de mi presente cautiverio, donde tantos naufragios me esperaban, y con la multitud de las penas se encontraban en el pecho las lágrimas, sin poder exhalar por los ojos parte de su humor, porque así como si un vaso de agua se volcara de golpe no se derramará, así mis lágrimas, como querían salir de tropel, se estorbaban á la puerta para más tormento deste infelice. Así caminé un rato que me pareció un siglo, con la abundancia de consideraciones que por todas partes me acosaban; pero cuando más desconsolado me juzgué y falto de remedio, entró de por medio la mano poderosa de Dios con su acostumbrada misericordia (que nunca da más trabajos de los que un hombre puede llevar, repartiendo sin límites los favores); fué, pues, el caso, que el turco que iba á mula tenía un hermano cautivo en Malta más había de cuatro años, y como sabia sentir la falta de libertad, dijo: *ahora bien, dejemos ir libre á este pobre cautivo, que si Dios le lleva á puerto de claridad*,

podrá ser que haga bien á un hermano que ha tantos días que lloro su libertad; el otro respondió: *no le tengo de soltar, porque si acaso se viniese á saber me le han de hacer pagar, cuando bien libre;* replicó el de á mula: *pues ¿quién podrá decirlo, supuesto que estamos en este monte donde nadie parece?;* el de á caballo añadió: *no puede hacerse lo que pides, porque como hay paredes que oyen, habrá pinos que hablen; fuera de que estos griegos, en la primera ocasión que hallen, darán cuenta sólo por hacerme mal.* Yo iba con cuidado á su plática; ellos se encogieron de hombros, dando muestras que no se atrevían á hablar (que no es cordura donde los amos platican den su parecer los criados sin ser llamados para ello); últimamente, el que me había comenzado á ayudar le dijo con desgarro español, con ademán francés, con valor romano, con ligereza italiana, con porfía de aragonés, con sutileza inglesa, con flamenca cortesía, con veneciana prudencia, con sufrimiento tudesco, con ginovesa industria, con pensamiento alemán, con hidalguía troyana y con castellana firmeza: *¿qué fama venimos á sacar de prender á este desdichado?; ¿qué gloria se sigue de perseguir al desvalido?; ¿qué nombre se alcanza de impedille los pasos al que su estrella ayuda? ea, dejémosle, porque si hacemos lo contrario, lo perdemos todo y libertándole conseguiremos fama, gloria y nombre de piadosos y magnánimos;* en fin, tanto le dijo que le ablandó, parando su fiereza en preguntarme si tenía dineros; yo le dije que no tenía más de cien ásperos, poco más ó menos, y que para satisfacerse me desatasen y verían cómo no tenía más; que yo quisiera tener seis mil cequíes para servirles, aunque era corta recompensa en premio de la merced que me hacían. Con esto me des-

ataron, y viendo que decía verdad dijo el de á caballo: *esos guárdalos para ti, que no quiero escurecer con quitártelos la fama que gano en ponerte en libertad, y así te libro por amor de mi compañero, que has tenido en él buen padrino, el cual tiene en Malta cautivo un hermano suyo, y con él otro turco de nuestro lugar, y te dejo con condición que has de hacer juramento que si llegares á tierra de cristianos has de ir á Malta y hacerles bien.* Yo, como vi se iba mejorando mi fortuna, me alenté y dije que haría todos cuantos juramentos quisiese; á lo cual me dijo el de á caballo: *toma una pizarra de ese campo y escribirás los nombres de los cautivos, porque no te se pasen de la memoria;* yo obedecí; y vi que el uno se llamaba Melliguxaban, y el otro Hibrahin de Axo, y los que me prendieron, el de á caballo Mahamet, y el otro Ruxep, y escritos los cuatro nombres con la punta de un puñal hice juramento á su satisfacción, por la necesidad en que me vía, si bien con ánimo de cumplille si tuviese ocasión para ello. Acabada la promesa desnudó el alfanje y amenazando los seis griegos hizo juramento que si alguno descubría lo que habían visto les había de quitar la vida á todos, y haciéndolos arrodillar juraron de guardar secreto. Después de todas estas solenidades me dijo: *mira que cumplas lo menos, pues yo he hecho lo más por ti, y guárdate de andar de día, porque si otros te prenden, quizás no tendrán hermanos cautivos y te quedarás cautivo sin remedio.* Con todas estas circunstancias me soltaron, sin dejar de dar gracias al autor de todo lo criado por haberme librado de manos de aquellos enemigos. Suceso que temo ha de padecer para con el vulgo descréditos, pero para con los prudentes conseguirá alabanzas y envidia honrada; y caminando en bus-

ca del convento de Panaya, que quiere decir Nuestra Señora, que tiene su asiento en lo alto de la sierra, llegué á él á boca de noche y entré en una humilde iglesia donde estaban dos monjes, de nueve solos que tenía el monasterio, y pareciéndoles fraile dijo el uno: *seáis bienvenido, padre; ¿de qué convento sois, y adónde se endereza vuestro viaje?;* yo respondí: *aunque en el hábito soy monje, no en la profesión, porque soy un pobre cautivo que se valió deste sayal para librarse de sus enemigos;* él replicó: *pues ¿cómo has tenido atrevimiento de llegar hasta aquí?;* yo respondí que por venir siempre apartado del camino; á lo que él añadió: *¿has encontrado dos turcos y seis griegos que pasaron por este convento esta tarde, y guiaban por el camino que vienes?;* yo dije que sí; y que al tiempo de bajar la cuesta me había escondido y pasaron adelante sin reparar en mí; con esta respuesta se aseguraron y me recibieron, porque si supieran lo que me pasó con ellos, no me ampararan de ningún modo. Toda aquella noche y el día siguiente me detuve en Panaya, satisfaciendo á mil preguntas que me hacían los monjes, así de mi tierra, como de todos los señoríos del rey de España, que Dios mantenga muchos años para defensa de la fe católica, quedando maravillados del poder y fuerzas del español león, y después me dijo el abad: *hijo, mirad lo que pretendéis hacer de vuestra vida, que yo no os puedo esconder, porque es este monasterio tan corto que si vienen turcos de un lugar que dista poco de nosotros, cuyo nombre es Melligu, que los más días pasan por aquí, corre mucho riesgo nuestra vida y vuestra libertad; así, dad un remedio, que aunque yo os dijera muchos, no me parece serán tan agudos como los vuestros, porque estáis en necesidad tan urgente, en la*

cual los más botos ingenios se avivan; yo dije: *viendo la merced que V. R. me hace, y que es imposible encubrirme, sólo le pido que me dé un kaloryo que me acompañe hasta donde mandare, que será para irme acercando al cabo de Mayna, que desde allí seguro tengo mi partido.* El viejo dijo que de buena gana, y ya cuando daba el sol el último paso al ocaso, me dió un lego mozo y robusto como un roble, y despidiéndonos de todos fuimos caminando hasta entrar en Melligu, de donde eran los turcos que me prendieron, y pasando por el lugar se paraba á hablar con sus compañeros y amigos; yo, como llevaba pendiente el alma de un hilo, no hacía sino tirarle de la capa para que abreviara; en fin, más tarde de lo que yo deseaba salimos del lugar, y caminando con brío, á media noche encontramos un convento pequeño, que si bien me acuerdo se llamaba Ayonicola, y llamando á la portería pidió al portero nos diese algo que comer, y nos dió un poco de pan basto y unas hojas de cebollas ó puerros; con este regalo pasamos adelante, caminando por encumbradas montañas pobladas de espesas hayas, y por el camino mucho helecho, y ya cuando comenzaba á reír el alba llegamos junto á una cabaña de pastores turcos, y los perros del ganado salieron á nosotros embistiéndonos como leones desatados, de tal suerte que lo fué escaparnos de sus dientes, porque con los garrotes y pedradas no nos podíamos defender, á cuyo estruendo despertaron los pastores, y pensando que éramos ladrones comenzaron á seguirnos tirando piedras con las hondas, que nos atormentaban los oídos los pajaritos que silbaban por el aire; el kaloryo, viendo el pleito en mal estado, y que nos iban alcanzando de cuenta, dijo: *sígueme;* y comenzó á correr que volaba; yo, que no era cojo ni

tullido, fuí tras de él corriendo por la cuesta abajo, yéndonos dando alcance los perros por una parte, y por otra las terribles pedradas de los turcos, de modo que por todas partes nos acosaban, pero no me fué tan bien á mí que no saliese señalado de la refriega, porque me alcanzó una pedrada en las espaldas que si diera un palmo más arriba me quitaría los deseos de ver mi patria, juntamente con la vida. Yo no me acobardé por lo referido, antes avivé el paso aunque me faltaba el aliento, y seguí al compañero hasta que se cansaron de perseguirnos, más de una hora, que fué evidente milagro salir vivos de sus manos, y el compañero me dijo: *Diego, ¿qué tienes que parece que vienes malo?;* yo respondí: *alcanzóme una pedrada en las espaldas, que al parecer me ha quebrado las costillas;* él se lastimó mucho y replicó: *no te dé cuidado, que de presto llegaremos á un lugar donde no hay turcos, y te curaré, y confía en Dios que no ha de ser nada;* yo dije: *por amor de Dios que nos sentemos un poco, que no puedo pasar adelante.* El, compadecido, se sentó procurando animarme, de que tenía tanta necesidad como ahora para empezar el siguiente capítulo.

CAPITULO VIII

LLEGA EL AUCTOR AL CABO DE MAYNA, Y OTROS SUCESOS

Media hora, poco más, estuvimos descansando de la pasada tormenta, sin poder sosegar un punto del dolor de las espaldas, que no me podía enderezar, y el kaloryo dijo: *si te parece caminemos, que mientras más tarde se diere el remedio para el golpe, más te ha de atormentar;* con esto nos pusimos en pie y antes que saliese el luciente planeta del cuarto cielo llegamos al deseado lugar, y mi compañero se abalanzó á él sin recelarse de persona viviente, y á poco trecho paró á la puerta de una casa, y llamando se asomó el huésped, que era conocido suyo, y dijo: *aguarde, padre, que ya bajo;* y no pasó un instante cuando ya estaba franca la entrada, y dándole cuenta del modo que yo venía, en el aire hizo una bizma de medicamentos calientes con que sentí refrigerio, y después de curarme nos dió de almorzar huevos con queso y uvas, con que cobré alientos, y sin deternernos salimos del pueblo y con gran priesa comenzamos á caminar en busca de un olivar que estaba lejos del referido lugar, porque gastamos todo el día, hasta ausentarse el sol, que le descubrimos, y dijo el lego: *estate aquí escondido mientras doy la vuelta, porque quiero ver si hay turcos en el monasterio de Ayozarandas;* yo obedecí y estuve

cosa de dos horas cansado de esperar, considerando cuán grande flema tienen los que esperan al Mesías, causa que bastara ella sola á no guardar la ley de Moisén. En fin, volvió á boca de noche y me llevó al convento, donde el Plemathycos me recibió con mucho gusto y agrado, y abrazándome me acariciaba de modo que era imposible no venir tantos favores de la mano del Criador, á quien no di tantas alabanzas como debía, y aquella noche nos regalaron, diciéndome el abad: *hijo, ¿queréis quedaros en este convento algunos días, ó pasar adelante?;* yo con las más humildes razones que pudo hallar mi corto y estéril ingenio, le agradecí el mucho bien que me hacía no habiéndole servido en cosa alguna, y le informé de mis intentos, que no eran otros sino llegar al cabo de Mayna, que desde allí estaba mas fácil mi libertad, diciéndole que por amor de las angustias y sobresaltos que padeció la virgen María al pie de la cruz, virgen antes del parto, virgen en el parto, y virgen después del parto, y siempre pura y entera, verdad por qué perderé mil vidas que tenga, se sirviera de darme algún compañero que me encaminase, porque el que había venido en mi compañía se había vuelto á su convento; él lo prometió sin poner dificultades como en los demás monasterios. En este de Ayozarandas, que quiere decir cuarenta santos (1), me detuve dos días descansando, y el abad no cumplía lo prometido, por lo cual me determiné á decirle cumpliese su palabra, con que hizo llamar un monje lego que tenía una hermana casada en la ciudad de Misistra, que distaba dos leguas de allí, dándole la orden que había de

(1) Αγιοι τεσσαράκοντα. La transcripción de Diego Galán prueba que éste no mentía al decir que ignoraba el idioma griego.

guardar. El monje sacó un caballo de albarda, y á boca de noche, ya que comenzaba á resfriar, subió en él, y yo á las ancas, y despidiéndonos del padre abad, en menos de dos horas me metió en la ciudad, sin excusarse de pasar por las calles públicas, donde había tiendas abiertas y luces, y á las puertas muchos turcos cantando y borracheando con mucho regocijo. Yo, que aún no me había olvidado de lo pasado en la subida de la sierra, iba temblando si me preguntaban algo, con que se había de descubrir la hilaza, por no saber la lengua griega, que á ser ladino en ella me excusara muchas pesadumbres; últimamente quiso Dios que no me preguntaran cosa alguna, y paramos á la puerta de la hermana del monje, y entrando en un aposento le dió cuenta á su cuñado de lo que pasaba, sin querer fiase de su hermana, por ser mujer, en quien no cabe un secreto; él, después de estar bien enterado en el caso, me dió de cenar y después de cenar me sacaron de la ciudad, yendo caminando por una campaña toda poblada de viñas, hasta que á más de media noche llegamos á las faldas de una excelsa montaña tan alta y encumbrada que si Nembrot tuviera noticia de ella, pudiera con mas facilidad fabricar la torre que pretendía atrevido, por tener andado la mitad del camino; y dejando el caballo atado á un árbol, todos tres subimos por una vereda angosta y áspera, y á la mitad de la sierra topamos un lugar corto que se llamaba Questone, donde no había más de tres casas de turcos, y todas las demás eran de griegos cristianos, y entrando en él llamaron á la puerta de un conocido ó pariente suyo, y después de haber abierto, le pidieron cuenta de lo que pasaba, diciendo lo que había de hacer de mí, dándole la orden que había de guardar para llevarme á otra parte, y dejándome es-

condido se despidieron de mí y se volvieron cada uno á su lugar. En éste estuve escondido todo el día, ya fuera de la compañía de monjes, porque se habían acabado los conventos en el de Ayozarandas, y á boca de tarde me dijo el griego á quien me habían encomendado: *vente conmigo;* y habiendo caminado lo más de la noche por montes y asperezas, llegamos á un llano donde había una huerta de un griego cristiano, que estaba plantada junto una fortaleza de turcos que se llama el castillo de Borna, y entrando en ella me dejó encomendado al hortelano, sin decirme la orden que le había dado, y aun pude agradecerle que se despidiera, porque era tan cerrado como lo referido. En fin, él se despidió quedando yo con el hortelano solo y pensativo, por no saber en qué había de parar tanto silencio, y como no tenía con quien hablar me eché á dormir sobre una arca lo restante de la noche, que era bien poco, y con el sobresalto desperté luego que fué de día, con cuya luz descubrí la fortaleza, teniendo con su vista gran sobresalto, porque como no conocía la condición del hortelano estaba considerando y diciendo entre mí: ¡Válgame Dios! si por mis graves pecados este griego me entregara á mis enemigos, cuán en balde hubiera pasado los trabajos pretéritos, siendo como la galera que á vista del puerto se va á pique, habiendo surcado tantos golfos de peligros; en fin, si él quisiera pudiera entregarme á los turcos, que en todo el día no cesaban de venir á la huerta, unos por hortalizas, y otros á pasearse, todo lo cual lo estaba registrando desde un cañizo donde me tenía oculto mi huésped, oyendo todo lo que hablaban, que no era cosa de importancia ni en contra mía. Todo lo más del día estuve en la huerta luchando con mil miedos, hasta que á

puestas del sol me dijo el nuevo compañero: *dame el dinero en que quedastes concertado*; yo quedé absorto con la petición, porque no sabía que se le hubiese de dar nada, y me vinieron mil consideraciones si acaso me pedía más de lo que alcanzaba mi caudal, que si Dios hubiera permitido que los turcos que me prendieron, me quitaran los cien ásperos que tenía, me hallara muy atajado, y pudiera ser que el hortelano no hiciera lo que hizo, que al parecer no era yo el primer cautivo que había él librado por dinero; delito que si se le probara le empalaran vivo sin remedio; finalmente, saqué la bolsa con los cien ásperos y le dije: *ves aquí todo el dinero que traigo;* y él contó los cincuenta, y me volvió los demás, diciendo: *guarda éstos para tus necesidades, que yo me contento con solo cincuenta,* y guardando el dinero tomó un cantarillo y dijo: *sígueme;* y saliendo de la huerta comenzamos á caminar por una vereda angosta á vista de la fortaleza, que los turcos nos miraban curiosidad que les perdonara, y en poco tiempo pasamos una montaña encumbrada y al cabo de media noche descubrimos un lugar pequeño que era el primero de los rebelados del cabo de Mayna, y á la entrada de él dijo: *ya estás en salvo*. No puede explicarse con palabras el gozo que recibí con tal nueva, que era para mí verme libre de penalidades, que verdaderamente temí mi fin, porque así como una repentina pena causa la muerte, desa suerte priva de la vida un placer no esperado, que si no me detuviera en entregarme del todo al alborozo fuera posible venirme un gran daño. A media noche, pues, entramos en el lugar, y llamando á una casa de gente conocida abrieron y nos estuvimos en ella hasta que fué de día, sin poder reposar en toda la noche, de contento, no cesando de dar

gracias á Dios por haberme sacado de peligros tan notorios, y pidiéndole favor para adelante, confiado de veras que me había de ayudar, porque no hay más gusto para Dios(digámoslo así)como que un pecadorle pida cada día nuevos auxilios y favores; luego que amaneció dijo el hortelano: *ahora bien te puedes ir libre donde fuere tu gusto;* y llenando el cantarillo de aceite volvió á su huerta, quedando yo con la libertad deseada, sin necesidad de compañía; y después de un día que me detuve en el lugar salí para irme acercando á los más rebelados, no pareciéndome estar seguro en aquel sitio, porque estaba lejos de Puratocualla, que es el puerto donde suelen llegar navíos de cristianos, y en viendo la ocasión embarcarme en uno de ellos, y así salí del referido lugar otro día por la mañana después de haberme informado del camino, para otro, donde llegué aquella tarde, y andando paseándome por la plaza con mi vestido de fraile, dí ocasión á un griego viejo para preguntarme quién era, que desde que le ví me causó respeto; yo lo referí por extenso todo lo que me había pasado desde el día que comencé mi fuga, historia con que se holgó mucho, alegrándose con mis buenos sucesos y entristeciéndose con los adversos, que era lo que me animaba más viendo el gusto con que me atendía; acabada la plática me dijo: *hijo, según lo que habéis visto y referido no estáis bien en este lugar, y así os aconsejo que os vayáis á otro que se llama el Pirgo, donde tiene su casa un griego muy hombre de bien y rico, á quien respetan en toda esta serranía, y amparándoos de él podéis estar seguro de que nadie os ofenda, hasta que halléis ocasión de embarcaros.* Yo temé su consejo, juzgando que algún ángel hablaba en la boca de aquel griego, pues me alumbraba sin conocerme

de lo que tanto me importó (como diré en su lugar) y luego sin tardanza me despedí del buen viejo, y caminando en busca del lugar, dentro de día y medio llegué al Pirgo, que quiere decir la torre, y preguntando por Grigorachi me enseñaron su casa, que era opulenta, y á un lado de ella estaba labrada una fuerte torre, de donde se derivó el llamarse la torre aquel lugar; yo entré en la casa del griego y le hablé diciendo que había tenido noticia de la gran piedad que con todos usaba, porque tenía nombre por toda aquella comarca, y que me habían informado de su magnánima condición, y así le suplicaba me amparase, contándole toda mi historia, de que recibió contento, y dijo: *estese vm. en mi casa, que no le ha de faltar la comida mientras halle orden para embarcarse, aunque se detenga dos años;* yo le agradecí la merced con las rudas palabras de mi ingenio bronco, y me quedé en su compañía esperando pasaje para venir á mi amada patria.

CAPITULO IX

DE LA VIDA Y COSTUMBRES DE LOS MORADORES DE AQUELLA SERRANÍA

Si es verdad, como es cierto, ser deleite contar en tranquilidad los naufragios de la pasada tormenta, y en la presente paz los riesgos de la guerra acerba, y en la no estimada salud, hasta perdida, los trances de la enfermedad padecida y experimentada. Agradable me ha de ser á mí agora referir mis trabajos en este sosiego, que puesto que no puedo afirmar que estoy exento de ellos, con todo eso, según son de muchos y grandes, puedo asegurar que estoy muy aliviado, que es condición de la suerte aumentar los bienes cuando empiezan, que parecen que se enlazan unos de otros sin esperarse el fin, y los males por el mesmo consiguiente. Los trabajos que he padecido hasta el presente día tengo por sin duda han llegado á la cumbre de mi rigurosa fortuna, y que es forzoso ir bajando, por no tener más que subir que el último escalón, que es la muerte, que cuando no sucede puede esperarse la mudanza, no de mal á mal, ni de penalidad á penalidad, sino de mal á bien, y de bien á más bien y descanso, y en este en que estoy, aun con mi propia inclinación de ver mundo (precisa ocasión de mis acaecidos años) me promete y asegura que tengo de al-

canzar nombre de los más felices que se hallen; y así, con este dichoso pensamiento digo que quedé aposentado en el lugar del Pirgo en casa de Grigorachi, libre ya por entonces de mis contrarios y enemigos, donde supe que este griego tenía dos hijas de no mal parecer, aunque serranas, y que también tenía en su casa á su nuera, muy bien vestida, por ser de damasco, que puedo asegurar que no había en toda aquella serranía otro vestido como el referido, porque era natural de Calamata, lugar de turcos, é hija de un griego muy rico, vasallo del Gran Turco; también tenía por huésped un hombre de armas, albanés, que servía á los venecianos en la isla de Candia, y por mandado de su capitán había pasado de aquella ciudad á la rebelada sierra, y amparándose de Grigorachi, hurtaba caballos en la tierra de turcos más cercana á aquellas montañas. Demás de lo referido tenía un sacerdote griego, natural de la isla del Zerico, de la señoría de Venecia, que estaba cumpliendo dos años de destierro por una pendencia que había tenido en su tierra; su nombre era Nicolás, y su morada la torre referida, en la cual me aposentaron á mí, siendo los dos grandes amigos, y preguntándome mi nombre dije ser el de Joan, que es lo propio que en griego Ianí, por desmentir espías si acaso me venían buscando. La torre era labrada de piedra tosca, sin género de cal ni otra argamasa, más de una piedra sobre otra, con trabazón, de modo que unas asían en las otras, y á este modo están todas las casas del pueblo, y en lugar de techo, atravesados unos robles, y encima de ellos cantidad de ramas, con que está más fuerte y seguro que los tejados de España, porque mientras más llueve más se condensan y aprietan, de suerte que no cae gotera, aunque se desgajen las nubes,

y en todas las casas tienen silos guardados y ocultos en mitad de los patios, tan bien disimuladas las bocas que es imposible echarse de ver, adonde ocultan todos los muebles cuando sucede aportar galeras de turcos á aquellas costas, de que avisan las centinelas, y en sabiendo que echan gente en tierra tratan de guardar toda su hacienda y huyendo á la montaña dejan burlados á los turcos, que siempre se vuelven las manos vacías, y así ya los dejan como cosa perdida y de poco provecho. Su modo de vivir es como salvajes y bárbaros, pretendiendo cada uno ser más que el otro, sin tener justicia que los gobierne, ni concierte en sus pleitos, sino cada cual se venga de su enemigo á fuego y sangre, sin temer castigo por su delito; tampoco saben leer ni escribir si no es algún sacerdote que ha estado en tierra de turcos, el cual les administra los sacramentos, en que tiene poco trabajo, porque ellos más devoción tienen en robarse las haciendas unos á otros, en que emplean su cuidado, que no en frecuentar los sacramentos, y si acaso entre los poderosos hay agravios se vengan juntándose muchos, y cercando la casa del enemigo, matan todos sus criados y amigos juntamente con él, á fuer de Cataluña, y nombrando capitán le obedecen cuando les da gusto, y así los ricos como los poderosos visten sayal tosco y calzan albarcas, sin haber entre ellos oficiales, que las malas armas que tienen no se les debe á su habilidad, sino á algunos navíos de mercaderes que llegan á aquel paraje, con los cuales hacen trueco dando ellos carneros, gallinas y codornices, de que tienen abundancia, por espadas mohosas y lanzones decrépitos, estimando en mucho cualquiera alhaja de éstas que llega á sus manos. El modo de cazar las codornices es gracioso, porque salen de noche con linter-

nas ocultas y van echando redes en circuito de las matas donde se recogen, y en pareciéndoles estar bien cercadas sacan la luz, y ellas por huír se enlazan de suerte que las cogen á manos; luego las traen á casa á cargas y las salan en pellejos de animales, donde se conservan frescas veinte y treinta días, hasta que llegan navíos de turcos ó cristianos con quienes hacen los truecos que tengo referidos. Los hombres desta sierra son para poco, si bien las mujeres trabajan como esclavas, porque toda la noche están moliendo el trigo en unos molinillos de mano, que por allá no los hay ni de viento ni de agua, y en amaneciendo Dios se levantan á hacer las haciendas caseras; luego toman su azada y van á cavar, y otras á arar con un par de bueyes; otras, que no tienen labranza, van al monte por leña y la traen á cuestas, y si tienen hijos los llevan á la ida atados á las espaldas, y hilando lino, y á la vuelta los traen atados por los pechos, y el haz á las espaldas, y también hilando, pero para alivio de sus trabajos van descalzas de pie y de pierna, y con todos estos disgustos viven tan contentas y alegres que jamás se conoce en ellas el pesar por materia de trabajos personales, y son tan bárbaras que dicen que no dejarían aquella vida por los humanos tesoros, porque en sacándolas de su natural enfermarían; y afanando continuamente están gordas y con gusto, porque el autor de la naturaleza no da á nadie más penalidades de las que puede tolerar, y si acaso nos parece alguna vez ser demasiados nuestros infortunios y que no podemos romper por ellos, nos engañamos, porque tenemos un Dios tan manso y apacible que siempre nos alivia los pesares en medio de ellos, como hizo conmigo ayudándome en la fuga para pasarlos, que fueron más en un año y quince días que tardé

en llegar á mi patria, que los que padecí en diez años de esclavitud. En fin, quiso Dios que trabase amistad con Grigorachi, lo cual conseguido granjeé las voluntades de su mujer, nuera y hijas, juntamente con la de su hijo, sacerdote y hombre de armas, cuyo nombre era Federico, de suerte que en toda la casa no había quien me deseara mal, antes procuraban todos darme gusto, que en todas ocasiones es la mayor fullería para ganar voluntades ser cortés y de buena condición, que lo demás es perderse. En el tiempo, pues, que estuve en esta serranía, á poco más de quince días llegado aportó á aquel pueblo un griego que se llamaba Pablo, que era natural de la isla de Candia, desde la cual había ido á Italia y embarcándose en una fragata llegó de vuelta hasta la isla del Zante junto á la cual les dieron caza con el bergantín de aquella villa, y huyendo de él saltaron en tierra y se fueron cada cual por su parte confiados en la lengua, y él llegó á aquel lugar una tarde, harto, mal parado, y trabó amistad conmigo, prometiéndome contar su vida en lengua italiana, que sabía expertamente, lo cual fué de mucho alivio para mí, porque comunicaba con él mis pretensiones, y él campaba debajo de mi protección, porque fuera de no costarle blanca la comida, echamos fama que era cautivo fugitivo que venía huyendo de tierra de turcos á ampararse á aquella serranía, porque si acaso llegásemos á Venecia no se descubriera ser cosario ni compañero, porque como tienen paces con el Turco hicieron ley de ahorcar al capitán de la galera juntamente con todos los oficiales, y á los soldados echar en galeras para siempre; que se ejecuta con tanto rigor, como diré á su tiempo, y así me pidió por amor de Dios que no le descubriera, causa porque hacía cuanto le manda-

ba; al fin lo pasábamos alegremente, y yo aprendí muchos vocablos de lo griego vulgar de aquella sierra, con que me podía bandear. Pero como quiera que los humanos bienes nunca vienen cumplidos, sucedió que una de las hijas de Grigorachi se enamoró de mi persona, en que mostró su mal gusto y bárbara condición, de lo que no recibí ni placer ni pesar, por parecer voluntad honesta de ambas partes, que no me atreviera yo á otra cosa por no ser ingrato á quien tanto bien hacía por mí, siendo como otro Teseo en burlar á los Termos y á cuanto sabía Medea, además que miraba á Dios en primer lugar; finalmente, la doncella, no cesaba de regalarme, y á mi parecer su fin era casarse conmigo, cosa que supe de su boca, lo cual no me estaba bien, y ansí me fué fuerza entretenerla con palabras que llevaba mal porque el ciego Dios le había herido con su acostumbrada fuerza, y viendo el poco caso que hacía de su amor, un día que todos los de casa estaban fuera y nosotros dos solos, asentándose junto á mí me dijo estas razones envueltas entre algunas lágrimas: *¿qué hay que dudar, español, de mi vida, sino que ya en tu imaginación habrás condenado este atrevimiento, no ajustado, por cierto, al natural honesto tan ajeno en nosotras?; pero por la propia causa debes agradecer el despreciarle por ti, dueño de mi albedrío; tú lo ocasionastes con tu talle, y tú con tus descuidos añadistes leña al fuego que me abrasa; ten lástima de mí, pues por ti no tengo compasión de mi alma;* razones que extrañé en aquella rústica pastorcilla, y entonces conocí ser Dios el cieguecillo, pues hacia tales milagros, pero como estaban en mí tan presentes los padecidos trabajos la dije: *Paraschi* (que este era su nombre), *aunque mi buena dicha es la mejor que nunca tuvo hombre, to-*

davia gloria tan grande y de que mi humilde pecho se conoce incapaz, no puede dejar de templarse conociendo que to propio que has dicho ha de ser causa para carecer de lu vista; este es mi último parecer, abrázale ó obligarasme á que deje tu casa; aquí llegaba mi respuesta cuando escuchando mi dama la desigual salida á su propósito se quedó medio muerta, y dijo: *¿qué es esto que te escucho, ingrato dueño mío?; ¿es posible que sea tuyo el desprecio que en ti miro tan ajeno de tu generosa condición y de tu verde edad tan ajena?; ¿tan largas canas peino?; ¿tan poco apetecibles son diez y siete años?; finalmente, debe ser estimado en tan poco mi sujeto, mal conforme tu lucido talle con tu tibia respuesta; si eres sabio y discreto, ¿por qué pones mi salud á tan gran riesgo?; si eres cortes, ¿por qué no estimas á quien te adora?; mira, señor, que me muero; fácil es el remedio, y crueldad el negármele; oiga yo sola una palabra de tu boca que me consuele, y quizá templaré el impaciente fuego de que me veo vencida; por cierto, loca pasión de un demasiado amor.* Así llorando, concluyó sus razones la muy enamorada y hermosa Paraschi, y yo viendo costarme tan poco el entretenerla la dije: no entiendas que estoy tan desconocido á tus favores que no los desee, pero es fuerza ausentarme á ver á mis padres, y quedarte tú desconsolada y más airada y enojada conmigo, y quiero más perder este momentáneo gusto que tu gracia y amor, porque quiero volver rico de joyas y vestidos para celebrar nuestras bodas, viniendo más enamorado por no haber conseguido el fruto de mi amor, y para que entre tus dulces brazos goce y beba el néctar de tus labios con quietud y sosiego. Con estas razones la aseguré (que la más discreta mujer es más fácil de engañar); en fin, la entretuve todo el

tiempo que estuve en el pueblo, conservándome en paz con los de la casa, y procurando no quedarme otra vez solo con ella por impedir ocasiones (en las cuales el más santo y sagaz pierde los estribos de su entendimiento) juzgando no ser lícito que cual otro Jasón dejase burlada á la bella Adriana (1) de que no se me podía seguir buen viaje en el camino venidero, por las maldiciones que era fuerza caerme, pues la dejaba burlada si conseguía mi apetito, duro verdugo de tantas honras como han perecido á sus manos.

(1) Muy flojo estaba Diego Galán en Mitología griega, pues confunde á Jasón con Teseo, que abandonó á la hija de Minos, Ariadna.

CAPITULO X

DE EN LO QUE SE ENTRETENÍA EN AQUELLA SERRANÍA, Y OTROS SUCESOS

Hurtar el cuerpo á evidentes peligros y fuertes ocasiones, es el más eficaz remedio para vencerlas; pero las dificultades de los tiempos y contingencias de los hados dan muchas veces leyes á la naturaleza y nueva enseñanza á los vivientes. Así, aunque fuera muy acertado hacer ausencia de aquella serranía, por otra parte embarazos precisos la suspendieron y estorbaron mucho tiempo, lo uno por no haber embarcaciones, y lo otro porque aunque las hubiera, el temporal contrario no daba lugar para salir del puerto. Viendo, pues, que se dilataba mi venida, hube de llevarlo en paciencia, gastando los días y las noches en compañía de mi amigo Pablo y del padre Nicolás, á quien algunas viudas los más días daban á decir misas por las almas de sus difuntos, sirviendo yo de monacillo que llevaba á la iglesia, que era muy pobre y humilde, todos los ornamentos necesarios para su celebración; porque lo primero que nos daba la que la mandaba decir eran tres panes, uno floreado, más albo que la nieve, y los otros dos morenos; del primero se sa-

caba la forma para consagrar, y los otros dos los dejaba guardados en la torre para comer, y en el camino de la iglesia avisaba á algunos viejos y viejas que eran devotos de misa, porque estaba la iglesia fuera del lugar y no tenía esquilón con que hacer señal á misa; hechas esras diligencias, en llegando á la ermita se revestía el sacerdote y comenzaba su misa en esta forma: lo primero sacaba una lanceta y con ella partía una hijuela en triángulo de la miga del pan, y hacía el cáliz con agua y vino, como la Iglesia Romana acostumbra; luego se presignaba y decía la confesión, prosiguiendo con muchas oraciones deprecatorias, á las cuales yo respondía amén; después decía el prefacio en tono levantado, y acabado consagraba la hijuela, que ya tenía sobre la patena, y todo lo restante del pan que estaba sobre el altar en un canastillo quedaba bendito, y por la ceremonia que se usa en la Iglesia Romana de alzar la hostia y cáliz se ponía la patena sobre la cabeza, cubierta con el tafetán, teniéndola con la mano derecha, y en la izquierda el cáliz, y desta suerte daba una vuelta alrededor de la iglesia por de dentro, á modo de procesión, y todos se humillaban por tierra adorando al verdadero Dios y redemptor nuestro; acabada la procesión se volvía al altar y echaba la hijuela dentro del cáliz y consumía con una cucharita de plata, y después de haber purificado me daba el canastillo para que les fuese dando pedazos de pan á todas las personas que había en la iglesia, y mientras yo obedecía acababa la misa con muchas oraciones y ceremonias que por prolijidad paso en silencio y por ser cosa sabida en España; sólo diré que los más días me hartaba de pan bendito, porque es fuerza no quedar migaja de todo ello, y como los que oían la misa eran viejos con poco se con-

tentaban y cargaba sobre mí el consumir todo lo restante, cosa que no llevaba bien porque tal vez me ahitaba. En fin, se acababa la misa, y mientras que el sacerdote se desnudaba, salían á la puerta los que habían asistido al oficio divino y se sentaban en unos poyos que estaban hechos á propósito; luego salíamos nosotros, y la que daba la limosna de la misa me entregaba un canastillo lleno de trigo cocido, granos de granada y pasas, todo revuelto, y el sacerdote echaba la bendición, y tomando un puñado decía: *o Zeos hosteyo pryhyxo* (1); que quiere decir: *Dios haya misericordia del difunto por quien se ha dicho la misa.* Después de la colación me daban un jarro de vino, y con una medida pequeña lo iba repartiendo, primero al sacerdote y luego á todos los demás por su orden, y el clérigo decía: *o Zeos horeste*, que quiere decir: *alabado sea Dios;* y los demás glorificaban á Jesucristo con mucha humildad y bebían muy poco, y todo lo que sobraba, así del vino como de la colación, lo llevaba á casa y lo repartía entre todos, con que los tenía contentos y de mi parte para todo lo que les pedía; no obstante lo dicho, la mujer por cuya intención se decía la misa nos llevaba á comer á su casa aquel día, regalándonos como reyes, y no sabiendo qué placer nos hacer; por cierto, acción digna de loa y de envidia santa, pues nosotros con tener más obligación de honrar los sacerdotes, no sólo no lo hacemos, sino que hablamos con ellos de la propia suerte que si fueran nuestros iguales, habiendo tanta distancia de unos á otros como la hay del cielo á la tierra, porque las ma-

(1) Tomadas de viva voz estas palabras, y sin conocimiento del griego, no responden al verdadero texto de liturgia griega.

nos del sacerdote son cielo, por tener en ellas todos los días el cordero llagado que pasó por nosotros tantos tormentos, y porque nosotros somos tierra vil y cenagosa en quien se mantienen todos los vicios y pecados, y puede estar cierto cualquiera que no lo respetare como debe y como á Cristos, según lo dice el mesmo Cristo, que ha de padecer grandes trabajos en este mundo, y plega á Dios no se dilate el castigo para el otro, porque más le valiera no haber nacido, que nacer para condenarse; Dios no dé su amparo para servirle y obedecerle en sus santos mandamientos. En fin, nos regalaba en sumo grado la viuda, y algunas veces llevábamos con nosotros á Pablo, de que recibía yo mucho gusto, porque éramos grandes amigos y siempre le socorría con el pan que tenía de mampuesto en la torre, del que sobraba de las misas, sin faltarnos jamás el sustento en abundancia, con que se toleraban las aflicciones de estar fuera de nuestra patria, que aunque es verdad que estábamos libres, ¿qué hombre hay contento en su estado?; porque el pechero pretende ser hidalgo; el hidalgo, caballero; el caballero, título; el título, grande; el grande, rey; el rey, emperador, y el emperador, con ser el supremo señor del orbe, aun no está contento con su señorío, causa principal porque siempre haya tan sangrientas guerras entre los príncipes del mundo, debilitando sus fuerzas y dando mayor poder á los enemigos de la fe. Desta suerte pasaba mi vida cansado ya de estar entre aquellos mainotes y de aguardar ocasión para embarcarme; finalmente, todo aquel lugar estaba en pacífica unión y amistad, hasta que la fortuna, destruidora del descanso y quietud, ordenó que un día cuando más descuidados estábamos todos, viniese un griego dando alaridos y pi-

diendo á voces venganza de un agravio que le habían hecho en otro lugar que distaba una legua, cuyo nombre era el Ciego; venía todo ensangrentado del humor que vertía de una herida que traía en la cabeza; la cara y cuerpo cubierto de polvo, que parecía imagen de la muerte. Así como entró en el lugar le preguntaron la causa de su herida, á que respondió que no sabía más que de que sin ocasión le habían querido matar los mozos del otro lugar; y así como fué escuchada su respuesta, Grigorachi tomó la demanda por su cuenta, sin oír ambas á dos partes, que podría ser que el herido hubiese dado ocasión para ello, y poniéndolo por obra en un instante convocó más de cien hombres armados de malas armas, si bien de mucho valor, y haciendo una bandera de retales me honró con ella, diciendo que nadie con mayor causa merecía el título de alférez de su compañía como un español curtido en trabajos y penalidades; yo no rehusé el cargo, antes con las más corteses razones que pude le agradecí el favor y merced que me hacía, si bien por otra parte lo quisiera excusar, por ser guerra contra vecinos, aunque por ser lo merecían. Todo aquel día gastamos en poner la gente á uso de guerra, metiendo la guarda según y como había visto en tierra de turcos, y otro día á más de las nueve partimos del Pirgo, y marchando para el Ciego en menos de hora y media le descubrimos, sin estar prevenido al parecer de defensa, con lo cual nos animamos y entrando en él con mucha orden hallamos la casa del delincuente principal, que tuvo dicha en no estar dentro, y viendo Grigorachi que había hecho ausencia, se vengó en saquearle la casa y pegalla fuego por las cuatro partes, y saliendo al campo nos informamos de las viñas y olivares del desdichado,

todas las cuales se talaron cortándolas á raíz sin perdonar una vid, y ya que nos volvíamos al Pirgo encontramos dos pastores con más de trescientos carneros, y sabiendo ser del propio griego, mandó el capitán que se repartiesen entre los soldados, quedando muy ufanos de la hazaña, que bien mirado, más había sido vil venganza que valentía. En efecto, entramos triunfando con todos los despojos de la guerra, á la cual se había puesto fin en menos de cuatro horas, y viéndome Paraschi con la bandera se le aumentaron las llamas de su amor, procurando con más veras reducirme á obedecerla, si bien siempre la respondía lo que primero. Cuatro días estuvimos descansando de la jornada, y al cabo de ellos mandó Grigorachi á Federico que se tratase de salir á pecorea de caballos, y quedó determinado que á otro día se pusiese en ejecución; luego que amaneció me dijeron que me querían llevar consigo; yo lo rehusé poniéndoles por delante las recientes señales de mi cautiverio, y que no me convenía volver á ponerme en ocasión de la segunda prisión; ellos porfiaron y bien contra mi voluntad obedecí con señales alegres en el rostro por no enojar á mi dueño con tristezas, y partimos para Calamata, de donde era la nuera de Grigorachi, y llegando á la ciudad nos aposentó su consuegro, en cuya casa estuvimos dos días en convites, hallándose algunas veces en ellos turcos, de que no recibía ningún placer ni miedo, y á la última noche, estando cenando faltó el vino, y un turco que estaba convidado, sacando un bolsillo lleno de moneda dijo: vayan por vino; y como ya estaba medio privado de juicio por los brindis á menudo, no sintió que se le cayeron once cequíes, según después supe, los cuales puse en cobro, por ser grande la necesidad del cami-

no, pesándome que no fuesen muchos más, que todos eran necesarios para los grandes gastos del viaje. Acabada la cena también el turco acabó de caer, y fué menester que dos criados le llevasen á su casa; en fin, otro día por la mañana nos dió nuestro huésped una guía que nos llevó á una yeguada que distaba tres millas de la ciudad, donde atajamos seis yeguas y dos potros castizos, y sin aguardar más lances nos volvimos al cabo de Mayna con la presa, contentos del buen suceso, y de allí á pocos días se llegó el deseado de todos, porque aportó una barca grande de griegos al puerto de las Colichicias, los cuales eran de la isla de Candia, que venían á cargar bellota de roble, para curtir. Luego que llegó avisaron á Grigorachi, de las Colichicias, que son tres lugares de griegos, que en castellano significa las Calabazas, donde hay un puerto de mar, no muy seguro; en efecto, le avisaron cómo ya había venido aquella barca de la isla de Candia, señorío de Venecia, porque había encomendado á unos parientes suyos que tenía en aquellos lugares, que le diesen cuenta en habiendo alguna embarcación, y así como supo la venida de la barca, me dijo: ya tiene vm. pasaje; y avisó al arráez de ella que no se fuese sin avisar, porque tenía ciertos pasajeros que acomodar por orden de Federico; él, obedeciendo, respondió que lo haría, y yo di cuenta de ello á Pablo mi amigo y al padre Nicolás, el cual se determinó de pasar por haber ya cumplido su destierro, y Federico ordenó de enviar con ellos á su capitán los dos potros que habíamos hurtado. Luego nos dió cartas Grigorachi para sus parientes, y partiendo los tres á las Colichicias ó Calabazas nos valimos de su favor y fuimos á hablar al patrón de la barca, pidiéndole encarecidamente se sir-

viera de pasarnos á Candia; él dijo que de muy buena gana, y que bastaba mandárselo Grigorachi para no poner duda en ello. Con este buen despacho nos volvimos al lugar á despedirnos de nuestros amigos y bienhechores, donde nos detuvimos quince días por saber que la barca venía despacio; en fin, se pasó el tiempo, y cuando llegamos á despedirnos de la mujer é hijos de Grigorachi fué mucho el sentimiento de todos, y más el de Paraschi, que es imposible referir con palabras las lágrimas que vertía; luego entendí yo su enfermedad, temeroso de que no se le revistiese el demonio en el cuerpo y por mis pecados me levantara algún falso testimonio con que fuera imposible partir de aquel lugar, porque el padre era honrado y me había de hacer casar ó matarme, que todo era uno, aunque yo no la decía nada. En efecto, mi alma estaba con mil ahogos, dándome saltos el corazón, y viendo el llanto su padre, con algún género de enojo le preguntó la causa, y yo aguardaba la sentencia de mi vida, ó mi muerte; pero algún ángel movió sus labios, porque respondió que su llanto era por la ausencia del padre Nicolás; con esta respuesta me aseguré, resucitando de muerto á vivo, y comencé á dar en mi corazón infinitas gracias al redemptor del mundo por las mercedes recibidas y por los inmensos favores que á cada paso repartía con este miserable pecador, desconocido á tantos bienes como había recibido de su poderosa mano en el discurso de mi vida; finalmente, partimos con mucho gozo, quedando Paraschi con algún género de esperanza de volverme á ver antes de muchos días, la cual se le acabaría con mi tardanza y por fuerza se consolaría, porque la mujer de más firme amor, no habiendo de por medio matrimonio, ó prendas ú obligacio-

nes honrosas (como es cierto que no las había entre mí y Paraschi, porque siempre procuré excusarlas) en pasando un mes ó dos, á lo más, luego se olvidan del sujeto amado, no acordándose dél, como si en jamás le hubieran visto ni comunicado.

CAPITULO XI

PARTE DIEGO GALÁN CON SUS COMPAÑEROS PARA LA ISLA DE CANDIA

Llegóse, pues, el día de despedirnos, y con él los agradecimientos del hospedaje, y puestos en el camino del puerto caminamos alegres de ver cumplidos nuestros deseos, porque estábamos hartos de esperar hubiese orden de salir de aquella serranía, condición humana desechar hoy con enfado lo que apetecemos antes de conseguirlo y lo que ayer nos agradaba; en efecto, partimos de ella á los treinta del mes de Enero del año de nuestra redempción mil y seiscientos, y llegando al mar, cuando pensamos comenzar nuestro viaje, vimos que se dilataba por los vientos contrarios que nos impedían la salida del puerto, y llegando á la barca no nos quiso recibir el patrón hasta que llegase el día forzoso, y aunque el padre Nicolás se lo rogó, no consintió más de que él se quedase á dormir, y que nosotros buscásemos nuestro remedio, cosa que hubimos de obedecer, no dando en el pensamiento del marinero, ni por qué causa usaba tal crueldad con nosotros; mas como la necesidad obliga á lo que no pensamos, tuvimos paciencia por no enojarle, que no nos convenía, y así tratamos de buscar orden para guarecernos, que fué pasar todas las noches á una

isleta pequeña, que estaba apartada de tierra como un tiro de escopeta, dándonos el agua á la cintura, que nos traspasaba, pero el alivio que teníamos era juntar un montón de yerbas secas, y porque la barca no partiese sin nosotros dormíamos orillas del mar, sin más abrigo que el referido y unos malos vestidillos mojados, que parecía que dormíamos dentro del agua, porque en toda la noche se enjugaban, por ser por Febrero, cuando tiene más fuerzas el frío, por los muchos vientos que por entonces corren, y era tan estéril la isleta que aun no tenía de que encender un poco de lumbre con que pudiéramos aliviar tan grandes fríos, y entonces eché menos la mazmorra de Costantinopla, donde siquiera dormía enjuto y abrigado, conociendo que no hay mal por grande que parezca, que no tenga consuelo con otro mayor, con que nos consolamos considerando que por mucho que pasábamos, habría otros con mayores trabajos; Dios, por los dolores que padeció por nosotros, sea servido de recibir en descuento de mis culpas y pecados las malas noches que pasé en el discurso de ocho días que duró esta penalidad, y todo lo que experimenté en el discurso de mi jornada, que fueron tales que me parece mejor dejarlos á la consideración del discreto lector, que referirlos con palabras, porque por mucho que los encarezca quedaré corto en su narración. Al cabo, pues, de ocho días, calmaron los vientos y la barca estuvo en disposición de partir, y entonces nos dejaron entrar dentro, y vimos que estaba toda hasta los bordes de bellota de roble, menos un pedazo que estaba vacío hacia la proa, donde iban los dos potros que Federico enviaba á su capitán, que asistía en la ciudad de La Canea, fundada en la isla de Candia, llamada por otro nombre Creta, causa porque

los griegos nombran á los habitadores de ella créticos, y por otro nombre candiotas; finalmente, partimos del puerto á los siete de Febrero del año de mil y seiscientos, con vientos favorables que soplaban de parte de tierra, y apenas habíamos navegado dos leguas cuando se levantaron terribles olas y fortunosos vientos que nos obligaron volver á tierra; pero el mayor trabajo que nos vino fué no poder aportar á las Colichicias, sino que impedidos de los vientos dimos en tierra de turcos hacia la fortaleza de Varna, junto á la huerta donde estuve escondido; luchando con mi imaginación y viendo no tener remedio, procuramos entrar en una cala abrigada de los vientos, lo cual conseguimos con grande dificultad y trabajo. La tierra estaba toda poblada de encinares, donde vimos ganado de turcos, y los pastores eran griegos cristianos, y preguntándoles si estaba segura la tierra, dijeron que sí, porque no había en todo aquel distrito lugar de turcos más de la fortaleza de Varna, la cual distaba por tierra seis millas de aquel sitio; con estas buenas nuevas nos determinamos de tomar tierra, por la mucha seguridad, recibiéndonos los pastores con mucho gusto, y el padre Nicolás habló con ellos largo tiempo, y nos agasajaron con verdaderas muestras de cortesía, y conociendo que traíamos necesidad de sustento, nos dieron un carnero y un caldero de leche y nos llevaron á descansar á una ermita pequeña y muy antigua que estaba entre aquellos encinares y espesuras; en esta habitación nos recogimos del rigor de la noche, que ya comenzaba á aprisionar los sonoros arroyuelos con cristalinos grillos, y viendo tan buen aparejo para encender lumbre, en un instante acudimos, unos á matar el carnero, y otros á desgajar ramas para guisarlo, lo cual se hizo de presto,

porque fuera de los pasajeros salieron también tres marineros de la barca, y en mitad de la ermita tendimos nuestro rancho y comimos, en buena conformidad y gozo, parte de la carne y todo el caldero de leche, que nos sirvió de bebida, con tanto regocijo que afirmar puedo que había más de diez años que no sabía qué cosa era cenar sin sobresalto, como la presente noche; con esto nos tendimos en el suelo, durmiendo como en mullida y regalada cama, que en las necesidades no se repara en gollerías, porque es gran salsa para dormir el cansancio. En esta ermita nos detuvimos tres días, y sin temor de turcos, porque aunque nos vieran no nos habían de ofender, por ser los pastores y marineros vasallos, unos suyos, y otros de la señoría de Venecia, con quien tienen hechas paces, fuera de que como era invierno no parecía un alma. Los pastores no se olvidaron de nosotros, porque cada día nos proveían de mantenimiento, regalo que nos duró tres días, y el postrero de ellos, que me hallé á solas con Pablo, le dije estas razones: Días ha, amigo, que tengo deseo se ofrezca esta ocasión para que me cuentes tu historia, como me prometiste, y así te pido, supuesto que el tiempo da lugar, te sirvas de referirla; á lo que respondió: aunque sé que me ha de dar pena lo que me mandas, con todo eso me veo tan obligado de tus favores que aunque quisiera no pudiera dificultarlo, y así, sin pedirte atención (que en un discreto es excusado) comienzo mi historia en esta forma.

CAPITULO XII

DA CUENTA PABLO DE LOS SUCESOS DE SU VIDA

Mi nombre, como sabes, es Pablo; mi patria la isla de Candia, que es de la señoría de Venecia, á quien patrocina el muy poderoso rey de las Españas, opulenta de riquezas por los gruesos tratos y haciendas de sus poderosos hijos, madre de caballeros ilustres, en particular los de sus nombradas familias, cuyos honrosos apellidos son estimados en España, Flandes y en las demás partes del orbe. Esta isla, pues, es mi patria, con que he dicho ser madrastra para mí; en ella nací, en la ciudad de la Candia, de quien toma apellido la isla, de honrosos padres (permítamese alabarlos, que aunque es verdad que en propia boca está violentada la alabanza, en la ocasión presente es lícita, por no haber persona que loe sus merecimientos y nobleza), pluguiera á Dios que primero que saliera á gozar la luz del cielo me abortara mi madre, porque ¿de qué servicio es en el mundo un objeto de desdichas?; mi madre era virtuosa y hermosa, dificultad en mujer concurrir en un sujeto dos tan encontrados efectos; mi padre era travieso, y á pocos días que había yo aportado al naufragoso mar del mundo, murió á manos de su travesura y á fuerza de un puñal que le abrió en el pecho tres mortales heridas; me dejó huérfano de edad

de seis meses, yendo creciendo hasta los cuatro lustros de mi juventud; dicho se está el sentimiento de mi madre, pues le había faltado en edad tan tierna su muy querido esposo, si bien le quedó algún consuelo en mí, que me criaba con libertad de hijo de viuda rica, de suerte que á los veinte años de mi edad no había juego que ignorase, ni casa de dama que no visitase; en fin, mi vida y hacienda se gastaba en juegos y en mujeres; mirad qué buenos cimientos para que no cayera el edificio arruinado. No se tardó mucho tiempo mi desgracia (que siempre las desdichas vienen apresuradas, como despacio las felicidades); fué, pues, el caso, que un día que salí de casa acompañado de un amigo, quiso la fortuna que por la calle que íbamos viniese un león furioso que por descuido de un extranjero alarbe, ó surio, que le traía á enseñar por aquella isla para pasar su vida, se libró de las prisiones; ya llegaba el endemoniado bruto, rey de los animales criados por el Altísimo, á emparejar con unas casas principales que tenían su asiento en la misma calle, cuando salía dellas una bizarra dama acompañada de un anciano escudero, el cual, como viese al león, se acogió dentro, quedando la dama desmayada en mitad de la calle, asustada del no pensado lance; llegó á este tiempo el colérico bruto, y queriendo evitar su coraje fué tanta mi diligencia que revuelta la capa al brazo, llegué con tan buena dicha que me pude poner delante de la dama y con un puñal, dejándole primero hacer presa en la capa, romperle los pechos, y confieso que lo pasara mal si el otro mancebo amigo mío no llegara y le diera otra herida por las espaldas, con que impidió al animal la venganza. Limpiamos los puñales y acudimos juntos á consolar á la dama, que aun todavía se estaba privada de

sentido, y con un jarro de agua volvió en sí; conociendo los dueños de aquella acción, diónos las gracias por el favor recibido, y asimesmo licencia para que la acompañásemos hasta su casa, que distaba buen trecho, con que tuve ocasión de decirla con los ojos, ventanas del alma, las llamas y voraces efectos que en un punto había encendido su belleza en mi alma y albedrío. Era esta señora hija de un caballero anciano muy principal, natural de Palermo, que asistía en la isla de Candia á ciertos pleitos, fuera de ser muy hacendado, con que cualquiera se podía tener por muy dichoso en alcanzarla por mujer; después de haber llegado á su casa quiso saber quién había sido el libertador de su vida, y sabiendo ser yo quien me había atrevido á sustentar todo un cielo en mis brazos, me dijo que gustaría me diese á conocer á su padre para que me agradeciera favor tan á tiempo; yo se lo prometí, quedando absorto y no creyendo mi dicha, por mis pocos merecimientos, y despidiéndonos de ella salimos no hartos de alabar su belleza y discreción. Yo continué en servirla, sabiendo ser su nombre Julia, y el de su padre don Fernando, y con la comunicación vino á ser verdadero amor lo que al principio fué cortesía; en este estado pasaba los días esperando ocasión en que pedírsela á su padre, porque aunque Julia me animaba, yo, viendo no merecerla, no me atrevía por no oír en un no la sentencia de mi muerte, gozoso por entonces sólo en hablarla todas las noches por una reja (que la que se pretende para esposa no se ha de hablar sin impedimentos); pero la fortuna cansada de ayudarnos ordenó que un caballero llamado Leoncio la diese en festejar contra todo su gusto, y en pretenderla para esposa; Julia le desengañó diciéndole que no se cansase en lo comenzado,

porque no se había de casar contra su gusto. Esta determinación causó mortal ira en Leoncio, con que se determinó de pedírsela á su padre, que luego concedió, por ser este caballero muy noble, además de ser muy rico. Con esta esperanza dió en inquirir si tenía algún galán oculto, juzgándose ya dueño de aquella casa y del albedrío de Julia, con que todas las noches rondaba sus puertas, y una que estábamos los dos, Julia contándome el intento de nuestro enemigo, y yo celebrando las obsequias de mis muertas esperanzas, quiso la fortuna que Leoncio anduviese reconociendo la calle; yo á los principios no hice caso, pensando que sería otra persona, mas viendo que se paraba conocí ser mi competidor, y así la dije á Julia estas palabras: el último remedio, dueño mío, para salir de esperanzas, es que me des la mano de esposa para que yo pueda defenderte con más justa causa y obligación; ella obedeció y me dió la mano por la reja, en presencia de una criada, tercera en estos amores; al instante que nos dimos las manos fué tanto el valor que se infundió en mis venas que pidiéndola se retirase me arrimé al balcón aguardando á ver lo que hacía mi contrario, el cual llegó colérico diciendo: caballero, esa casa donde hablas tiene dueño; así, hacedme gusto de dejar el puesto, ó haré yo que le dejéis á cuchilladas; yo respondí: nadie en el mundo es señor desta casa sino es yo; así, procurad defenderos deste rayo de Marte; y metiendo mano, á los primeros lances cayeron en el suelo su valentía y soberbia, agonizando de una cruel estocada que le dieron mis celos; á este ruido salió Julia, y conociéndola, por ser la noche clara, la dije: mi desdicha, dulce esposa mía, ha permitido que te pierda al punto que te merecí; Leoncio mi competidor queda muerto de

una herida que le he dado; fuerza me es huír el peligro, que si acaso viene ronda es forzoso prenderme, con que se cerrarán de todo punto las esperanzas de gozarnos; y así, quédate con Dios, que te guarde, hasta que el tiempo mude de parecer en perseguirnos. Con esto nos despedimos ambos con lágrimas, prometiéndome Julia no olvidarme, pues para con Dios era su esposo; yo me fuí á mi casa y sin dar cuenta á mi madre abrí un escritorio y saqué mil escudos que hallé dentro, y caminando á la mar quiso mi suerte que hallé una galera del reino de Nápoles, en la cual me embarqué llevando conmigo todos mis pesares, y cuidadoso de mi esposa. En efecto, luego que salió la aurora partimos del puerto á toda priesa (que con el dinero todo se alcanza) y á poco más de dos horas que había que los vientos nos eran propicios, se levantó una mareta con tan empelladas olas, que casi nos vimos en los postreros tercios de la vida; con este fracaso me olvidé de mis desdichas, procurando salvarme, sólo porque no acabaran conmigo mis trabajos; la tormenta crecía, y con ella las voces de los marineros, y viendo el arráez el peligro, mandó, con parecer de los oficiales, que se cortase el árbol mayor, porque con el peso y vueltas no se abriera la galera; comenzóse la obra, y aunque se procuró que fuese con el recato posible intentando que fuese todo á un tiempo, no se ejecutó á tan bueno que no se cogiese debajo cinco hombres haciéndolos pedazos, lástima que nos robó el ánimo, y viendo que los mares porfiaban, nos dejamos llevar al gusto de las olas, hasta que á puestas del sol se sosegó algún tanto la tormenta, con que pudimos tomar tierra, dando gracias á Dios por el buen suceso. En aquella costa nos detuvimos cuatro días, aderezando los daños de la gale-

ra, y al cabo de ellos partimos con harta dificultad, luchando con las olas hasta que en pocos días descubrimos el puerto con mucho gusto de todos, y saltando en tierra me despedí de mis amigos y fuí á la ciudad de Nápoles, donde viví dos años, en cuyo tiempo le tuve de escribir á mi madre el lugar donde estaba y la desdicha porque me había ausentado; carta á que me respondió dándome mil quejas de que no la avisase al tiempo de mi partida, diciendo que ya lo había sabido y que mi esposa estaba firmísima en amarme, si bien los parientes del difunto andaban solícitos por saber de mí, y que ya se había procurado componer la muerte y que esperaba en Dios que todo tendría buen fin. No se puede exagerar el contento que me dieron estas nuevas, que fué en tanto extremo que me le conocieron mis amigos, que ya tenía muchos en aquella ciudad, y en particular quien más afecto puso en preguntarme la causa de mi alegría (que era nuevo en mí tenerla) fué uno cuyo nombre era Alejandro, así en el nombre como en el ánimo; yo le di cuenta de mis sucesos hasta aquel día, con que se holgó mucho, diciendo que no en balde desde el punto que me vió me había elegido por verdadero amigo. Aquí llegaba Pablo cuando cortó el hilo de la historia al oír que tocaban á leva, porque ya los mares se habían sosegado y los vientos eran bonacibles, y despidiéndonos de los pastores, agradecidos de la merced recibida, nos embarcamos contentos del buen temporal que daba muestras de duración y tranquila bonanza, llevando yo mil deseos de saber el fin de tantas máquinas como había dejado en bosquejo mi amigo, tratando por entonces sólo en acomodarnos para el viaje.

CAPITULO XIII

PASA TORMENTA EL AUCTOR EN EL VIAJE DE LA ISLA DEL ZERICO

Embarcamos, como dije en el capítulo antecedente, con mucha algazara y contento, por el buen temporal, y á cosa de las tres de la tarde partimos de aquel puerto, prometiéndonos próspero viaje con tan favorables vientos, y navegando poco menos de tres horas con bonanza nos anocheció en la mitad de un golfo de ochenta millas que fenece junto á la isla del Zerico, patria y cuna del padre Nicolás, que iba orgulloso por ser tan corto su camino, y así como se cubrió la tierra de tinieblas, se cubrieron también nuestros corazones de tristeza sin saber la causa de qué procedía, porque el mar estaba en leche y la barca navegaba sosegada y quieta; con todo eso no descansaban los corazones de todos, acordándonos del pasado peligro que tuvimos tres días antes en las Colichicias, y considerando que al presente, si se levantaba fortuna no podíamos volver en nosotros; y en particular quien más adivinó la borrasca fué el marinero, que dijo estas razones: menester habemos caminar con presteza, porque corremos riesgo, según yo veo. Con esto comenzamos á hacer diligencias para pasar el golfo con presteza, llenos de confusión y sobresalto, que no salió en vano, que nunca el corazón es traidor, porque habría como una hora

que se cerró la noche, cuando comenzó á soplar un poco de Nordeste con que se alborotaron las aguas, y las crizadas olas comenzaban á contrastar nuestra miserable barquilla, con tanto tesón, que muchas veces pasaban montañas de agua por junto á nosotros, dejando rociadas todas las jarcias, cosa que aunque acorbadaba el ánimo más desembarazado, no causó miedo á nuestro piloto, porque con mucha destreza cortaba las olas sacando la barquilla, nadando como un delfín, de entre las saladas espumas; no obstante lo referido, ya puede juzgar el lector el miedo que llevaríamos, porque lo uno era obscura la noche, y lo otro como la barca iba cargada, cada vez que se ladeaba era fuerza asirnos de las jarcias por no caer en la mar, donde acabaríamos con nuestros trabajos, que á veces se trastornaba de suerte que metía debajo del agua el borde de sotavento y parecía que ya estaba volcada; con esto tragábamos una muerte en cada vaivén y un susto en cada ola, y todo era votos y plegaria, cosa tan usada en tales lances. En efecto, fuimos navegando más de cuatro horas muy tristes y descontentos por ver que siempre se nos ofrecía tormenta impidiendo nuestros intentos; íbamos sin marineros bastantes para el peligro, y así, con poca esperanza de salvarnos, nos pareció más acertado dejarnos llevar del ímpetu de las aguas á lo que Dios quisiera hacer de nosotros, porque como era alta mar era imposible librarnos sin particular milagro; no pudimos efectuar este discurso que cogimos en tamaña turbación, porque á media noche se acabó de declarar el viento por Nordeste, con que quedaron los mares tan empellados y altos que ponía horror oirlos, acaecimiento que nos obligó á aligerar la barca, con tan poco acuerdo, que inadvertidamente arrojamos al mar el

corto bastimento que llevábamos, ¡tanto puede la turbacion y tanto el peligro de la vida!; pasóse aquella noche con mucha aflicción, esperando á cada ola el fin de tanta miseria, por parecernos que desde allí daríamos cuenta á Dios de nuestras culpas, y luego que amaneció descubrimos un estrecho que hacía el mar para entrar á la isla, y apenas embocamos por él cuando, llegando junto á un islote pequeño llamado la Dragonera, fueron tantas las olas, resistidas de las rocas, que pusieron la barca en tanto aprieto que ya nos dimos perdidos. Entonces acudimos con fervor á dar voces á Dios y á su bendita Madre, ciertos de que nos librarían del presente naufragio, y quiso la majestad divina, viendo nuestra fe y confianza (con la cual aun las olas del Bermejo mar se apartaron dando paso á los que con ella se abalanzaron á sus corrientes); en fin, permitió nuestro Salvador por la intercesión de María, Señora nuestra, que viniese una ola tan fuerte que nos embocó por el estrecho, saliendo de él á parte más anchurosa donde era menor la fortuna; con esto cobramos alientos, si bien por la boca de los mares salían tan crueles vientos Nordestes que nos hacían perder tierra, yendo muy afligidos, porque si nos apartábabamos de la costa nos engolfábamos en un golfo de más de trescientas leguas, con que era imposible dejar de perdernos, sin hallar reparo humano. Aquí comenzamos de nuevo á clamar á Dios, que fué servido de abrir los ojos al timonero para que no se desviase de la tierra de aquella isla, hasta que llegamos á echar áncoras á un abrigaño donde de todo punto se sosegó la tormenta, y así como vimos el buen suceso, saltamos en la barca pequeña Pablo, el padre Nicolás y yo, que aunque toda aquella comarca estaba despoblada de árboles y yerbas,

me pareció un paraíso, y abrazándola la besé muchas beses por ser la primera que pisaba de cristianos más había de diez años y medio; luego fuimos por tierra todos tres hasta el puerto de San Nicolás, donde hallamos dos saetías francesas cargadas de trigo, que estaban de partida para Francia, y aunque la ocasión era oportuna para librarme de lances en la mar, no me atreví á embarcar en una de ellas, por las grandes guerras que á este tiempo andaban entre Francia y España sobre que Enrique, rey de los franceses, se quería coronar por rey sin obedecer al Pontífice, lo cual no consiguió hasta que dió la obediencia al Papa; quien quisiere saber por extenso estas guerras y disensiones, vea al padre Mariana, que él le sacará de dudas en su *Historia general de España*, en la vida de Filipo tercero, en cuyo tiempo se apaciguaron las guerras á los primeros días de su reinado; en fin, llegamos al puerto, y preguntando á los marineros si vivía Felipe segundo, nuestro rey y monarca, nos respondieron cómo ya había pagado el tributo á la muerte, expirando á mano de mil enfermedades que le acabaron á los trece de Septiembre del año de mil y quinientos y noventa y ocho, habiendo vivido setenta y un años, edad á que no ha llegado ninguno de la casa de Austria; estas nuevas me dieron gran pena, por la falta que había de hacer un tan prudente y recto monarca. Reconocimos el puerto todos tres, el cual es despoblado, y los venecianos tienen sólo una fortaleza en aquella isla, y junto á ella un pueblo grande de griegos, y alrededor muchas aldehuelas abiertas y de poca defensa; de una de éstas era el padre Nicolás, en cuya compañía descansamos toda aquella mañana, y antes de medio día, yendo á la barca para proseguir nuestro viaje, el patrón no nos

quiso recibir, diciendo que no nos quería pasar á la isla de Candia porque no habíamos pagado el flete hasta la presente del Zerico; con este mal despacho nos despidió con cólera y rabia, y nosotros, viendo la poca caridad del patrón, dimos orden de dar cuenta de lo que pasaba al General de aquella isla, para lo cual acordamos que el padre Nicolás fuese con nosotros á la fortaleza donde asistía é intercediese ante el General; él dijo que de muy buena voluntad, y que pluviera á Dios estuviera en su mano nuestro pasaje, que entonces veríamos los quilates de su amor y voluntad, y así partimos á la fortaleza, y en llegando allá no nos quisieron dejar entrar dentro, y diciendo el padre Nicolás quién era, salió el General con su ropa á lo veneciano, y él le informó diciendo como éramos cautivos cristianos que habíamos pasado desde el cabo de Mayna hasta aquella isla, y que el patrón de la barca no nos quería pasar á Candia, por ser pobres, que siempre el menesteroso es desechado de todas las regiones del mundo sin que haya quien se duela de él, ignorando todos aquella sentencia antigua que dice: No perdonéis al rico por rico, alabándole sus acciones y palabras, ni menospreciéis al pobre por serlo, vituperando hasta sus pensamientos; porque si hacéis lo contrario, seréis tratados según vosotros lo hubiereis hecho con los pobres; en fin, digo que le suplicaba á su señoría le mandase nos pasase á la isla de Candia, porque aquella isla en que estábamos era poco pasajera, como mejor lo sabía su señoría, y que sería posible no aportar en todo un año embarcación, con que sería fuerza que pereciésemos por ser aquella isla pobre y necesitada. Estas y otras razones le dijo el padre Nicolás con gran gusto mío y de Pablo, que iba á mi sombra en achaque de cautivo fu-

gitivo, alabando con exageraciones cuerdas (que lo era él mucho) las discretas palabras de nuestro intercesor, que añadió le suplicaba pusiese alguna pena al patrón para que nos pasase donde tuviésemos más comodidad para el viaje. El General dijo que lo haría por ser cosa muy justa y puesta en razón, y me preguntó de dónde era yo; respondí que debía mi primero ser á España, y que mi compañero era natural de Italia, y que ambos habíamos cautivado juntos, juntos habíamos padecido unos propios trabajos, y que juntos nos habíamos huído de la armada de Zigala estando despalmando en Negroponte; que aunque parte de ello era mentira, en ocasiones es menester ardides para alentar los ánimos de los que nos han de hacer bien, fuera de que no viniendo por la mentira daño alguno á partes, importa poco urdir una patraña. Con esto quedó Pablo muy contento, y el General nos albergó en un almacén que estaba junto á la fortaleza y nos mandó dar á cada uno seis panecillos y veinte gacetas, que son unas monedas venecianas de poco valor, y nos dijo: vuélvanse al puerto vms., señores cautivos, y estense allí, que yo enviaré recados para que el patrón los reciba mal que le pese, que bien sabe que ha de obedecer mis órdenes. Así nos fuimos al puerto muy contentos, donde nos despedimos del padre Nicolás agradeciéndole la merced, y él dijo que le pesaba no hubiese tiempo para llevarnos á su casa y regalarnos; nosotros le recompensamos sus agradecimientos y ofertas, y asentándonos junto el mar, estuvimos aquella tarde hasta que á cosa de dos horas antes de anochecer vimos venir seis hombres, los dos con esposas y grillos, los otros cuatro de guarda; los dos, según supimos después, eran forzados que el General enviaba á la ciudad

de la Canea, remitidos al justicia mayor para que los castigase según su delito, y al punto que emparejaron con nosotros dijo uno de los que venían de guarda, que al parecer era alguacil: estén vms. en buen hora, que yo haré que los reciba el patrón, y así, vénganse con nosotros para que queden acomodados. Con esto entramos en la barca contra toda la voluntad del barquero, y el alguacil entregó los dos forzados, por autoridad de escribano; él los recibió poniéndolos á buen recaudo; luego le notificó un auto en que se contenían estas razones: Yo Sedonio Justiniano, Capitán general de la isla del Zerico, nombrado por la señoría de Venecia, á vos el patrón de aquesa barca mando que luego sin dilación recibáis en vuestra compañía á dos pasajeros que trajisteis desde el cabo de Mayna hasta esta presente isla, y además os mando que los llevéis sin costas de flete hasta la isla de Candia, porque así conviene para el servicio de la Señoría, porque como sabéis, llevan dos caballos que entregar al capitán que asiste en la ciudad de la Canea; así, sin replicar, obedeced este mandato so pena de la vida. Apenas se le notificó cuando á pesar suyo nos recibió prometiendo pasarnos á Candia, por ser fuerza, con que hizo gala de la necesidad, alegrándose por ver que de grado ú de pesar lo había de obedecer y llevarnos hasta Candia, isla tan deseada de nosotros.

CAPITULO XIV

EN QUE ACABA PABLO DE CONTAR SU HISTORIA

Lo restante de la tarde y toda la noche siguiente estuvimos en el puerto de San Nicolás aguardando bonanza, y yo, con el deseo de saber el fin de la relación que mi amigo me daba de su vida, le dije le suplicaba que me la acabase de contar, pues había oportuna ocasión; él, sin replicar, comenzó desta suerte: Si bien me acuerdo, ¡oh amigo mío!, dejé mi historia en la amistad que en Nápoles trabé con Alejandro, que fué muy estrecha, y así prosigo en lo que resta de esta forma: dos años, como dije el otro día, gasté en Nápoles, en ausencia de mi esposa y soledad sin su agradable vista, y con tu licencia tengo de decir los efectos que causa la soledad, que lo primero causa fuerte aliento á la tristeza, cruel daño á la imaginación, capital enemistad al riesgo, y al ánimo tormento impasable, de donde vengo á sacar que el que la apetece, ó se fastidia de la vida, ó no temió jamás el feo rostro de la muerte; en fin, pasaba mi vida en soledad, no por falta de amigos, que tenía muchos, sino por estar ausente de mi amada esposa, considerando y trayendo á la memoria mis pasados placeres y glorias perdidas. Y una tarde que estaba cercado de tristezas, á boca de noche, entró en casa mi amigo Alejandro, y pregun-

tándome si tenía aquella noche alguna ocupación precisa, le respondí que no, y que cuando la tuviera, primero era mi amistad que mi gusto; con esto me dijo: pues habéis de saber que esta noche he menester vuestro lado, porque voy á visitar cierta dama y pienso se ha de ofrecer algún disgusto. Yo no le respondí palabra más de coger mi espada y broquel y seguirle, y saliendo de casa anduvimos más de veinte barrios, y al cabo de media hora llegamos á una callejuela angosta donde, haciendo la seña, á una ventana baja salió la madama, dando la bienvenida á su dueño, estando yo reventando de ver con cuán tiernos arrullos se enamoraban los dos amantes. Pero como la fortuna es voluble, envidiosa destos amores ordenó unas cuchilladas en que yo y Alejandro mostramos valor (perdóneseme esta alabanza), pues herimos á los contrarios. Con esta ocasión nos fué fuerza retirarnos á casa, despidiéndose Alejandro de su dama, que quedaba culpando á su poca dicha, y á la mañana supimos cómo los heridos eran primo y hermano de la dama, y que éste ya había expirado, y el otro estaba para ello. Estas nuevas dieron determinación á Alejandro (para que en todo fuesen unas nuestras adversidades) de embarcarse en una galera que salía en corso de aquel reino hasta la isla de Zante; yo me animé de seguir sus pasos por ver si en mar sabía nuevas de mi patria, que había más de un año que no tenía carta, y juntando todo el dinero que pudimos nos embarcamos determinados á cualquier riesgo, con harto sentimiento de la dama de mi amigo, que con llantos nos adivinó lo que había de sucedernos. Cuatro días había que salimos de Nápoles sin encontrar barca ó galera enemiga, al cabo de los cuales topamos en las costas de Calabria una galera de tur-

cos, y determinados de embestirla, se puso la nuestra en orden de pelea; era capitán un caballero veneciano, el cual, no obstante las paces que tiene aquella señoría hechas con el Turco, la embistió con tan lindo brío que se vió muy apretada la galera contraria, que ya había conocido las armas venecianas, y peleaba con cólera de ver quebradas las paces, aunque sin culpa de la Señoría; dos horas se acañonearon las galeras sin conocerse ventaja de una ni otra parte, hasta que el artillero de la nuestra, cansado de batir la enemiga, disparó un tiro de crujía con tanta dicha que privó de la vida al arráez de la enemiga, muerte que quitó los ánimos á los contrarios, con que tuvimos lugar de aferrar y pasar á cuchillo todos los turcos, exceptuando y librando del remo treinta y cuatro cautivos, victoria que nos costó catorce soldados, y viendo que no había marineros para ambas, lo que se hizo fué pasar toda el artillería á la nuestra, para mayor defensa, con las vituallas y municiones de la enemiga, y á ella echarla á fondo, reservando una barca grande por si fuese necesaria en algún tiempo. Con este buen principio nos animamos prosiguiendo nuestro viaje á la referida isla, mas como quiera que los placeres humanos son vísperas de los disgustos, sucedió que una tarde, á boca de noche, se rizasen los mares y los delfines sacasen los pechos en señal de la futura tormenta, que no fué menos rigurosa que la que ayer padecimos, fracaso que nos alborotó en mucho grado, y procurando acercarnos á tierra no lo pudimos conseguir por los vientos contrarios (que al infeliz así en mar como en tierra le siguen sus desdichas); en fin, creció la borrasca y con ella el peligro de perdernos; todo era voces y promesas que pasado el peligro no se cumplen; éste se reconcilia-

ba con su enemigo, y aquél prometía meterse en religión; uno llamaba al santo ángel de su guarda, y otro invocaba á la serenísima reina de los Angeles; todo, en fin, era promesas y ruegos. Cerró la noche y con ella se perdieron del todo las esperanzas de salvarnos, y lo que más temíamos eran unas altas rocas que estaban junto á tierra, donde sin remedio nos habíamos de hacer pedazos si fuese nuestra desdicha tal que chocáramos con ellas, y queriendo echar áncoras, no se consiguió, con la mucha turbación, de modo que aprovechasen, porque se amarraron tan mal á la galera que al primer vaivén, con los recios vientos se arrancaron, con que de todo punto nos faltó el remedio para salir libres de aquel riesgo. Mientras más cerraba la noche más crueles se ponían las olas, levantándonos, unas veces á la región del fuego, que casi nos quemaban sus rayos, y los peces del mar se hablaban de paso con los de la celeste esfera, y sumergiéndonos otras en los profundos cóncavos del mar, donde nos parecía tener sepulcro nuestros miserables cuerpos. Así trabajamos con las aguas hasta media noche, en que tuvo la galera el fin que temimos tantas horas había, porque impelida de los aires Nordestes, embistió con las rocas, donde se hizo pedazos, sin salvarse de toda la gente que iba dentro, que serían más de doscientos y ochenta hombres, más de yo y otros diez y ocho marineros y soldados que nos perdonó la fortuna, guardándonos para mayor trabajo que la muerte, porque con ella salieron nuestros compañeros de tantas desdichas; en fin, salimos á tierra diez y nueve personas, unas nadando, por estar cerca el puerto, y otras abrazadas de las jarcias y tablones de la galera, donde estuvimos hasta la mañana, que descubrimos los destrozos de la rota

galera, y viendo que ninguno de los que se habían librado era mi amigo (á mí tan parecido, así en la causa de la ausencia como en padecer fortuna, si bien con mejor estrella que Alejandro) me arrojara á la mar á acompañarle, si no me lo impidiera por una parte el temor de Dios, y por otra la fuerza y razones de mis compañeros, que dijeron: ¿es posible, señor, que queráis que nos falte en vos nuestro amparo y defensa?; ¿dónde hemos de guiar nuestro viaje sin vuestra compañía?; ea, volved, volved en vos, advirtiendo que con la vida todo se alcanza, y con la muerte todo se pierde y se acaba. Con estas razones volví en mí, que verdaderemente el sentimiento me tenía privado de discurso, y agradeciéndoles el consuelo en mitad de tal desgracia, quiso la suerte, que no nos dejó de todo punto, que la barca que referí al principio habíamos traído por si se ofreciera, no se había anegado, cosa que nos importó no menos que la vida, antes se andaba fluctuando con las olas del ya apacible, si antes enojado mar, y conociendo ser toda aquella tierra embreñada y ser imposible sustentarnos, porque al parecer no había camino ni población alguna, dimos orden de conducir la dicha barca á la orilla, que después de mucho trabajo lo conseguimos, poniéndonos á todo riesgo por salir en ella de tantas soledades y desiertos, y ya que estuvo á la lengua del agua hicimos remos con las malas armas que cada uno había librado del naufragio, y con presteza en breve tiempo la pusimos á punto de navegar, ¡tal es el deseo de la mala vida!; y cogiendo algunos mantenimientos que la resaca arrojara á tierra, dentro de dos días estuvo el mar tranquilo y para caminar, y embarcándonos en ella pretendimos volvernos acercando á Calabria, lo cual no conseguimos

porque lo impedían los mares, siempre contrarios nuestros y enemigos de nuestras vidas, con que determinamos dejarnos llevar de las olas, sin remar, si no era hacia la región ó clima que dispusiesen las marítimas ondas. Desta suerte caminamos sin saber por dónde navegábamos, hasta que al cabo de poco tiempo que anduvimos derrotados llegamos á la isla del Zante, y pensando hallar alivio, topamos mayor peligro, porque con un galeón ó bergantín nos pretendieron dar caza, y conociendo que por cosarios, y los más naturales de Candia, que agravaba más el delito por las paces quebradas, nos habían de privar de las vidas, dimos orden de acercarnos á tierra, cosa que conseguimos, y saltando en ella cada uno guió por su parte, pretendiendo ser el primero en salvarse; yo escogí el camino del cabo de Mayna para ampararme en aquella rebelada sierra, por ir confiado en la lengua griega, donde llegué, como sabes, una tarde, y trabando amistad contigo, me has hecho tantos favores que no sé con qué pagarlos. Estos son mis sucesos, referidos con brevedad; mira si tengo razón de estar pensativo y triste, pues voy á mi patria sin saber el estado de mi proceso, y quizá pensando hallar en ella amparo toparé con el mayor peligro, si Dios, como padre de misericordias, no ordena y permite que ya esté concertada la muerte y perdonado mi delito.

CAPITULO XV

PARTEN EL AUCTOR Y SU COMPAÑERO DE LA ISLA DEL ZERICO PARA CANDIA

Gran gusto recibí con la relación de Pablo, si bien se mitigó el alegría con el pesar á que iba expuesto en llegando á su patria, si acaso los parientes del difunto, encontrándole, quisieran vengar su enojo, y viendo que ya era más de la media noche nos recogimos á descansar para el futuro viaje, que le comenzamos luego que el aurora dió aviso á los canoros pajarillos y arroyos muy rizados de que venía el luciente Febo á matizar los campos con sus rayos lucientes, dando nueva vida á las plantas y nuevo ser á los sembrados. Partiendo del puerto de la isla del Zerico para la de Candia, y caminando con algazara y gusto por estar tan cerca el deseado puerto, navegamos sin la menor señal de tormenta (que fué prodigio cansarse la fortuna de seguirnos y perseguirnos con una y otra borrasca), y á otro día por la tarde tomamos puerto en la de la Garbuza, que es la propia isla de Candia, donde vimos una fortaleza gallarda, fundada sobre un cerro muy alto y redondo, la cual tiene cuatro baluartes que rodean todas las subidas del cerro, todos labrados de cantería, y en medio de los lienzos de la muralla más de tres varas en ancho de fagina y tierra, con

que tendrán de ancho seis varas, y de alto diez, de suerte que es imposible que poder humano la conquiste si no es por hambre ó trato. Luego que saltamos en tierra Pablo y yo, llevados de la hermosa vista (que aunque es verdad que era natural de la isla no tenía noticias de tal fortaleza), nos fuimos acercando á la muralla, y diciendo ser dos cautivos pasajeros á España, que por parecernos aquella fortaleza la primera del orbe teníamos deseos de verla por dentro para alabarla en nuestra patria, nos dejaron entrar, y lo primero hicimos oración en la iglesia ó capilla de ella, que era curiosa, aunque pequeña, y como los venecianos (1) son ostentativos nos enseñaron las salas de armas, que eran muchas y muy lucidas, que verdaderamente es mucha grandeza; luego nos enseñaron el artillería de que estaba guarnecido el castillo, que era de piezas de bronce muy largas y que alcanzaban una milla las pelotas que escupían; pero lo que más admiración me causó fué la vista de tanto y tan lucido soldado de todas naciones, que gustan de servir á la Señoría porque paga bien y adelantado, una de las mayores diligencias para alcanzar grandes victorias, porque el soldado bien pagado se arriesga por su dueño á perder la vida, ganando fama de valeroso y osado, lo cual aunque se debe á su esfuerzo, se agradece á la puntualidad de la paga y socorro; y sabiendo el capitán del castillo que había extranjeros dentro, nos mandó llamar, y preguntando de qué tierra éramos, y á qué veníamos á Candia, yo respondí ser español, y mi compañero italiano, que veníamos huyendo de tierra de turcos; ya que le di cuenta de nuestros sucesos, con que se maravilló exagerando nuestra dicha

(1) En el ms., *venencianos*.

y encareciendo nuestro atrevimiento, que fué cierto su gusto, pues nos mandó dar á cada uno una ayuda de costa, mandando que saliésemos fuera de la fortaleza, á lo que replicamos fuese servido de dejarnos dentro aquella noche; él respondió que era imposible; que nos contentáramos con haber visto las grandezas del castillo, que no era corto favor, porque, según después supimos, es necesario para ello, porque no á todos se concede la entrada y franquea la puerta. Nosotros, visto no tenía remedio nuestra petición, obedecimos, saliendo de la torre, á cuyas puertas quiso Dios se hubiesen recogido unos pastores que guardaban un aprisco de ovejas y carneros de la fortaleza, y así como llegamos armaron su portátil cabaña á petición de Pablo, que los habló en griego, por serlo el mayoral y zagalejo, y empezó á meterles plática, con que nos quedamos aquella noche con ellos, acomodados mejor que imaginamos, por ser todo el puerto de la Garbuza despoblado. En compañía, pues, de los pastores, gastamos la noche, unas veces cantando y otras durmiendo, y luego que el luciente Delio ahuyentó las obscuras tinieblas de la noche, nos despedimos de los pastores, y sin aguardar á la barca, temerosos de alguna borrasca, por la continuación de los vientos grezales que siempre cursan en aquellos mares, pasamos un bajío de una milla que salía al camino principal de Candia, lo cual conseguimos después de haber dado cuenta al patrón de la barca de que queríamos pasar por tierra á la ciudad de Candia, patria de Pablo, y que en ella nos veríamos si Dios quería, por ir confiados en que mi compañero era natural de aquella isla y que hablaba muy bien griego, como nacido y criado en Candia, cabeza de aquella tierra, donde asistía su madre muy favorecida de

un caballero rico y principal cuyo nombre [era] si bien me acuerdo, Portalachidandalos, en el cual iba confiado que le había de amparar librándole de cualquier disgusto que le acaeciese por el cometido delito; en fin, él caminaba con esta confianza, con la cual anduvimos todo aquel día por las riberas del mar, pasando por algunas aldeas cortas, aunque fuertes, sin detenernos en ellas por abreviar el viaje, y á boca de noche, con cuyas tinieblas salen las nocturnas aves, llegamos á una aldehuela corta y cuitada, y entrando en la plaza el cura nos llamó, é informado de quiénes éramos, nos llevó á su casa, donde nos aposentó y regaló como reyes, no harto de preguntar, así de nuestra tierra como de Turquía, á que le satisfacía yo, y Pablo concedía, con que le dejamos suspenso, volviéndose loco de oír tales y tan grandes grandezas, diciendo que diera toda su hacienda por haber sido uno de nosotros y estar libre como lo estábamos. Allí pasamos la noche, y á la mañana nos despedimos del cura, agradecidos del buen hospedaje y voluntad, y saliendo del lugar caminamos toda la mañana hasta que á medio día llegamos á otro lugar mayor y más político que el primero, en el cual descansamos, y en el interin que estuvimos en él acertó á pasar por la puerta del mesón un fraile de la orden del seráfico padre San Francisco, serafín humano y varón divino; este religioso era napolitano, que según dijo venía de la tierra santa de Jerusalén, y llamándole llegó donde estábamos, y platicando de una en otra razón vino á decir que en la ciudad de la Canea había un convento de religiosos de su orden, advocación de San Salvador, y que en él asistía un religioso español de quien me podía favorecer y amparar todo el tiempo que asistiese en aquella ciudad; con esto se despidió, y nosotros

comenzamos á caminar con mucho trabajo, porque en todo el día cesó de llover en tanta abundancia que parecía que las nubes se habían bajado á la tierra, ó por mejor decir, que el mar se había subido á las nubes; tanta era la tempestad y tan formidable el diluvio; pero el consuelo que llevamos fué ir siguiendo unos arrieros que iban á la Canea, que no nos quisieron llevar hasta la ciudad, y así el remedio que teníamos para pasar los arroyos era asirnos á la cola de los machos, con que salíamos, aunque muy mojados. Con todos estos trabajos llegamos á la ciudad de la Canea sin tener hilacha de vestido enjuta en todo nuestro cuerpo, y para bien de estas penalidades dormimos aquella noche sobre un poyo de piedra que estaba en el portal de la casa del capitán, que le dimos cuenta de cómo venía ya la barca con los dos caballos que le enviaba Federico; en fin, no nos hospedó y nos hubimos de quedar en los poyos referidos, enjugándose la ropa en nosotros, y todo lo llevábamos bien por vernos en tierra de cristianos, resistiendo con la juventud tanto género de descomodidades y tanta caterva de desdichas, si bien en mi compañero reinaba todavía la melancolía por su delito. Allí dormimos toda la noche, y á la mañana nos despedimos, quedando de vernos todos los días en aquel mesmo sitio, y yo me fuí al convento de San Salvador, y preguntando por el lego español, salió á la portería, donde le di cuenta de mis trabajos, manifestando ser España mi patria, y que venía fugitivo de tierra de turcos, que sólo le suplicaba por merced y favor fuese servido de pedir al padre guardián diese su beneplácito para que durmiese en el pajar ó en el establo con el asnillo mientras hubiese orden de pasar á Candia; el buen fraile fué á pedirlo y vol-

vió con la licencia, diciendo que todas las noches me fuese á dormir al convento, que lo cumplí, dándome el religioso una manta de sayal con que abrigarme, donde di muchas gracias á Dios por las mercedes que me hacía en ofrecerme las pajas del jumentillo de San Francisco para que descansase en ellas estando segurísimo de cualquier daño. El buen padre protector mío era refitolero, con que tenía ocasión de socorrerme con lo que podía (que el amor de paisanos, y más en tierras extrañas, es grande cuando se encuentran dos de una nación, aunque no se hayan visto jamás y sean de tierras apartadas) y un día le pregunté me diese noticias de qué lugar era él; me respondió ser andaluz, natural de Jerez de los Caballeros; yo entonces me atreví á preguntarle, con corteses razones, me dijese la causa de estar en un convento tan apartado de su patria, que no sería pequeña, pues le había obligado á tan largo viaje á una nación tan extraña y en religión donde no había otro español; á esta pregunta respondió que no me podía decirla causa, por haber hecho juramento de callarla, y así no se lo mandase, ni quisiese saber más de que por una desgracia le había sido forzoso aportar á aquella isla huyendo de su patria, y que inspirado de Dios, que le avivó el entendimiento, había pedido el hábito de San Francisco por haber llegado con sus mocedades al templo del desengaño, conociendo ser aquel el verdadero camino para el cielo, donde estaba muy contento; que el cielo era para él aquella santa casa. Yo no le quise apretar más viendo su resolución (que nunca fuí amigo de saber más de aquello que me quieren decir de grado); sólo le agradecí con humildad la caridad que recibía de su piadosa mano. Así pasé todo el tiempo que estuve en la ciudad, yendo á dormir de no-

che al convento, y de día andaba con Pablo, que campaba entre los griegos contento y gozoso de vida que si durara era descansada, y todas las mañanas después de haber oído misa me asomaba á una galería que caía al puerto, á ver si estaba en él algún navío en que embarcarnos, que no aportó ninguno en más de quince días que nos detuvimos en la Canea, con que nos determinamos de pasar á Candia por tierra, adonde de continuo frecuentan más los navíos de todas naciones, así españoles como italianos, mallorquines, napolitanos, corsos, franceses y moscovitas, para lo cual nos despedimos Pablo de sus amigos, que ya tenía muchos, y yo del fraile, de quien había recibido tantos favores y caridades como tengo referido, y otro día á cosa de las nueve de la mañana partimos desta ciudad para Candia, en cuyo camino topamos muchos lugares, mas en ninguno nos detuvimos más tiempo que el que se gastaba en pedir limosna, para lo cual Pablo hablaba al cura suplicándole se sirviese de acompañarnos para que pidiésemos limosna en el lugar siendo nuestro padrino y protector, traza que nos valió muchos reales, porque todos daban en dar con la intercesión de su pastor. Desta suerte caminamos tres días, al cabo de los cuales entramos en una ciudad llamada Retymos, donde vimos una fortaleza con guarnición de soldados de todas naciones, y entre ellos vi uno que estaba jugando en el cuerpo de guarda, que al parecer era español, en el aire y desgarro, y con el deseo de ver si se engañaba la vista rogué á mi compañero se aguardase, y en acabando de jugar allegué y con mucha cortesía y urbanidad le pregunté de qué nación era, y él con desenfado respondió ser español, natural de Torrejón de Velasco; yo dije que era de Consuegra, con que me

abrazó estrechamente, holgándose de ver gente de su patria, porque está Consuegra no muy lejos de Torrejón, y dijo ser su nombre Felipe; que había salido de casa de sus padres y que en el viaje de Orán le cautivaron ocho galeras de Argel á él y otro mancebo de Consuegra, cuyo nombre era Diego; luego que me dijo estas palábras le pregunté en qué camino le había encontrado, y él respondió que en Sierra Morena, camino de Jaén, y habían partido juntos á ver la Santa Verónica, que la enseñan el día de Nuestra Señora de Agosto. Con esto acabé de conocer que era mi primer amigo, el que referí en el primer capítulo de mi historia, me había acompañado; con que le dije: ¿es posible que si vieras al mancebo que dices no le conocieras?; él replicó que había más de diez años que no le veía, y así sería imposible conocerle; yo entonces le dije: pues has de saber que soy yo el compañero de tus desdichas; y dándole señas bastantes me reconoció, y tornándole á echar los brazos me dijo: ¿es posible que después de tan larga ausencia nos hemos encontrado aquí?; me dió cuenta de su vida, que fué que después de estar cuatro años en Argel le rescataron los padres redemptores de la Santísima Trinidad, y que había escogido el hábito de soldado por no volver á su patria sin medra, que ya había comenzado siendo sargento de la gente que estaba en aquella fortaleza; yo también le referí mis trabajos y modo de librarme, con que recibió admiración y gusto, y casi por fuerza nos llevó en casa de su camarada, que era aragonés, casado con una escocesa de nación, la más bella hembra que vi en toda mi vida, ni espero ver, la cual había estado cautiva y nos contó su vida en pocas razones, reiterando cada uno los placeres; sólo Pablo callaba porque no había estado cau-

tivo, y lo que hacía era conceder todo lo que yo decía, por disimular fingiendo venir de cautiverio, porque si los señores venecianos conocieran ó supieran ser cosario, le ahorcaran aunque fuese caballero, como lo era, y por esta razón iba muy sujeto á mí porque no le descubriera, si bien yo no le vendía la necesidad, antes le animaba diciéndole que pues me conocía, no agraviase mi amistad con desconfianzas, cosa que agradeció mucho, prometiendo pagarme en algún tiempo, si la fortuna no le estorbaba, los favores que cada día recibía de mi mano, obras y palabras; en fin, mi antiguo amigo y compañero nos hospedó en casa de su camarada, regalándonos todo el tiempo que nos detuvimos en aquella ciudad, que fueron dos días, que no nos daba más lugar el deseo de llegar á Candia, ciudad tan deseada de nosotros por espacio de más de tres semanas que había que gastábamos los días en su camino, si bien ya faltaba poco para llegar al puerto deseado; en fin, nos detuvimos dos días en casa de mi verdadero amigo y camarada, haciéndosenos un instante, por la mucha voluntad con que fuimos hospedados, así de mi amigo como del aragonés y su mujer la escocesa, que todos juntos sintieron nuestra partida, deseosos que nos sucediera bien el viaje hasta llegar cada uno á su patria.

CAPITULO XVI

LLEGAN EL AUCTOR Y SU COMPAÑERO Á CANDIA, Y DE ALLÍ SE VUELVE SOLO Á LA CANEA

Dos días estuvimos en casa de mi amigo Felipe tratándonos con mucho regalo, en los cuales se llegó el tiempo conveniente y sereno para caminar, y estando ya apercebidos de algunas cosas para el viaje, tal como pan y un poquillo de dinero, partimos de la Canea á 23 del mes de Febrero de 1600, en demanda de la isla ó ciudad de Candia, donde llegamos después de cuatro días, si contentos y alegres, dígalo el que hubiere en esta relación leído nuestras desventuras y trabajos, y ahora en este capítulo nos considerase libres de tantos, al uno en su patria y al otro cerca de volver á su tierra (refugio único de las mayores desgracias); y entrando en la ciudad fuimos á la casa de Portalachidandalos, el caballero que favorecía á la madre de Pablo, y preguntando á un paje si estaba en casa respondió que no, porque había ido á oír misa; con esto hubimos de esperar á que viniese, en el portal, porque como nos vió mal trazados no nos ofreció sala en que aguardarle, con que conocí que á nadie se estima en el siglo presente si no es por el vestido; absurdo grande, pues el día de hoy casi todos los nobles y bien nacidos carecen de bienes de fortuna y hacienda,

por tenerla usurpada extranjeros y advenedizos, causa porque los naturales anden mendigando y sirviendo á quienes podían mandar. En conclusión, por estar mal vestidos aguardamos en el portal hasta que después de dos horas largas vino, y al punto que nos vió tan pobremente vestidos preguntó quiénes eramos, á lo que respondió Pablo: ¿es posible, señor, que no me conozca vuestra señoría por la falta de vestido y personal adorno, deslumbrándole mi desnudez el conocimiento de mi rostro, que es el propio que saqué de esta ciudad habrá tres años cuando salí de casa de mi madre Margarita (que este era su nombre) trayendo gran deseo de verla, por haber más de un año que cautivé, después de otros dos de ausencia con que se imposibilitó nuestra comunicación? Apenas oyó estas razones el caballero, cuando echándole los brazos al cuello comenzó á llorar diciendo: no sé, amigo, cómo decirte la caterva de desdichas que te están esperando; á lo que respondió Pablo: dígamelas vuestra señoría de presto, sin darme garrote con paréntesis; él añadió: pues has de saber lo primero que tu madre es muerta, pasando por el propio trance tu muy querida esposa; muertes con que se han apaciguado tus contrarios, por haber acabado con la una, y confiscado en la otra toda la hacienda que tenías, de modo que es imposible poderte sustentar sin trabajo inmenso y lacería extrema; además que los parientes del difunto, aunque están apartados de la querella, no tengo buen concepto de ellos de que no te han de perseguir, si bien confío en Dios que no te conocerán según vienes demudado y distraído, que esto puede uno y otro mal día. Esta información causó mortal tristeza á mi compañero, tanto que fué necesario que el caballero le animase ofreciéndole su hacienda, vida y

casa, donde le aposentaría juntamente conmigo hasta que se diese orden de la vida del uno y viaje del otro, cosa de mí tan deseada; ofrecimiento que alentó á mi buen amigo, animándose á salir por la ciudad á enseñarme las calles y edificios principales de ella, que confieso pasarlos en silencio por el temor con que escribo que se ha de poner, por ser tales, mucha duda en mi opinión, trabajo á que como yo lo estoy, se exponen todos los historiadores que describen cosas remotas y apartadas, que les parecen á algunos imposibles por no haber salido de las murallas de su patria, sin advertir que no está en lo corto de su noticia lo admirable que formó Dios en otras partes, causa porque paso en silencio algunas maravillas por temor de censuradores que desde lo seguro de su casa atalayan la tierra y navegan el mar, sin considerar que va mucho de la pintura y imaginación á la experiencia de tanta diversidad de maravillas. Desta suerte anduvimos por toda la ciudad, en cuyas calles Pablo encontraba muchos amigos á quienes no quería hablar hasta que es tuviesen asentados sus pleitos, si bien no se pudo excusar de algunos que le conocieron, abrazándole con mucho amor en muestras de su voluntad, con que conocimos que siempre después de las desdichas se siguen algunos placeres, siendo presagio una desgracia, de una felicidad, y al contrario, un gusto, de una pena; en fin, anduvimos lo restante de la mañana, y á medio día dimos vuelta á comer á casa del caballero, por cumplir y no despreciar su ofrecimiento, el cual nos llevó á una sala muy adornada de tapices y escritorios, sillas y taburetes de terciopelo carmesí con clavazón dorada; en mitad de la sala estaba la mesa, compuesta de saleros, cuchillos, tenedores y servilletas, todo muy curioso, y á un

lado de la sala el aparador con tanta cantidad de piezas de plata, así de fuentes como de brinquiños, vasos, salvillas, jarros y platos, de cada género siete ú ocho diferencias, que dudo que rey en el mundo coma con tanto aparato. Al punto que entramos nos mandó sentar, hallándome yo embarazado por verme con tan humilde vestido, que no acertaba á comer, de corrido, aunque el caballero era soltero que pudiera animarme; mas fué tan grande mi empacho que le dió ocasión á que me dijera: coma vmd., no lo deje de vergüenza; á lo cual respondí fuese servido mandar me diesen á comer aparte, lo uno porque no tenía merecimientos para tanta honra, y lo otro porque era indecente mi vestido para asistir á tan gran mesa, y así fuese servido no mandarme comer, que era dar que reír á sus criados; él replicó, como tan cortés caballero: vmd. no tiene razón de pedir lo que pide, porque yo me honro mucho de tener á mi mesa hombres que han pasado tanto género de trabajos en tierra de infieles, sustentando la fe en tan tiernos años como vmd. goza, fuera de que es obligación mía, como de todos, favorecer los cautivos honrados, y así hágame gusto de comer á mi mesa, que recibiré merced. Con estas palabras me fué forzoso obedecer su mandato, diciendo que más quería pasar vergüenza que parecer ingrato á tantos honores, y que en lo que tocaba á guardar la fe, se debían á Dios las gracias, y no á mí, que era un poco de barro, y como tal fácil de quebrar. Luego fué entrando la comida, que fué espléndida, y [de] sobremesa tuvimos largas pláticas, en las cuales le torné á suplicar me concediera la petición, y viendo mi porfía mandó al maestresala nos diese de comer aparte á mí y á Pablo, si bien en la antesala donde él comía, con tanto regalo como á su per-

sona, que lo hizo como le fué mandado, y como el tiempo era de Carnestolendas hubo grandes comidas y diferentes fiestas por toda la ciudad, porque en quince días dieron muestra y alarde veinte compañías de soldados que tiene la ciudad de guarnición, y en las plazas más principales de ella había palos ensebados con premios arriba, y los caballeros jugaban un día sortijas, otro cañas, otro estafermos y otras muchas diferencias de fiestas de entretenimiento muy lucidas, por serlo toda la gente de aquella isla. Quince días, pues, duraron las alegrías, uno de los cuales habló Pablo á unos amigos suyos, y no contento con lo pasado trataron de hacer una travesura, que fué cautivar una fragata de turcos que estaba en el puerto, la cual era de la isla de Rodas, que traía mercaderías á Candia con salvoconducto; la traza que daban para tomarla era embarcarse por pasajeros, y en el camino matar todos los turcos y volverse á Candia seguros de que se supiese, pues no había quien diese cuenta de lo sucedido. Todo esto supe después de la boca de Pablo, el cual me quiso persuadir que siguiese sus pasos; al punto que yo oí tal desacierto le dije estas razones: sin duda, Pablo, que los trabajos han perturbado tu claro ingenio, pues te determinas á tan gran riesgo; porque ¿quién ha de haber que se aventure á matar treinta turcos, siendo tus compañeros, como dices, no más de seis?; cosa casi imposible querer matar cada uno á un tiempo cinco enemigos, que es fuerza defenderse y ofenderos, por lo cual te ruego no vayas en su compañía añadiendo delito á delito, que yo no me atrevo á poner en ocasión de perder la libertad en una hora, habiéndome costado el conseguirla hasta el presente día más de seis meses, con trabajos que si los experimenta-

ras, aseguro no te pusieras en contingencia de segunda prisión. Estas palabras le dije, que no fueron bastantes á reducille, y así, determinado de hacer su gusto dijo: ¿para qué quiere la vida y libertad un hombre tan desdichado como yo?; vengan desdichas que me acaben, y penas que consuman la poca vida que me ha quedado. Yo le repliqué mirase no ser acción cristiana la que intentaba, porque más parecía desesperación que valor su determinación loca; y aquí le torné á persuadir que lo dejase, que no fué posible, con que le dije hiciese su gusto, que algún día se acordaría de mí y le pesaría no haber tomado mi consejo. Con esto nos despedimos, yéndose él á comenzar su locura, y yo tratando volverme á la Canea á aguardar ocasión para embarcarme por ser puerto más pasajero, para lo cual me despedí de Portalachidandalos, agradeciéndole con mucha cortesía la merced recibida de sus manos, sin haberle servido en cosa alguna, ni comunicado en todos los días de mi vida; y partiendo de Candia di la vuelta á la Canea, donde llegué en cuatro días, sin sucederme en el camino cosa de importancia, y pasando por la ciudad de Retymos, me tornó á regalar el amigo de Torrejón de Velasco, siendo Dios servido de que en todas partes me amparasen, para justificación de su justicia y confusión mía, pues no le he servido como debiera, teniendo obligación de hacerlo por los favores recibidos de su sacrosanta mano; su majestad, por quien es, no me juzgue según su justicia, sino según su misericordia, no mirando mi ingratitud; en fin, como digo, en cuatro días entré en la Canea, en cuyo puerto estaba una marsellana de Venecia (1) cargando

(1) En el ms., *Venencia*.

aceite, vino, naranjas y limón, frutos de que abunda aquella isla, careciendo de los demás. Luego que entré en la ciudad fuí á San Salvador á hablar al padre español dándole cuenta como ya había embarcación para Venecia, porque estaba en el puerto una marsellana, de que se holgó mucho y dijo: pues quédese vmd. en el convento hasta que parta, que no le faltará posada; yo le obedecí y me quedé, que era lo que yo quería, hasta que la marsellana salió rompiendo espumas y surcando golfos en demanda de Venecia.

CAPITULO XVII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ EN LOS DÍAS QUE SE DETUVO EN ESTA CIUDAD

En el convento de San Francisco me aposentó el religioso español, el cual me regaló veinte días que se tardó en partir la marsellana, y á otro día, luego que salió el sol por entre nubes y celajes azules, fuí al puerto, y entrando dentro de la marsellana me informé de los marineros del tiempo que se tardaría en empezar el viaje; respondieron que se tardaría en el puerto quince ó veinte días. Con esta información salí de ella y fuí á la casa del gobernador de la Canea, y pidiendo licencia para hablarle se me concedió, y entré en la sala donde asistía, diciendo que le suplicaba atento de ser cautivo español y que no tenía caudal para pagar el flete, mandase al patrón de la marsellana que estaba en el puerto, me llevase á Venecia, que en ello haría un gran servicio á Dios, de que podía esperar recompensa de la mano poderosa del Criador. Luego que el gobernador oyó estas razones, llevado de su natural piadoso y condición hidalga, escribió de su mano una póliza en que mandaba al patrón me llevase á Venecia sin pedirme costa ni flete, porque así convenía al servicio de la Señoría, de que se daría por bien servida, y luego lo selló con su sello, ru-

bricándola de su mano, y para que el patrón fuese notificado de su mandato envió un alabardero de su guarda que se lo notificase, pena de dos mil gacetas, que serán mil reales de España; el alabardero fué con mucho gusto, y en el camino me preguntó si había conocido en Costantinopla un cautivo que se llamaba Lucas González, natural de Sevilla, que era grande amigo suyo, y gustaría saber de su salud; yo le respondí que no le conocía, porque es tanta la multitud de cautivos que viven, ó por mejor decir, mueren en las cárceles y mazmorras de Turquía, que no hay número que los sume ni guarismo que los cuente, porque le puedo asegurar á vmd. que son más que todos los soldados que actualmente hoy sirven á todos los potentados del orbe. Con estas pláticas llegamos al mar y al punto le notificó al patrón la orden y póliza del gobernador, mandato que obedeció sin dilación, diciendo que tuviese cuidado de acudir dentro de quince días y que llevase la póliza, que sin réplica me embarcaría. Con este buen despacho me despedí de la guarda y fuí á San Salvador, donde di cuenta al religioso cómo ya tenía embarcación segura, de que se holgó mucho, yéndome socorriendo como de antes, además de recoger todos los pedazos de pan que sobraban al refectorio y los secó en el horno para dármelos á la partida porque llevase algún alivio, que al fin habiendo pan, aunque duro, se toleran y sufren mejor los trabajos de un viaje y navegación. Doce días habría que estaba en la Canea cuando una tarde á cosa de las cuatro, saliendo á pasearme por la ciudad, en la plaza mayor encontré á Pablo muy bien vestido, que según dijo le había adornado el caballero de Candia; así como le vi me llegué á él dándole la bienvenida, y holgándose mucho de encon-

trarme me echó los brazos al cuello, diciendo: ya yo te juzgaba, ¡oh amigo mío! camino de Venecia; pero mi dicha ha querido detenerte para que ambos juntos sigamos la derrota. Entonces le pregunté la causa de venir á aquella ciudad, á lo que él respondió que había considerado las dificultades que yo le dije, y que, arrepentido de tal disparate, había dejado el intento de alzarse con la fragata, si bien sus compañeros se habían embarcado determinados de hacer su gusto, y habría ocho días que salieron de Candia. Mucho me holgué de saber que hubiese dejado tan pernicioso intento para su libertad y vida, diciéndole: ¡cómo me huelgo, Pablo, que conozcas los deseos que tengo de servirte, en la consideración del consejo que te di habrá tres semanas, poco menos, que tú con tal desaire menospreciaste!; mas estoy contentísimo de tu desengaño; á esto respondió: ¿qué quieres, Diego?; que amigos obligan á que un hombre intente mil locuras y delitos; no digo yo esto de todos en general, porque los buenos y que verdaderamente se pueden llamar amigos, son corona y lauro de la amistad, espejos clarísimos que enmiendan los defectos en secreto, sin dar cuenta de ellos á nadie en público; son maestros destos que enseñan policía y discreción; y, finalmente, son despertadores que recuerdan el ingenio á apartarse de lo malo y seguir lo bueno; en fin, como digo, no digo yo esto por los amigos verdaderos, sino por aquellos que con capa de amistad los lisonjean en presencia, deshonrándolos en ausencia; aquellos que los incitan á venganzas y odios, diciendo ser cobarde un hombre si no se venga; aquellos que aconsejan delitos y atrocidades, sin atender ni considerar lo futuro, causa de que siempre se hallen atrás; aquellos que mientras dura el dinero esti-

man á su amigo, apartándose de él en viendo que no tiene que gastar; porque éstos con más justa causa se pueden llamar enemigos, sanguijuelas que chupan el dinero, ocasión de robos y maldades, causadores de deshonras, que no amigos verdaderos, corona de la amistad, espejos perfectos, maestros doctos y despertadores del entendimiento; destos, como digo, eran los que me aconsejaron robar la fragata, cosa que después me pesara á no haberme tú aconsejado lo que tan bien me estaba, de que te doy infinitas gracias por el bien recibido de tu condición generosa y magnánimo pecho. Yo entonces le dije: ¿y en qué grado de amistad me pones?; á lo que él respondió riéndose: en el que quisieres, que yo juzgo que será en el de verdadero amigo, pues lo has mostrado en tantas ocasiones y necesidades. En estas y otras pláticas gastamos la tarde, entre las cuales me dijo cómo el caballero le había dado aquel vestido, determinado de tenerle en su casa hasta ponerle en estado y modo de vivir, y que me hacía sabedor cómo ya estaba en paz con sus enemigos, porque lo había negociado el gobernador de aquella ciudad reduciéndolos con corteses razones, y más de padre y amigo que no de juez, tomándoles pleito homenaje de que no tomarían en ningún tiempo venganza del difunto pariente, muerto con causa tan justa; de que me holgué mucho y le pregunté: ¿pues á qué vas á Venecia?; él dijo que iba con licencia del caballero á ver en aquella isla á un hermano suyo que asistía en ella, y entonces advertí á lo que obliga una necesidad infame, pues había reducido á aquel caballero de rico á pobre, de pobre á desvalido y de desvalido á criado, acabando su pompa en el más triste estado del mundo, que es el servir un hombre habiendo mandado á muchos criados,

estando sujeto á lo que su amo y valedor gustan hacer por él; una de las mayores riendas para que no intentemos por vernos ricos temeridades ni delitos con que se pierda lo adquirido, obligándonos á ver en fortuna corta y estado infeliz; luego le di cuenta cómo ya tenía embarcación, diciéndole el modo, y él aunque llevaba dineros, temeroso de perderlos en el camino de la isla, por no saber en qué lugar asistía su hermano, procurando guardarlos, me rogó fuese con él al gobernador y le pidiese otra póliza para él, por ahorrarse el flete, última miseria á que reduce la desdicha á un ánimo noble y á una voluntad manirrota; en fin, yo obedecí de buena gana, informándole cómo también era esclavo fugitivo, y el buen caballero le dió despachos como á mí, con que quedamos acomodados y citados para dentro de ocho días que era cierta la partida de la marsellana. El día se llegó de presto, que no hay plazo que no se cumpla, ni cosa criada que no perezca temprano, aunque más dure, y yo me despedí del fraile, el cual me dió una talega grande de pan seco que tenía llegado, un queso, un cantarillo de aceite y otro de vinagre, con que me embarqué en compañía de mi amigo Pablo y de la de un capitán con cincuenta soldados que enviaba el gobernador al presidio de las Chafalónicas, que son de la señoría de Venecia; también se embarcó un cirujano griego que iba á la isla del Zante, de donde él era natural, y yendo todos con conformidad y gusto partimos del puerto en busca de Venecia.

CAPITULO XVIII

PARTEN EL AUCTOR Y SU COMPAÑERO PARA LA ISLA DE VENECIA

A los veinte y nueve de Marzo del año del nacimiento del Redemptor del mundo mil y seiscientos, partimos del puerto de la Canea para la isla de Venecia, viaje en que no nos fué propicia la fortuna, porque aún se estaban alborotadas las aguas con las resultas del invierno tenebroso; en fin, partimos sin aguardar más dilaciones, y navegando la vuelta de cabo de Espada nos sobrevino un viento tan furioso que nos obligó á querer volver al puerto de donde habíamos salido, en el cual no pudimos entrar por la contradicción de los vientos y fortunas contrarias (que siempre á los desdichados les sigue su estrella en todas partes), y como nosotros lo éramos en tanto extremo nos pareció que la borrasca se había levantado por nuestra ocasión, y fuera cierto, á nuestro parecer, que si nos arrojaran al mar se aplacara la tormenta y cesarían los vientos; finalmente, no pudimos entrar en el puerto porque los vientos de tierra nos impedían la entrada guiándonos al mar con tanto ímpetu y tesón que fué necesario que la marsellana ó navío amolase en popa navegando á gusto de las olas y de nuestra fortuna, como jinete que corre un caballo desbocado que le da carreras hasta cansarle y reducille, si no á las leyes del freno, á la

fuerza del cansancio; fué, pues, tanta la borrasca, que no pudimos tomar puerto en toda la isla de Candia, y últimamente, queriendo tomar en el de Espinalonga, que es el último desta isla, al revolver de una punta que hace al entrar en él, fueron tantos los huracanes que lo impedían, con los encontrados aires, que contrastaron el mísero navichuelo, trayéndolo cual pelota de una á otra parte, sacando el viento de tierra y volviendo el de la mar. Aquí el marinero comenzó á dar voces diciendo: perdidos somos si Dios no lo remedia; y viendo tener poca defensa tornó á amolar en popa, y amainando todas las velas comenzamos á correr en seco con sólo el trinquete á media asta; desta suerte navegamos toda la noche tragando mil muertes, porque en mi vida, con haber padecido tantas tormentas, me he visto tan apretado como en la presente, que sin duda fué la mayor que padecí, porque por una parte los vientos estaban encontrados, y por otra la obscuridad era grande, sin oír más que voces, lástimas, gemidos, promesas, bramidos de las olas y chillidos de los vientos, que andaban en la región del aire cuatro legiones de condenados espíritus; en fin, navegamos toda aquella amarga noche hasta que á la mañana con la venida del sol, si bien rebozado con las nubes, que se asomaba por los balcones del Oriente, se apaciguaron algún tanto las olas, con que conocimos estar en mitad de las islas del Archipiélago, siendo Dios servido que tomáramos puerto en la de San Joan de Palestina, donde San Joan evangelista escribio el *Apocalipsis*, que los griegos llaman la isla de Patmos, y hoy es habitada de turcos y griegos. En esta isla, pues, tomamos puerto, donde nos detuvimos ocho días, en los cuales los marineros saltaban en tierra á platicar con los griegos y turcos de la isla;

yo tenía mi corazón entre dos piedras, temeroso no hubiese algún Judas, como de ordinario los hay en todas partes, los cuales sin irles y venirles son verdugos de sus patrias, sólo por saciar el gusto de su depravada condición y inclinación perversa, destruyendo las honras y haciendas de sus amigos y vecinos; finalmente, temía no se levantase alguno que me vendiese, por lo cual no osaba salir de día un punto de debajo de cubierta, si bien esta prevención fuera de poco provecho si los marineros quisieran dar cuenta como iba en el navío un esclavo fugitivo; mas quiso Dios que no me descubrieran, guiando mi libertad con su mano poderosa. Al cabo, pues, de ocho días, salimos del puerto, sin encontrar en alguno de los muchos que hay en aquellas islas, galera de turcos, porque como era invierno estaban todas invernando en Costantinopla, ciudad que aunque enemiga, es digna de alabanzas y primacía, así por lo hermoso de su sitio y agradable de su fábrica, como por estar en mitad del orbe, y por tener el mejor cielo y clima del mundo, como más largamente lo escriben los astrólogos, ciencia que aunque algunos la niegan, verdaderamente la es y una de las más dificultosas; en fin, no hubo quien nos molestase, y así al cabo de haber andado barlonteando por todas aquellas islas más de quince días, fué servida la majestad divina que se calmaron los vientos superfluos, quedando favorable la fortuna con los bonancibles vientos, con que tuvimos tiempo de salir del Archipiélago y recuperar el camino perdido, pasando otra vuelta por enfrente de la isla de Candia, y prosiguiendo la navegación por la del Zerico y puerto de Mayna, donde había sido el principio de mi libertad y de donde había salido dos meses habría; también pasamos por Modón, Cotrón y Navarín,

ciudades de turcos, en las cuales había estado yo muchas veces con las galeras de Zigala, hasta que al cabo de tres semanas, bien penosas para mí y mi compañero, porque pasamos mucha necesidad por haberse alargado el viaje quince días más de lo que solía, de suerte que nos faltó la poca comida que embarcó mi amigo Pablo, con que dimos tras el pan seco, yéndolo tasando lo mejor que pudimos; lo que mas se sentía era dormir sobre cubierta, sin género de ropa ni abrigo, porque el capitán y soldados lo ocupaban todo, escogiendo las camaretas debajo de cubierta, y como yo era español nadie se dolía de mí, antes se reían y me daban brega y cordelejo, diciendo: ¿qué es esto, señor español?; ¿es posible que se humilla su soberbia?, ¡oh cómo nos holgáramos de ver á todos los españoles en el estado que vm. se halla, á ver si se postraba su valentía y arrogancia!; yo callaba por conocer que todos nos aborrecen, más por la envidia desta belicosa nación, que por la soberbia de sus hijos. En fin, yo pasaba extrema necesidad sin llegar á pedirles sustento, que me le dieran sin duda, queriendo más padecer hambres que sufrir una sequedad, y así nos pasábamos yo y Pablo con los mendrugos secos, queso y cantarillos de aceite y vinagre, haciendo gazpachos los más días y comiendo sólo por no morir. Desta suerte caminamos hasta llegar á la isla del Zante, donde surgimos una noche bien obscura aunque serena, por dar lugar á que desembarcase el cirujano griego que venía de la Canea, y sabiendo como la marsellana había de estar allí hasta el medio día siguiente, me desembarqué con él á Dios y á ventura por ver si me podía proveer de lo necesario para lo que faltaba hasta Venecia; toda aquella noche la pasé en compañía del cirujano hasta que á la mañana

salí, y lo primero oí misa en una iglesia que estaba orillas de la ciudad, y después subí á ver las calles y pedir limosna entre los griegos, y al cabo de haber andado más de media hora encontré un hombre al parecer griego, que así como me vió me preguntó en lengua italiana quién era; yo le respondí ser español que venía de cautiverio y había desembarcado aquella noche de una marsellana que venía de Candia y iba cargada de aceite para Venecia; en resolución, yo le conté toda mi vida y sucesos de ella, de que se holgó mucho, diciendo: aunque me ves en este traje no soy griego, sino italiano y espía que sirvo al rey de España en pasar á Turquía y saber todas las prevenciones de soltán Mahamet, de que aviso al virrey de Sicilia; y que por el presente estaban él y un cónsul, que residía en esta isla por el rey de España nuestro señor invictísimo monarca, que iban á Sicilia á consultar algunas cosas con el duque de Maqueda, que al presente era virrey de aquel reino, para lo cual aguardaban que partiese una nao arragocesa que estaba cargando de trigo para Florencia, para un lugar que se llama Ligorna (1), y que de camino había desembarcar en Sicilia, donde me estaba mejor ir que no á Venecia, y que él haría que me embarcasen. Yo que oí tales nuevas, contento de lo que me decía aquel hombre sin conocerme, le dije que estimaba en mucho la merced, y que la aceptaba, á lo que replicó: pues véngase vm. conmigo á comer, que después hablaremos al cónsul; yo repliqué se sirviera de dejarme ir á despedir de un amigo que estaba en la marsellana, porque estaba ya de partida; él dijo que era muy justo, y que me había de acompañar, si bien yo lo rehusé; pero

(1) Livorno.

en fin, por no porfiar hube de consentir fuese conmigo, y ambos juntos llegamos á la mar, y sin entrar dentro de la marsellana llamamos á mi amigo Pablo, al cual di cuenta de mi nueva determinación, que dijo ser acertada por ir á reino y señorío del serenísimo rey de España, si bien sintió en sumo grado la división de los dos, diciendo que á no le ser forzoso el viaje á Venecia, me había de acompañar; yo le agradecí el ofrecimiento, diciendo que Dios le diese próspero camino y buen suceso en todas sus pretensiones; con que nos despedimos con harto sentimiento de ambos, dejándole yo la miseria que había sobrado del pan y queso, con que volvió á embarcar porque le daban priesa para partir; en fin, él salió del puerto y yo me torné con mi valedor á su casa, en la cual me regaló y acarició con mucho amor y cortesía dando yo mil gracias á Dios que me enviaba el remedio sin buscarle, que es condición de nuestro Salvador y criador dar aun no pidiendo, porque no se halla, digámoslo así, sin repartir con los pecadores los bienes de su mano; en fin, me regaló, y después de comido me dijo cómo había estado en Madrid y Zamora en compañía del conde de Alba de Lista, que había sido virrey en Sicilia, no acabando de alabar la opulencia de la corte, y después de haber gastado una hora en pláticas salimos de su casa para la del cónsul, que era italiano, cuyo nombre era Joan Leonardo Latino, y así como entramos nos recibieron los criados con mucha alegría, dando cuenta á su amo de la venida de mi compañero, que le salió á recibir llevándonos á una sala donde mi compañero le dijo cómo yo era cautivo español que venía fugitivo de Turquía, y que así me hiciese merced de favorecerme, pues le competía por cónsul puesto por el rey de España nuestro señor; él respondió

que de muy entera voluntad me daría pasaje, y que me embarcaría con él en la nao arragocesa hasta Sicilia, que desde allí no faltaría pasaje á España; yo quedé muy contento del buen despacho, agradeciendo de mi parte la merced recibida, con que nos volvimos á casa de Petretri Barba Roja, que así se llamaba mi procurador y amigo; luego cenamos y después de cenar mandó á su mujer me diese una camisa limpia, porque la que tenía puesta iba cual puede juzgar el lector, pues no me la había mudado más había de tres meses. Luego me mandó dar cama, en la cual me acosté descansando de los trabajos pasados, y puedo asegurar que había que no me desnudaba desde que salí de casa de mis padres hasta la presente noche, que me pareció estar en el paraíso, sin hartarme de dar gracias á Dios por tantos favores como me hacía sin merecerlos. En fin, toda aquella noche la dormí sin cuidado y sobresalto hasta que á más de las ocho de la mañana me despertó mi huésped, que yo pienso que si no me llamara durmiera hasta medio día; luego que me comencé á vestir, viendo la mujer cuán roto estaba mi vestido, de caridad me le remendó y puso como nuevo, agradeciéndola yo los favores que me hacía sin haberme visto jamás. Toda la mañana se gastó en trastejar mi ropa, y después de comer con tanto regalo como el día antes, me llevó Petretri á casa del obispo del Zante y le dijo cómo era español que venía huyendo de Turquía, y así se sirviese de darme alguna ayuda de costa para el camino, y él me dió, como pobre obispo, porque la isla es pequeña y sus frutos pocos, porque los más son viñas de las cuales no se saca vino, sino uvas pasas muy chiquitas que por acá se llaman pasas de Corinto, y lo cierto es que son de la isla del Zante, porque no hay en toda aque-

lla tierra donde fuí viñas, ni señales de ellas. Con esto nos volvimos á casa de mi huésped, donde estuvimos dos días aguardando á que la nave partiese, al cabo de los cuales nos avisaron de su partida, y así despidiéndose Petretri de su mujer nos fuimos á embarcar con el cónsul y sus criados, el cual llevaba á Sicilia una partida de pieles de camellos para granjear con ellas el costo del viaje, cuyos sucesos dejo para los siguientes capítulos.

CAPITULO XIX

DE UN CASO RARO SUCEDIDO EN EL MAR

Partimos del puerto del Zante viernes de Ramos, y séptimo día de Abril del año de mil y seiscientos, en la nao arragocesa, que tenía siete mil salmas, noventa marineros, muy buena gente y aficionada á la nación española; veinte piezas de artillería por banda, todas de bronce, muy bien labradas; muchos arcabuces y mosquetes para todos, y bastante munición y bastimentos para muchos días; en fin, todo lo necesario, así para sustentarse como para defenderse de sus enemigos, y tomando el rumbo por el Poniente, navegamos ocho días con vientos favorables, al cabo de los cuales descubrimos el Mongibello, que es un excelso monte en la isla de Sicilia, junto á la nombrada ciudad de Catania, que siempre está quemándose entre sí, sin haber quien se atreva á poner en él sus plantas, y á tiempos, con la furia del fuego y voracidad de las llamas revienta arrojando las cenizas y piedras á modo de escoria tres y cuatro millas adelante, como me refirió un marinero, diciendo que años atrás reventó cubriendo toda la cerca de la ciudad de Catania, y fué en tanto extremo que obligó al obispo desta ciudad sacar en procesión al Santísimo Sacramento, con que vino un aire tan furioso que aventó todas las cenizas que

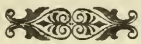
despedía el volcán, por encima de la ciudad, y las echó media legua de allí, sin ofender al pasar, á los vecinos, que temieron ser anegados y sepultados vivos; finalmente, hicieron las cenizas un monte media legua de allí, y hoy día permanece para eterna admiración, quedando muy contentos todos los moradores de ella dando gracias á Jesucristo por milagro tan patente; pero ¿qué no puede el clamar á Dios en las aflicciones y trabajos?; en conclusión, descubrimos este monte, guiando por él al cabo Pájaro para entrar en el faro de Mesina, lo que se puso en ejecución, y entrando por el canal de Malta descubrimos dos navíos ingleses que estaban sotavento de nosotros más de diez millas, y en menos de tres horas nos ganaron el aire, con que se conoció que querían embestir nuestra nao, cuyo capitán la hizo poner con mucha brevedad en orden de pelea, recogiendo todas las velas, salvo una mesana y la cebadera para gobierno, y recogiendo la bandera de popa, en la cual estaba pintado San Blas como patrón de Arraguza, mandó que la barca pequeña que iba dentro la hincheran de agua y que subieran á la gavia gran cantidad de piedras para la chusma; luego hizo pavesadas por las bandas de la nao con las pieles de los camellos que el cónsul había embarcado; después mandó poner un mosquetero entre pieza y pieza, y él se puso en lo alto de la popa armado de punta en blanco con su espada y rodela, animando á los soldados para la batalla, acción digna de un capitán á quien compete acaudillar sus soldados para que se determinen á emprender inumerables hazañas, porque, como dijo el otro sabio, más vale que un león sea capitán de cien liebres, que una liebre capitán de cien leones, porque el primero volverá á los cobardes valientes, y el segundo

convertirá los animosos en liebres. Todo así apercibido dijo nuestro caudillo que la barca de agua era para apagar el fuego si acaso echasen alguna granada de alquitrán dentro de la nao, con que se estuvo queda aguardando que llegaran las enemigas, sin disparar un solo tiro, que así lo había mandado el capitán hasta que diera otra orden. De esta suerte, pues, se estuvo la nave aguardando la venida de las enemigas, que navegaban orgullosas con muchas banderas y bravos clarines, y cuando ya estaban á tiro de cañón dispararon algunas piezas, á las cuales se respondió de la nuestra con la timonera, con que se derribó al un navío la mitad de la bandera de popa, y asegundando con otras dos abrieron los costados á la una; luego mandó el capitán disparar el artillería y mosquetería, todo á un tiempo, con tan buena dicha que las maltrató de suerte que tuvieron por bien salir libres de la refriega, aunque con mucho daño, porque iban ambas abiertas y destrozadas, con que corrían con tanto miedo, que como dice el adagio se les hacía estrecho el mar; nuestra nao volvió á cargar, con que les fué picando en las espaldas hasta que no alcanzaron las piezas, y girando adelante, á otro día por la tarde, queriendo tomar vuelta para entrar en el puerto de Trápani y desembarcar al cónsul, á Petretri y á mí con todos los criados, vino un viento tan furioso, con una conjunción de luna y aire repentino, con tanta tempestad det ruenos y relámpagos, que parecía haber llegado el juicio final, ó que los cielos se habían abierto, pues vomitaban tanta multitud de rayos, y estándonos previniendo para la tormenta, unos amainando las velas, otros á las galeras, otros á las mesanas y otros á la cebadera, excepto el trinquete á media asta, al tiempo que llegó la furia del viento estába-

mos asidos á las dos escotas de la vela mayor más de cuarenta marineros, pasajeros y soldados, con que se hinchó la vela con tanta furia que nos despidió á todos de sí, echándonos por la plaza de armas, soplando el aire de modo que hacía silbar las jarcias, gavias y obras muertas de la nave, y á la escota de la mano derecha arrojó al mar un marinero que no se desasió tan presto como nosotros, y á cabo de rato que íbamos corriendo en seco fué echado de menos, y un hermano suyo comenzó á llorar, diciendo: *¡ah de mí, que lo mío fratre se ha anegato!;* que verdaderamente era compasión oír las lástimas que hacía, culpando á su poca dicha y maldiciendo la hora en que se embarcaron, llorando amargamente (que la sangre obliga á estas demostraciones, aun entre hermanos, los cuales en vida no se pueden ver, riñendo cada momento, y en muerte sienten la pérdida en tanto extremo como lo que refiero); en fin, hacía mil ansias, y un marinero, por consolarle, dijo: no tomes pesar, que podrá ser que esté tu hermano en la barca; todos lo echaron en risa por ser imposible, al parecer, porque donde dijo es una barca muy grande que se lleva dentro de la nao en la plaza de armas, para echarla al mar en habiendo ocasión, volviéndola á subir con facilidad, la cual se llevaba en la ocasión presente atada detrás del navío con una guindaleta porque no hiciera daño dentro dél con los vaivenes de la tormenta; desta suerte navegamos poco más de una milla, al cabo de la cual el marinero que había dicho que estaría en la barca, inspirado de Dios, tornó á porfiar diciendo que no se perdía cosa alguna en mirar la barca, y que ponía cargo de conciencia á cualquiera que lo estorbase, que quizá podría ser que estuviese dentro y se muriese por la falta de remedio; tantas razones, pues, dijo,

y todas tan concluyentes, que determinaron todos tirar de la guindaleta, sólo por salir de sospecha, y acudiendo á ayudar llegamos la barca junto á popa, y con la luz de dos faroles, que no daba lugar el aire á otra cosa, vimos al marinero tendido á la larga, la boca arriba, los brazos tendidos y las piernas apartadas, indicios bastantes de que con el gran golpe había perdido la vida; aquí fué de veras el pesar de los dos, y llanto de su hermano, juzgándole difunto, y para darle sepultura en las alcobas del mar determinaron bajar cuatro marineros y subirle al navío para encomendarle el alma; en efecto, bajaron y le sacaron entre todos, poniéndole en la plaza de armas para amortajarle, en un serón de esparto, y apenas le dejaron cuando comenzó á moverse, dando muestras de vida, si bien estaba muy hinchado, y para que cobrase nuevos alientos le colgaron de los pies y azotándole en el vientre comenzó á echar gran cantidad de agua por la boca, con que á cabo de rato empezó á suspirar; luego le bajaron y echaron en una cama, donde de todo punto volvió en sí como atónito, y mirando donde estaba se maravilló mucho, con que le preguntaron cómo había caído, á que respondió: ya sabéis ¡oh amigos! cómo vino aquel viento repentino cuando estábamos todos asidos á las escotas del árbol y mayor vela, y que con ímpetu os arrojó á todos en la plaza de armas; sólo á mí que quise competir con el aire forcejeando con el que me salió á la cara, pues en pena de mi atrevimiento me arrojó al mar, donde verdaderamente caí y perdí el sentido, y al caer, conociendo mi daño me encomendé á la Anunciata de Trápani, protectora de todos los navegantes; en fin, yo caí á la mar y ahora cuando pensé recordar en la otra vida, me hallo en vuestra compañía sin saber cómo ni de

qué suerte, porque sólo sé que ignoro dónde he estado y el modo de mi libertad milagrosa. Entonces le dimos cuenta cómo había sido hallado en la barca por la porfía del marinero, con que tuvimos todos por cierto, como lo era, ser por milagro la vida de aquel hombre, que jamás he visto otro tan patente en el discurso de mi vida; las gracias se deben á Dios y á su sacrosanta Madre, que sean alabados por los siglos de los siglos, así de los hombres como de los animales, aves, peces y demás cosas criadas por su bendita y poderosa mano.



CAPITULO XX

EN QUE PROSIGUE EL VIAJE DE SICILIA

Con la mesma fortuna que el día antecedente corrimos toda aquella noche en seco, con sólo el trinquete á media asta, volviendo á desandar el canal de Malta por donde aquella tarde habíamos embocado, y á más de media hora anochecido nos hallamos sobre cabo Pájaro, y viendo que la gran contradicción de los vientos nos impedían el tomar puerto en Trápani, fin á que íbamos determinados, y que nos desbarataron los aires y huracanes que en el canal se levantaron, dimos orden de acercarnos á Mesina, porque el día siguiente era Sábado Santo, con que fuimos navegando lo restante de la noche con todas las velas, que ya el viento se había sosegado y fuera del estrecho era menor la fortuna y muy poco el que corría, y navegando con priesa con la bonanza y viento en popa pasamos á vista de Morro, Zaragoza y Augusta, y á otro día por la tarde que, como digo, era Sábado Santo, embocamos por el faro de Mesina, en el cual estuvimos lo restante del día y la siguiente noche, y el Domingo de Pascua al amanecer tomamos tierra en el puerto de Mesina (1), que fué la primer ciu-

(1) En el original *Micina*.

dad que pisé del rey nuestro señor, que sus vencedores leones han surcado golfos, y por no caber en este medio mundo han conquistado la otra mitad de él; conviene á saber, toda la América, gracias á aquellos dos tan valerosos capitanes Cortés y Pizarro, que con tan poco número de gente conquistaron las más populosas, fértiles y ricas provincias del orbe. En fin, desembarcamos en Mesina, y lo primero que hice fué oír misa y dar gracias á Dios por las mercedes recibidas y las que esperaba de su larga y poderosa mano, y trayendo á la memoria los trabajos padecidos hasta el presente día, recopilándolos en una breve suma, no me veía harto de contento y placer, tanto que temí la muerte, porque así como mata un pesar continuado, desa suerte priva de la vida un gusto costoso. En oyendo misa fuí al castillo, que está á la entrada del puerto, cuyo nombre es del Salvador, en el cual hallé soldados españoles, y algunos toledanos del arte de la seda, que tenían telares de asiento, y casados con las sicilianas pasaban la vida con comodidad, por ser tierra muy barata y abundante de todos frutos. Aquí me regalaron los toledanos, á quienes conté mis sucesos, de que recibieron gusto y pesar; gusto por mi libertad, y pesar por mis trabajos, y el castellano, que era un capón mal acondicionado, me convidó á que fuese su soldado, á que respondí que no me pasaba por el pensamiento, porque no había ganado cosa alguna en la mercaduría; traslado á la relación de mi vida y trabajos, que todos fueron causados por embarcarme para Orán, en cuyo camino, como ya he dicho, me cautivaron; en fin, por más que porfió no me pudo vencer, y después de largas pláticas fuí á despedirme del cónsul y Petretri, que pasaban por tierra á Trápani, los cuales me dieron una carta para el

conde de Alba de Lista, virrey que había sido de Sicilia y á quien él había servido de espía dándole avisos de lo que pasaba en Turquía, diciéndome: dé vm. esa carta al conde, que aseguro le honrará y le dará ayuda para cualesquier pretensiones; yo agradecí el favor y merced que me hacían, y despidiéndome de ellos, que iban por Palermo, corte de aquella isla, fuí á visitar y ver toda la ciudad, que es una de las más baratas y abundantes del orbe. Tiene iglesia catedral muy sumptuosa y poblada de canónigos, con mucha renta; los edificios son muy buenos y los conventos muy célebres, y el puerto es el mejor de toda Italia, porque fuera de tener mucho fondo y estar guardado de todos vientos, es capaz y anchuroso para sustentar una gruesa y poderosa armada, al cabo del cual está fundado un palacio vistoso y fuerte, donde asisten los virreyes el tiempo que dura la visita desta ciudad, en la cual servían años antes con toda la corte, y hacían la visita á Palermo, y hoy está trocada la suerte, de que los de Mesina están muy sentidos porque los de Palermo, como más poderosos, han tirado la corte á su ciudad, que verdaderamente fué buen acuerdo, porque Mesina estaba lejos de las demás ciudades, villas y lugares que por fuerza iban á negociar sus pleitos á la corte, que hoy está en el riñón de la isla, y donde con facilidad y corto viaje acuden los demás lugares de ella. Junto á este palacio, pues, enfrente de la puerta de la mar, está una estatua de bronce que figura al señor don Joan de Austria, armado de todas armas, con un bastón en la mano, insignia de general, la cual estatua está sobre un pilar y peana de jaspe con mucha propiedad y gallardía, que aquesta ciudad le hizo esta lisonja cuando volvió victorioso de aquella tan celebrada batalla naval que su-

cedió en Lepanto, que tanto espanto causó á toda Turquía, y aumento á la cristiandad, la gloria recibida por hecho tan valeroso; las gracias se deben á Dios que favoreció su causa, que si no, fuera imposible vencer enemigo tan poderoso. Esta ciudad es muy copiosa de agua, y á la margen del puerto tiene una fuente, entre otras muchas, muy hermosa, encima de la cual está un gigante muy feo y horrible, á cuyas plantas está rendida una sirena de alabastro sujeta á un arpón que el gigante tiene en la derecha mano, y la izquierda levantada y abierta, por cuya boca sale precipitado un golpe de agua que rocía toda la fuente, de donde se provee la ciudad, que aunque es así que tiene muchas se lleva ésta la fama, por ser agua más regalada y dulce que las demás. Esta ciudad de Mesina, como dije arriba, tiene bravas competencias con Palermo sobre la asistencia de la corte, y son enemigos mortales en tanto extremo que los palermitanos dan cordelejo á los mesineses, diciendo que en Mesina hubo un fraile que se llamaba preste Joanelo, el cual agravió á todos con las donas de la ciudad, cosa que de cierto ella en sí es disparate, y sobre esta ficción ha habido y hay cada día muertes entre los vecinos de una y otra ciudad, todo sin fundamento, más que han dado los mesineses en afrentarse de ello, como lo que hoy pasa en Castilla entre dos lugares de la jurisdicción de Toledo, cuyos nombres son el de uno Yepes y el del otro Ocaña, los cuales tienen relojes, y los de un lugar dicen á los otros que el reloj de su tierra es reloj, á causa por qué en las fiestas que estos lugares hacen á Dios y á su bendita Madre ha habido y hay muchas pendencias y muertes sin más ocasión que la dicha, que bien mirado más era para reír que para reñir; los palermitanos, pues,

fueron á Mesina, y al gigante de mármol de la fuente le quebraron dos dedos de la mano que tiene levantada, dejándole el meñique y el índice, motejándolos de lo que el lector puede considerar; los mesineses, ofendidos deste agravio, vinieron á Palermo, y en una fuente muy vistosa que llaman el Garrafo, donde está dibujada la ciudad en una lámina de bronce, la llenaron de miera y pusieron este pasquín:

Pregunta: ¿Qué tienes, Palermo, que estás enojado?

Respuesta: ¿No ves que Mesina me tiene ensuciado?

Lo cual juzgo yo que será patraña y cuento, si bien es muy cierto que entre estas dos ciudades hay grandes bandos y puede ser que sea ésta la causa; la verdad se quede en quien me lo contó, que el lector lo puede creer ó no, según su dictamen, que para mí me parece ser cuento mentiroso y befas muy pesadas; en fin, yo no lo creo por parecerme patraña, la cual puse en esta relación porque no se pase sin un cuento, que todo lo demás que he dicho hasta aquí y lo que falta es verdadero, y dejo de referir algunas menudencias por no causar fastidio con disgresiones cansadas, que mi intento es sólo contar mis sucesos, sin preámbulos prolijos. Estas y otras cosas notables vi en Mesina, que dejo encomendadas al silencio por no cansar, y al cabo de dos días partí de ella por tierra para la ciudad de Palermo, y antes de llegar á la ciudad de Melazo, que dista doce millas de Mesina, la cual tiene guarnición de españoles, á cosa de nueve millas que había caminado, vi al pie de una oliva que estaba apartada un tiro de piedra del camino real, un soldado recostado sobre la escopeta, y pareciéndome ser español en el aire y traje le dije: ¡ah señor soldado!; ¿es vm. español?; él respondió que sí, para lo que vm. me

quisiere mandar; con que partimos el camino y nos asentamos á platicar, y lo primero que me preguntó fué de dónde era y á qué venía á aquella isla; yo le respondí ser español que venía huyendo de cautiverio con muchos trabajos y penalidades, y entonces me dijo: ¿adónde cautivaron á vm.?; yo respondí que pasando por soldado de Málaga á Orán en el navío de Perea, habían salido al camino ocho galeotas de Argel que le rindieron y llevaron á aquella ladronera que tanto daño ha causado á la cristiandad; él entonces me abrazó sin aguardar más lances, cosa que yo extrañé, porque aunque truje á la memoria mis antiguos conocidos no pude conocerle; el cual, viendo mi suspensión, dijo: ¿quién duda que vm. estará ahora imaginando quién será el que tiene en su presencia?; ¿es posible que no conoció á un mozo que le llamaban el Gato, por mal nombre, que iba con vm. en el navío?; yo dije que sí; pues míreme despacio, que yo soy; por más señas que vm. es el manchego que estaba muy malo cuando nos cautivaron, y es su nombre, si bien me acuerdo, Diego Galán. Con esto nos tornamos á abrazar con el mayor gusto del mundo por haber cautivado juntos y hallarnos libres á un tiempo, y sacando una botilla que tenía con vino, una rosca muy blanca y un pedazo de queso, merendamos juntos, y luego me contó cómo había tenido libertad en una galeota de Argel que había cogido don Pedro de Leiva, capitán general de Sicilia, y que al presente era soldado en Melazo con otros amigos que habían tenido libertad en la propia galeota; relación de que recibí gran contento, en pago del cual me dijo: vaya vm. á la ciudad y en el cuartel de los españoles pregunte por Joan Ruiz y Joan de la Vanda, que son mis camaradas, y entreténgase hasta que yo vaya á

boca de noche, que me es fuerza estar en este sitio hasta que se esparzan las tenebrosas tinieblas de la enemiga del día que reiterando oscuridades pone en un lóbrego caos la mitad del orbe. Con esto nos despedimos y yo proseguí el viaje á Melazo, donde me sucedió lo siguiente.

CAPITULO XXI

PARTE EL AUCTOR DE MELAZO PARA PALERMO EN UNA FLELUGA, CAMINO EN QUE ESTUVO Á PIQUE DE TERCERO CAUTIVERIO

A boca de noche llegué á Melazo sin correr fortuna, que no fué poco, según las muchas que me habían seguido en el discurso de siete meses, poco más ó menos, que había que puse en ejecución mi huída, y preguntando por los camaradas de mi amigo, al instante los hallé y di cuenta de mis sucesos, de que recibieron mucho gusto, abrazándome estrechamente, y al cabo de rato que estuvimos hablando, nos vinimos á conocer, porque cuando me cautivaron estaban ya ellos remando en la galeota donde me pasaron, y después de nuevas alegrías me llevaron á su casa, que ambos vivían juntos casados con dos sicilianas muy hermosas, adonde me dieron un refresco que entretuvo hasta la noche, que vino mi amigo y cenamos todos juntos con gran contento y gusto; que después de larga ausencia, si se encuentran los amigos y conocidos no se hartan de platicar contando cada uno su vida y trabajos, y esto es tan cierto que se ve cada día faltar un amigo un mes y á la vuelta ser tanto el alborozo de los que lo reciben, como si hubiera sido su ausencia de muchos años, y un hombre había de dejar su tierra por algunos días para conocer amistades, y experimentar si

con la ausencia se habían estragado; en fin, cenamos juntos y dormimos toda la noche cada uno en su aposento, donde descansé sin sobresalto alguno, y luego que por la luciente eclíptica salió el sol matizando los adornos y ropajes con que la primavera viste los árboles y plantas, pidieron licencia al capitán para que entre los soldados se anduviese una demanda para darme lo que se llegase; él la concedió y me dieron catorce carlines, que con ellos y con otros tantos que allegaron entre los camaradas, tuve harto para embarcarme en una fleluga para Palermo, en la cual me embarqué al instante despidiéndome de mis amigos y bienhechores, que me dieron muchas encomiendas para los toledanos, que yo prometí dar si Dios me daba lugar para verme en la muy noble ciudad, silla y asiento de tantos reyes godos. En efecto, partí por la tarde y á dos horas anochecido descubrimos un lugar cuyo nombre es San Marcos, de donde era natural mi compañero el espalder, que se llamaba Felipe Viña, que también era cautivo de mi amo, que remábamos ambos juntos en el remo de la espalda, al cual di yo cuenta de mis intentos y me aconsejó que lo pusiese en ejecución, pues tenía para ello ocasión tan oportuna, pidiéndome sólo por merced que si Dios me daba libertad y de camino aportase á Sicilia, preguntase en el lugar de San Marcos por Diego Viña, hermano suyo, y le diese cuenta de su cautiverio y lugar donde quedaba; y en efecto, como me hallé la ocasión á la mano por estar cerca del lugar y mitad del puerto, pregunté á los pescadores de anchovas que estaban en la playa, por Diego Viña, hermano de Felipe, que estaba cautivo, pregunta con que se alborotaron pensando que había llegado allí de cautiverio; yo les dije cómo traía nue-

vas de él, y pregunté segunda vez por su hermano, á quien no vi por no haber ocasión, porque andaba metido en mar alta, entretenido en su pesquería, y como la fleluga no podía aguardar su venida, tuve por buen acuerdo dar cuenta á los pescadores, amigos suyos y de su hermano, cómo quedaba preso en Costantinopla, debajo del dominio del arráez Mami, renegado escocés; ellos en agradecimiento me presentaron una espuerta de anchovas, con que comimos toda la gente de la fleluga, y por parecerme curiosidad, quiero dar noticia del modo con que las pescan, que es el siguiente: Luego que comienza á anochecer, salen las barquillas á tender redes por todo el mar que alcanzan, y en oscureciendo sacan luces con que encienden lumbre en unas gradillas de hierro que llevan las barcas á las espaldas, y apartándose mucho trecho de donde tendieron las redes, van cebando el fuego con retama, y navegando despacio; las anchovas, cebadas de la luz y barca que pasa por encima, van á las redes, quedando tan pobladas de pesquería, que á veces no las pueden sacar por el mucho peso, y el remedio que tienen es irlas acercando á tierra poco á poco, donde con facilidad las sacan. En fin, no pudo esperar la fleluga, y prosiguiendo el viaje todo aquel día y siguiente noche, nos amaneció el día, con cuya luz descubrimos dos galeotas de cosarios que con viento favorable venían deseosas de cautivar la mísera y sin defensa fleluga, cuyo patrón porfiaba entrar en un cabo de donde con facilidad se podía entrar en el puerto de Chafalo, que es una ciudad cabeza de obispado, donde salvaría su hacenduela y fleluga; de suerte, pues, se detuvo en lo referido, que tuvieron los turcos lugar de acercarse más de lo que quisiéramos los pasajeros, que ya nos dába-

mos por perdidos, y yo más que todos, pues vía cuán á pique estaba la pérdida de mi libertad, que tanto sudor y trabajo me había costado, y comenzando á maldecir mi fortuna y poca dicha acudí al verdadero remedio, que fué pedir á Dios misericordia así para mí como para todos, que aconsejaron al patrón que abordase en tierra antes que nos alcanzasen los perros, que ya venían tan cerca que se oían las voces que daban á los remeros para alcanzarnos; aquí de nuevo fué el pedir á Dios favor, que parece que me infundió valor más que humano, porque viendo que á figura hacía flux (1) con mi libertad, arremetí al patrón con un cuchillo en blanco y con cólera desatinada le dije que tomase tierra, pues podía antes que los turcos llegasen, porque de hacer lo contrario le había de sacar el alma libertándola de tan infame cuerpo, lo cual hice por no saber nadar, que á saberlo no aguardara temples ni rogara á villanos que se extienden con súplicas. Viendo, pues, el patrón que todos le porfiaban de obedecer, temeroso de la muerte y contra toda su voluntad, abordó en tierra, y al punto que vi la ocasión en las manos, como mozo ligero, como un pájaro sin pihuelas, haciendo como todos los demás, salté en tierra y comencé á trepar por aquellos riscos sin embarazarme el vestido, que aún no se cubrían las carnes, que en aquella ocasión me podían llamar poca ropa; finalmente, salté el primero, con que tuve lugar de atalayar lo que pasaba, que fué llegar las galeotas y apoderarse de la fleluga, que al punto la desvalijaron, cogiendo en ella al patrón y á otros dos marineros que no quisieron tomar tierra, diligencia que nos

(1) Según el *Diccionario de autoridades, flux* es un término del juego de as quínolas y otros; el concurso de todas las cartas de un mismo palo.

valió no menos que la vida, que nos desearon quitar los galgos con una ruciada de mosquetería, y quiso la majestad de Dios que no nos hicieran daño alguno, antes sirvió de espuela para que con más cuidado nos apartásemos, si bien yo como salté el primero tuve lugar de asentarme en una peña donde era imposible llegar las balas. En fin, se apoderaron de la fleluga y luego se apartaron de tierra, metiéndose en mar alta, de que quedamos todos pesarosos viendo que por poca advertencia y por querer defender la hacienda había perdido el patrón no menos que la libertad, sin considerar que es cordura cuando ocurren dos daños escoger el menor. Con este pesar fuí á Chafalo, que distaba poco de donde me hallaba, y dentro de tres horas, poco menos, llegué á sus muros, y lo primero que hice fué ir á la casa del obispo, que era vizcaíno, y su mayordomo natural de Madrid; no cuidé de preguntar su nombres porque no me importaba; sólo pedí limosna por un solo Dios que por librarnos de la servidumbre vil de la culpa se hizo hombre y padeció por nosotros tantas afrentas y ignominias; el obispo me preguntó el modo que tuve para huír, y le di cuenta de mis sucesos, de que recibió gusto y mandó darme un escudo para el camino, que le comencé dentro de dos días como llegué á aquella ciudad, de la cual partí para Termine (1), que por tierra dista veinte y cuatro millas de Palermo. Deste lugar partí al punto que llegué prosiguiendo mi viaje, y haciendo firmísimo propósito de embarcarme las menos veces que pudiese, considerando que no hay un milagro para cada día, y prosiguiendo el camino llegué á Palermo, corte de Sicilia, donde me pasó lo que se dirá en el siguiente capítulo.

(1) Termini.

CAPITULO XXII

LLEGA DIEGO GALÁN Á TRÁPANI, Y OTROS SUCESOS

Llegué, como dije en el capítulo antecedente, á la insigne ciudad de Palermo, cabeza y corte de la isla de Sicilia, donde hallé muchos españoles, y principalmente un amigo mío que era á la sazón soldado; su nombre Pacheco, á quien yo conocía desde mis primeros años. Este, pues, me recibió en su camarada, y luego me llevó á casa del arzobispo de aquella ciudad, el cual se llamaba don Diego de Haedo, vizcaíno de nación y muy caritativo y buen cristiano; éste tenía en su casa un sobrino suyo de su propio nombre, pero castellano y natural de la muy noble y leal Toledo, el cual después casó en Orgaz con una señora rica y muy cristiana vieja. Con el sobrino, en fin, del arzobispo, me acomodó mi amigo Pacheco hasta que fuese servido nuestro Señor que hubiese cómoda embarcación para España, y el buen caballero me trató como á igual suyo, regalándome con exceso y haciéndome favor de darme cama en la antesala donde dormía; y no paró en esto el bien que recibí de su generosa condición, porque un día delante de mí habló al arzobispo y le dijo: Señor, este mancebo es de mi tierra y viene, como sabe vuesa señoría, de cautiverio, y su intento es pasar á España, patria suya; por tanto suplico á

vuesa señoría sea servido de darle algún socorro para el viaje, advirtiendo que no lo ha de negar, pues es la primera cosa que pido; á que el arzobispo respondió con mucha llaneza que podía estar seguro que haría lo que sus rentas le diesen lugar, y comenzó á hablar conmigo preguntándome muchas cosas, así de Turquía como de Candia; yo le satisfice á todas, de que quedó contento y admirado y luego mandó llamar á su mayordomo mandándole que al tiempo y cuando partiese, me diese para el camino, largueza que le agradecí con el tosco lenguaje que mi corto ingenio me enseñó; á que respondió: vaya con Dios, que le dé á vm. próspero viaje, que yo quisiera poder ponerle en su patria exento de peligros y naufragios que á cada día suceden en ese copioso piélago, así de piratas como de tormentas con que pretende sorberse poderosas armadas, cuánto y más una mísera galera donde es fuerza embarcarse. Con esto nos despedimos y fuimos á comer y después de comida di un memorial al duque de Maqueda, que era entonces virrey de aquel reino, y á tiempo de dársele hinqué la rodilla en tierra y besé el memorial; él me miró con algún cuidado, y después de haberle leído me preguntó: ¿de dónde sois?; yo respondí que de Toledo; á que dijo: mucho me huelgo que seáis de mi tierra, y así levantaos, que no es justo que estén postrados mis paisanos y á quien tanto estimo; y después de hacerme mil honras me preguntó muchas preguntas, á que di buena salida y remitió el memorial al patrimonio de Palermo para que me diesen diez escudos que acostumbran dar á todos los españoles que vienen de cautiverio, para ayuda la costa del viaje; los señores del patrimonio me trujeron en palabras muchos días hasta que enfadado lo dejé, dando por mejor la pér-

dida del dinero que el cansancio y vergüenza de pedirlo, una de las mayores mortificaciones para un hombre honrado. En Palermo me detuve muy despacio viendo sus grandezas, las cuales encomiendo al silencio porque sería en mí atrevimiento el empeño de referirlas, y en ellas afrenta por verse agraviadas del bajo estilo de mi pluma. Desde esta ciudad pasé á Monreal, que dista una legua de su sitio, donde hay otro arzobispo más rico y poderoso que el de Palermo, y tiene una iglesia cuya fábrica es de las mejores de Italia, y no sé si me atreva á decir que es la mejor. El lugar es pequeño, pero el más ameno, deleitoso y apacible de todo el reino, porque toda la legua que hay de distancia de Palermo á Monreal está poblada de jardines y frutales, que parece que á porfía Flora y Pomona esparcieron en competencia, una flores, y otra frutos, produciendo aquella diversidad de aromas suaves para deleitar el olfato, y sazonando estotra las frutas para lisonjear al gusto; en fin, las dos parece que juntas pusieron toda su felicidad y cuidado en el distrito deste lugar, que fuera cierto á vivir gentiles en aquel reino que le tuvieran por paraíso y descanso de los hombres, pues fuera de la amenidad referida es tanta la abundancia con que Neptuno lisonjeó aquella tierra, que á cada paso se despeña un arroyo murmurando de un almendro que por ganar por la mano á las otras plantas le sucede los más años quedar desnudo y falto de fruto; á cada paso, pues, revienta una fuente que con risueña alegría está ufana de ver otro arroyuelo como por ser alborozado y correr presuroso baja precipitado de lo encumbrado de un risco á lo humilde de un valle, pereciendo toda su presteza en el mar, donde expira su orgullo empañándose lo líquido de sus corrientes; finalmente, es una legua

la más amena del orbe. Desde este lugar di la vuelta á Palermo, cuyas grandezas dejo de referir por ser tan sabidas en España, y fuera proceder en infinito querer epilogar la frescura de sus fuentes y jardines, lo anchuroso de sus plazas y calles, lo suntuoso de sus edificios y palacio, y lo rico de sus mercaderes y ciudadanos. Tres semanas me detuve en la corte, al cabo de las cuales, un día, á las diez de la mañana, aportó al muelle una barca en que venían ocho cautivos que se habían huído tres días había de una galeota de turcos, y fué tanta su dicha que los trujo á puerto fuerte y seguro, entre los cuales venía un portugués natural de Lisboa, que se llamaba el maestre Pedro, á quien yo conocía por haber sido amigos en Costantinopla, porque su amo, que se llamaba Mustafá Bajá, había sido virrey de Argel y grande amigo de mi amo. Al punto, pues, que nos vimos, nos abrazamos, y contó cada cual sus sucesos y vida desde el tiempo de nuestra ausencia, con que se renovaron las alegrías de vernos á un tiempo libres cuando menos imaginábamos, propia condición de los humanos placeres venir de repente y partir por la posta, y al contrario los males, que viniendo con veloz carrera se avecindan en el sujeto á quien comienzan á perseguir. A otro día dieron un memorial al señor duque de Maqueda, que los remitió al patrimonio real y también los trujeron en largas, con que cansados como yo, lo dejaron perder, y viendo que no aportaba navío ó galera á Palermo en que poder partir para España, determinamos el maestre Pedro y yo tomar el camino de Trápani, donde es más cierta la embarcación, para lo cual nos animó uno de los cautivos, que era natural de aquella ciudad, diciendo que él se obligaba á darnos de comer todo el tiempo que se dilatase nues-

tra partida. Con esta promesa y ofrecimiento nos animó para poner en ejecución lo tratado, y despidiéndome de don Diego de Haedo, mi valedor y amparo, remitió al mayordomo para que cumpliese el precepto del obispo su tío, y al instante setenta reales de plata para el costo del viaje; con esto, á otro día, poco después que el rojo planeta presidente del día y mayoral de los astros salió matizando las plantas con su agradable venida, nos pusimos en camino partiendo de Palermo para Trápani, por tierra, el cautivo trapanés, el maestre Pedro y yo, y de camino pasamos por la ciudad de Monreal, y de allí por otra cuyo nombre es Camo; desta ciudad nos fuimos acercando á la Anunciata de Trápani, imagen de devoción entre marineros y navegantes, á quien se encomendó el marinero que referí en el capítulo diez y nueve de este libro segundo, había caído en la mar, sucediéndole tan felizmente, pues se había librado por intercesión de la Reina de los Angeles, María señora nuestra, de perder la vida entre las saladas y húmedas alcobas del naufragoso cuanto airado Neptuno. En esta iglesia de la Anunciata oímos misa, y después vimos todo el convento, que es de frailes mercenarios, muy ricos por las muchas limosnas que todos hacen á esta santa y religiosa casa, á la cual prometí visitar nueve mañanas descalzo á encomendarme á aquella soberana Señora madre de pecadores y refugio de afligidos, y lo propio prometió el maestre Pedro á imitación mía. En conclusión, después de oír misa partimos para la ciudad, que dista del convento poco menos de dos millas, donde llegamos con mucho contento de todos, y principalmente del trapanés, por haber acabado su viaje, sosegando su espíritu con la vista de su amada patria, que aunque madrastra para sus

hijos, es también consuelo suyo, y es amada como madre, como lo dijo el filósofo en estas palabras: no hay cosa más amable para un hombre que la patria, pues halla en ellá, si no descanso, sosiego; y gusto, si no bienes de fortuna, que éstos se reparten siempre, no á los naturales, sino á los extranjeros, y á quienes los estima en poco, conociendo la locura de la fortuna; mas no hay de quẽ maravillarse, que como es mujer es mudable, y fuera milagro que no obrara como tal teniendo más mudanzas que átomos el sol, arenas el mar y aves la baja región del viento; pero como es rueda, es fuerza que ruede, y rodando baje á ínfimo estado al que poco antes ha subido á la cumbre de la felicidad humana, sin cesar un punto su curso y voluble movimiento.

CAPITULO XXIII

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN DE TRÁPANI Y MILAGROS OBRADOS DE SU PODEROSA MANO

A las once de la mañana llegamos á la ciudad de Trápani, tan deseada de nosotros por parecernos, como era cierto, estar más cerca de conseguir nuestra pretensión, y á cuatro calles que anduvimos dijo el trapanés: *verdaderamente, amigos, parece que esta ciudad está muy trocada de lo que yo la dejé habrá siete años, porque en lo que hemos andado no he encontrado conocido alguno, y todos me parecen rostros diferentes;* á esto respondió el portugués: *no tienes de qué espantarte, ¡oh caro amigo nuestro!, de hallar trocada una ciudad en siete años, pues nos refieren las españolas crónicas que la muy populosa cuanto fuerte España, corazón del mundo, fué asolada en menos de tres años, si bien intervino la divina voluntad, sin la cual todo humano designio se extingue y perece; fuera de que tenemos mil ejemplos de esta verdad, así en las humanas como en las divinas letras, como se vió en ese mar Bermejo, donde se consumieron y anegaron á un instante tantos enemigos que procuraban quitar la vida al pueblo de Dios; en las humanas letras también se lee de muchos imperios que fenecieron en breve tiempo, uno de los cuales fué Miramamolín, en Es-*

paña, en la cual con su muerte se trocaron las cosas en tan poco tiempo, nombrándose cada alcaide rey de la ciudad ó villa donde asistía, por lo cual se acabó el poder del heredero del africano emperador, como también pereció en el mar el señorío y descendencia del cruel Faraón. Así, pues que tenemos tantos ejemplos que nos enseñan cuán poco durables son las felicidades humanas, no tienes de qué espantarte de ver que en siete años se haya mudado esta ciudad, pues es tiempo suficiente para haberse asolado un reino. Con estas pláticas y otras llegamos á casa del amigo, y entrando en ella de repente, así como le vieron su mujer y hijos arremetieron á él, colgándose de su cuello, y regándole los pechos con amorosas lágrimas se estuvieron un gran rato como absortos, sin poder formar palabra alguna; que así como un pesar engendra prodigios, como se obró en un mancebo mudo de nacimiento, que viendo matar á su padre en su presencia, de improviso habló; tal fué la eficacia del dolor que fué bastante á conseguir lo que no pudo hacer el tiempo; desa suerte un placer, sin pensar, suele privar de razones á la razón. En fin, á cabo de rato le dieron la bienvenida, juntamente con nosotros, que nos recibieron con mucho amor, tratando, todo el tiempo que nos detuvimos en su casa, de mirar por nuestro regalo, porque sus hijos eran pescadores y procuraban escoger lo mejor para sus huéspedes, acción que agradecimos, si no como mereció, á lo menos con la voluntad que era justo y con las palabras que la ocasión nos ocurrió al pensamiento. Todo aquel día descansamos del viaje, y al siguiente comenzamos el maestre Pedro y yo á cumplir la promesa hecha á la sacrosanta Anunciata de Trápani, la cual proseguimos por nueve días yendo descal-

zos de pie y de pierna á oír misa todas las mañanas, y luego nos volvíamos á comer en casa de nuestro amigo, pasando la mejor vida que he tenido ni espero tener todo el tiempo que me falta para dar cuenta á Dios de mis muchos pecados y excesos. El último día, pues, del novenario, pedimos al padre comendador fuese servido dar licencia para que nos enseñasen la santa imagen, que la tienen siempre cubierta con una cortina de tafetán, y por mucho favor la corren; en efecto, por forasteros se concedió la licencia que pedimos, y fué tanto el gozo que recibí en mi alma de ver su agradable rostro, que comencé á verter lágrimas de alegría, pareciéndome estar en el cielo, ó por mejor decir, que el cielo se había bajado á asistir á aquella soberana Señora, y de mi voto me estuviera todo el día sin comer, considerando los quilates de su hermosura y gravedad. La imagen es de bulto, y á mi parecer de más de dos varas de alto, y apenas se conoce si es mármol ó cera la materia de que está formada, y pareciéndome muy antigua, rogué al padre que nos la enseñó nos dijera, si acaso no lo tenía á pesar y disgusto, el origen de aquella santa y bendita virgen, el cual respondió á mi súplica desta forma:

Aunque no sé de todas las circunstancias de la relación que pedís, ¡oh devotos cristianos!, con todo eso diré lo que he alcanzado á saber desta santa imagen, y es ansí: que en tiempo que Trápani la vieja era señora del mar, la cual estaba fundada sobre un empinado y áspero risco, una legua desviado de la margen de las aguas donde hoy está fundada Trápani la nueva, si bien duran algunas ruinas de la antigua, á pesar de las inclemencias y rigores de los tiempos, á la entrada del puerto estaba fundada una fortaleza cuyo nombre era la Columbara,

que hoy día permanece con guarnición, así de valientes soldados como de gruesa y fuerte artillería. En este tiempo, pues, como digo, aportó al puerto un navío de franceses que traían hurtada aquesta imagen de la isla de la Pendosa, que es cercana á la de Malta, refugio de pobres navegantes y azote de crueles mahometanos, y queriendo salir del puerto, todas las veces que lo intentaban para dar la vuelta á Francia, era tanta la caterva de huracanes y vientos contrarios que impedían la salida, que le era fuerza retroceder, sin poder embocar por el muelle; la porfía duró de ambas partes, queriendo el navío contrastar la furia de los vientos, hasta que un mozo del navío, inspirado de la majestad del Altísimo, criador de esos cielos y tierra, cuyos juicios son incomprensibles, saltó en tierra y fué á Trápani, donde dió cuenta á la justicia de lo que pasaba, con tan vivas razones que le dictaba el mesmo Dios, enderezadas á incitar á los jueces salir al puerto á quitársela á los franceses; añadiendo que tenía por muy cierto ser voluntad divina que se quedase en aquella tierra la imagen de la Madre de Dios, Señora nuestra, á favorecer y amparar á los que padeciendo tormentos se encomendasen de todo corazón en sus piadosas manos. Con esto se conmovió la justicia y regimiento de la ciudad, y saliendo al puerto les quitaron la imagen á los franceses, depositándola en el castillo de la Columbara. El navío, pesaroso de la pérdida, procuró salir del puerto, lo cual consiguió sin contradicción, con que se verificó el milagro, quedando todos muy contentos con la rica joya que tenían en esta Soberana señora, y luego ordenaron una solemne procesión para llevarla á la antigua Trápani, entrando en ella todos los gremios con sus cofradías, y al tiempo que quisieron levantarla en hom-

bros cuatro caballeros, no lo pudieron conseguir, por lo cual fueron llegando los religiosos y clérigos, y también vieron frustradas sus diligencias; después fueron á intentarlo los gremios por sus antigüedades, sucediéndoles lo propio que á los demás; hasta que llegó la vez de los pescadores, que no tenían perdida la esperanza, y al momento que asieron los brazos de las andas pareció que ellas propias se pusieron sobre sus hombros, según la facilidad con que lo consiguieron, causando admiración y devota alegría á los circunstantes. En hombros, pues, de pescadores, llegaba la imagen al pie desta montaña, de donde no la pudieron mover por diligencias que para ello procuraron, con que entendieron todos que gustaba quedarse fuera de la ciudad, y así la labraron una ermita honrosa y decente, en la cual estuvo su majestad muchos años obrando maravillas, hasta que andando el tiempo se fundó el convento que veis de religiosos mercenarios, y los pescadores tienen adquirida posesión de llevarla en hombros todas las veces que sale en procesión. Esto es lo que se sabe acerca del origen de esta imagen, siendo cosa cierta que tampoco sabían su principio en la isla de Pendosa, de donde la hurtaron los franceses trayéndola á esta ciudad, donde su majestad fué servida quedarse para refugio de marineros y amparo de afligidos. Aquí cesó su relación el religioso, comenzando nosotros á maravillarnos de un tan patente milagro, y esparciendo la vista por la iglesia, entre otros muchos milagros que dejo de referir por no cansar, vi uno extraordinario, y es que corriendo un navío fortuna, chocó con un escollo y se hizo un agujero por donde se iba llenando de agua, por lo cual los navegantes se encomendaron á la Anunciata de Trápani, con promesa de visitar su santa casa,

con lo cual permitió nuestro Salvador, por intercesión desta Soberana señora, que se atravesase un pescado en el agujero (1), tapándole de modo que impidió la entrada á las aguas, de suerte que no entraron más, y como los pasajeros iban apurando el agua, y en poco tiempo se vieron libres y enjuto el navío, sin echar de ver el pescado ni agujero, y como buenos cristianos vinieron á Trápani á cumplir su promesa, conociendo que por intercesión desta Señora se habían librado de perecer miserablemente. En efecto, llegaron á Trápani, donde cumplieron su promesa, y después dando carena al navío hallaron el pescado atravesado en el agujero, tan ajustado que parecía se había hecho á su medida, lo cual se tomó por fe y testimonio, aprobando el milagro, y después un devoto hizo un navío pequeño, con todas sus jarcias y palamenta, y su agujero, y en él atravesado el pez para eterna memoria, y hoy día está colgado en la iglesia, en recordación de un milagro tan verdadero. Las gracias se den á Dios y á esta sacrosanta y piadosa Señora por los siglos de los siglos. Amén.

(1) En el ms., *abujero*, forma que hoy mismo usa el pueblo.

CAPÍTULO XXIV

DE LO QUE LE SUCEDIÓ EN LOS DÍAS QUE SE DETUVO EN TRÁPANI. LÍBRALE DIOS DE UN PATENTE PELIGRO, Y OTROS SUCESOS

Tres días se pasaron después de haber cumplido la novena hecha á la soberana Anunciata de Trápani, cuando llegaron al puerto cuatro galeras de Malta, cuyo capitán general era el muy valeroso cuanto feliz Ramiro de las Cuevas, caballero de la gran cruz de San Joan, apóstol de Jesucristo. Este caballero era natural de la antigua ciudad de Zamora, y tenía una hermana que se llamaba doña María Ana de las Cuevas, residente en Consuegra, patria mía, la cual vivía frontero de la casa de mis padres, teniendo con ellos correspondencia, según después supe. La vista destas galeras me causó placer, porque aunque era verdad no ser cómoda embarcación para España, lo era para el cumplimiento del juramento hecho cuando en las montañas de Grecia junto á una vega de algodonares me prendieron aquellos dos turcos, cuyos nombres, si bien me acuerdo, eran Mahamet Bajá y Rujept, y aunque es así que fué hecho por miedo, con todo eso los votos hechos á Dios, aunque sean debajo de condición, se deben cumplir en habiendo oportunidad; como verdaderamente recibí de ellos la libertad perdida, solamente con condición de que fuese á Malta á visitar y hacer bien á los cautivos que me recomendaron, cuyos nombres aún no se me habían olvidado, guiado desta obligación entré

en las galeras á hacer diligencia por si acaso venían en ellas, ó había quien los conociese, determinando de pasar á Malta si las galeras siguiesen la derrota desta isla. Con esta determinación entré en la capitana y pregunté al espalder, que era un turco mozo y fuerte como un roble, por mis dos cautivos, á que respondió que ambos quedaban enfermos en Malta, causa por qué no venían á aquella jornada; mas le pregunté si sabía la derrota que llevaban; á que dijo tenía por cierto que iban la vuelta de Costantinopla, á correr los mares y limpiallos de cosarios, ladrones así de vidas como de haciendas. Esta respuesta me quitó el gusto que tenía en hacer viaje á Malta, y así le referí lo que me pasó en Turquía, por lo cual le suplicaba que supuesto que el tiempo impedía cumplir con mis obligaciones, fuese servido de, si acaso tornaba á verlos, darles cuenta de mi diligencia, y excusarme con ellos de no ir á verlos y visitallos, pues como vía no se ofrecía ocasión para ello, con que quedaba libre y exento de la obligación de juramento, pues se hizo á condición de que si hubiese comodidad me llegase á Malta; y no habiéndola, prosiguiese mi viaje á mi patria, ó donde fuese mi voluntad. En estas pláticas gastamos un cuarto de hora, tiempo en que acertó á salir el General, y como me oyó hablar turco con el espalder, le causó algún género de sospecha, y para salir de ella me mandó llamar, y llevándome á la cámara de popa me hizo mil preguntas, entre las cuales fué una preguntarme quién era; yo respondí ser español y natural de la muy noble y leal Toledo, gloriosa por lo antiguo de su estirpe, y fértil por el caudaloso Tajo que besa las faldas de sus cerros empinados, regando lo dilatado de sus amenas huertas, y si acierto á decirle ser

Consuegra mi patria, como era la verdad, me hiciera más honra de la que me hizo; justo castigo por la mentira, por la cual jamás sucede cosa bien, ni conforme á la voluntad; mas ¿qué mucho si es hija de un tan ruin padre como el demonio?; y pruébase claramente, pues cuando en el Paraíso habló con nuestra madre Eva, la dijo que si comía del fruto del árbol vedado sería inmortal como Dios; lo cual fué falso, pues apenas lo probó cuando perdió la gracia, haciéndose esclava de la culpa, por lo cual fué condenada á dos muertes: una, la carencia del Paraíso, del cual salió al instante; y otra, la que después pasó, dejando á sus hijos la herencia de culpa, en hacienda de penalidades y disgustos. En efecto, por negar la verdad no usó conmigo los favores que me concediera á decirle mi patria, y antes me apretó más diciendo á qué venía á Sicilia, y qué era lo que había hablado con el espalder; á esto respondí que venía huyendo de cautiverio, y que había preguntado por dos turcos que estaban cautivos en Malta, por habérmelo encargado en el camino un su hermano, que pudiendo cautivarme no lo hizo, sólo con condición y juramento de que los visitase si hubiese orden, y como me hallé la ocasión á las manos no quise perderla. Con esta respuesta se sosegó y me hizo sentar para informarse de algunas cosas de Turquía, á que satisfice lo mejor que pude y con la mayor claridad que me enseñó mi bronco ingenio. Después de bien informado me comenzó á persuadir á que me fuese con él en corso á Turquía, que me llevaría por camarada y amigo, prometiendo ayudarme en todas las ocasiones que se me ofreciesen, así de pretensiones, como de peligros; ofrecimiento que agradecí, diciendo que me excusaba de aceptarle el deseo de ver mi patria y padres, á

quienes tantos disgustos había causado mi cautiverio; últimamente, me dijo: *ya que no quiere vm. seguirme, vea si quiere pasar á Nápoles, que tengo de aportar á aquel reino; advirtiendo que no le tengo de llevar blanca por la costa, así de flete como de bastimento.* Yo, por no parecer ingrato á su ofrecimiento, le dije que me dejase salir á tierra á despedirme de mis amigos, que yo volvería presto á recibir tan gran merced; que era cierto no ser otra más de procurar enjaularme para llevarme consigo á que le diese cuenta y advertencia de las tierras y mares de Turquía. Finalmente, salté en tierra y no quise volver á la galera, aun con hacerme tanta cómodidad, porque vía que por allí podía granjear cuando más perder la vida, y cuando menos la libertad, que no sé cuál es peor; determinado de esperar embarcación para España, por veinte días, más ó menos, y no ir expuesto á peligros y infortunios del mar, por entre islas tan apartadas de mi patria. En efecto, se partió el General sin mí, y dentro de dos días llegó un navío veneciano cargado de trigo, de la provincia de la Pulla, que lo llevaba á Lisboa, de que recibió mucho gusto mi compañero, por ser natural de aquella provincia y venirle á buen tiempo la embarcación para su tierra, por lo cual me forzó á que fuese en su compañía, diciendo que también era comodidad para mí, por ser fácil pasar á Castilla desde Portugal; de modo que me hizo embarcar con él, bien contra todo mi gusto, porque al instante en que me vi dentro del navío fué tanta la tristeza que se apoderó de mi albedrío, sin saber de dónde procedía, que no me podía valer, dándome cualquier acción en rostro. Desta suerte estuve más de cuatro horas, hasta que cuando estaban alzando áncoras para partir, me dió el corazón un salto

tan terrible que parecía habérseme arrancado del pecho, no cesando un instante de dar saltos, porque se me ofreció al pensamiento desembarcarme y no posar en aquel navío aunque perdiese el flete, por ser de venecianos, pareciéndome, aunque no soy nada agorero, ser muchas señales, y no convenirme para mi libertad, porque como digo era el navío de venecianos, los cuales tienen paz con los turcos, y cuando se encuentran se comunican unos con otros, y los turcos entran en los navíos de los venecianos, y si hallan dentro gente ó mercaderías de contrabando, lo cautivan, quitándoles las haciendas; teniendo tanta libertad, que muchas veces suelen apretar de modo á los miserables pasajeros y mercaderes, que les hacen confesar ser la hacienda de contrabando, aunque sea suya, queriendo más perderla juntamente con el crédito, que caer en cautiverio, por redimir vejaciones; que ha sucedido muchas veces topar los turcos navíos de franceses ó de otras naciones que tienen paz con el emperador de Costantinopla, y darles tormento para que digan si es suya ó ajena la mercadería que llevan, y con este achaque se quedan con ella, quitándosela sin justicia. Estas y otras causas se me ofrecieron al pensamiento, porque tenía conocidas las malas mañas y peores tratos de los mahometanos, con que me determiné decir al maestre Pedro, viendo ya la forzosa: *amigo, bien sabe Dios que quisiera poder ir en vuestra compañía; mas causas urgentes me lo estorban, porque el corazón, que pocas veces es traidor, me ha dado señales de suceder algún grave trabajo en el camino, por lo cual os suplico que os desembarquéis conmigo, advirtiendo que quizá cuando os veáis en algún peligro os acordéis de mí, conociendo aunque tarde mi razón y buen consejo, que le*

podéis abrazar ahora con facilidad. Estas y otras razones le dije, enderezadas á reducille; salté en tierra, pero como iba bien acomodado, y á su patria, no lo quiso hacer, y así yo tuve por bien de despedirme, aunque con muchos lágrimas, y guiando á la ciudad, apenas había caminado media milla cuando oí pronunciar mi nombre, y volviendo á ver al auctor de aquella voz, vi ser mi compañero el maestre Pedro, que venía diciendo: *espera, amigo, á este tu compañero que llega arrepentido de haberte dejado, porque apenas me vi sin tu compañía, cuando comencé á entristecerme, considerando las discretas razones que al partir me dijiste; y así, quise más quedar en tierra con tu compañía, que no ir á mi patria en navío donde pudiera ser sucederme algún intolerable disgusto.* ¡Oh buen Jesús!, amparo de pecadores, refugio de afligidos, consuelo de tristes, y, finalmente, manso y piadoso cordero; ¡cuán justos son tus juicios y cuán incomprensibles!, pues usas tan largamente de los tesoros de tu bondad con un sujeto tan desagradecido como el mío, pudiendo con justa causa dejarme caer en segundo cautiverio, castigándome por ingrato á tantos favores, y no tan solamente me libraste, sino que me acompañaste en todas mis futuras tribulaciones, librándome de evidentes peligros, y mayormente del presente naufragio que me estaba guardado por mis pecados, si tú como Padre de misericordias no me tuvieras de tu mano piadosa. Porque apenas el navío salió del puerto, tomando el rumbo para Portugal, cuando al tiempo que llegó á emparejar con una isla despoblada, que se llama Serpanto, que está á la vista de Trápani, cuando salieron al encuentro dos galeotas de turcos cosarios que estaban escondidos en una caleta, y embistiendo al navío

abordaron con él, saltando dentro á inquirir y mirar si había gente ó mercaderías de contrabando, y al cabo de rato, estándolo mirando muchas personas desde la fortaleza de la Columbara, y el maestre Pedro y yo desde un risco, vimos que pasaban á su galeota hasta una docena de personas que habrían hecho confesar ser de contrabando y falsas las cédulas del pasaporte; y visto por nosotros un caso tan atroz, comenzamos á dar gracias á Dios por habernos librado de peligro tan cierto, y entonces me comenzó á abrazar mi compañero, diciendo que algún ángel me había inspirado el dejar el navío; yo respondí: ¿qué mejor ángel que la Anunciata de Trápani, á quien hemos visitado nueve días descalzos, en pago de lo cual, que siempre la Madre de Dios paga de contado y con muchas ventajas, nos ha librado del presente peligro?; démosle las gracias á la Paloma sin mancha, á la puerta de nuestra salvación, á la Madre de misericordias; ¡oh refugio de pecadores!, María, Señora nuestra, por cuya intercesión es cierto habernos librado su poderoso Hijo de un tan peligroso trance. Las dos galeras se estuvieron más de dos horas al borde del navío, y después despidiéndose atravesaron por frontero de Trápani á la vuelta de Palermo, con lo cual nos tornamos á la casa de nuestro amigo, que nos recibió con mucho gusto, no hartándose de maravillar de lo sucedido, y á otro día fuimos al convento de la Anunciata, y dimos á decir una misa en hacimiento de gracias, y rogativas para defensa de los peligros de que no nos podíamos librar sin particular auxilio del Criador del cielo y tierra, Salvador y Redemptor del género humano; á El se le den las gracias, y á esta Soberana señora madre suya, por siempre, amén.

CAPÍTULO XXV

PARTEN EL AUCTOR Y SU COMPAÑERO DE TRÁPANI PARA VALENCIA

Llegóse el tiempo deseado de nosotros, después de cuatro días, y tan á propósito la embarcación como si la hubiéramos prevenido de muchos, porque una tarde tomaron puerto tres navíos arragoceses de alto borde, entre los cuales venía el galeón del osado capitán Jorge de Lista, el cual, como ya he dicho, residía en Nápoles y cautivó, juntamente con otras dos naos que llevaban sal á Nápoles, en el viaje que Zigala hizo á Italia con las ciento y veinte galeras que arriba quedan referidas, cuando quemaron á Rijoles, haciendo tantos daños en las italianas costas; al fin, propios efectos de tan capitales enemigos y crueles como los turcos, por ser faltos de evangelical luz y cristiana doctrina. Este galeón, pues, cuando yo salí de Costantinopla la postrera vez había sido rescatado juntamente con el capitán y cuarenta soldados en cuarenta mil ducados, habiendo primero sacado toda la cargazón y artillería, no dando más del casco del navío con jarcias y velas; por cierto, precio excesivo y tirana justicia. En efecto, los tres navíos entraron una tarde cuando el luminar diáfano de esos celestes globos iba caminando tan cerca de su ocaso, que ya la tierra se prevenía de luto por su muerte y ausencia, y al punto

que tomaron puerto conocí al galeón, trayendo á la memoria los sucesos de aquel viaje donde había sido cautivo, y principalmente acordándome del paje de jineta del capitán Jorge de Lista, que mi amo había comprado de los despojos de la refriega, á quien su padre, después de algún tiempo, rescató por orden del embajador de Arraguza, y pareciéndome que en el galeón me darían nuevas de su vida ó su muerte, estuve á la mira, esperando á que desembarcara alguna gente de quien poder informarme, y en la primera barcada vi al paje, ya hombre, y como después supe, escribano del galeón. Si me holgué con su vista, júzguelo el que desea ver persona á quien debe, si no obras, por falta de libertad, á lo menos voluntad y buenas correspondencias. La barca llegó á la orilla, y él saltó en tierra, y al punto me puse delante de sus ojos, diciéndole: *¿qué hay, paisano?; ¿acaso conoceisme?; que estoy tal que dudo hayan quedado en mi rostro señas que den muestras de quien soy.* Al principio dudó un poco, mas volviendo á mirarme me abrazó, diciendo: *¡oh caro amigo!, cuya vista, de mí tan deseada ha sido, y buscada por diversos modos, que hoy la suerte me ha ofrecido de balde; ¿cómo fué el modo de vuestra libertad?; ea, decídmele de presto, que lo que tardáredes en referillo, será darme garrote.* Entonces le di cuenta de todos mis sucesos hasta el presente día, recopilándolos en un breve mapa, de que recibió mucho gozo, diciendo fuese servido de ir en su compañía á enseñarle dónde habría una buena posada para él y el capitán, que habían de detenerse en aquella ciudad hasta que las dos naos se cargasen de sal para Nápoles, porque la otra había de cargar trigo para el reino de Valencia, adonde había de partir. Apenas oí su relación cuando parece que

se me quitó de los hombros un cuidado que tenía, por no saber dónde me conduciría mi suerte, y viendo la ocasión á la mano determiné en mi pensamiento partir en aquella nao para mi amada patria, y no andarme vagando por extrañas provincias y reinos de mí no visitados en todo el discurso de mi vida. La posada la hallamos de presto, y después de concertada me dijo fuese servido de quedarme por su huésped; ofrecimiento que agradecí, si bien repliqué que perdonase, que no podía aceptar el convite porque tenía otro compañero en la posada; él añadió: *no os dé cuidado eso, sino hacedme gusto de traerle, que para todos habrá;* yo, por no parecer ingrato, obedecí y truje al maestre Pedro el portugués á la posada de mi amigo, el cual nos regaló como príncipes, y viéndome desnudo me compró una camisa, medias y zapatos, además de cincuenta reales de plata que me dió para el camino en agradecimiento de lo que yo había hecho por él en Costantinopla, dándole buenos consejos para que como muchacho no le engañasen entre la falsa secta del pérfido cuanto infeliz Mahoma, y en dos años que estuvo en mi compañía hasta que le libertó su padre, no le dejé de la mano un instante, socorriéndole con buenos consejos y mantenimiento, por cumplir con lo que los sabios dicen: haz bien y olvídalo como si no le hubieras hecho; que desta suerte cuando menos pienses tendrás el agradecimiento de lo que obraste; lo cual se verificó en mí, pues le vine á encontrar cuando menos imaginé, en ocasión que tanto había menester su socorro y favor, permitiendo Dios me pagase con tanto exceso lo poco que yo había hecho por él, porque fuera de lo referido, así de regalo como de dinero, saliendo de mi boca tenía gusto de pasar á Valencia, habló al capitán

de la nao que había de venir cargada á este reino, para que por su cuenta nos trujese á mí y al portugués, sin llevarnos en algún modo blanca por la comida y flete de ambos; acción que declaró ser de noble estirpe persona tan agradecida, mostrando al mundo un milagro, pues se hallaba en él el agradecimiento destinado por el menosprecio de las buenas obras; finalmente, el buen amigo Pedro procedió según su nobleza, que en esta ocasión se puede decir: si quieres vivir en todas partes estimado y querido, has bien cuando pudieres, pues no te cuesta nada; que quizá tendrás la recompensa cuando tengas más necesidad de socorro; de que carecerás si avariento, cuando te ves en prosperidad te olvidas de socorrer al menesteroso menospreciándole por pobre, sin advertir que el más encumbrado monarca necesita de todos sus súbditos, y si les hace bien podrá ser que alguna vez el más mínimo de sus vasallos roa las prisiones donde puede caer como hombre, en agradecimiento de los dones recibidos; como se vió en la fábula del león y el mur, que estando un día el león reposando en su cueva, andaban unos ratoncillos jugando, y por descuido de uno cayó sobre el león, el cual, echándole la mano, le cogió; el ratón, viéndose preso, le dijo le perdonase, que quizá le pagaría aquel bien en algún tiempo; el león, como noble, le dejó ir libre, sucediéndole dentro de pocos días que cayendo entre unas redes que unos cazadores le armaron, acertó á verlo el ratoncillo, y en agradecimiento le royó las prisiones, de quienes no saliera el león si hubiera dado la muerte al atrevido cuanto inconsiderado ratoncillo. Al cabo de ocho días se partió la nave para cargar trigo á Surgento, que es una ciudad en la propia isla de Sicilia, que viene á estar frontero de

Malta y es cabeza de obispado, aunque no muy rico. A esta ciudad, pues, partió la nao al cabo de ocho días, todos los cuales nos regaló nuestro amigo, y á la partida me dijo que si algún consuelo le quedaba en la pena de mi ausencia, era saber iba á mi patria; que lo agradecí no como merecía; y no contento con lo dicho nos fué acompañando hasta la nave, donde de nuevo nos encomendó al capitán, que por su respeto nos trató muy honradamente, asentándonos á cabecera de mesa por ser Pedro escribano del galeón y hijo de un pagador de otro; ú lo más cierto, por ser todos arragoceses y de una provincia. Allí de nuevo nos abrazamos y despedimos con el sentimiento que tal trance pedía, y comenzando el viaje nos hicimos á la vela en busca de la ciudad de Surgento, donde la nao había de cargar trigo para la ciudad de Valencia.

CAPITULO XXVI

DE LO QUE LE PASÓ AL AUCTOR EN LA CIUDAD DE SURGENTO

A los postreros de Mayo del año del Señor mil y seiscientos partimos del puerto de Trápani en la nao arragocesa, mi compañero y yo, que no cesaba de dar gracias á Dios por las mercedes que siempre me hacía y hace labrando el duro bronce de mi corazón, sordo á tantos beneficios que cada día crecían, y especialmente en aquel tiempo, pues me vía embarcado en una nave tan gruesa, con cuarenta piezas de bronce, buena gente de guerra, y lo que más era, entre mis amigos, honrado en la cabecera de mesa, y acordándome de cuán poco había que estaba amarrado á un remo comiendo bizcocho mohoso, y bebiendo agua dañada, tan imposibilitado de salir de esclavitud; y en el presente día verme estimado de todos y querido, fué tanto el gusto que recibí que con pensar en lo presente olvidé lo pretérito, que es propia condición nuestra en viéndonos en prosperidad no acordarnos del bajo estado en que poco antes nos vimos. En efecto, me vino el bien sin pensar, permitiendo Dios que me embarcara en la nao á quien no podían contrastar aunque salieran veinte galeras enemigas, como no le faltase el viento para dar vueltas, y caminando con favorable bonanza llegamos á Surgento á medio día, un jue-

ves, que se contaban treinta de Mayo, y saltando en tierra fuimos á la ciudad, que está fundada en un encumbrado monte, una legua apartado de la marina, orilla de cuyo puerto está una fortaleza con guarnición de artillería, que se llama la torre del Cargador, debajo de la cual se amparan y abrigan los navíos que pasan á cargar trigo á aquella ciudad, que es de las más abundantes del orbe. En llegando, pues, á esta torre, saltaron en tierra los magnates de la nao, entre los cuales salí yo, y entrando á ver el castillo, que es muy fuerte, nos dijo el capitán cómo estaban en Surgento tres pasajeros españoles que venían de la ciudad de Palermo, para pasar á España, con orden del virrey de Sicilia de que se embarcasen en cualquier embarcación que guiase su derrota á esta tan opulenta cuanto poderosa provincia, silla del mayor emperador del orbe, pues sus leones, no contentos con un mundo, conquistaron otro tan rico como el indiano. Luego que oí que había en Surgento españoles, parece que se me ensanchó el corazón, deseando su vista, por tener casi por cierto que de ella me había de resultar una gran dicha. Con este deseo, sin volver á la nao fuí á Surgento y me informé de la posada de los tres españoles, que á lo que me dijeron era el palacio del obispo; con que de nuevo presumí si era alguno de ellos don Diego de Haedo, el sobrino del arzobispo de Palermo, que me había amparado en su casa como dije arriba. En efecto, fuí á la casa del obispo, donde pregunté á un paje si estaba en ella don Diego de Haedo, á que me respondió que sí, y que se entretenía á los trucos; yo le rogué me llevase á su presencia, que lo rehusó por verme tan pobremente vestido; que en el mundo no se estima á nadie si no es por la estofa del vestido y ropaje, por el cual se respeta

á un hombre, y no por la decencia de su sangre; ceguedad notoria y desatino conocido, porque aunque sea verdad que dice el adagio vulgar: *el hábito hace al monje*, yo dijera lo contrario, que el monje hace al hábito. Tanto, al fin, apreté al paje á que me concediera lo que pedía, que viendo mi porfía me llevó á la sala de truco, donde vi á don Diego, que así como entré se santiguó diciendo: *¿cómo ha venido vm. á esta ciudad?;* yo respondí que venía en la nao en que se había de embarcar para pasar á España; con que llegó y me echó los brazos al cuello, diciendo tener á gran dicha que yo fuese en aquella nao, porque en ella había de ser su dueño; lo propio dijeron los compañeros, informados de quien yo era, haciéndome mil favores y honras, y después de verme regalado volví á la nao, donde informé al capitán cómo los pasajeros españoles era gente muy honrada y noble, por ser parientes del arzobispo de Palermo, razón por qué merecían alojamiento según su calidad; á que respondió que sobraba pedirlo yo, cuando no le obligara otra causa; urbanidad que recompensé con razones humildes y corteses, que para vivir en este valle de infortunios y navegar este piélago inmenso del mundo con bonanza, es la aguja y guía para no irse á pique la cortesía, virtud que tan poco cuesta y con que se emprenden imposibles. Hecha esta diligencia di la vuelta á Surgento, donde referí á don Diego de Haedo la resolución del capitán de la nao, y que estuviesen seguros de que irían mejor acomodados que los demás pasajeros, porque el capitán era muy señor mío y gustaba de conceder todo lo que pidiese; don Diego y los demás lo estimaron en mucho, no sabiendo placer qué hacerme, acordando de entregarme las maletas con todo el adorno y ropa que llevaban pre-

venida para la jornada, demás de darme dinero con que compré todo matalotaje, así de barriles de vino y agua como de bizcocho blanco, queso, uvas y otros regalos marítimos; compra en que puse todo cuidado y brevedad, y antes de veinte y cuatro horas ya estaba embarcado y acomodado lo necesario para el viaje, lo cual se bajó con mucha autoridad en las acémilas del obispo, que les dió infinitos regalos, además de otros muchos que ellos traían de Palermo, de que me hicieron señor, diciendo: vm. lo guarde y disponga de todo como dueño, así de las haciendas como de las voluntades, que al punto nos subordinamos debajo de su gusto. Yo no sabía cómo agradecer tantas honras, considerando que todas venían por la mano de Dios, que no podrían venir de otra tanta caterva de dichas juntas, sino guiadas por la del Altísimo, porque la fortuna da un bien envuelto en muchos males y disgustos disfrazados con un placer, y somos los mortales tan inadvertidos que la compramos los disgustos á precio de plata, estimándolos en más de los favores que nuestro Criador nos ofrece de balde, sólo porque no le ofendamos; cosa tan fácil cuanto al parecer difícil. Finalmente, lo embarqué todo en una camareta de popa que el capitán me tenía prevenida para el efecto, dándome las llaves de ella, fuera de consentir que se echasen las gallinas que llevaba en su gallinero, con las de su regalo; acción que no se hace con todos. Ocho días se tardó en cargar la nao, al cabo de los cuales avisé á los amigos, que al punto, despidiéndose del obispo, bajaron á la marina, donde les esperaba una barquilla para pasar á la nao desde tierra, en la cual entraron, y viendo tan acomodado alojamiento no sabían con qué razones agradecérmelo, no haciendo cosa alguna sin mi

consejo, y al cabo de dos horas embarcados tocaron á leva, con que se acabó de recoger la poca gente que faltaba de embarcarse, y viendo no faltaba persona, comenzó su viaje, partiendo del puerto contentos y alegres para Valencia, ciudad de mí tan deseada cuanto pretendida á precio de penalidades é infortunios como quedan referidos en el discurso de mi fuga, dándolos todos por bien empleados en trueco de verme ya tan cerca de conseguir lo que tanto tiempo y disgustos me había costado.

CAPITULO XXVII

SUCESOS DEL VIAJE DE SURGENTO Á LA CIUDAD DE VALENCIA

Poco antes que se esparciesen las sombras por el horizonte partimos del puerto de Surgento con favorables vientos y próspera fortuna, contándose aquel día siete de Junio del año de mil y seiscientos, y al tiempo que llegamos á la isla Fabriñana (1), de Trápani, como quiera que la fortuna es voluble y varia y da siempre los pesares dilatados y los gustos tan breves que aún no deja lugar para gozarlos un instante, cansada de presto de ser en nuestro favor aplacó los vientos favorables, empellando los mares en contra nuestra, con que nos fué forzoso, por no dar al través, entrar en un abrigaño que hace el mar junto á esta isla, donde echamos áncoras junto á una fortaleza de cuyo nombre no me acuerdo, si bien sé que tiene guarnición de soldados españoles puestos por la majestad del rey nuestro señor que Dios guarde para columna firmísima de la fe; esta fortaleza es para amparo de unas pesquerías de atunes que ha tiempos se cogen en aquellos mares; junto á esta isla hay otra en la cual está fundado otro castillo mucho más fuerte que el primero, donde están los soldados como en destino si en

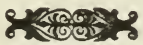
(1) Favignana.

estotra son revoltosos, teniéndolos allí dos y cuatro meses como en prisión, si bien tienen armas para defenderse de los turcos, que suelen querer darles malos ratos, aunque siempre salen con lo peor. En esta fortaleza entramos don Diego de Haedo, sus compañeros y yo, donde nos regaló el castellano con conejos, de que abunda toda aquella isla por lo fértil de sus bosques y ameno de sus valles; caza en que los soldados se entretienen, que si no fuera por la soledad, que es lo que más sienten, se podía tener por deleite habitar aquella isla, tan fértil de caza, que en siete días que nos detuvimos en ella aguardando temporal compramos los conejos á cuatro cuartos los más caros, que con ellos y con el pan fresco, carne y vino que nos traían de Trápani en la barca del navío, por estar esta ciudad muy cercana á la isla, lo pasábamos tan bien que si no fuera por el deseo de ver mi amada patria, tuviera á buen partido detenerme en ella un mes, porque los camaradas me tenían entregado el dinero con comisión de que comprase lo que más gusto me diera, para lo cual gastaba lo que parecía ser necesario para el regalo de los cuatro, y tal vez mataba una gallina, sucediéndome muchos días en este viaje comer solo, porque mis compañeros, como chapetones, se mareaban, de que me excusaba yo por estar tan acostumbrado á andar embarcado, que antes me mareaba en saliendo á tierra, por haber tanto tiempo que era vecino y morador de las saladas olas. En efecto, comía solo, convidando á algunos marineros y al maestre Pedro el portugués, que aunque tenía la comida segura con los marineros y capitán del navío, según había ordenado mi amigo el secretario de la nao que pasó á Nápoles, el que nos acomodó en la presente, con todo eso, estimaba en

mucho comer en mi compañía, diciendo que sentía soledad los días que no comíamos juntos. Al cabo, pues, de siete días que gastamos en fiestas y regocijos, se pusieron los mares cómodos para navegarse, con que partimos del puerto de la Fabriñana con temporal bonancible, engolfándonos camino de Cerdeña, en el golfo que divide estas dos islas, en cuya mitad vino un tan contrario y recio viento que nos hizo detener dando botes á una y otra parte, zozobrando el navío tan grande y alto de bordes; al fin, por no volver á desandar lo andado, fuimos forcejeando contra el huracán, si bien con mucho trabajo, porque en todo lo que faltaba de travesía no tuvimos un solo instante á la fortuna de nuestra parte, porque como mujer persevera en dar pesares, variando el modo de ellos. Al cabo del golfo se sosegó algún poco el aire, y mal que bien, sin sucedernos cosa que de contar sea, llegamos á la nombrada isla de Cerdeña, y al querer entrar en el puerto de la ciudad de Calvi no fué posible, porque salían de él tan terribles vientos que nos impedían la entrada, y así fué fuerza pasar adelante y dejando á Cerdeña acercarnos á las costas de la isla de Santo Antíoco, de la cual nos engolfamos en el golfo de León para venir á Mallorca, en cuyo camino, que duró algunos días, no tuvimos día de viento favorable, pero con el deseo de llegar á Valencia todo se facilitaba, y aunque con trabajo, dimos vista á Mallorca, y sin tocar en ella guiamos la derrota para Valencia, última jornada y fin de mi viaje, en cuyo discurso nos fué propicia la fortuna, que fué milagro, porque en poco tiempo llegamos á descubrir el Grao de la noble Valencia, vista que me causó inmenso gozo; finalmente, entramos en el puerto, donde echamos áncoras, y á la segunda barcada saltamos en

tierra don Diego de Haedo y sus compañeros, y yo y mi amigo el portugués, deseosos de dormir aquella noche en Valencia. En el puerto nos despedimos don Diego de Haedo y yo, porque aunque me convidó no quise aceptar la oferta, pareciéndome ser bastantes los favores recibidos, á que no podía dar pago sin empeñarme de nuevo, y viendo no concedía con su gusto, me dijo: *ya que vm. no quiere hacerme esta lisonja tome ese ferreruelo, que no está malo, y esa espada, para que entre en Valencia como quien es, y venda lo que ha sobrado de matalotaje para ayuda del camino de aquí á Consuegra.* Con esto nos despedimos y abrazamos, y yo hice baratillo, con que en breve rato mudé de especie á la dádiva. Aquella noche me fué fuerza quedarme en el navío para cobrar el dinero, tardanza que no quiso esperar mi compañero el portugués, y así, despidiéndose, me dijo: *mucho siento, ¡oh amigo!, dejar vuestra compañía; mas no puede ser menos, porque he sabido que están de partida para Portugal unos forasteros de Lisboa con quien me quisiera ir, y así quedaos con Dios, que no quiero perder tiempo y ocasión.* Mucho sentí la resolución de mi amigo, mas hube de prestar paciencia y disimular, y abrazándonos, prometiendo escribirnos de donde quiera que tuviésemos lugar oportuno para ello, se partió á Valencia, y yo quedé solo toda aquella noche, que no me hallaba por la falta de tantos amigos que no había un instante que estaban en mi compañía, y verme destituído de ellos. Toda aquella noche no dormí con el deseo de que viniese la aurora, que se tardó más de lo que yo quisiera, y saltando en tierra la torné á abrazar y besar, dando gracias á Dios que me había dejado llegar á España, librándome de tantos peligros y facilitando tantos estorbos

como se me ofrecieron en el discurso de mi fuga. A Él se le den las gracias por los pecadores, los cuales podemos estar ciertos que nos ha de favorecer en las aflicciones, aunque nos parezca que tarda el remedio, advirtiendo que como sumo bien, no puede ser engañado ni engañarnos, y que como á ovejuelas de su rebaño en todo tiempo procura reducirnos á su aprisco con trabajos que, aunque parezcan grandes, temibles é intolerables, son menores de los que merecen nuestras culpas y pecados cometidos contra su sacrosanta Majestad. El sea servido de no mirar nuestros pecados, sino á los tesoros de su misericordia infinita y bondad inmensa.



CAPITULO XXVIII

ENTRA EL AUCTOR EN VALENCIA Y DE ALLÍ PASA Á MADRID

Triste por una parte por la soledad en que me hallaba, sin tener amigo con quien divertir el tiempo, y alegre por otra, por estar en tierra española, y seguro después de tantos trabajos, comencé á acercarme á los muros de la ciudad de Valencia, insigne población, madre de la nobleza, centro de la santidad y patria de sutiles ingenios, y allegando á la puerta que llaman del Grao me abalancé á entrar por ella bien descuidado de lo que me sucedió, que nunca las desdichas se previenen. Digo, pues, que iba á entrar bullicioso, haciéndoseme estrecha la puerta, y apenas puse los pies en sus umbrales, cuando me pusieron á los pechos un bastón, diciendo: *teneos que no hay entrada;* yo repliqué ¿qué era la causa?; á que me respondió una guarda: *¿no sabéis que está en esta ciudad la majestad de Filipo tercero, que Dios guarde muchos años, celebrando las bodas con madama Margarita de Austria, hija legítima del poderoso duque de Baviera, y que por la gran pestilencia que padecen estos reinos y ciudades comarcanas se guarda la entrada, impidiéndosela á todos los forasteros?;* yo respondí que entonces llegaba á mi noticia, y en cuanto á no dejarme entrar, no tenía justicia, porque aún no había dos horas que desem-

barqué de una nao que el día antes había llegado al puerto, y así le suplicaba me franquease la puerta, cierto de que no tenía peste; que aunque es verdad que era pobre, una de las mayores landres, era mal que no se pegaba como esotra. El se resumió á no dejarme entrar, con que hube de pasar á la puerta del Real, donde me sucedió lo propio que en la primera, con que determiné pasar adelante, y en un instante (tal era mi solicitud) llegué á la puerta de Cuartes, donde salieron dos guardas á detenerme echándome á rempujones de ella. Aquí comencé á lamentarme, diciendo: *¡oh poderoso Dios! y ¿cómo permites que en España, donde entendí hallar descanso de las fatigas con que he alcanzado la libertad, á precio de casi un año de camino, halle tal rigor?; pero ¿que dudo?; que debéis de querer se mitigue mi gozo con el pesar presente; juicios secretos son de vuestra Majestad; no me quejo sino de mi desventura y destos católicos en quien la caridad está, al parecer, más estragada que en los bárbaros, pues me concedieron aquéllos lo que el día de hoy me niegan en mi patria;* y lo que más pena me daba era ver cómo todos se apartaban de mí, huyendo como de apestado; no sabía qué me hacer, ni qué camino tomar en medio de tal fortuna, y así torné á mi querella, tratando á los guardas de crueles, pues no me querían recibir; quejas que no ablandaron lo duro de su corazón, antes le endurecieron, pues á empellones me apartaron de los muros, jurando que si pasaba en su presencia, había también de pasar el curso de mis días; por lo cual, triste y desconsolado rodeé los muros hasta que llegué al portal de Castilla, y al tiempo que me abalancé á sus puertas me sucedió lo propio que en las demás. Aquí fué donde de veras perdí la esperanza de entrar en la ciudad, con

que repetí con más veras y vivos afectos las quejas arriba referidas, añadiendo otras muchas de que no me acuerdo por el pesar con que las repetía, diciendo muchas veces: ¿es posible ¡oh fortuna contraria mía! que haya yo hallado más piedad entre infieles en toda la Turquía, y que cuando pensé se acabaran mis trabajos comienzan de nuevo, pues hallo menos caridad entre cristianos y drofesores de la verdad católica?; mas ¡ay triste de mí! que no tienen ellos la culpa, sino mi corta suerte. Estas razones oyó un jurado que estaba de guarda asentado en una silla de terciopelo carmesí, con una toga ó garnacha colorada, y á lo que pareció, compadecido de mis quejas, me llamó y pregunto de dónde era; yo respondí que de Consuegra, y por evitar preguntas le referí brevemente mi cautiverio y modo de libertad, añadiendo que aquel día había llegado en una nao arragocesa que traía trigo de Surgento para la ciudad, y que cuando entendía hallar amparo, hallaba más crueldad que entre enemigos. Esta relación fué parte para franquearme la puerta, que siempre acude Dios en medio de los trabajos, y en breve rato como un alcotán fuí dando vuelta á todas las posadas, buscando á don Diego de Haedo y sus camaradas, que me dijeron lo hiciese así, y después de haberme cansado los vine á topar en la plaza de San Francisco, que estaban de partida para Madrid, con que no quise llegar á hablarlos, antes me encubrí por no detenerlos hasta que pasaron, y estando á la puerta del glorioso y seráfico padre de tantos hijos como ha procreado en todo el mundo, vi una litera en la cual venía un caballero rodeado de pajes y lacayos, con que tuve razón, como curioso de saber cada día más (principio de mis trabajos, y que aún no le habían mitigado la infinidad de padecidas

penalidades) de preguntar á un paje quién era el caballero, á que me respondió ser el conde de Alba de Lista, mayordomo mayor de la reina; mas le pregunté la posada donde asistía, y dijo ser la casa del conde de Fuentes. Con esta información, que no dió más lugar la priesa que la litera llevaba, determiné de ir á darle la carta que en la isla de Zante me había dado Petretri Barba Roja, la espía que he dicho asistía en aquella ciudad de Zante, el que me hospedó y regaló en su casa por tanto tiempo como me detuve en su compañía esperando cómoda embarcación para mí mejor y más cómoda jornada, y guiado de mi deseo fuí á la casa del conde de Fuentes, donde me pasó lo siguiente.

CAPITULO XXIX

REFIERE EL AUCTOR LO QUE LE SUCEDIÓ EN LA CIUDAD DE VALENCIA

Con este deseo apresuré los pasos á la posada donde me informó el paje asistía el conde de Alba de Liste, objeto de mi pretensión, y al cabo de rato llegué á las casas del conde de Fuentes, y estando procurando dar la carta al conde pasó al tiempo un gentilhombre á quien yo conocía en mi lugar, antes que intentase dejarle juntamente con el regalo de mis padres y amparo de mi casa y patria, la cual aunque es cierto ser madrastra con sus hijos, como asilo y madre de forasteros, con todo eso no sé qué se tiene ese paternal amor que sin él todos los bienes de fortuna y corporal descanso se estiman en muy poco. En efecto, pasó por el portal un mancebo conocido mío que cuando dejé mi patria era cazador mayor del gran prior de San Joan, don Fernando de Alba, hijo del duque de Alba, y reconociéndole de todo punto, dije á un paje con quien yo estaba hablando, y á quien había puesto por intercesor para dar la carta, único intento que allí me trajo: *si no me engaño, ó la memoria se ha borrado con tantos trabajos padecidos y prolongados por espacio de once años, me parece que conozco á aquel caballero, si bien con la distancia de los tiempos se me ha olvidado su nombre.* No hube acabado de pronunciar lo referido cuando el paje dijo: *¡ah señor Macías!, aqueste*

mancebo dice conoce de vista á vm., aunque se le ha pasado de la memoria su nombre, por haber casi once años que ha estado ausente de su patria y amigos, entre enemigos comunes de la católica religión. Mientras estuvo informándole el paje no me cesó de mirar atentamente, y al cabo de rato dijo: *¿no es vm. hijo de Diego Galán y Catalina de Escobar su mujer?;* yo respondí ser así, con que me abrazó, añadiendo que se acordaba muy bien del día que falté de mi lugar por señas del sentimiento que acarreó mi impensada ausencia á mis padres, que casi llegaron á lo último de sus días, lo uno por ser de edad, y lo otro por ignorar el camino que había elegido (que como muchacho fué el peor que se puede imaginar, si bien no causó afrenta alguna á mi linaje); mas dijo, que con las palabras que la ocasión le ofreció le sirvió de consuelo en tamaña desventura; relación con que no pude reprimir el llanto, considerando las penas que sin causa había dado á mis padres mi determinación loca y rapaza travesura. El buen amigo me consoló haciendo mil ofertas, é informándose de nuevo de mi vida, yo dije venía de cautiverio, y que pasando por la isla del Zante me dieron una carta de favor para su excelencía, la cual quise poner en sus manos. Al punto que llegó á su noticia mi deseo me asió de la mano, dandómela para dar la carta al Conde, que la hizo leer en mi presencia sin quitar un punto los ojos de mí; la carta se acabó de leer con gran gusto de los presentes, si bien el conde, por asegurarse si era cierto mi cautiverio, me preguntó muchas cosas, así de Turquía como de Sicilia, por ver si concordaba con la verdad; á todas satisfice á su gusto. Ultimamente, después de haber gastado gran rato en lo referido me dijo que mirase en lo que podía favorecer-

me, que lo haría con suma diligencia, según parecería por la obra, añadiendo que lo dejase para la corte, adonde ya estaba casi de partida, que en ella podía estar seguro no me faltaría su favor. Luego mandó llamar al mayordomo, ordenándole me diese ración, como á criado de su casa, todo el tiempo que allí estuviesen, además de darme á la partida un vestido y dineros para el viaje. Con este buen despacho, después de hacer la debida cortesía salí á la antesala, donde me rodearon los pajes y gentileshombres, y cada cual me preguntaba lo que le parecía, holgándose en extremo de oír las extraordinarias cosas que decía, con que me acordé del refrán, es á saber: *todo lo nuevo aplace;* que se verificaba en la presente ocasión, pues en una ciudad donde asistía la majestad de Filipo tercero celebrando las bodas con la serenísima señora doña Margarita de Austria, está claro habría novedades y fiestas más célebres, que las olvidaron todos los criados de aquella casa por mi rudo lenguaje y bronco estilo; que lo nuevo, aunque sea malo, siempre halla acogida aun en los palacios de los príncipes. Cercado estaba, pues, de gente, cuando salió un mancebo muy galán, que se llamaba don Diego, y á lo que después me dijeron era turco de nación y natural de la insigne Costantinopla; á este mancebo estimaba en mucho el conde, por haber sido su padrino el día que recibiendo el santo bautismo renació en el agua del Espíritu Santo, sin la cual no se pueden pisar los umbrales de la celestial Sión, y después de grandes fiestas le hizo gentilhombre de su cámara. Al punto, pues, que supo había sido cautivo, no menos que de su patria, se llegó deseoso de inquirir si era así, diciendo: sea muy bien venido el cautivo, que yo sé que en mi presencia no dirá

ningún embuste como otros muchos usan sin haber salido veinte leguas fuera de los confines de España. Yo, riéndome le respondí en turco, á que también me satisfizo en lengua turca, con que comenzamos tal algarabía que los pajes se quedaron pasmados, rogándonos como de por amor de Dios no les diésemos chasco; petición que al punto les fué otorgada, quedando los dos muy amigos desde la plática, y sirviéndome de padrino y apoyo en todo lo que refería de aquella ciudad y las demás de Turquía, porque los oyentes, como no habían salido de su patria, ponían dubda en mis palabras, pareciéndoles ser imposible lo que les contaba; crimen en que incurren casi todos los que leen ó oyen cosas extraordinarias, sin advertir que como enseñados á lo que se usa en España, se admiran y ríen de lo que se refiere de remotos climas y diferentes naciones; lo cual no sucede en el lector prudente y experimentado en trabajos y caminos. Desde aquella hora, en efecto, quedamos muy amigos, conociendo en el tiempo que le comuniqué ser buen cristiano y observante católico, según sus razones; mas ¿qué hay que admirar si era resplandor de aquella alba que con su doctrina industrió en la fe á aquel joven, restituyéndole de tinieblas á luz, y de ceguedad á vista?; fuera de que juntamente se debieron las gracias á mi señora la duquesa, pues competía su grandeza con su humildad, y su cristiandad resplandecía con su llaneza, corriendo llanezas lo afable de su condición con lo ilustre de su estirpe, y lo hermoso de su rostro con lo amable de su bondad. Esto se prueba con lo que ahora diré, y es que muchas veces se ponía á hablar conmigo como si fuera igual suyo, siendo en su comparación lo que la corriente de un arroyuelo en lo undoso de un río, y lo humilde de

un llano con lo encumbrado de un risco, y aun quedo corto en su exageración, porque sin haberme visto más que entonces, conociéndome por la carta de Petretri Barba Roja, llegó á tanto extremo la merced que me hacía, que en doce días que se detuvo en aquella ciudad, esperando la partida del rey nuestro señor que Dios tiene en el cielo, me mandó llamar á su cuarto cuatro veces, gustando de preguntar y oír cosas nuevas y de su excelencia nunca oídas, y era tanta su prudencia que con ella suplía las faltas de mi corto ingenio, y las erratas de mi tosco lenguaje, como noble y santa señora (que nunca personas bien nacidas se admiran de ajenos yerros, y más de los de entendimiento, como quiera que no está en las manos de un hombre escoger cuando nace, que á estarlo ¿quién sería el que apeteciera la ignorancia, dejándola por la sabiduría?). La postrera destas que subí á obedecer sus preceptos me dijo estuviese cierto me favorecería en llegando á la corte en lo que pidiese, ora fuese por la guerra, ora por la paz, porque su señor el duque lo había prometido así muchas veces tratando de mi vida. Yo, lo mejor que supe agradecí mercedes tan señaladas como recibía de su poderosa mano, esperando por puntos la partida, para comenzar en Madrid mi pretensión, haciéndoseme cada hora un año según el deseo tenía de verme en algún buen puesto para regalar á mis padres, si la fortuna, ó lo que más cierto es, mi corta dicha, no lo estorbara, como adelante se verá, si bien estaba muy consolado de haber hallado la perdida libertad cuando otro bien no alcanzara, dando por todo las gracias al Redemptor del mundo que vive y reina con Dios padre juntamente con el Espíritu Santo por siempre. Amén.

CAPITULO XXX

PARTE EL AUCTOR DE VALENCIA PARA MADRID Y REFIERE LO QUE LE SUCEDIÓ EN LA CORTE

Doce días se detuvo Su Majestad en Valencia después que entré en aquella insigne ciudad, al cabo de los cuales partió de ella el conde de Alba de Liste, como mayordomo que era de la reina, acompañando á las dos majestades, que dieron vuelta á la corte por aquella ciudad fundada en las márgenes de las corrientes del decantado Ibero, y casi casi en la mitad de su dilatada vega; aquella que es ornato de España, cabeza imperial de Aragón y sus poderosas provincias, como son Rosellón, Cerdania, Sicilia, Jerusalén, Nápoles, Cerdeña, Ibiza, Mallorca, Menorca, y sobre todo las muy poderosas y ricas de Aragón, Cataluña y Valencia; y ya que he tocado en esta populosa ciudad, aunque de paso, he de resumir en un breve período su origen, antigüedad y grandezas, si bien mi pluma es pequeño neblí de tan superior garza. Digo, pues, con Plinio y otros, dejando varios pareceres, que esta ciudad fué fundada del príncipe Tubal, nieto del patriarca Noé, á quien debe su principio como otros muchos lugares de España; su primer nombre, según Gualberto, fué Salduba, que es lo propio que Satubal, y es llano, porque en Portugal hay otra ciu-

dad del mesmo nombre, fundada también por este príncipe; fuera de que no hay en España pueblo ni ciudad que no tenga mudado el nombre primero suyo, culpa de la ancianidad de los tiempos y de los enemigos que la han conquistado, pues es cierto ser doce géneros de naciones los que han pasado á esta provincia, conviene á saber: en su principio los dos valientes Geriones y el muy nombrado Caco, y después los tiranos almonidas; los cartagineses y romanos; los hunos; los godos, vándalos, suevos, burgundios, moros, ingleses, y hasta los franceses han pasado codiciosos de sus riquezas, si bien todos han llevado el pago de su atrevimiento, aunque después de muchos años defendiéndose los naturales de los enemigos y llegando á la pujanza en que hoy se ve en tiempo del rey nuestro señor y gran monarca Filipo cuarto, que Dios guarde para columna de la fe. Pero volviendo á mi propósito, digo que antiguamente fué esta ciudad insigne, colonia romana y predominante audiencia á los edetanos pueblos, y lo que más hace, que la fundó Tubal, es lo ameno de su vega, lo claro de sus ríos que la fertilizan, la influencia de los astros, y sobre todo lo llano de su sitio, propias comodidades para convidar á aquel príncipe á no dejar desiertos tantos provechos para la humana vida, que siempre los monarcas buscan sitios amenos para poblaciones populosas; además que el divo Augusto, guiado desta verdad, y émulo de las glorias de Tubal, la restauró y reedificó honrándola con su nombre, razón por qué mudó el de Salduba en el de César Augusta, y corrompido más el nombre se llamó en arábigo Zaragoza, nombre que hoy conserva, y es opinión segura y abrazada de casi todos los escritores ser una de las mejores ciudades de España, y aun no sé

si diga la mejor, y no me atreviera á decir con tanta libertad verdad tan clara, si el divino Isidoro, arzobispo de Sevilla, no me animara á confesarla, fuera de ¿qué mejor calificación que la divina Aurora, Madre y Señora nuestra, pues la eligió para trono suyo por mano del Apóstol que la erigió aquel santo templo donde está el pilar por donde se sube al cielo?; pues con su ánimo han padecido tantos mártires, que me atrevo á afirmar no haber en toda ella piedra que no esté regada con sangre de mártires y inmortalizada con sus santas cenizas. No singularizo sus templos y edificios suntuosos, porque sería imposible hacer mención en particular de su espaciosa Lonja, de su Armería y nombrado Coso, calle en quien pudieran fundarse holgadamente dos no pequeños lugares; tampoco refiero la pintura de su arzobispal iglesia y memorable hospital, porque sería en mí atrevimiento el intentarlo, y ellos padecerían afrentas de verse copiados de mi tosca pluma; sólo digo por remate que es la mejor ciudad de España: lo uno por haber sido base fundamental de la fe en estos reinos, y lo otro por conservar, á pesar de los tiempos, lo ilustre de sus leyes y timbres y su nombrado gobierno. A esta ciudad, pues, partió Filipo tercero, en cuya compañía fué el conde de Alba de Liste, el cual dos días antes que pusiese en ejecución la partida volvió á mandar al mayordomo me vistiera y diera para el camino, cosa que no cumplió, porque con el alboroto del viaje me dijo: *vm. me perdone, que el tiempo y la breveded con que Su Majestad parte no me da lugar de cumplir la orden del conde mi señor; mas yo doy palabra de hacerlo en llegando á la corte; y tome estos cien reales de plata para el camino, y sírvase de perdonar la falta.* Con esto me pagó, y de allí á dos días salió Su Ma-

jestad de Valencia, acompañado de lo ilustre de ella y de todos los señores, entre los que iba el conde, que al subir en la litera me miró y dijo: *ya he mandado que os vistan;* yo disculpé al mayordomo, diciendo que lo había hecho muy bien conmigo; á que replicó: *no me dejéis de ver en Madrid, que yo cumpliré lo prometido.* Por este favor, alborozado, llegué á besar sus pies, pasándome lo propio con la condesa, si bien fué más dilatada su honra: pretended y tened ánimo, que no os faltará favor. Con esto partieron, quedando yo deseosísimo de ver ocasión en que ampararme de aquellos señores, para cuya consecución comencé el camino de Madrid, en el cual encontré un mozo que llevaba el propio viaje, con quien vine hasta el Campillo, donde paró á descansar, y con el ansia de llegar á la corte no le quise esperar, y así pasé adelante, llegando á Madrid sin sucederme fracaso alguno. En la corte me detuve cuatro días, esperando la venida del conde, al cabo de los cuales llegó á la corte el conde, y cuando pensé se vieran en colmo mis deseos, fuí tan infeliz que se retiró á Zamora, donde murió; que todos los placeres del mundo y humanas esperanzas, sin Dios, siempre, aun estando presentes, parecen pasados, según su brevedad; son las mudanzas, glorias y confianzas de hombres grandes en la imaginación cuanto pequeños en el efecto; gigantes se representan á la idea del triste entendimiento que los fabrica, mas llegados á experimentar y tocar con las manos, son sombras vanas, fantásticos delirios, oro de alquimia, breves cometas, flores que al alba salen, á medio día se dilatan y á la noche se marchitan y perecen; son de lejos países que fingen al parecer distan más de seis leguas, y llegados á medir hay poco más de media vara de distrito, porque la

humana vida y deleites del mundo son un día que amanecen á la niñez, resplandecen en la juventud, y á la vejez se acaba su curso; de donde infiero la causa que daba priesa al ejemplo de paciencia, porque temió que si tardara Dios, por sus pecados, en buscarle, por ventura, ó por desventura, no le hallara vivo. Todo lo dicho consideré en un instante y viendo que no tenía favor di de mano toda pretensión humana, viendo que otros con mejores causas y papeles que los míos se consumen pretendiendo, faltándoles la vida cuando les sobra el premio. Con esta resolución, deseoso de llegar á mi patria, dejé la corte, y comencé el viaje para Consuegra, donde esperaba ver á mis padres, dándoles un gozo cumplido con mi no esperada vista, después de tantos disgustos padecidos por mis locuras y desatinos.

CAPITULO XXXI

LLEGA DIEGO GALÁN Á CONSUEGRA, DONDE PONE FIN Á SUS TRABAJOS Y CAUTIVERIO

Con la retirada del conde de Alba de Liste cayeron postradas al suelo todas mis pretensiones, por quedar destituído de todo favor, personaje muy valido en los palacios de los príncipes, tanto que sin él es imposible llegar á merecer algún premio; y viendo que mientras más se tardaba mi partida más se dilataba la vista de mis padres, de mí tan deseada, determiné dejar la corte y comenzar el camino de Consuegra, al cual puse fin en breve tiempo, llegando á la casa antigua de mis padres cuando más descuidados estaban, cumpliéndose lo que les escribí desde Argel cuando mi amo no me quiso dar por rescate; conviene á saber, que cuando leyesen aquellos renglones y después, tuviesen firme esperanza y puesta la confianza en nuestro Salvador de que cuando menos pensasen sería servido de ponerme en libertad trayéndome á su vista. En efecto, á medio día llegué á los umbrales de mi casa, donde me detuve á considerar el modo que tendría para no darles el placer de repente, porque temía no les atajase el gozo los pasos de la vida, que así como matan penas, de esa suerte privan de la vida no esperados gustos y repentinas glorias. Grande

rato, pues, estuve en consulta con mi pensamiento, sin hallar modo, porque en todo el tiempo que estuve á la puerta no entró ni salió persona con quien poder conferir la traza más conveniente para mi deseo, que supuesto que podía dar parte de él á algún vecino, el gozo de verme en mi patria no me dejó advertir en lo que después me ocurrió á la memoria, por lo cual determiné de entrar, y apenas hube pasado el primer patio ó corral, cuando descubrí á la puerta de una sala á mis viejos padres, que estaban asentados aguardando la comida. Así como vieron en su casa persona al parecer no conocida, preguntaron qué quería, á que maravillado respondí: *quiero dar un placer á aquellos que tantos disgustos han pasado por mi cautiverio;* al punto que referí lo dicho se levantaron ambos juntos, diciendo: *¡ay hijo de mi alma!, en buen hora te vean nuestros cansados ojos;* y echándome los brazos al cuello, fué tanto el gozo que todos tres tuvimos, que no fué posible ni ellos pasar adelante, ni yo corresponder á su amor, porque las lágrimas alegres nos atajaron el movimiento á la lengua, comenzando tal llanto que más parecían obsequias que alegrías. Desta suerte estuvimos gran rato, hasta que pudimos repetir ternezas y desatar en amorosas palabras las aprisionadas lenguas con grillos de lágrimas, y al ruido salieron mis hermanos y demás gente de casa, de quienes recibí mil enhorabuenas. Luego corrió la voz por el lugar, y fueron tantas las visitas, así de parientes y amigos, como de los demás extraños, que en tres días naturales no se vació la casa de gente, porque el fin de una visita era principio de otra, y fué en tanto extremo que pasé más hambre en aquellos tres días que en todos los de mi cautiverio, porque ni nos dejaban comer, ni dormir, ni sosegar un ins-

tante. Al cabo de ellos comencé á descansar y á referir á mis padres los trabajos padecidos desde que salí de su casa hasta el presente día, con que se alegraron y entristecieron, teniendo gusto con mi próspera fortuna y doliéndose de la adversa, no ahitándose de dar gracias á Dios por las mercedes recibidas de su mano, pues me había traído con tantos trabajos á descansar á mi patria, donde me detuve pocos días, porque mi padre me dió dineros para que me fuera á vestir á Toledo, que venía mi vestido muy destrozado, por lo cual me puse en camino de aquella imperial ciudad, donde entré día de la octava de la Virgen de Agosto, cuando la iglesia celebra su Asumpción, y fué tanta mi dicha que en la metrópoli de España andaba la procesión de la Virgen del Sagrario, cumpliéndose aquel día un año y medio mes que había gastado en el discurso de mi fuga, dándolo todo por bien empleado por verme libre y en la mejor iglesia de España. En Toledo me vestí; y después de varios acaecimientos que sería importuno referillos, me casé con doña (1) de Nájara, viuda de Pedro Díaz Rodó, con quien vivo muy contento por ser una de las más varoniles mujeres que en el discurso de mi vida he conocido. Sea Dios bendito y glorificado por tantas mercedes como he recibido de su poderosa mano y manirrota condición, todos por intercesión de su bendita Madre Señora nuestra, que sea alabada por los siglos de los siglos, juntamente con el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, verdad porque perderé la vida exponiéndome á mil muertes y géneros de martirios por defensa de la fe católica, la cual conserve

(1) En blanco.

nuestro Salvador en España, perpetuando eternamente en estos reinos para que viviendo en ella y confesándola merezcamos ir á gozar la vida eterna, á la cual sea Dios servido llevarnos, donde le alabemos con los ángeles y justos por siempre. Amén.

Si quid dictum contra sanctam fidem catholicam et bonos mores, tanquam non dictum reputetur, et omnia sub correctione sanctae Romanae Ecclesiae.

INDICE

INTRODUCCION

Páginas.

Capítulo primero.—Los corsarios berberiscos y el cautiverio en la Edad Moderna..... v
Cap. II.—Literatos españoles cautivos..... xxiii
Cap. III.—La redención de cautivos por los Trinitarios y los Mercedarios en los siglos xvi al xviii..... xxxvii
Cap. IV.—Principales libros españoles del siglo xvi referentes á Turquía..... lxxvii

Tabla de los capítulos contenidos en este libro y relación.

LIBRO PRIMERO

Capítulo primero.—En que da cuenta cómo salió de casa de sus padres..... 3
Cap. II.—En que cuenta el auctor cómo fué vendido en Argel, y lo que pasó en aquella ciudad..... 11
Cap. III.—En que se cuenta una tragedia que sucedió á unos cautivos estando el auctor allí..... 19
Cap. IV.—En que da cuenta Diego Galán de una jornada que hizo su amo al reino del Cuco y de Lavez.... 25
Cap. V.—En que prosigue la narración y lo sucedido hasta el fin desta jornada..... 33

Páginas.

Cap. VI.—Del sitio de Argel y distrito de su reino.... 37
Cap. VII.—En que da cuenta el auctor cómo vino otro virrey de Costantinopla y se volvió allá su amo á pretender otro gobierno..... 41
Cap. VIII.—De la navegación que hay desde Biserta á Costantinopla..... 45
Cap. IX.—En que se prosigue el viaje hasta llegar á Costantinopla..... 55
Cap. X.—Del sitio y grandezas de la ciudad de Costantinopla..... 63
Cap. XI.—En que da cuenta del modo que celebran su Cuaresma y Pascua..... 77
Cap. XII.—En que se da cuenta de una gran misericordia que Dios usó con el auctor queriéndole azotar por fugitivo..... 83
Cap. XIII.—De una jornada que hizo á Italia el renegado Zigala con ciento y veinte y cuatro galeras..... 91
Cap. XIV.—De lo que hacen los cautivos en el invierno. 95
Cap. XV.—Del modo con que sale el Gran Turco de casa por mar..... 99
Cap. XVI.—Del modo que sale el Gran Turco de la casa real en público..... 103
Cap. XVII.—Del modo de los baños que hay en la ciudad, y cómo usan de ellos..... 109
Cap. XVIII.—De una jornada que hizo á Italia el renegado Zigala con cuarenta galeras..... 113
Cap. XIX.—De lo que sucedió en esta jornada, y lo que hay en el canal..... 119
Cap. XX.—En que da cuenta de una jornada que hizo su amo á Rujeto, y otros sucesos..... 127
Cap. XXI.—Cómo murió Soltán Morat y heredó Soltán Mahomet, su hijo mayor..... 133
Cap. XXII.—Rebelión del príncipe de Valaquia contra el Gran Turco..... 139

Páginas.

Cap. XXIII.—Del modo que se sustentan los turcos en campaña sin que les falte bastimento..... 143
Cap. XXIV.—De la navegación que se hizo con las cuatro galeras hasta Valaquia..... 147
Cap. XXV.—En que se prosigue el viaje..... 155
Cap. XXVI.—De la subida á Niebul por los setenta barcos..... 161
Cap. XXVII.—De cómo pasó el ejército á la tierra del Vaivoda..... 167
Cap. XXVIII.—De lo que sucedió en la primera jornada. 175
Cap. XXIX.—De cómo pasaron el pantano y lo que después sucedió..... 181
Cap. XXX.—De lo que sucedió aquel día al pasar los turcos que habían quedado..... 187
Cap. XXXI.—De un feliz suceso que tuvieron los cautivos de dos galeras, levantándose con ellas..... 193
Cap. XXXII.—De una jornada que Soltán Mahamet hizo á Hungría..... 201
Cap. XXXIII.—De la entrada de Soltán Mahamet en Costantinopla..... 207
Cap. XXXIV.—En que se prosigue la materia del precedente..... 215
Cap. XXXV.—Jornada del renegado Zigala contra Italia. 221
Cap. XXXVI.—Trata el auctor de huirse y no tiene efecto la fuga..... 229
Cap. XXXVII.—Jornada del renegado Zigala á Italia para ver á su madre..... 235

LIBRO SEGUNDO

Capítulo primero.—De la relación de su fuga y otros sucesos..... 241
Cap. II.—De lo que le sucedió después de haber saltado las tapias..... 251

Páginas.

Cap. III.—En que se prosigue la materia del precedente capítulo 257
Cap. IV.—De lo que pasó en cuarenta días de soledad dentro de la cueva 263
Cap. V.—De lo que sucedió en el camino del convento. 269
Cap. VI.—De lo sucedido en el convento de Samaxa .. 275
Cap. VII.—De lo que sucedió en el camino con los que le cautivaron 283
Cap. VIII.—Llega el auctor al cabo de Mayna, y otros sucesos 289
Cap. IX.—De la vida y costumbres de los moradores de aquella serranía 297
Cap. X.—De en lo que se entretenía en aquella serranía, y otros sucesos 305
Cap. XI.—Parte Diego Galán con sus compañeros para la isla de Candia 315
Cap. XII.—Da cuenta Pablo de los sucesos de su vida.. 319
Cap. XIII.—Pasa tormenta el auctor en el viaje de la isla del Zerico 325
Cap. XIV.—En que acaba Pablo de contar su historia 333
Cap. XV.—Parten el auctor y su compañero de la isla del Zerico para Candia 339
Cap. XVI.—Llegan el auctor y su compañero á Candia, y de allí se vuelve solo á la Canea 349
Cap. XVII.—De lo que le sucedió en los días que se detuvo en esta ciudad 357
Cap. XVIII.—Parten el auctor y su compañero para la isla de Venecia 363
Cap. XIX.—De un caso raro sucedido en el mar 371
Cap. XX.—En que prosigue el viaje de Sicilia 377
Cap. XXI.—Parte el auctor de Melazo para Palermo en una fleluga, camino en que estuvo á pique de tercero cautiverio 385

Páginas.

Cap. XXII.—Llega Diego Galán á Trápani, y otros sucesos..... 391
Cap. XXIII.—Origen de la santa imagen de Trápani y milagros obrados de su poderosa mano..... 397
Cap. XXIV.—De lo que le sucedió en los días que se detuvo en Trápani. Líbrale Dios de un patente peligro, y otros sucesos..... 403
Cap. XXV.—Parten el auctor y su compañero de Trápani para Valencia..... 411
Cap. XXVI.—De lo que le pasó al auctor en la ciudad de Surgento..... 417
Cap. XXVII.—Sucesos del viaje de Surgento á la ciudad de Valencia..... 423
Cap. XXVIII.—Entra el auctor en Valencia y de allí pasa á Madrid..... 429
Cap. XXIX.—Refiere el auctor lo que le sucedió en la ciudad de Valencia..... 433
Cap. XXX.—Parte el auctor de Valencia para Madrid y refiere lo que le sucedió en la corte..... 439
Cap. XXXI.—Llega Diego Galán á Consuegra, donde pone fin á sus trabajos y cautiverio..... 445

ERRATAS

Pagina.	Línea.	Dice.	Léase.
127	5	Ifarraut	Harraut
304	6	Adriana	Ariadna
380	12	rocía	rucía
387	16	donde	adonde
387	18	luz y barca que pasa por encima, van á las redes.	luz, de que son muy amigas, van siguiendo la luz y barca que pasa por encima de las redes.

SOCIEDAD

DE

BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

1. S. M. el Rey D. Alfonso XIII.
2. † Excmo. Sr. D. Santos de Isasa.
3. Excmo. Sr. D. Vicente Vignau.
4. Sr. D. Jacinto Octavio Picón.
5. Sr. D. Eugenio Maffei.
6. Biblioteca Nacional.
7. † Sr. D. Fermín Hernández Iglesias.
8. Biblioteca del Ministerio de Gracia y Justicia.
9. Sr. D. Rafael Vidart y Vargas Machuca.
10. Excmo. Sr. Marqués de Perales.
11. Ilmo. Sr. D. Félix García Gómez.
12. Sr. D. Ricardo Chacón.
13. Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia.
14. Excmo. Sr. D. Nilo María Fabra.
15. Excmo. Sr. D. Luis de Estrada.
16. Ilmo. Sr. D. Julián Zugasti y Sáenz.
17. † Excmo. Sr. Marqués de Heredia.
18. Excmo. Sr. D. Fermín Lasala.
19. Sr. D. Luis de Escalante.
20. Ilmo. Sr. D. Juan Uña.
21. Ateneo de Madrid.

22. Biblioteca del Senado.
23. Sr. D. José de Garnica.
24. Excmo. Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle.
25. † Excmo. Sr. D. Severo Catalina.
26. Sr. D. Salvador de Torres y Aguilar.
27. Biblioteca de la Real Academia Española.
28. Sr. D. Fernando Fernández de Velasco.
29. Sr. D. Emilio Ruiz de Cañabate.
30. Excmo. Sr. Marqués de Pidal.
31. Excmo. Sr. Marqués de Hoyos.
32. Sres. Bailly-Baillière é hijos.
33. † Sr. D. José María Asensio.
34. Real Academia de la Historia.
35. Excmo. Sr. Marqués de Villasinda.
36. Exmo. Sr. Conde de Torre-Pando.
37. Biblioteca del Ministerio de Fomento.
38. Sr. D. Fernando Arias Saavedra.
39. † Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.
40. Dr. E. Thebussen.
41. Excmo. Sr. D. Eugenio Montero Ríos.
42. Sr. D. Pedro Miranda y de Carcer.
43. Sr. D. Enrique Rouget de Loscos.
44. Excmo. Sr. Marqués de Miravel.
45. † Sr. D. Luis Burgos.
46. Sr. D. José de Palacio y Viteri.
47. † Excmo. Sr. Marqués de Molíns.
48. Sr. D. Juan Llordachs.
49. Sr. D. José Llordachs.
50. Sr. D. Ramón Siscar.
51. Sr. Gerold (de Viena).
52. Excmo. Sr. D. Segismundo Moret.
53. Sr. D. Carlos de Uhagón y Arispe.

54. † Sr. D. Pedro N. Oseñalde.
55. Real Academia de Bellas Artes de S. Fernando.
56. † Sr. D. Gabriel Sánchez.
57. Sr. D. Pedro Pablo Blanco.
58. Excmo. Sr. D. Ricardo Villalba y Pérez.
59. Sr. D. Eduardo Corredor.
60. † Sr. D. Mariano Murillo.
61. Excmo. Sr. Conde de Peñaranda de Bracamonte.
62. Sr. D. Enrique García de Angulo.
63. Biblioteca del Ministerio de Marina.
64. Sr. D. Fernando Fe.
65. Idem íd.
66. Sr. D. José Moncerdá.
67. Sr. D. Rafael de la Escosura.
68. Sr. D. Miguel Victoriano Amer.
69. † Sr. D. Leocadio López.
70. Excmo. Sr. Conde de Toreno.
71. Sr. D. José Canosa y Martínez.
72. Biblioteca Imperial (de Strassburgo).
73. Biblioteca del Congreso de los Diputados.
74. Sr. D. Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia.
75. Sr. D. José María Pérez y Porto Mondragón.
76. La Biblioteca Real de la Universidad de Bonn.
77. Sr. D. Julián Arias Muñiz.
78. Sr. D. Nazario Calonje.
79. † Sr. D. Eugenio Hartzenbusch e Hiriart.
80. Sr. D. Luis Tusquets.
81. † Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
82. Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
83. Sr. D. Fernando Palha.
84. Sr. D. Juan Vidal.
85. Sr. D. Antonio Paz y Melia.

86. Excmo. Sr. Conde de Sallent.
87. Excmo. Sr. Duque T'Serclaes.
88. Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros.
89. Sr. D. Carlos Volmóller.
90. Sr. D. Francisco A. Commelerán.
91. Sr. D. J. C. Cebrián.
92. Sr. D. León Medina.
93. Excmo. Sr. Marqués de Laurencín.
94. Señora Doña Blanca de los Ríos.
95. Excmo. Sr. Conde de Cedillo.
96. Excmo. Sr. Conde de Vilches.
97. Sr. D. Joaquín Hazañas y la Rua.
98. Excmo. Sr. Conde de Estrada.
99. Sr. D. Calixto Oyuela.
100. Excmo. Sr. Marqués de Grigni.
101. Sr. D. Miguel Toldrá.
102. Excmo. Sr. D. Manuel M. de Peralta.
103. Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba.
104. Excmo. Sr. Marqués de Valdeterrazo.
105. Sr. Johannes Merck.
106. Excmo. Sr. Marqués de Santillana.
107. Sr. Karl. W. Hiersemann.
108. Sr. D. José Manuel de Garamendi.
109. † Sr. D. Antonio Rodríguez Villa.
110. Excmo. Sr. Marqués de Comillas.
111. Excmo. Sr. Duque de Rivas.
112. Excmo. Sr. D. Francisco de P. Arrillaga.
113. Excmo. Sr. Marqués de Casa-Torre.
114. Excmo. Sr. Conde de la Viñaza.
115. Ilmo. Sr. Marqués de Bolaños.
116. Excmo. Sr. D. Francisco F. Bethencourt.
117. Sr. D. Manuel Gómez Imaz.

118. Sr. D. Anselmo Rodríguez de Rivas.
119. Sr. D. José María de Urquijo.
120. Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori.
121. Excmo. Sr. General Sanchiz.
122. Sr. D. Manuel Serrano y Sanz.
123. Sr. Otto Arrassowitz.
124. Gran Peña.
125. Sr. D. Adrián Romo.
126. Sr. D. Fernando Astier Balboa.
127. Sr. D. Alvaro Coello.
128. Sr. D. Antonino Romero.
129. Sr. D. Juan Menéndez Pidal.
130. Sr. D. Victoriano Suárez.
131. Idem íd.
132. Idem íd.
133. Idem íd.
134. Biblioteca Universitaria de Sevilla.
135. Sr. D. Carlos Navarro Lamarca.
136. Sr. D. Eloy García de Quevedo y Condellón.
137. Sr. D. Gabriel Molina.
138. Idem íd.
139. Idem íd.
140. Idem íd.
141. Idem íd.
142. Idem íd.
143. Excmo. Sr. Conde de Polentinos.
144. Sr. D. Martinus Nijhoff.
145. Sr. D. Gabino Páez Melero.
146. Sr. D. Juan M. Sánchez.
147. Sres. Hijos de Ruiz.
148. University Library de Cambridge.
149. Sr. D. Alfonso Bonay.

150. Sr. D. Antonio Martínez Gayo.
151. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín.
152. Excma. Sra. Condesa de Valencia de Don Juan.
153. Sr. D. Pablo Font de Rubinat.
154. Excma. Sra. Marquesa viuda de Aranda.
155. Sr. D. Luis Santos.
156. Sr. D. José María Moreno y Giménez de Bor.
157. Sr. D. Alejandro Lerroux.
158. Sr. D. Juan Hurtado y de la Cueva.
159. Sr. D. José Lameyer.
160. Sr. D. Gonzalo de la Torre de Trasierra.
161. Sr. D. Eugenio García Rico.
162. Idem id.
163. Idem id.
164. Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.
165. Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín.
166. Sociedad de Bibliófilos Españoles.

SOCIEDAD DE BIBLIOFILOS ESPAÑOLES

JUNTA DE GOBIERNO

PRESIDENTE.....	Vacante por fallecimiento del excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.
VICEPRESIDENTE.....	Excmo. Sr. D. Vicente Vignau, de la Real Academia de la Historia, Fuencarral, 96.
SECRETARIO PRIMERO.	Excmo. Sr. Marqués de Laurencín, de la Real Academia de la Historia, Serrano, 24.
SECRETARIO SEGUNDO.	Sr. D. Juan Menéndez Pidal, Director del Archivo Histórico Nacional, Lagasca, 35.
VOCALES.....	Sr. D. Emilio Cotarelo y Mori, de la Real Academia Española, Ferraz, 33.
	Sr. D. Manuel Serrano y Sanz, Catedrático de la Universidad de Zaragoza, Silva, 37.
	Sr. D. Antonio Paz y Melia, del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, Princesa, 30.
	Excmo. Sr. Conde de Cedillo, de la Real Academia de la Historia, General Arrando, 15.
	Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, de la Real Academia de la Historia, Velázquez, 18.
	Excmo. Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, de la Real Academia de la Historia, Libertad, 2 duplicado.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

SOCIEDAD DE BIBLIÓFILOS ESPANOLES

I. Cartas de Eugenio Salazar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

II. Poesías de D. Francisco de Rioja, por D. Cayetano A. de la Barrera. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

III. Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, por D. Emilio Lafuente Alcántara. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IV. Cinco cartas político-literarias de D. Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

V. El libro de las aves de caça del Canciller Pedro López de Ayala, con las glosas del Duque de Alburquerque. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VI. Tragedia llamada Josefina, de Micael de Carvajal, por D. Manuel Cañete. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

VII. Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan, de Gonzalo Fernández de Oviedo, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

VIII. Historia de Enrique fi de Oliua, Rey de Iherusa-

LEM, EMPERADOR DE CONSTANTINOPLA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

IX. EL CROTALÓN DE CHRISTÓPHORO GNOPHOSO. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

X. DON LAZARILLO VIZCARDI, DE D. ANTONIO EXIMENO, por D. Francisco Asenjo Barbieri. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XI. RELACIONES DE PEDRO DE GANTE, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Gratis para los socios. Agotada la edición.*

XII. TRATADO DE LAS BATALLAS Y LIGAS DE LOS EJÉRCITOS DEL EMPERADOR CARLOS V, DESDE 1521 HASTA 1545, por Martín García Cereceda. Tomos I, II y III. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIII. MEMORIAS DEL CAUTIVO EN LA GOLETA DE TÚNEZ, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIV. LIBRO DE LA JINETA Y DESCENDENCIA DE LOS CABALLOS GUZMANES, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XV. VIAJE DE FELIPE II Á INGLATERRA, por D. Pascual de Gayangos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVI. TRATADO DE LAS EPÍSTOLAS Y OTROS VARIOS, DE MOSÉN DIEGO DE VALERA, por D. José Antonio de Balenchana. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVII. DOS OBRAS DIDÁCTICAS Y DOS LEYENDAS, sacadas de manuscritos de la Biblioteca del Escorial, por D. Germán Knust. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XVIII. DIVINA RETRIBUCIÓN SOBRE LA CAÍDA DE ESPAÑA EN TIEMPO DEL NOBLE REY D. JUAN EL PRIMERO, DEL BACHILLER PALMA, por D. José María Escudero de la Peña. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XIX. ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XX. Relación de la jornada de Pedro de Orsúa á Omagua y al Dorado, por el Marqués de la Fuensanta del Valle. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXI. Cancionero general de Hernando del Castillo, por D. José Antonio de Balenchana. Dos tomos. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXII. Obras de Juan Rodríguez de la Cámara (ó del Padrón), por D. Antonio Paz y Melia. Tirada de 300 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXIII. El Pelegrino Curioso, por D. Pascual de Gayangos. Tomos I y II. Tirada de 300 ejemplares.

XXIV. Cartas de Villalobos, por D. Antonio María Fabié. Tirada de 300 ejemplares.

XXV. Memorias de D. Félix Nieto de Silva, Marqués de Tenebrón, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. Tirada de 300 ejemplares.

XXVI. Historia del Maestre último que fué de Montesa y de su hermano D. Felipe de Borja, por D. Francisco Guillén Robles. Tomo I. Tirada de 300 ejemplares.

XXVII. Diálogos de la Montería. Manuscrito inédito de la Real Academia de la Historia, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXVIII. Libro de las virtuosas é claras mujeres, el cual fizo é compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago, por el excelentísimo Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tirada de 300 ejemplares.

XXIX. Opúsculos literarios de los siglos xiv á xvi, por D. Antonio Paz y Melia. Tirada de 300 ejemplares.

XXX. Nobiliario de conquistadores de Indias, por don Antonio Paz y Melia. Tirada de 300 ejemplares.

XXXI. Dos novelas de D. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXXII. Relaciones históricas de los siglos xvi y xvii,

por el Excmo. Sr. D. Francisco R. de Uhagón. Tirada de 300 ejemplares.

XXXIII. Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente, del Bachiller Cristóbal de Villalón, por don Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

XXXIV. Historia de D. Juan de Austria, del Licenciado Porreño, por D. Antonio Rodríguez Villa. Tirada de 300 ejemplares.

XXXV. Arcipreste de Talavera (Corvacho ó reprovación del amor mundano), del Bachiller Alfonso Martínez de Toledo, por D. Cristóbal Pérez Pastor. Tirada de 230 ejemplares. *Agotada la edición.*

XXXVI. Comentarios de D. García de Silva y Figueroa, de la Embajada que de parte del Rey de España D. Felipe III hizo al Rey Xa Abas de Persia, por D. Manuel Serrano y Sanz. Dos volúmenes. Tirada de 300 ejemplares.

XXXVII. Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo, por D. Manuel Serrano y Sanz. Tirada de 300 ejemplares.

Author Galan, Diego
Title Cautiverio y trabajos, 1589 a 1600.
DATE.
NAME OF BORROWER.
183192
LS.
G143c

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 26 08 07 013 8